

Sin amor

Alice Oseman

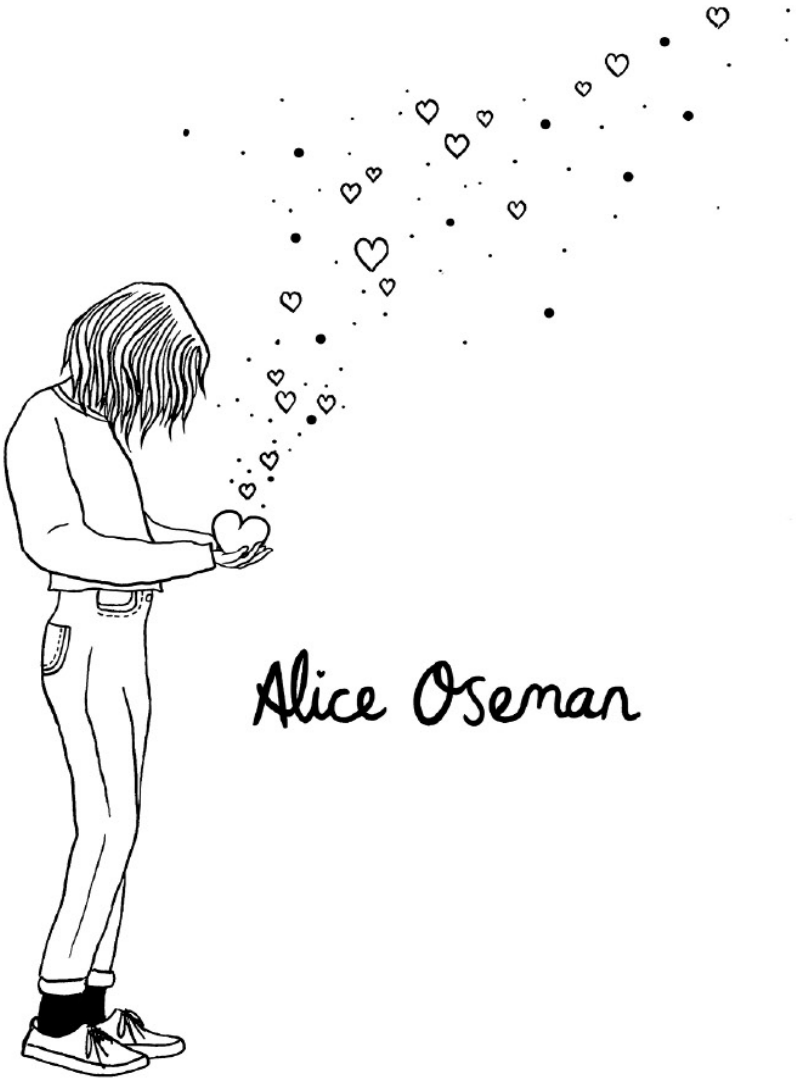
FANDOM BOOKS



Sin amor

Alice Oseman

FANDOM BOOKS



Alice Oseman

Sin amor

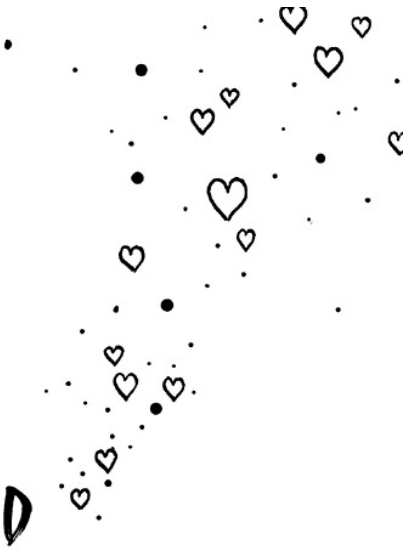
Traducción de Paz Pruneda Gozálvez

FANDOM BOOKS

«De ser eso cierto, entonces el amor llega por casualidad, algunos cupidos lanzan flechas y otros tienden trampas».

Mucho ruido y pocas nueces,
WILLIAM SHAKESPEARE

Primera parte



ÚLTIMA OPORTUNIDAD

Había, literalmente, tres parejas distintas sentadas alrededor del fuego besándose, como si se tratara de algún tipo de orgía de besos organizada, y una parte de mí pensó «Uf», mientras que la otra se dijo: «Guau, cómo me gustaría ser uno de ellos».

Para ser justos, probablemente eso era lo que cabía esperar de nuestra fiesta posgraduación. No solía ir a fiestas muy a menudo. Ni siquiera había sido consciente de que esa fuera la costumbre.

Me aparté de la hoguera y me encaminé al interior de la enorme casa de campo de Hattie Jorgensen, recogiendo con una mano la falda de mi vestido de graduación para no tropezar con él, mientras con la otra le mandaba un mensaje a Pip.

Georgia Warr
No he podido acercarme a la hoguera y conseguir el cuenco con los malvaviscos porque estaba rodeada de gente besándose

Felipa Quintana
¿Cómo has podido traicionarme y decepcionarme así, Georgia?

Georgia Warr

Cuando entré en la cocina y localicé a Pip, estaba apoyada contra un armario de esquina con un vaso de plástico lleno de vino en una mano y el móvil en la otra. Llevaba su americana de terciopelo color burdeos desabotonada, la corbata sobresalía del bolsillo de su camisa, y sus cortos rizos estaban ahora medio deshechos, sin duda por haber bailado tanto en la fiesta de graduación.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

—Puede que un poco achispada —respondió, mientras sus gafas de concha se deslizaban por la nariz—. Aunque te sigo queriendo un huevo.

—¿Más que al malvavisco?

—¿Cómo puedes pedirme que elija?

Le pasé un brazo por los hombros y juntas nos apoyamos contra los armarios de la cocina. Casi era medianoche, y la música tronaba desde el salón de Hattie mezclándose entre conversaciones, risas, gritos y voces de nuestros compañeros de clase, que resonaban desde cada rincón de la casa.

—Había tres parejas distintas besándose alrededor de la hoguera —le expliqué—. Como si lo hicieran al unísono.

—¡Qué pervertido! —se burló Pip.

—Casi he deseado ser uno de ellos.

Ella puso una mueca.

—Solo quiero besar a alguien —me justifiqué, lo que no tenía demasiado sentido porque ni siquiera estaba bebida, ya que más tarde tenía que llevar a Pip y a Jason a su casa.

—Podemos besarnos si quieres.

—Eso no es lo que tenía en mente.

—Bueno, Jason lleva soltero varios meses. Estoy segura de que se ofrecería encantado.

—Cierra el pico. Estoy hablando en serio.

Y así era. Deseaba sinceramente besar a alguien. Deseaba sentir un poco de la magia de la noche de graduación.

—Entonces prueba con Tommy —dijo Pip, arqueando una ceja y sonriendo malévola—. Quizá ya es hora de que se lo digas.

Solo había tenido un flechazo en mi vida. Se llamaba Tommy y era el chico más sexi de nuestro curso. Un tío que podría haber sido modelo si hubiera querido. Alto, delgado y convencionalmente atractivo, con un aire a lo Timothée Chalamet, aunque nunca había entendido por qué las chicas estaban tan coladas por ese actor. En mi opinión, muchos de los flechazos que se tienen por la gente famosa son fingidos, solo para encajar mejor.

Tommy había sido mi ídolo desde que estaba en sexto de primaria y una niña me preguntó: «¿Quién crees que es el chico más sexi de Truham?». Me había mostrado una foto en su móvil de un grupo de los chicos más populares de sexto posando en la calle delante del centro y ahí estaba Tommy justo en el medio. Supe al instante que era el más atractivo —o, al menos, tenía el pelo como el líder de un grupo musical juvenil e iba vestido muy a la moda—, así que lo señalé y dije que él. Y supongo que eso fue todo.

Casi siete años después, aún no había hablado ni una sola vez con Tommy. No había sentido ganas de hacerlo, probablemente porque era demasiado tímida. Él había sido más bien una figura abstracta: alguien sexi, además de mi primer flechazo, aunque nunca iba a suceder nada entre nosotros y a mí eso me parecía perfecto.

Solté un bufido mirando a Pip.

—Tommy, desde luego, no.

—¿Por qué? Si te gusta.

La idea de que aquello fuera más allá de un simple flechazo me ponía terriblemente nerviosa.

Me encogí de hombros mientras la miraba, y ella dejó el tema.

Pip y yo salimos de la cocina, aún con los brazos entrelazados, y cruzamos el vestíbulo de la elegante casa de campo de Hattie Jorgensen. La gente estaba tirada por el suelo del pasillo con sus vestidos de graduación y los esmóquines, los vasos de plástico y la comida desperdigados alrededor. Dos personas se estaban besando

en las escaleras, y las miré durante un momento sin saber bien si me resultaba repugnante o si había sido la cosa más romántica que había visto en mi vida. Probablemente lo primero.

—¿Sabes lo que me gustaría? —comentó Pip cuando avanzamos renqueantes hasta la galería de Hattie y nos dejamos caer en un sofá.

—¿El qué? —dije.

—Me gustaría que alguien interpretara espontáneamente una canción para declararme su amor.

—¿Qué canción?

Se quedó pensándolo un momento.

—«Your song» de *Moulin Rouge* —suspiró—. ¡Dios, estoy triste y sola y soy gay!

—Una buena canción, aunque no lo veo tan factible como un beso.

Pip puso los ojos en blanco.

—Si tantas ganas tienes de besar a alguien, vete a hablar con Tommy. Te gusta desde hace casi siete años. Esta es tu última oportunidad antes de que empecemos la universidad.

En eso tenía razón.

Si debía besarme con alguien, entonces que fuera Tommy. Pero la idea me llenaba de espanto.

Crucé los brazos.

—Quizá podría besar a un desconocido en su lugar.

—¡Anda ya!

—Lo digo en serio.

—No, no es verdad. Tú no eres así.

—Tú no sabes cómo soy.

—Sí lo sé —contestó Pip—. Te conozco mejor que nadie.

Y era verdad. No solo por lo de conocerme, sino en lo de que yo no era así y, también, que esta era mi última oportunidad para confesar un flechazo que me había durado siete años e, igualmente, la última oportunidad para besar a alguien mientras aún fuera una

chica de instituto, y así sentir la excitación del sueño adolescente y la magia juvenil que todos los demás parecían haber probado.

Era mi última oportunidad para sentir eso.

Por eso, después de todo, quizá iba a tener que hacer de tripas corazón y besar a Tommy.



ENAMORADA DEL AMOR

Me fascinaba todo lo romántico. Siempre me había atraído. Me fascinaba Disney (especialmente la subestimada obra maestra que es *La princesa y el sapo*). Me fascinaban los relatos fan-fic, escritos para forofos de personajes famosos (incluso los de aquellos sobre los que no sabía nada, si bien Draco y Harry Potter o Korra y Asami, de *La leyenda de Korra*, eran mis lecturas de cabecera). Me fascinaba pensar cómo sería mi propia boda (una ceremonia campestre, con hojas de otoño y bayas, luces de hadas y velas, y mi vestido —de encaje con toques *vintage*—, y mi futuro marido llorando, mi familia llorando, y yo también llorando porque sería tan, tan feliz, sencillamente tan feliz por haber encontrado al elegido).

Simplemente amaba el amor.

Sabía que era muy sentimental. Aunque no fuera ninguna cínica. Tan solo, quizá, soñadora. Una a la que le gustaba anhelar y creer en la magia del amor. Como el protagonista principal de la película *Moulin Rouge,* que huye a París para escribir historias sobre la verdad, la libertad, la belleza y el amor, pese a que probablemente

debería estar pensando en buscar un trabajo para poder costearse la comida. Sí. Esa definitivamente era yo.

Probablemente lo había heredado de mi familia.

Los Warr siempre han creído en el amor eterno. Mis padres continuaban tan enamorados ahora como lo estaban en 1991, cuando mi madre enseñaba *ballet* y mi padre tocaba en una banda. Y no bromeo. Ellos encajaban literalmente con la letra de la canción de Avril Lavigne, «Sk8er Boi», pero con un final feliz.

Mis dos parejas de abuelos aún continuaban juntos. Mi hermano se había casado con su novia de toda la vida cuando tenía veintidós años. Ninguno de mis parientes más cercanos estaba divorciado. Incluso la mayoría de mis primos mayores tenían pareja o bien una familia propia.

Yo ni siquiera había tenido una relación.

Ni siquiera había besado a nadie.

Jason había besado a Karishma, de mi clase de Historia, cuando hizo de duque de Edimburgo, y luego salió con una chica horrible llamada Aimee durante varios meses hasta que se dio cuenta de que ella era idiota.

Pip había besado a Millie, de la Academia, en una fiesta, y también a Nicola, de nuestro grupo de teatro juvenil, en el ensayo de vestuario para *Drácula*. La mayoría de la gente tenía alguna historia parecida, un beso tonto con alguien por quien sentía algún tipo de flechazo, o no, y que no necesariamente había significado algo, pero eso forma parte de ser adolescente.

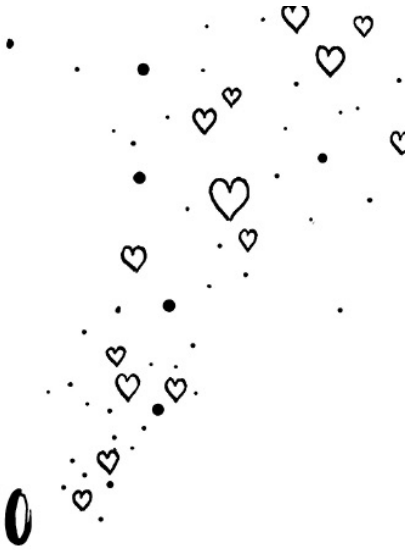
La mayoría de la gente de dieciocho años ha besado a alguien. La mayoría de la gente de dieciocho años ha sentido al menos un flechazo, incluso si solo ha sido con algún famoso. Al menos la mitad de la gente que conocía había tenido relaciones sexuales, aunque muchas de dichas personas probablemente estuvieran mintiendo, o quizá se estuvieran refiriendo a algún preliminar o al tocamiento de un pecho.

Pero eso nunca me importó porque sabía que ya me llegaría el momento. Así había sido para todos los demás. «Terminarás

encontrando a alguien», era lo que todo el mundo decía, y tenían razón.

De todos modos, los romances adolescentes solo funcionaban en las películas.

Lo único que tenía que hacer era esperar, y mi gran historia de amor llegaría. Encontraría *al elegido*. Nos enamoraríamos. Y conseguiría mi final feliz.



PIP, JASON Y YO

—Georgia tiene que besar a Tommy —dijo Pip a Jason cuando nos desplomamos a su lado en el sofá del salón de Hattie.

Jason, que estaba en mitad de una partida de Scrabble en su móvil, me miró con el ceño fruncido.

—¿Y puedo preguntar por qué?

—Porque han pasado siete años y creo que ha llegado el momento —contestó Pip—. ¿Alguna idea?

Jason Farley-Shaw era nuestro mejor amigo. Formábamos una especie de trío. Pip y yo asistíamos a la misma escuela de secundaria femenina y conocimos a Jason en la función anual de teatro escolar, donde siempre invitaban a algunos chicos del colegio masculino para que se unieran a nosotras y, luego, un par de años después, se matriculó en nuestro instituto, que a partir de bachillerato era mixto, y se unió también a nuestro grupo de teatro juvenil.

No importaba qué producción pusiéramos en marcha, ya fuera un musical o una tragedia, que Jason siempre representaba el mismo papel: el del anciano severo. Eso se debía principalmente a que era

alto y corpulento, pero también porque, a primera vista, daba el aspecto de un padre estricto. Había hecho de Javert en *Los miserables,* de Próspero en *La tempestad,* y del furibundo padre, Georges Banks, en *Mary Poppins*.

A pesar de ello, Pip y yo pronto comprendimos que, bajo su severo aspecto exterior, Jason era un chico encantador y tranquilo que parecía disfrutar de nuestra compañía mucho más que cualquier otra persona. Con Pip, que parecía atraer el caos y mi tendencia a sentirme preocupada e incómoda por prácticamente casi todas las cosas, la tranquilidad de Jason suponía el equilibrio perfecto.

—Uf —resopló Jason, mirándome—. Bueno…, en realidad no importa lo que yo piense.

—No sé si quiero besar a Tommy —repuse.

Jason pareció satisfecho y se volvió hacia Pip.

—Ahí lo tienes. Caso cerrado. Hay que estar seguro de estas cosas.

—¡No! ¡Vamos! —chilló Pip volviéndose para mirarme—. Georgia, ya sé que eres tímida. Pero es completamente normal sentirse nerviosa respecto a los flechazos. Esta es, literalmente, la última oportunidad que tienes para confesar tus sentimientos e, incluso si te rechaza, no importa, porque se va marchar a una universidad en la otra punta del país.

Podría haber replicado que eso significaba que nuestra relación sería muy difícil si él respondía positivamente, pero no lo hice.

—¿Recuerdas lo nerviosa que estaba antes de decirle a Alicia que me gustaba? —continuó Pip—. Y entonces ella me dijo: «Lo siento, no soy gay», y estuve llorando durante dos meses, ¡pero mírame ahora! ¡Estoy resplandeciente! —Lanzó una pierna al aire para demostrarlo—. Se trata de un escenario sin consecuencias.

Jason mientras tanto me estaba mirando como si tratara de sondear lo que yo sentía.

—No sé —dije—. Yo… No sé. Supongo que me gusta.

Un destello de tristeza cruzó las facciones de Jason y desapareció rápidamente.

—Bueno —dijo, bajando la vista a su regazo—, supongo que deberías hacer lo que te apetezca.

—Supongo que quiero besarlo —contesté.

Miré alrededor de la habitación y, por supuesto, allí estaba Tommy, de pie en medio de un pequeño grupo cerca de la puerta. Se encontraba lo suficientemente lejos para que no pudiera percibir con detalle su rostro, sino que era solamente una figura, una silueta, un perfil atractivo sin más. Mi flechazo durante siete años. Verle tan lejos y borroso me hizo recordar mi último año de primaria, cuando señalé la fotografía de un chico que pensé que probablemente era atractivo.

Y eso me ayudó a decidir. Podía hacerlo.

Podía besar a Tommy.

Había habido ocasiones en las que me pregunté cómo acabaría mi relación con Jason. Aunque también hubo veces en las que me pregunté cómo acabaría mi relación con Pip. Si nuestras vidas fueran una película, al menos dos de nosotros habríamos estado juntos.

Pero nunca experimenté ningún sentimiento romántico por ninguno de ellos, al menos hasta donde podía percibir.

Pip y yo llevábamos siendo amigas desde hacía casi siete años. Desde el primer día de sexto de primaria, cuando nos sentamos juntas en la minuciosamente dispuesta aula y nos obligaron a contarle a la compañera de al lado tres detalles interesantes sobre nosotros mismos. Supimos que ambas queríamos ser actrices y eso fue todo. Amigas.

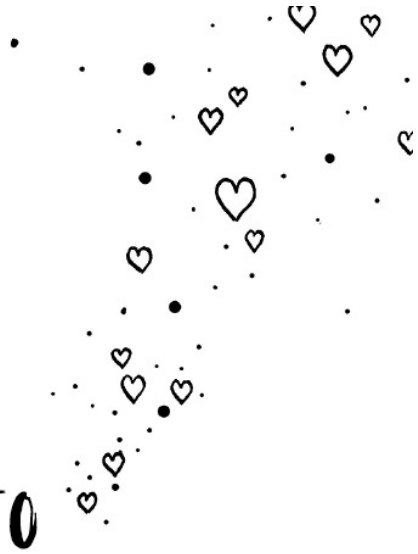
Pip era siempre más sociable, divertida y, por lo general, más interesante que yo. Yo era la que escuchaba, la que la había apoyado cuando sufrió su crisis de «soy gay con catorce años», y luego las de «no sé si quiero seguir haciendo interpretación o

ciencias» durante el último año y, más tarde, la de «me encantaría dejarme el pelo más corto, pero no me atrevo» hacía pocos meses.

Jason y yo nos conocimos más tarde, aunque nuestro vínculo se estrechó mucho más rápido de lo que creí posible, dada mi pobre experiencia en forjar amistades. Él fue la primera persona que conocí con la que podía sentarme en silencio y no sentirme incómoda. No tenía la necesidad de intentar mostrarme divertida o de entretenerlo; podía ser yo, sin que él se sintiera decepcionado por ello.

Todos teníamos la sensación de haber pasado miles de noches en casa del otro. Yo sabía exactamente dónde estaban los muelles rotos de la cama de Pip, y también cuál era el vaso favorito de Jason en mi aparador: uno con el cuerpo medio borroso del Pato Donald que compré en Disneyland cuando tenía doce años. *Moulin Rouge* era la película que siempre veíamos cuando quedábamos, y nos la sabíamos de memoria.

Nunca hubo ningún sentimiento romántico entre Pip, Jason y yo. Pero lo que sí teníamos —una amistad de muchos años— era tan fuerte como todo eso, creo. Más fuerte quizá que muchas de las parejas que conocía.



VERDAD O RETO

Con el fin de que me acercara físicamente a Tommy, Pip nos obligó a unirnos al grupo que jugaba a «Verdad o Reto», algo a lo que tanto Jason como yo protestamos, aunque obviamente ella logró salirse con la suya.

—Verdad —dije cuando llegó mi turno de sufrir. Hattie, que era quien lideraba el juego, sonrió maliciosa y seleccionó una carta del montón de «Verdad». Debíamos de ser unos doce, todos sentados en la alfombra del salón. Con Pip y Jason a mi lado, y Tommy enfrente. La verdad es que no quería mirarlo.

Pip me pasó una patata frita del cuenco para darme ánimos. Yo la acepté agradecida y me la metí en la boca.

—¿Cuál es la experiencia más romántica o sexual que has tenido con un chico?

Hubo varios que emitieron un «Oooh», un chico silbó y una chica simplemente se rio con un escueto «Ja» que me resultó más humillante que cualquier otra cosa.

Afortunadamente, no volvería a ver a la mayoría de esas personas en mi vida. Quizá por Instagram, aunque había silenciado

la mayoría de sus historias y ya tenía hecha una lista mental de todos aquellos a los que no pensaba seguir después de que pasáramos los exámenes de acceso a la universidad. Había pocas personas en el colegio con las que Pip, Jason y yo nos llevábamos bien. Quizá aquellas con las que nos sentábamos a comer, o el pequeño grupo de teatro con el que solíamos salir en la temporada de actuaciones. Pero ya sabía que en cuanto empezáramos la universidad nos olvidaríamos unos de otros.

En cambio, Pip, Jason y yo no nos olvidaríamos porque los tres íbamos a asistir a la Universidad de Durham en octubre, siempre que consiguiéramos la nota para entrar. Aquello era algo que no habíamos planeado, pues, aunque formábamos un grupo de empollones con grandes aspiraciones, Jason no había conseguido que le admitieran en Oxford, Pip tampoco había logrado entrar en el King's College de Londres y yo era la única que había elegido la universidad de Durham como primera opción.

Por eso todos los días daba las gracias al universo por que las cosas hubieran salido así. Necesitaba a Pip y a Jason. Ellos eran mi tabla de salvación.

—Eso es demasiado —protestó inmediatamente Jason—. Venga, chicos. Es demasiado personal.

Hubo gritos indignados del resto de compañeros. A la gente no le importaba que fuera personal.

—Debes de tener «algo» —apuntó Hattie con su entonación superpija—. A estas alturas, todo el mundo ha experimentado algún beso espantoso o algo parecido.

Era muy incómodo sentirme el centro de atención, así que decidí acabar rápidamente con la situación.

—Nunca he besado a nadie —declaré.

Cuando lo dije no pensé que estuviera diciendo nada especialmente raro. A fin de cuentas, esta no era una película adolescente. El pudor virginal no era lo importante. Todo el mundo sabe que la gente hace estas cosas cuando está preparada, ¿no?

Pero entonces estallaron las reacciones.

Hubo exagerados jadeos. Algún gemido de compasión. Varios chicos empezaron a reírse, y uno de ellos farfulló la palabra «Virgen».

Hattie se llevó la mano a la boca y exclamó horrorizada:

—¡Oh, Dios!, ¿en serio?

La cara me ardía. Yo no era tan rara. Había miles de chicos con dieciocho años que aún no habían besado a nadie.

Miré a Tommy, e incluso él me estaba contemplando con simpatía, como si fuera una niña pequeña, una niña que no entendiera nada de la vida.

—No es tan inusual —alegué.

Hattie presionó la mano contra su corazón, a la vez que puso una mueca sacando su labio inferior.

—¡Eres tan pura!

Un chico se inclinó hacia delante y preguntó:

—Tienes casi dieciocho años, ¿no?

Le hice un gesto de asentimiento, y él exclamó:

—¡Dios!

Como si le resultara repulsiva o algo así.

¿Era repulsiva? ¿Era tan fea, tímida y repulsiva que por eso no había besado a nadie todavía?

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Está bien —intervino Pip—. Dejad de comportaros como jodidos gilipollas en este mismo momento.

—Reconoce que es muy raro —comentó un chico al que conocía de mi clase de Literatura. Se estaba dirigiendo a Pip—. Tienes que admitir que no es normal tener dieciocho años y no haber besado todavía a nadie.

—Eso es muy curioso, viniendo de un chico que admitió haberse hecho una paja viendo a la princesa de *Shrek 3*.

Hubo algunas carcajadas entre el grupo, que por un momento se distrajo y dejó de reírse de mí. Mientras Pip continuaba regañando a nuestros compañeros, Jason sutilmente se apoderó de mi mano, me ayudó a levantarme y me sacó de la habitación.

Una vez en el pasillo, sentí que estaba a punto de echarme a llorar, así que dije que necesitaba hacer pis y subí a la planta de arriba para buscar el cuarto de baño. Cuando lo encontré, examiné mi reflejo en el espejo mientras pasaba un dedo por debajo de los ojos para que el rímel no se me corriera. Me tragué las lágrimas. No iba a llorar. No iba a llorar delante de nadie.

No había sido consciente.

No había sido consciente de lo «retrasada» que estaba. Había pasado mucho tiempo pensando que mi verdadero amor simplemente aparecería algún día. Me había equivocado. Había estado total y completamente equivocada. Todo el mundo estaba madurando, besándose, teniendo sexo, enamorándose, y yo solamente…

Solamente era una niña.

Y, de seguir así…, ¿acaso me quedaría sola para siempre?

—¡Georgia!

Era la voz de Pip. Me aseguré de que las lágrimas hubieran desaparecido antes de salir del cuarto de baño. Ella no sospechó nada.

—Son unos jodidos idiotas —dijo.

—Sí —asentí.

Trató de mostrarme una sonrisa cariñosa.

—Sabes que terminarás encontrando a alguien, ¿verdad?

—Sí.

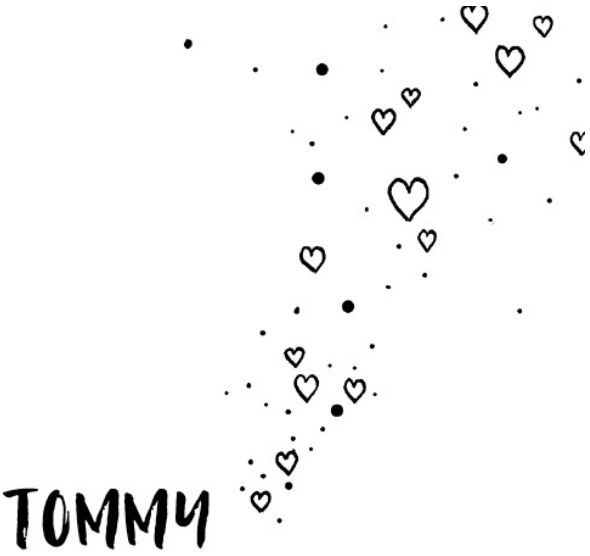
—Terminarás encontrando a alguien. Todo el mundo lo hace. Ya lo verás.

Jason me miraba con expresión triste, quizá enternecida. ¿También él me compadecía?

—¿Creéis que he desaprovechado mi adolescencia? —les pregunté. Y ambos me contestaron que no, como hacían los buenos amigos, pero ya era demasiado tarde. Aquella era la llamada de atención que necesitaba.

Necesitaba besar a alguien antes de que fuera demasiado tarde.

Y ese alguien tenía que ser Tommy.



Con la excusa de que tenía frío y quería buscar mi chaqueta en uno de los cuartos de invitados, dejé que Pip y Jason se adelantaran y bajaran a buscar algo de beber, y me quedé en el oscuro pasillo tratando de recuperar el aliento y rehacer mis pensamientos.

Todo iba bien. No era demasiado tarde.

Yo no era ningún bicho raro ni alguien repulsivo.

Aún estaba a tiempo de realizar mi jugada.

Localicé mi chaqueta y también encontré un cuenco con pequeñas salchichas de cóctel apoyado precariamente sobre un radiador, así que cogí ambas cosas. Mientras caminaba de vuelta por el pasillo, vi que la puerta de otro de los dormitorios estaba entornada, así que eché un vistazo al interior y pude contemplar claramente cómo una pareja se estaba metiendo mano.

La impresión hizo que un escalofrío recorriera mi columna vertebral y me dije: «Vale, está bien». Había olvidado que la gente hacía eso en la vida real. Era divertido leer sobre ello cuando se trataba de héroes de ficción o de películas, pero la realidad era más

bien como un: «Uf. ¡Ay! Me siento muy incómoda, sacadme de aquí».

Eso sin contar con que seguramente cualquiera pensaría en cerrar bien la puerta si tuviera la intención de meter una parte de su cuerpo dentro de otro.

Me costaba imaginarme en una situación así. Sinceramente, me gustaba la idea en teoría. Tener una pequeña aventura sexual en una habitación oscura en una casa ajena con alguien con quien habría estado tonteando durante un par de meses, pero ¿hacerlo en la vida real? ¿Tener que tocar de verdad los genitales de otra persona? Uf.

Supongo que la gente necesita tiempo antes de estar preparada para algo así. Y además tienes que encontrar a alguien con quien realmente te sientas cómodo. Yo nunca había interactuado con nadie a quien quisiera besar y, menos aún, alguien con el que quisiera…

Bajé la vista a mi cuenco de salchichas. De pronto, había perdido el apetito.

Y entonces una voz a mi lado rompió el silencio.

—Oye —dijo la voz. Alcé la vista y ahí estaba Tommy.

Aquella era la primera vez que hablaba con él.

Obviamente habíamos coincidido con frecuencia. En las pocas fiestas a las que yo había asistido, o de vez en cuando a la puerta del instituto. Aunque, cuando llegó a nuestro centro en primero de bachillerato, ninguno escogimos las mismas materias, pero ocasionalmente nos cruzábamos por el pasillo.

Siempre que lo tenía cerca, me ponía nerviosa. Pero imaginaba que era debido al flechazo.

Realmente no sabía cómo debía actuar ahora que estaba a mi lado.

Tommy señaló al dormitorio.

—¿Hay alguien ahí dentro? Creo que mi abrigo está sobre la cama.

—Creo que alguien se está metiendo mano —contesté, confiando en no haber hablado demasiado alto para que la pareja en cuestión pudiera oírlo.

Tommy dejó caer su mano.

—Oh. Vale, bien. Mmm. Supongo que lo recogeré más tarde.

Hubo una pausa. Nos quedamos un tanto incómodos delante de la puerta. No podíamos oír a las personas que estaban en el dormitorio, pero solo saber lo que estaba sucediendo y que ambos éramos conscientes de ello me hacía sentir ganas de morirme.

—¿Cómo estás?

—Oh, ya ves —contesté evasiva, levantando el cuenco con salchichas—. Tengo salchichas.

Tommy asintió.

—Bien. Bien por ti.

—Gracias.

—Por cierto, estás muy guapa.

Mi vestido de graduación era de un bonito color lila con mucho brillo, pero me habría sentido mucho más cómoda de haber podido llevar mis habituales vaqueros de cintura alta con un jersey de punto. Sin embargo, pensaba que tenía buen aspecto, así que me alegró que me lo dijera.

—Muchas gracias.

—Siento mucho lo del juego de «Verdad o Reto». —Se rio—. La gente puede ser muy gilipollas. Y, para que conste, yo no tuve mi primer beso hasta que cumplí diecisiete.

—¿En serio?

—Sí. Sé que es un poco tarde, pero, ya sabes, es mejor esperar hasta que llegue el momento, ¿no es cierto?

—Sí —asentí, aunque estaba pensando que, si a los diecisiete ya era tarde, entonces yo debía de estar en un geriátrico.

La situación era de lo más extraña. Tommy había sido mi flechazo durante siete años. Pero, ahora que por fin estaba hablando conmigo, ¿por qué no daba saltos de alegría?

Por suerte, en ese momento, mi teléfono vibró. Lo extraje del interior de mi escote.

Felipa Quintana
Sexcúsame, coño, pero ¿dónde estás?
Ja, ja, sexo
He dicho sexo accidentalmente y también coño
Ja, ja, coño

Jason Farley-Shaw
Por favor, vuelve antes de que Pip se beba otro vaso de vino

Felipa Quintana
Deja de hacer insinuaciones en nuestro chat cuando estoy justo a tu lado

Jason Farley-Shaw
En serio, Georgia, ¿dónde estás?

Apagué rápidamente la pantalla del móvil antes de que Tommy pensara que le estaba ignorando.

—Eh… —empecé, sin saber bien qué iba a decirle. Levanté mi chaqueta vaquera talla XL y se la tendí—. Si tienes frío puedes coger mi chaqueta.

Tommy la miró un momento, sin que pareciera importarle que, técnicamente, fuera una chaqueta de chica. Eso me gustó, porque, si hubiera protestado, probablemente habría acabado de golpe con mi flechazo.

—¿Estás segura? —dijo.

—Claro.

Cogió la chaqueta y se la puso. Y, entonces, me sentí un tanto incómoda porque un chico al que no conocía demasiado bien llevara puesta mi chaqueta favorita. ¿No debería sentirme feliz por ello?

—Pensaba sentarme junto al fuego durante un rato —dijo Tommy, apoyándose contra la pared e inclinándose ligeramente hacia mí con una sonrisa—. ¿Quieres… quieres venir?

Fue en ese momento cuando comprendí que estaba intentando ligar conmigo.

Y me dije que mi plan estaba funcionando.

Por fin iba a conseguir un beso de Tommy.

—De acuerdo —acepté—. Deja que mande un mensaje a mis amigos.

Georgia Warr
Pasando el rato con Tommy, ja, ja

Los amores de instituto estaban en mi lista de relatos favoritos de ficción. También me gustaban los de almas gemelas en un universo alternativo o en cafeterías de mundos alternativos, o los de dolor y amnesia temporal.

Imaginaba que los amores de instituto eran lo más parecido que podría experimentar, pero ahora la posibilidad de que me sucediera en la vida real era mayor que cero, y estaba muy nerviosa.

Mi corazón latía desbocado, mi cuerpo transpiraba y me temblaban las manos.

Eso era lo que se sentía con el flechazo, era algo normal, ¿no?

Todo era totalmente normal.



Cuando llegamos junto al fuego, éramos las únicas personas allí. Ya no había ninguna orgía de besos a la vista.

Escogí un sitio junto a la pila de mantas y Tommy se sentó a mi lado, mientras hacía rodar su botellín de cerveza por el brazo de su silla. ¿Qué sucedería ahora? ¿Empezaríamos a besarnos sin más? Dios, confiaba en que no fuera así.

Un momento, ¿pero no era eso lo que yo quería?

Fuera como fuera, debíamos darnos un beso. Al menos eso lo tenía claro. Esta era mi última oportunidad.

—¿Y bien? —dijo Tommy.

—¿Y bien? —repetí.

Pensé en cómo haría para iniciar el beso. En los fan-fics simplemente suelen decir: «¿Puedo besarte?», lo que resultaba muy romántico de leer, pero sonaba muy embarazoso en mi cabeza cuando me imaginaba diciéndolo en voz alta, mientras que en las películas parece que sucede sin ningún diálogo de antemano, y ambas partes se ponen a ello sabiendo exactamente lo que está sucediendo.

Él me hizo un gesto de asentimiento y lo miré, esperando que dijera algo.

—Estás muy guapa —dijo.

—Eso ya lo has dicho —repuse, sonriendo torpemente—, pero gracias.

—Es extraño que no hayamos hablado nunca en el colegio —continuó y, mientras hablaba, posó la mano en la parte superior de mi silla, de modo que quedó extrañamente cerca de mi cara. No sé por qué, eso me hizo sentir muy incómoda. Supongo que porque su piel estaba casi pegada a la mía.

—Bueno, no teníamos los mismos amigos —comenté.

—Sí, y tú eres muy callada, ¿no es así?

Eso no podía negarlo.

—Sí.

Ahora que lo tenía tan cerca, intenté descubrir qué era exactamente lo que me había atraído de él durante esos siete años. Podía asegurar que era convencionalmente atractivo, al igual que se puede afirmar de las estrellas de pop o de los actores, pero nada en él me hacía sentir mariposas en el estómago. ¿Acaso sabía cómo era sentir mariposas? ¿Qué es lo que debía sentir exactamente en este momento?

Él hizo un gesto de asentimiento, como si ya lo supiera todo de mí.

—Eso está muy bien. Las chicas calladas son encantadoras.

¿Qué se supone que significaba eso?

¿Acaso intentaba asustarme? No sabría decirlo. Probablemente estaba muy nerviosa. Todo el mundo se pone nervioso cuando tiene cerca al tío que le lleva gustando desde hace tanto tiempo.

Eché un vistazo hacia la casa sintiendo que ya no quería seguir mirándolo. Entonces descubrí a dos siluetas rondando por la galería, contemplándonos: Pip y Jason. Pip inmediatamente me saludó con la mano, pero Jason parecía bastante apurado y apartó de allí a Pip.

Ambos querían contemplar qué iba a suceder con Georgia y su flechazo de siete años.

Tommy se inclinó para acercarse un poco más a mí.

—Deberíamos hablar más, o algo.

Estaba segura de que no pensaba lo que decía, que solo intentaba ser amable. Imaginé lo que supuestamente sucedería a continuación.

Supuestamente yo debería inclinarme hacia delante, nerviosa pero excitada, y él acariciaría mi pelo apartándolo de mi cara y yo levantaría la vista mirándolo desde debajo de mis pestañas y entonces nos besaríamos, tiernamente, y nos convertiríamos en uno solo, Georgia y Tommy, y luego nos marcharíamos a casa, mareados pero felices, y quizá nunca más volvería a suceder. O puede que él me enviara un mensaje poco después y decidiéramos quedar un día, solo para ver qué sucedía, y en la cita decidiríamos si seguir adelante, y vernos una tercera vez, tras lo cual nos haríamos novios, y un par de semanas después tendríamos sexo, y mientras yo estuviera en la universidad él me mandaría mensajes para darme los buenos días y vendría a visitarme algún fin de semana y una vez terminada la carrera nos iríamos a vivir juntos a un pequeño apartamento junto al río y tendríamos un perro. Él se dejaría crecer la barba, y entonces nos casaríamos, y ese sería el final.

Eso era lo que supuestamente debía suceder.

Podía evocar cada uno de los momentos en mi cabeza. Una ruta sencilla. La salida más fácil.

Y eso podría hacerlo, ¿no es así?

Si no lo hacía, ¿qué dirían Pip y Jason?

—No pasa nada —dijo él—. Sé que no has besado nunca a nadie.

Por la forma en que lo dijo, parecía como si estuviera hablando a un cachorrillo recién nacido.

—Vale —contesté.

Eso me irritó. Me estaba irritando.

Eso era lo que yo quería, ¿no es cierto? ¿Un breve y precioso momento en la oscuridad?

—Oye, mira —continuó, mostrando una sonrisa compasiva en su rostro—. Todo el mundo acaba teniendo un primer beso. No significa nada. Está bien ser nuevo en…, bueno, algo en plan romántico y todo eso.

¿En plan romántico? Sentí ganas de reír. Yo había estado estudiando el romanticismo como una auténtica experta. Como una obsesa investigadora. El romanticismo era mi asignatura estrella.

—Claro —contesté.

—Georgia… —Tommy se acercó más, y entonces lo sentí.

Repulsión.

Una oleada de absoluta y desaforada repulsión.

Estaba tan cerca que me dieron ganas de gritar, ganas de romper algún vaso y de vomitar al mismo tiempo. Mis puños se apretaron en los reposabrazos de la silla e intenté seguir mirándolo, seguir aproximándome a él, besarle, pero estaba muy cerca y me sentía horrorizada, muerta de asco. Quería que aquello terminara.

—Es normal estar nerviosa —dijo él—. De hecho, es bastante entrañable.

—No estoy nerviosa —contesté. Estaba asqueada por la idea de tenerlo tan cerca de mí. Por que quisiera algo de mí. Aquello no era normal, ¿verdad?

Él posó la mano en mi muslo.

Y ahí es cuando me estremecí y, al apartar su mano, tiré su bebida del lateral de la silla, mientras él se lanzaba hacia adelante para intentar cogerla y se caía del asiento.

Directamente sobre el fuego.



Había habido señales. Pero las ignoré todas porque me moría de ganas de estar enamorada.

Luke de cuarto de primaria fue el primero. Lo hizo a través de una nota que introdujo en el bolsillo de mi abrigo durante el recreo*. Para Georgia. Eres muy guapa, ¿querrías ser mi novia? Sí [ ] No [ ] Luke.*

Marqué la casilla del no y él estuvo lloriqueando toda la clase de Aritmética.

En quinto, cuando todas las niñas de mi clase decidieron que querían tener novios, me sentí excluida, de modo que le pregunté a Luke si aún estaba interesado, pero él ya estaba saliendo con Ayesha, así que me dio calabazas. Todas las nuevas parejas trepaban juntas por la estructura metálica del parque infantil durante la barbacoa de despedida, y yo me sentí triste y sola.

Noah, un compañero del autobús escolar, fue el siguiente, en segundo de secundaria, aunque no estoy segura de que cuente. Me pidió salir el Día de San Valentín porque eso es lo que la gente hacía ese día: todo el mundo quería tener pareja en San Valentín. Noah me daba miedo porque era grande y disfrutaba arrojándole

comida a la gente, así que negué con la cabeza y volví a mirar por la ventanilla.

El tercero fue Jian, del colegio de chicos, en cuarto de secundaria. Muchas chicas pensaban que era muy atractivo. Mantuvimos una larga conversación durante una fiesta sobre si el programa «La isla del amor» era un buen *reality* o no, y entonces intentó besarme cuando todo el mundo estaba borracho, incluidos nosotros dos. Habría sido muy sencillo dejarme llevar.

Habría sido muy sencillo hacerlo.

Pero no quería, porque él no me gustaba.

Y el cuarto resultó ser Tommy, a quien conocía desde niña y que se parecía a Timothée Chalamet, pero al que en realidad no conocía demasiado bien, aunque la verdad es que esta vez sí me desgarré un poco, porque creí que realmente me gustaba. Sin embargo, no pude hacerlo, porque no me gustaba de verdad.

Mi flechazo durante siete años había sido totalmente inventado.

Una elección al azar de cuando tenía once años y una chica me mostró una foto y me dijo que escogiera un chico.

No me gustaba Tommy.

Aparentemente, no me había gustado nunca nadie.

Grité. Tommy gritó. Todo su brazo estaba en llamas.

Él rodó por el suelo y de pronto Pip apareció como salida de la nada, agarró una manta y la arrojó directamente sobre Tommy, sofocando las llamas mientras este exclamaba: «Mierda, mierda», una y otra vez, y yo me quedaba de pie frente a él mirando cómo se quemaba.

Lo primero que sentí fue conmoción. Estaba paralizada. Como si aquello no estuviera sucediendo realmente.

Lo segundo que sentí fue rabia por mi chaqueta.

Esa era mi jodida chaqueta favorita.

Nunca debería habérsela prestado a un chico al que apenas conocía. A un chico que ni siquiera me gustaba.

Jason también había aparecido y le preguntó a Tommy si estaba herido, pero él consiguió incorporarse y negó con la cabeza, quitándose los restos chamuscados de mi chaqueta favorita y mirando su brazo indemne mientras decía:

—¿Qué mierda ha pasado? —Y luego alzó la vista hacia mí y volvió a repetir—: ¿Qué mierda es esta?

Bajé la vista a esa persona a la que había elegido al azar en una foto y declaré:

—No me gustas como para eso. Lo siento mucho. Eres muy agradable, pero yo… No me gustas como para eso.

Jason y Pip se giraron al unísono hacia mí. Una pequeña multitud estaba empezando a congregarse. Nuestros compañeros de clase habían salido al jardín para ver a qué se debía todo ese alboroto.

—¿Qué mierda? —repitió Tommy por tercera vez, antes de verse rodeado por sus amigos, que se habían acercado para ver si se encontraba bien.

Yo no dejaba de mirarlo mientras pensaba: «Esa era mi jodida chaqueta, casi siete años y nunca me gustaste en absoluto».

—Georgia —dijo Pip. Se había colocado a mi lado y ahora tiraba de mi brazo—. Creo que es hora de que nos vayamos a casa.



—Nunca me gustó —declaré en el coche mientras nos parábamos frente a la casa de Pip y yo apagaba el motor. Pip estaba sentada a mi lado y Jason iba detrás—. Siete años en los que he estado engañándome todo el tiempo.

Ambos estaban extrañamente silenciosos. Como si no supieran qué decir. De algún modo inexplicable, casi los estaba culpando. A Pip, al menos. Ella había sido la que me había animado a todo eso. Quien se había estado burlando de mi enamoramiento por Tommy durante siete años.

No, eso no era justo. Nada de esto era culpa suya.

—Todo es culpa mía —dije.

—No lo entiendo —replicó Pip, gesticulando furiosamente. Aún estaba un tanto achispada—. Tuviste un flechazo por él durante años. —Su voz se redujo—. Esta era tu… tu gran oportunidad.

Empecé a reírme.

Es increíble durante cuánto tiempo uno puede engañarse y hacer lo mismo con todo el mundo que le rodea.

La puerta de casa de Pip se abrió, y sus padres aparecieron llevando unas batas, tipo albornoz, a juego. Manuel y Carolina Quintana formaban otra de esas parejas perfectamente enamoradas y con una historia increíblemente romántica detrás. Carolina, que se había criado en Popayán, Colombia, y Manuel, que había crecido en Londres, se conocieron cuando este fue a visitar a su abuela moribunda a Popayán cuando tenía diecisiete años. Carolina era, literalmente, la vecina de al lado, y el resto ya era historia. Esas cosas suceden.

—Nunca he sentido un flechazo por nadie en toda mi vida —reconocí. Estaba empezando a asumirlo. Nunca había sentido un flechazo por nadie, ya fuera chico o chica, ni una sola persona que conociera. ¿Qué podía significar eso? ¿Acaso significaba algo? ¿O simplemente estaba viviendo mal la vida? ¿Había algo malo en mí? —. ¿Podéis creerlo?

Se produjo una nueva pausa antes de que Pip se decidiera a hablar.

—Bueno, está bien. Está bien, tía. Ya sabes que encontrarás a alguien…

—No lo digas —repliqué—. Por favor, no lo digas.

Y no lo hizo.

—Veréis, la idea, la idea en sí misma es agradable. La idea de que me gustara Tommy y de besarlo y de tener un momento precioso junto al fuego después del baile de graduación. Todo eso era muy agradable. Y es todo lo que quería. —Advertí que estaba apretando con fuerza el volante—. Pero en realidad *me asquea*.

No dijeron nada. Ni siquiera Pip, que siempre se mostraba muy charlatana cuando bebía. Ni siquiera mis mejores amigos podían pensar en alguna palabra amable con la que consolarme.

—Bueno… Ha sido una buena noche, ¿no? —balbuceó Pip mientras se tambaleaba para salir de mi coche. Sostuvo la puerta del pasajero abierta y me señaló con un gesto dramático, mientras la luz de las farolas se reflejaba en sus gafas—. Tú, muy bien. Sobresaliente. Y tú. —Empujó a Jason en el pecho mientras este se

trasladaba al asiento de delante—. Excelente. Un trabajo realmente excelente.

—Bebe agua —le aconsejó Jason dándole unas palmaditas en la cabeza.

Observamos cómo caminaba vacilante hasta la puerta principal y era suavemente reprendida por su madre por llegar bebida. Su padre nos saludó con la mano, y le devolvimos el saludo, y luego volví a poner el motor en marcha y salimos de allí. Podría haber sido una buena noche. Podría haber sido la mejor noche de mi vida, si realmente hubiera sentido un flechazo por Tommy.

La siguiente parada era en casa de Jason. Vivía en un edificio construido por sus padres, pues los dos eran arquitectos. Rob y Mitch se habían conocido en la universidad, donde asistían a la misma clase, y habían acabado compitiendo por seguir la misma formación arquitectónica. Rob había ganado, algo que proclamaba merecer, pero Mitch siempre decía que había dejado que le ganara porque le gustaba.

Cuando llegamos frente a su casa, dije:

—La mayoría de la gente de nuestra edad se ha besado con alguien.

A lo que él replicó:

—Eso no importa.

Pero yo sabía que sí. Que importaba. No era casualidad que yo fuera la única que se estaba quedando atrás. Todo lo que había sucedido esa noche era una señal de que necesitaba intentarlo con más ganas o me quedaría sola para el resto de mi vida.

—No me siento como una auténtica adolescente —declaré—. Es como si hubiera fallado en algo. —Y Jason obviamente no supo qué decir a eso, porque se quedó callado.

Sentada en mi coche en el sendero de acceso a la casa de mi familia, mientras aún me parecía sentir el espectro de la mano de un chico posada en mi muslo, ideé un plan.

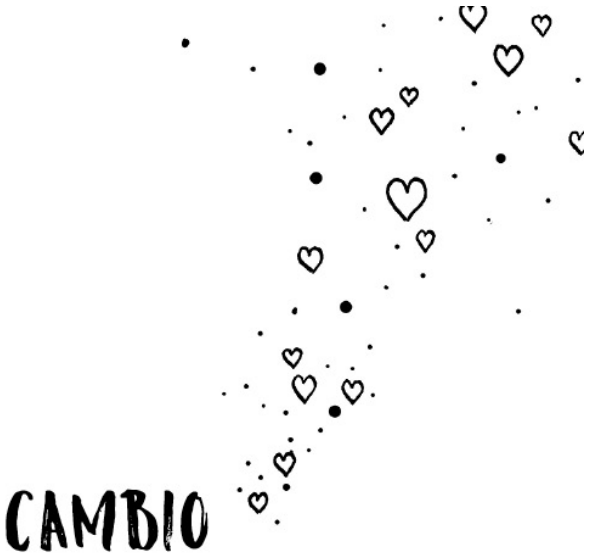
Muy pronto iría a la universidad. Allí tendría la oportunidad de reinventarme y convertirme en alguien que fuera capaz de enamorarse, alguien que encajara con mi familia, con la gente de mi edad, con el mundo. Haría un montón de nuevos amigos. Me apuntaría a todos los clubes. Tendría un novio. O una novia, si acaso. Una pareja. Tendría mi primer beso, y tendría sexo. Yo solo era una flor tardía. No iba a morir sola.

Lo intentaría con más ganas.

Quería ser amada para siempre.

No quería vivir sin amor.

Segunda parte



El viaje a la Universidad de Durham duraba seis horas, y me pasé la mayor parte del tiempo contestando al aluvión de mensajes que Pip me mandó por Facebook. Jason ya se había mudado un par de días antes y, aunque Pip y yo habíamos confiado en poder viajar juntas, al final resultó que mis maletas y cajas ocuparon completamente el maletero del coche de mi padre y también parte del asiento trasero, así que decidimos escribirnos mensajes e intentar localizarnos la una a la otra a lo largo de la autopista.

Felipa Quintana
¡Nuevo juego!
Si nos vemos por la autopista, conseguimos 10 puntos

Georgia Warr
¿Y qué obtenemos si conseguimos la mayoría de los puntos?

Felipa Quintana
La gloria eterna

Georgia Warr
Me gustaría conseguir una buena ración de gloria eterna

Felipa Quintana
TÍA, ¡¡¡ACABO DE VERTE!!!
Te he saludado con la mano y no me has visto
Rechazo
Una tragedia moderna, por Felipa Quintana

Georgia Warr
Lo superarás

Felipa Quintana
Necesitaré mucha terapia
Tú pagas

Georgia Warr
No pienso pagar tu terapia

Felipa Quintana
Qué antipática
Pensé que eras mi amiga

Georgia Warr
Usa tus 10 puntos para pagar la terapia

Felipa Quintana
QUIZÁ LO HAGA

El trayecto se hizo interminable, a pesar de los mensajes de Pip para hacerme compañía. Mi padre fue dormido casi todo el tiempo. Mi madre había insistido en elegir ella la emisora de radio, dado que estaba conduciendo, y todo fue autopista, destellos grises y verdes, y una sola parada para repostar. Mi madre me compró un paquete de patatas fritas para el camino, pero estaba demasiado nerviosa por el día que tenía por delante para poder probarlas, así que se quedaron sin abrir en mi regazo.

—Nunca se sabe —había dicho mi madre en un intento por animarme—. ¡Pero quizás encuentres algún joven encantador en tus clases!

—Quizá —respondí. «O a una joven encantadora. Dios, a cualquiera. Por favor. Estoy desesperada».

—Mucha gente conoce a la pareja de su vida en la universidad. Como tu padre y yo.

Mi madre solía mostrarme regularmente los chicos que pensaba que podían resultarme atractivos, como si yo pudiera simplemente dirigirme a alguien y preguntarle si quería salir conmigo. En todo caso, nunca pensé que sus elecciones fueran atractivas. Pero ella no perdía la esperanza. Sobre todo, creo, movida por la curiosidad. Estaba deseando saber qué clase de persona elegiría. Como cuando estás viendo una película y solo deseas que empiece la trama amorosa.

—Sí, es posible —repuse, no queriendo decirle que su intento por animarme solo me hacía sentir peor—. Eso estaría muy bien.

Empezaba a notar como si fuera a ponerme mala.

Pero probablemente todo el mundo se sentía así antes de empezar la universidad.

Durham es una pequeña y antigua ciudad con un montón de colinas y calles empedradas que me gustó al instante, porque me hizo sentir como si estuviera reviviendo la novela de Donna Tartt, *El secreto,* o inmersa en algún drama universitario igualmente profundo y misterioso, donde hubiera mucho sexo y asesinatos.

Y no es que estuviera precisamente de camino a experimentar alguna de las dos cosas.

Tuvimos que conducir hasta un enorme descampado, hacer cola con el coche y esperar a que nos convocaran, porque los colegios mayores de la Universidad de Durham son todos muy pequeños y no tienen aparcamiento propio. Muchos estudiantes y sus padres se apeaban de los coches para hablar unos con otros, mientras todos esperábamos. Sabía que yo también debía bajarme y empezar a socializar un poco.

Mi teoría era que mi timidez e introversión estaban íntimamente ligadas con mi situación de «no gustarme nadie». Tal vez porque no hablaba con muchas personas, o puede que, simplemente, la gente

me agobiara en general, y por eso nunca había querido besar a nadie. Si lograba mejorar mi confianza y procuraba ser un poco más abierta y sociable, tal vez sería capaz de hacer y sentir todas esas cosas, como la mayoría de las personas.

Empezar la universidad era un buen momento para intentarlo.

Felipa Quintana
Oye, ¿estás en la cola?
Me he hecho amiga de la vecina del coche de al lado
Se ha traído un enorme helecho con ella
Mide metro y medio de alto
Última hora: el helecho se llama Roderick

Estaba a punto de contestar o puede que incluso de salir del coche para conocer a la amiga de Pip y a Roderick cuando mi madre volvió a poner el motor en marcha.

—Nos están llamando —dijo, apuntando un poco más adelante donde alguien con un chaleco reflectante nos estaba haciendo señas.

Mi padre se volvió en redondo para sonreírme.

—¿Estás lista?

Aquello sería duro, sin duda, y daría un poco de miedo y probablemente sería vergonzoso, pero me convertiría en alguien que podría experimentar la magia del romance.

Sabía que tenía «toda una vida por delante y que algún día sucedería», pero sentía que si no era capaz de cambiar y hacer que eso sucediera en la universidad ya nunca pasaría.

—Sí —contesté.

Y, por otra parte, tampoco quería esperar. Quería que sucediera ya.



—¡Oh, no! —exclamé ante la puerta del que sería mi dormitorio durante los próximos nueve meses, al tiempo que algo dentro de mí se desmoronaba.

—¿Qué pasa? —preguntó mi padre dejando una de mis bolsas en el suelo y bajando las gafas desde lo alto de su cabeza.

—Oh, bueno —repuso mi madre—, sabías que existía la posibilidad de que esto sucediera, cariño.

En el centro de la puerta de mi dormitorio habían pegado mi foto y al pie estaba escrito «Georgia Warr» en tipografía Times New Roman, al lado de la foto de otra chica con largo pelo castaño y una sonrisa que parecía ingenuamente positiva en su naturalidad, coronada por unas cejas perfectamente depiladas. Debajo de la misma aparecía el nombre de «Rooney Bach».

Durham era una antigua universidad inglesa regida por un estricto sistema escolar. En lugar de edificios dedicados a residencias, la universidad estaba compuesta por «colegios mayores» diseminados por toda la ciudad. El colegio era el lugar donde dormías, te duchabas y comías, pero también una institución

a la que mostrabas tu lealtad por medio de los distintos eventos organizados por sus miembros, prestando apoyo a sus equipos deportivos y participando en los distintos comités rectores de los estudiantes.

St. John's College, el colegio en el que había sido aceptada, era un viejo edificio. Y, debido a ello, algunos estudiantes que se alojaban en él debían compartir habitaciones.

Simplemente, no había considerado que pudiera tocarme a mí.

Una oleada de pánico me invadió. No podía tener una compañera de cuarto: muy pocos estudiantes en Inglaterra tenían compañeros de cuarto en la universidad. Necesitaba mi propio espacio. ¿Cómo se supone que iba a dormir o a leer mis fan-fics o a vestirme o a hacer cualquier cosa con alguien más en la habitación? ¿Cómo se supone que podía relajarme cuando me iba a ver obligada a socializar con otra persona cada momento que estuviera despierta?

Mi madre apenas pareció advertir que yo había entrado en pánico. Solo dijo:

—Bueno, démonos prisa entonces. —Y abrió la puerta por mí.

Rooney Bach ya estaba allí, vestida con unas mallas y un polo, regando un helecho de metro y medio de alto.

Lo primero que Rooney Bach me dijo fue:

—¡Oh, Dios!, ¿eres Georgia Warr?

Como si yo fuera una celebridad. Pero ni siquiera esperó mi respuesta antes de apartar el vaso con el que regaba, coger de su cama un gran rollo de un grueso tejido azul agua, que supuse que sería una alfombra, y tendérmelo.

—Alfombrilla —dijo—. ¿Alguna pega?

—Mmm —farfullé—. Es genial.

—Vale, perfecto. —Sacudió la alfombrilla en el aire y luego la posó en el centro de nuestra habitación—. Ya está. Le hacía falta una nota de color.

Creo que me hallaba ligeramente en *shock,* porque solo entonces eché un vistazo en condiciones a la habitación. Era grande, pero bastante sobria, como esperaba que fuera: los dormitorios de las viejas universidades inglesas nunca son acogedores. La moqueta tenía un mohoso tono azul grisáceo, el mobiliario era de color beige y con aspecto de plástico, y nuestras camas, muy pequeñas. Rooney ya había extendido unas brillantes y floreadas sábanas sobre la suya. En cambio, la mía parecía como salida de un hospital.

La única parte agradable de la habitación era la enorme ventana de guillotina. La pintura del marco de madera se estaba desconchando y sabía que entraría mucho aire por ella, pero era bastante bonita, y se podía ver todo el paisaje hasta el río.

—¡Qué bien has decorado todo ya! —le estaba diciendo mi padre a Rooney.

—Oh, ¿eso cree? —contestó esta. E inmediatamente procedió a hacer a mi madre y a mi padre toda la visita de su lado de la habitación, mostrándoles los detalles principales: una fotografía enmarcada de unas praderas (le gustaba salir a pasear al campo) y un cartel de *Mucho ruido y pocas nueces* (su obra favorita de Shakespeare), su cubre edredón de forro polar (también azul agua, para hacer juego con la alfombrilla), la planta de interior (cuyo nombre, lo había oído bien, era Roderick), una lámpara color agua para la mesa (de John Lewis) y, lo más importante, un cartel gigante en el que se podía leer «No dejes de soñar despierto» escrito con una enrevesada caligrafía.

Durante todo el tiempo estuvo sonriendo. Su pelo, recogido en una cola de caballo, se balanceaba a un lado y a otro, mientras mis padres trataban de no perder ripio debido a lo rápido que hablaba.

Me senté en mi cama en la mitad gris de la habitación. No había traído ningún póster, tan solo algunas fotografías impresas de Pip, Jason y yo.

Mi madre me miró desde el otro lado de la habitación mostrándome una sonrisa compungida, como si supiera que deseaba volver a casa.

—Puedes enviarnos mensajes siempre que quieras, cariño —dijo mi madre, cuando nos despedimos en la puerta del colegio. Allí de pie en la calle empedrada, en medio del frío de octubre, me sentí vacía y perdida, con mis padres a punto de dejarme.

«No quiero que os marchéis», era lo que deseaba decirles.

—Y Pip y Jason están un poco más abajo de la calle, ¿no es así? —continuó papá—. Puedes acercarte y quedar con ellos en cualquier momento.

Pip y Jason estaban alojados en otro colegio diferente, el University College, o «Castillo», como era comúnmente apodado por los estudiantes de aquí, ya que, literalmente, formaba parte del castillo de Durham. Ambos habían dejado de contestar a mis mensajes un par de horas antes. Probablemente porque estaban muy ocupados desembalando sus cosas.

«Por favor, no me dejéis sola», deseé decirles.

—Sí —contesté.

Eché un vistazo a mi alrededor. Este sería mi hogar a partir de ahora.

Durham. Era como un pueblo salido de una adaptación de Dickens. Todos sus edificios eran altos y antiguos. Cada casa parecía construida con fragmentos de piedra. Ya podía imaginarme recorriendo las calles adoquinadas y entrando en la catedral vestida con mi traje de graduación. Aquí era donde se suponía que debía estar.

Ambos me abrazaron. Pero no lloré, a pesar de que tenía muchas, muchísimas ganas de hacerlo.

—Este es el comienzo de una gran aventura —dijo mi padre.

—Puede ser —murmuré en su chaqueta.

No podía soportar la idea de quedarme allí y ver cómo se alejaban por la calle de camino al coche, de modo que, en cuanto se dieron la vuelta para marcharse, yo hice lo mismo.

De regreso a mi habitación, encontré a Rooney pegando una fotografía en la pared, justo en medio de todos sus carteles. En la fotografía aparecía ella, quizá con trece o catorce años, al lado de una chica con el pelo teñido de rojo como el de Ariel, la Sirenita.

—¿Es esa tu amiga de la infancia? —pregunté. Al menos era un buen modo de comenzar la conversación.

Rooney giró la cabeza para mirarme y, durante un instante, me pareció percibir una extraña expresión cruzar por su rostro. Pero entonces desapareció, reemplazada por su ancha sonrisa.

—¡Sí! —contestó—. Es Beth. Ella… obviamente no está aquí, pero… sí. Es mi amiga. ¿Tú conoces a alguien en Durham? ¿Estás sola aquí?

—Oh, bueno, dos de mis mejores amigos también han venido, aunque les ha tocado el Castillo.

—¡Oh, eso está muy bien! Una pena que no consiguieras plaza en el mismo colegio.

Me encogí de hombros. Aunque la junta de admisión de Durham tenía en consideración las opciones del colegio que habías elegido, no todo el mundo conseguía la primera opción. Yo también había intentado alojarme en el Castillo, pero había terminado aquí.

—Lo intentamos, pero, bueno...

—Estarás bien —aseguró Rooney—. Seremos amigas.

Quiso ayudarme a desembalar mis cosas, pero rechacé su ofrecimiento, decidida al menos a hacer esto por mi cuenta. Mientras deshacía el equipaje, ella se sentó en su cama charlando conmigo, y así supimos que ambas habíamos decidido estudiar Literatura. Entonces ella declaró que no se había mirado ninguna de las lecturas de verano. Yo las había leído todas, pero no quise mencionarlo.

Rooney, como muy pronto supe, era increíblemente parlanchina, aunque tenía la impresión de que estaba esforzándose por mostrarse feliz y vivaracha. Lo que me pareció muy conveniente. Quiero decir que era nuestro primer día de universidad, y todo el mundo iba a intentar con todas sus fuerzas hacer amigos. Sin

embargo, no fui capaz de averiguar qué tipo de persona era en realidad, una cuestión sin duda preocupante, dado que íbamos a estar conviviendo la una con la otra durante casi un año entero.

¿Nos haríamos amigas íntimas? ¿O terminaríamos la una con la otra antes de marcharnos en verano y no volveríamos a hablarnos?

—Y bien… —Examiné la habitación en busca de algo de lo que hablar, antes de que mis ojos aterrizaran en su póster de *Mucho ruido*—. ¿Te gusta Shakespeare?

La cabeza de Rooney se apartó de su móvil.

—¡Sí! ¿Y a ti?

Asentí.

—Mmm, bueno, sí. Allá en mi casa, formé parte de un grupo juvenil de teatro e interpreté un montón de obras en el colegio. Shakespeare siempre fue mi favorito.

Eso consiguió que Rooney se sentara más erguida con los ojos muy abiertos y resplandecientes.

—Espera un momento. ¿Tú actúas?

—Mmm…

Había actuado, pero, bueno, ahora la cosa era un poco más complicada.

Al comienzo de mi adolescencia, deseaba ser actriz y, por esa razón, me uní al grupo de teatro juvenil al que Pip ya asistía y empecé a presentarme a las audiciones para las obras de teatro del colegio con ella. Y se me daba bien. Conseguí notas muy altas en la clase de interpretación del colegio. Normalmente me ofrecían papeles bastante principales con mucho diálogo en los dramas y musicales que representábamos.

Pero, a medida que fui haciéndome mayor, actuar empezó a ponerme nerviosa. Y cuantas más obras interpretaba, más sentía el miedo escénico, hasta que finalmente, cuando me presenté a la audición de *Los miserables*, estando en segundo de bachillerato, temblaba tanto que fui relegada a un papel de solo una frase e, incluso así, al llegar el momento, vomitaba antes de cada función.

De modo que, tal vez, una carrera como actriz no fuera lo más adecuado para mí.

A pesar de todo, planeaba continuar actuando en la universidad. Aún disfrutaba imaginando papeles e interpretando guiones; era la audiencia lo que me generaba problemas. Solo necesitaba trabajar mi confianza. Me apuntaría a la sociedad de teatro estudiantil y quizá me presentaría para alguna obra. Necesitaba unirme al menos a una sociedad, si quería «ampliar mi círculo, abrirme y conocer a gente nueva».

Y encontrar a alguien del que enamorarme.

—Sí, un poco —contesté.

—Oh, Dios. —Rooney se llevó una mano al corazón—. Eso es increíble. Podemos apuntarnos juntas al TED.

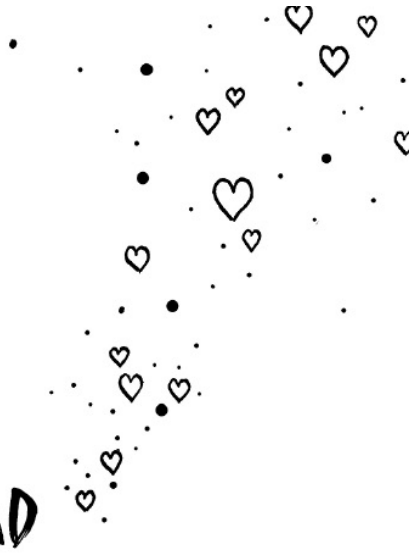
—¿El TED…?

—El Teatro Estudiantil de Durham. Se encargan básicamente de coordinar todas las asociaciones de teatro de Durham. —Rooney balanceó su cola de caballo hacia atrás—. La sociedad de Shakespeare es, literalmente, la principal sociedad a la que quiero apuntarme. Sé que la mayoría de los novatos participan en la Función de Novatos, pero he echado un vistazo a las obras que representaron en años anteriores y parecen bastante aburridas. Así que al menos voy a intentar unirme a la de Shakespeare. Dios, estoy rezando para que hagan alguna tragedia. *Macbeth* es, literalmente, mi gran sueño…

Rooney continuó sin que pareciera importarle si yo la estaba escuchando o no.

Teníamos algo en común. Actuar. Y eso era bueno.

Quizá Rooney fuera mi primera nueva amiga.



UNA NUEVA AMISTAD

—¡Oh, guau! —exclamó Jason más tarde ese día, cuando él y Pip entraron en mi..., bueno, en la habitación que Rooney y yo compartíamos—. Es del tamaño de mi jardín.

Pip estiró los brazos e hizo una voltereta en el sitio, enfatizando la innecesaria cantidad de espacio vacío de la habitación.

—No sabía que te habías unido al colegio de la alta burguesía.

—No entiendo por qué simplemente no han construido… un muro por la mitad —dije señalando el espacio que quedaba entre mi lado de la habitación y el de Rooney, que ahora mismo estaba ocupado por la alfombrilla color agua de mi compañera.

—Te veo un rollo muy Trump —indicó Jason.

—Por Dios, cállate.

Rooney se había marchado poco antes con un grupo de gente que había conocido en el pasillo. Me había invitado a ir con ella, pero, sinceramente, necesitaba algún tiempo a solas. Había hecho todo lo posible por saludar a gente nueva durante gran parte del día y realmente, realmente, necesitaba ver algún rostro familiar. Así que invité a Jason y a Pip a que se pasaran por mi habitación antes de

que empezaran los eventos de las veladas de novatos en nuestros respectivos colegios y, gracias a Dios, ambos habían terminado de desembalar sus cosas y no tenían nada más que hacer.

Ya les había puesto en antecedentes sobre Rooney: que le gustaba el teatro y que parecía muy agradable, aunque su lado de la habitación era un retrato mucho mejor de su personalidad.

Jason lo examinó y luego miró a mi lado.

—¿Por qué su lado parece el dormitorio de alguna *influencer* de Instagram y el tuyo recuerda a la celda de una cárcel? ¡Con todas las bolsas que has traído!

—No está tan mal. Y muchas de las bolsas contienen libros.

—Georgia, tía —dijo Pip, que se había dejado caer en mi cama —. Su lado recuerda a Disneyland y el tuyo parece sacado de una foto de la hemeroteca.

—No he traído ningún póster —dije—. Ni luces de colores.

—¡Por Dios, Georgia!, ¿cómo demonios se te han olvidado las guirnaldas con luces de colores? Son un elemento esencial en la decoración de los dormitorios de universidad.

—¡No lo sé!

—Te sentirás muy triste sin tus luces de colores. Todo el mundo se siente triste sin guirnaldas de colores.

—Creo que Rooney ha traído suficiente para las dos. E incluso me deja compartir su alfombra.

Pip bajó la vista a la alfombra color agua e hizo un gesto de aprobación.

—Sí. Es una buena alfombra.

—Es solo una alfombra.

—Una muy peluda. Eso es sexi.

—¡Pip!

Pip de pronto dio un salto para ponerse en pie y miró fijamente al helecho de Rooney, en una esquina de la habitación.

—Espera un momento. Esa planta…

Jason y yo nos volvimos para mirar a Roderick.

—Oh —exclamé—. Sí. Ese es Roderick.

Y ese fue el momento en que Rooney Bach regresó a nuestra habitación.

Abrió la puerta de golpe, soltó una patada al estuche que contenía su *Antología Norton* y que hacía las veces de tope y se volvió para mirarnos con un vaso de cartón de Starbucks en la mano.

—¡Invitados! —exclamó, sonriendo hacia los tres.

—Mmm, sí —contesté—. Estos son mis amigos de siempre, Pip y Jason —dije señalando a cada uno—. Esta es mi compañera de cuarto, Rooney.

Los ojos de Rooney se abrieron mucho.

—Oh, Dios mío. Son ellos.

—Sí, somos nosotros —intervino Pip, arqueando una ceja.

—¡Y ya nos conocemos! —Rooney le hizo a Pip un repaso completo de arriba y abajo, desde los ojos que parpadearon ligeramente detrás de sus gafas de concha hasta los calcetines a rayas que podían verse por debajo de sus pantalones vaqueros con vuelta, antes de dirigirse a ella y extender su mano con tal vigor que Pip la miró, durante un breve segundo, asustada.

Le estrechó la mano, y ella, a su vez, le hizo un repaso completo desde sus zapatillas Adidas originales hasta la goma del pelo apenas visible en lo alto de su coleta.

—Sí. Ya he visto que Roderick está bien instalado.

La ceja de Rooney tembló como si estuviera sorprendida y a la vez complacida por que Pip hubiera reaccionado con una broma.

—Lo está, y parece disfrutar mucho del aire del norte.

Entonces se volvió hacia Jason y volvió a tender la mano, que él estrechó.

—Nosotros no nos hemos conocido, pero me gusta tu chaqueta —le dijo.

Jason bajó la vista hacia su cuerpo. Vestía la misma chaqueta de borreguito marrón que había llevado durante años. Yo creía sinceramente que debía de ser la prenda más cómoda que existía en el planeta.

—Oh, vale. Sí, gracias.

Rooney sonrió y dio una palmada.

—Es tan agradable poder conoceros. Vamos a tener que hacernos amigos ahora que Georgia y yo ya lo somos.

Pip me lanzó una mirada de curiosidad como diciendo: «¿Amigas? ¿Tan pronto?».

—Mientras no nos dejes sin ella —bromeó Jason, aunque Pip giró la cabeza para mirarlo, como si se tomara la afirmación muy en serio.

Rooney lo advirtió y la comisura de sus labios se curvó en una sonrisa.

—Por supuesto que no —aseguró.

—He oído que te interesa el teatro —dijo Pip. Y pude detectar un tono nervioso en su voz.

—¡Sí! ¿A ti también?

—¡Sí! Todos asistimos al mismo grupo de teatro juvenil. Y también interpretamos las obras juntos.

Rooney parecía genuinamente emocionada ante esa perspectiva. Definitivamente, su amor por el teatro no era fingido, aunque algunas de sus sonrisas lo fueran.

—¿Entonces te vas a presentar para alguna obra en el TED?

—Obviamente.

—¿Algún papel protagonista?

—Obviamente.

Rooney sonrió y, después de dar un sorbo a su vaso de cartón de Starbucks, declaró:

—Bien. Entonces seremos competidoras.

—Supongo… que así será —admitió Pip, perpleja, sorprendida y confundida al mismo tiempo.

Rooney, de pronto, puso cara de preocupación y comprobó su móvil.

—Oh, lo siento, tengo que volver a salir. He quedado en Vennels con una chica con la que he estado chateando por Facebook sobre

la Sociedad de Literatura. ¿Os veré luego a las seis para la barbacoa de novatos?

Y entonces desapareció, mientras yo me preguntaba qué sería Vennels, por qué no conocía su existencia y cómo Rooney sí estaba enterada, cuando, al igual que yo, apenas llevaba aquí la mitad del día.

Cuando me volví hacia mis amigos, Pip estaba de pie inmóvil con una expresión atónita en el rostro que la hacía parecer una científica de dibujos animados después de una explosión.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Pip tragó saliva y sacudió ligeramente la cabeza.

—Nada.

—¿Qué?

—Nada. Parece agradable.

Conocía esa mirada. Era una mirada muy propia de Pip que conocía muy bien. Se la había visto cada vez que le tocaba ser pareja en clase de Gimnasia de Alicia Reece—uno de sus flechazos más intensos en cuarto de secundaria—. La había visto cuando asistimos a un pequeño acto de bienvenida para conocer a la banda femenina de pop *Little Mix* y pudo abrazar a Leigh-Anne Pinnock.

A Pip no le gustaban muchas chicas, es más, de hecho era bastante selectiva. Pero cuando alguien le gustaba, era muy muy evidente. Al menos para mí. Yo siempre era capaz de adivinar cuándo una persona había sentido un flechazo por otra.

Antes de que pudiera hacer algún comentario, Jason interrumpió. Estaba observando la foto de Rooney y Beth, la chica con el pelo de la Sirenita.

—Es tan raro que hayas acabado con una compañera de cuarto. ¿Qué es lo que escribiste en tu cuestionario de personalidad?

Todos habíamos tenido que rellenar un cuestionario de personalidad tras haber sido aceptados en Durham, de modo que, si teníamos que compartir habitación, pudieran emparejarnos con alguien que tuviera gustos afines.

Me estrujé el cerebro para recordar lo que había escrito en el mío y entonces todo pareció encajar.

—Shakespeare —dije—. Una de las preguntas del cuestionario era sobre tus gustos. Yo escribí Shakespeare.

—¿Y bien? —preguntó Jason.

Señalé hacia el póster de Rooney de *Mucho ruido y pocas nueces.*

—Oh, Dios —exclamó Pip, abriendo mucho los ojos—. ¿Acaso es también una fanática de Shakespeare? ¿Al igual que nosotros?

—Eso dice.

Jason asintió, con gesto complacido.

—¡Eso está muy bien! Ya tenéis algo en común.

—Sí —dijo Pip, demasiado rápido—. Hazte amiga de ella.

—Somos compañeras de cuarto. Así que, con un poco de suerte, seremos amigas.

—Eso está bien —repitió Jason—. Sobre todo, porque ya no vamos a poder vernos todo el tiempo.

Su comentario me hizo detenerme.

—¿No vamos a poder?

—Bueno, no creo. Me refiero al menos a esta semana. Estamos en distintos colegios.

La verdad es que no había pensado en ello. Me había hecho a la idea de que nos veríamos a diario, saldríamos por ahí, exploraríamos Durham y emprenderíamos juntos nuestra travesía universitaria. Pero todos los eventos de novatos se celebraban en nuestros respectivos colegios. Estábamos en cursos distintos: yo en Literatura; Jason, en Historia; y Pip, en Ciencias Naturales. Así que tenía razón. Probablemente no iba a poder ver demasiado a Pip y a Jason durante toda esta semana.

—Supongo que sí —admití.

Quizá no fuera tan malo. Quizá sería el empujón que necesitaba para ampliar mis contactos, encontrar nuevas personas y nuevas experiencias.

Quizá todo eso podría formar parte del plan. Del plan de vivir un romance.

—Está bien —dijo Pip, palmeándose los muslos y dando un pequeño saltito—. Tenemos que marcharnos. Yo aún no he terminado de sacar todas mis camisetas.

Dejé que Pip me envolviera en un abrazo antes de desaparecer trotando de mi habitación, dejándonos solos a Jason y a mí. No quería que Jason y Pip se marcharan, como tampoco había querido que mis padres lo hicieran. No quería quedarme sola.

—Ojalá me hubiera tocado también en el Castillo —declaré, sonando como una niña de cinco años.

—Estarás bien —aseguró Jason con su tono sosegado habitual. Nada parecía perturbarlo. Era lo más opuesto a la ansiedad que pudieras imaginar. Desprendía una absoluta e infalible paz mental.

Tragué con fuerza. Realmente sentía ganas de llorar. Tal vez me vendría bien soltar alguna lagrimita antes de que Rooney regresara.

—¿Puedes darme un abrazo? —pregunté.

Jason hizo una pausa. Algo ilegible cruzó su rostro.

—Sí —contestó—. Claro. Ven aquí.

Crucé la habitación y dejé que me rodeara en un cálido abrazo.

—Estarás bien —dijo de nuevo, frotando las manos suavemente por mi espalda, y no sé si lo creí, pero me gustó oírlo de todos modos. Y, además, Jason siempre daba los abrazos más cálidos y cariñosos.

—Está bien —murmuré en su chaqueta.

Cuando se apartó, sus ojos miraron a otro lado.

Es posible incluso que se hubiera sonrojado ligeramente.

—¿Te veré pronto? —dijo, sin mirarme.

—Sí —respondí—. No dejes de mensajearme.

Mi amistad con Pip y Jason no cambiaría. Por amor de Dios, la habíamos forjado a lo largo de siete años, desde secundaria a bachillerato. Saliéramos juntos todo el tiempo o no, siempre seríamos amigos. Nada podía arruinar lo que teníamos.

Tratar de concentrarme en mi nueva amistad con Rooney Bach, una compañera entusiasta de Shakespeare que era significativamente más sociable que yo, solo podía traer cosas buenas.



PENSAMIENTO ROMÁNTICO

En la barbacoa de novatos del St. John's, Rooney se movía por el patio como una ambiciosa empresaria en una importante convención dispuesta a establecer contactos. Era capaz de conectar con la gente de forma rápida y sencilla, lo que me dejaba atónita y, para ser sincera, muerta de envidia.

No me quedó otra opción más que seguirla como una sombra. Yo no sabía cómo mezclarme por mi cuenta.

La universidad era el lugar donde la mayoría de la gente hacía amistades duraderas. Mis padres aún se veían con sus compañeros de facultad cada año. El padrino de mi hermano había sido uno de sus amigos del campus. Yo sabía que contaba con Pip y Jason, de modo que no es que comenzara mis estudios sin amigos, pero aun así confiaba en poder conocer a algunas personas con las que llevarme bien.

En la barbacoa, la gente iba a la caza de amistades. Todos se mostraban extra ruidosos y extra amistosos haciendo más preguntas de las que normalmente se considerarían socialmente aceptables. Intenté hacerlo lo mejor posible, pero no se me daba

demasiado bien. Me olvidaba de los nombres de la gente tan pronto como me los decían. No hacía suficientes preguntas. Todos los chicos pijos que provenían de colegios privados y vestían jerséis con cremallera parecían juntarse entre sí.

Pensé en hacer algún progreso en mi búsqueda del amor, pero no experimenté ningún sentimiento romántico hacia aquellos que conocí, y estaba demasiado ansiosa para intentarlo y forzarme a mí misma a sentirlo.

Rooney, por su parte, no paraba de tontear.

Al principio, creí que lo estaba imaginando. Pero, cuanto más la observaba, más pude apreciar cómo lo hacía. Me fijé en la forma en que tocaba a los chicos en el brazo y les sonreía alzando los ojos, o bajándolos, pues era muy alta. En la forma en que escuchaba cuando estos hablaban y se reía de sus bromas. En cómo establecía contacto directo visual, con esa clase de mirada que te hacía sentir como si te conociera.

Era una absoluta maestra.

Lo que me resultó más interesante es que repitió esa misma táctica con muchos chicos. Me pregunté cuál sería su propósito. ¿Qué estaría buscando? ¿Algún novio potencial? ¿Oportunidades de salir? ¿O simplemente lo hacía por diversión?

En cualquier caso, pensé mucho en ello esa misma noche mientras trataba de conciliar el sueño en una habitación nueva y en una cama nueva, con una persona ya dormida a pocos metros de mí.

Rooney parecía saber exactamente lo que debía hacer. La había visto dominar el escenario. Preparar ese juego prerromance. Lo hacía de la misma forma en la que entablaba amistad con la gente, con la maestría de alguien que ha adquirido mucha práctica y muchos éxitos. ¿Podría yo hacer algo así? ¿Podría imitarla?

¿Me enseñaría cómo hacerlo?

El lunes por la mañana, Rooney pareció necesitar una enorme cantidad de esfuerzo para conseguir levantarse. Yo creía que no se me daba bien despertarme por las mañanas, pero Rooney tuvo que aporrear su despertador al menos cinco veces, antes de conseguir salir de la cama. Todas sus alarmas eran la canción «Spice Up Your Life» de las *Spice Girls*. Yo me desperté a la primera.

—No sabía que usaras gafas —fue lo primero que me dijo cuando finalmente consiguió levantarse.

—Llevo lentillas la mayor parte del tiempo —expliqué, y eso me recordó lo sorprendida que se había sentido Pip cuando descubrió, con once años, que yo era corta de vista, después de llevar más de seis meses de amistad. Había empezado a usar lentillas ese verano antes de empezar secundaria.

Cuando le pregunté torpemente si quería bajar a la cafetería a desayunar, me puso una cara como si le hubiera sugerido que nos arrojáramos por la ventana, antes de reemplazar su expresión con una amplia sonrisa y contestar:

—¡Claro, suena genial! —Entonces se puso ropa deportiva y volvió a ser la parlanchina y extrovertida Rooney que había conocido el día anterior.

Me mantuve cerca de ella en nuestro primer día oficial de la Semana de los Novatos, desde la conferencia de presentación del curso de Literatura, hasta nuestra tarde libre. Durante la conferencia, ella entabló rápidamente conversación con la persona que tenía sentada a su lado y, por la tarde, salimos a tomar un café con varios estudiantes que también estaban en nuestro curso. Ella se había hecho amiga de todos, aunque se apartó del grupo para hablar con un chico que era claramente atractivo de una forma convencional. Estaba ligando con él. Tocando su manga. Riéndose. Mirándole a los ojos.

Parecía tan sencillo. Pero el solo hecho de imaginarme a mí misma haciendo algo así me hacía sentir náuseas.

Espero que no parezca que pensaba mal de Rooney por ligar y establecer contactos y prepararse a sí misma, sin lugar a dudas,

para algún tipo de gran romance universitario que pudiera relatar a sus nietos cuando fuera lo suficientemente mayor para compartirlo.

Simplemente, me sentía muy muy celosa de no poder ser como ella.

El principal acto del martes de la Semana de Novatos era la Matriculación del Colegio, una extraña ceremonia pseudorreligiosa que tenía lugar en la catedral de Durham, en la que se nos daba la bienvenida a la universidad. Todos teníamos que ir muy elegantes y llevar las togas de nuestro colegio, lo que me hizo sentir muy sofisticada.

Me quedé junto a Rooney hasta que, a la salida de la catedral, divisé a Pip y a Jason, caminando juntos a través del césped, sin duda para dirigirse a su propia ceremonia de matriculación. Ellos me vieron y corrimos a través del patio para encontrarnos en lo que pareció una especie de escena a cámara lenta con la música de *Carros de fuego* sonando de fondo.

Pip saltó sobre mí, casi ahogándome con la toga de su colegio. Iba vestida tan elegante como durante la graduación: con un traje de chaqueta y corbata, unos perfectamente ondulados y sedosos rizos, y se había puesto una colonia con aroma a bosque después de la lluvia. Era como volver a casa.

—Voy a escribir al St. John's una carta de queja —dijo hacia mi hombro— para pedirles que te transfieran al Castillo.

—No creo que sirva de nada.

—Servirá. ¿Te acuerdas cuando me quejé en Tesco y me enviaron cinco paquetes de Maltesers? Sé cómo redactar una dura carta de reclamación.

—Tú ignórala —recomendó Jason. Él también iba vestido con traje y estaba muy elegante—. Aún tiene resaca por la fiesta de anoche.

Pip retrocedió, ajustándose el cuello de la camisa y la corbata. Parecía un poco menos alegre de lo habitual.

—¿Estás bien? —me preguntó—. ¿Tu compañera de cuarto es normal? ¿Estás muriéndote por el estrés?

Consideré las preguntas y repliqué:

—No a todo.

Y hablando de Rooney, miré por encima del hombro de Pip para ver hasta dónde había seguido andando y descubrí que se había parado al borde del cementerio y miraba hacia atrás. Justo hacia nosotros.

Pip y Jason se volvieron a mirar.

—Oh, ahí está —murmuró Pip, e inmediatamente empezó a ahuecarse el pelo. Pero Rooney aún nos miraba y sonrió saludando con la mano, directamente hacia Pip, que alzó torpemente la mano y le devolvió el saludo con una sonrisa nerviosa.

Me pregunté de pronto si Pip tendría alguna oportunidad con Rooney. Mi compañera parecía ser totalmente hetero, a juzgar por los muchos chicos con los que la había visto flirtear y que no había intentado nada parecido con las chicas, pero la gente puede sorprenderte.

—¿Te llevas bien con ella? —preguntó Jason.

—Es muy agradable, sí. Es mucho mejor que yo en…, bueno, en todo, lo que resulta bastante molesto, pero está bien.

Pip frunció el ceño.

—¿Mejor que tú en qué?

—Oh, ya sabes. En hacer amigos y, no sé, en hablar con la gente.

«Ligar. Buscarse amoríos. Enamorarse, probablemente».

Ni Jason ni Pip parecieron impresionados por la respuesta.

—Está bien —dijo Pip—. Pasamos a buscarte esta noche.

—No tienes por qué hacerlo.

—Nada de eso, reconozco un grito de ayuda cuando lo oigo.

—No estoy pidiendo ayuda.

—Necesitamos urgentemente tener una noche de *pizza*.

Inmediatamente comprendí a dónde quería llegar.

—Tú lo que quieres es tener la oportunidad de hablar con Rooney otra vez, ¿no es así?

Pip se me quedó mirando durante un buen rato.

—Puede que sí —contestó—. Pero también me preocupo por ti. Y me preocupo por la *pizza*.

—¿Así que ella es insoportablemente buena para conseguir gustar a la gente? —concluyó unas horas más tarde Pip, con la boca llena de *pizza*.

—Eso es, más o menos, sí —reconocí.

Jason agitó la cabeza.

—¿Y tú quieres ser como ella? ¿Por qué?

Los tres estábamos repantigados en la alfombra color agua de Rooney, con la *pizza* en el centro. Habíamos tenido un leve debate sobre si ver la película favorita del grupo, *Moulin Rouge*, o la favorita de Jason, la versión con actores reales de *Scooby-Doo*, pero finalmente acabamos poniendo *Scooby-Doo* en mi portátil. Rooney había salido esa noche a algún tipo de bar temático y, de no haber hecho planes con mis amigos, probablemente la habría acompañado. Pero esto era mucho mejor. Todo era mucho mejor cuando Jason y Pip estaban conmigo.

No podía decirles lo desesperada que estaba por tener una relación romántica, porque sabía que era patético. Creedme. Siempre he apoyado que las mujeres deben intentar ser fuertes e independientes y que no hace falta encontrar el amor para tener éxito en la vida. Y sabía que el hecho de que deseara desesperadamente tener un novio, o una novia, o una pareja, quien quiera que fuera, era una señal de que yo no era ni fuerte ni independiente, ni autosuficiente, ni estaba feliz sola. La verdad es que estaba muy sola y quería ser amada.

¿Acaso eso era algo tan malo? ¿Desear tener una conexión íntima con otro ser humano?

No lo sabía.

—Le resulta tan fácil hablar con la gente —dije.

—Así es la vida cuando eres anormalmente atractiva —aseguró Pip.

Jason y yo la miramos divertidos.

—¿Anormalmente atractiva? —repetí.

Pip dejó de masticar.

—¿Qué pasa? ¡Lo es! ¡Solo estoy constatando los hechos! Tiene ese tipo de energía que transmite: «Podría pasar por encima de ti y te gustaría».

—Muy interesante —comentó Jason alzando una ceja.

Pip empezó a sonrojarse.

—¡Solo estoy haciendo una observación!

—… Está bien.

—No me mires así.

—No lo estoy haciendo.

—Sí lo haces.

Desde lo sucedido en la fiesta posgraduación, había estado pensando seriamente en si yo sería lesbiana, igual que Pip. Eso tendría sentido. Quizá mi falta de interés por los chicos era porque, de hecho, me interesaban las chicas.

Esa sería una explicación muy lógica a mi situación.

De acuerdo con Pip, las señales para advertir si eres lesbiana eran, en primer lugar, sentirse ligeramente obsesionada con una chica, confundir eso con admiración y, a veces, pensar en cogerle la mano; y, en segundo lugar, sentir una fijación inconsciente por determinadas heroínas malvadas de los dibujos animados.

Bromas aparte, yo nunca había sentido ningún flechazo por una chica, de modo que no tenía ninguna prueba que apoyara esa teoría.

Quizá fuera bi o pansexual, ya que no parecía tener ninguna preferencia en ese sentido.

El siguiente par de horas lo pasamos hablando, picoteando y, ocasionalmente, echando un vistazo a la pantalla de mi portátil para ver la película. Pip divagó largo y tendido sobre lo interesante que

había sido su clase introductoria de Química en el laboratorio, mientras Jason y yo lamentamos lo aburridas que habían sido nuestras primeras clases. Todos compartimos nuestras impresiones sobre la gente que habíamos conocido en nuestros respectivos colegios, cuántos chicos pijos procedentes de colegios privados había, lo arraigada que parecía estar la cultura de la bebida en el campus y cómo debería haber más opciones de cereales en el desayuno. En un momento dado, Pip decidió regar a Roderick porque, según dijo: «Parecía algo sediento».

Pero muy pronto dieron las once, y Pip decidió que era el momento de hacernos un poco de chocolate caliente e insistió en calentarlo en los fogones en lugar de utilizar la hervidora de mi habitación. Así que fuimos a la pequeña cocina del pasillo, que compartíamos entre ocho personas, pero que siempre había visto vacía hasta el momento.

Esa noche no estaba vacía.

Lo supe desde el instante en que Pip miró a través de la puerta de cristal y puso cara de haber sufrido una ligera descarga eléctrica.

—Oh, mierda —susurró y, cuando Jason y yo nos acercamos a ella, pudimos ver de qué se trataba.

Rooney estaba en la cocina.

Con un chico.

Estaba sentada en la encimera mientras él se mantenía de pie entre sus piernas, con la lengua dentro de su boca y la mano sumergida en su blusa.

Por decirlo suavemente: ambos parecían estar disfrutando mucho del otro.

—Oh —exclamé.

Jason inmediatamente se apartó de ahí, como habría hecho cualquier persona normal, pero Pip y yo nos quedamos un momento más, viendo cómo aquello se desarrollaba.

En ese momento, me quedó muy claro que la única forma de que pudiera hacer algún progreso en mi misión de encontrar el amor era pedirle ayuda a Rooney.

De otro modo, nunca conseguiría nada por mi cuenta.

Lo había intentado. Prometo que lo había intentado. Había intentado besar a Tommy cuando se acercó a mí, pero las sirenas de *Kill Bill* habían empezado a sonar en mi mente y no fui capaz. Simplemente no pude.

Había intentado hablar con la gente en la barbacoa de los Novatos, o cuando nos quedábamos rezagadas a la puerta de las clases, o bien en la comida o en la cena cuando me sentaba con Rooney y toda la gente a la que había conocido. Lo había intentado, y no se me daba tan mal, era correcta, y amable, y la gente no parecía odiarme.

Pero yo nunca sería como Rooney. Al menos, no de un modo natural. Yo nunca sería capaz de besar a un chico solo por diversión, porque me hiciera sentir bien, o porque podía hacer lo que me apetecía. Yo nunca sería capaz de crear esa chispa que ella parecía tener con casi todo el mundo con el que se cruzaba.

A menos que me explicara cómo conseguirlo.

Pip finalmente apartó los ojos del cristal.

—Eso debe de ser de lo menos higiénico —comentó Pip, poniendo cara de asco—. Ahí es donde la gente se prepara el té, ¡por amor de Dios!

Solté un gruñido dándole la razón antes de apartarnos de la puerta y de abandonar nuestros planes de tomar un chocolate caliente.

Pip tenía esa mirada en su rostro, como si lo hubiese visto venir.

—Soy tan boba —susurró.

Yo lo sabía prácticamente todo sobre romances. Conocía la teoría. Reconocía cuándo la gente estaba ligando. Sabía cuándo deseaban darse un beso. Sabía cuándo los novios se portaban mal con sus parejas, incluso cuando ni estas mismas se daban cuenta. Había leído infinidad de historias sobre gente que se conocía, ligaba y se obsesionaba torpemente, odiándose antes de gustarse, deseándose antes de quererse, besos, sexo, amor, matrimonio y parejas de por vida, hasta que la muerte nos separe.

Era toda una experta en la teoría. Pero Rooney era una experta en la práctica.

Tal vez el destino me había traído hasta ella. O quizá solo fuera un pensamiento romántico.



En mitad de la noche, entre el martes y el miércoles, me desperté al oír a alguien manteniendo relaciones sexuales en la habitación de encima de la nuestra.

Era una especie de ruido sordo rítmico, como si un cabecero golpeteara contra la pared, a la vez que emitía un crujido, como si el armazón de una vieja cama se combara.

Me incorporé preguntándome si no lo estaría imaginando. Pero no era así. Era real. La gente estaba teniendo sexo en la habitación encima de la nuestra. ¿Qué otra cosa podría ser ese sonido? Solo había dormitorios en la planta de arriba, así que, a menos que alguien hubiera decidido hacer alguna labor de bricolaje a las tres de la mañana, ese ruido únicamente podía deberse a eso.

Rooney estaba profundamente dormida, enroscada hacia su lado, con su pelo oscuro esparcido alrededor de la almohada, completamente ajena a todo.

Sabía que esa clase de cosas sucedían en la universidad. De hecho, sabía que esa clase de cosas también sucedían en el

instituto, bueno, no físicamente en el instituto, por suerte, pero sí entre mis amigos y compañeros de clase.

Pero oír cómo tenían lugar, en directo, y no solo saberlo e imaginarlo, me perturbó hasta lo más hondo. Mucho más incluso que cuando vi a aquella persona ser manoseada en la fiesta de Hattie.

Era como un discordante recordatorio de: «¡Oh, Dios!, esto es algo real, no solo sucede en los fan-fics y en las películas. Y se supone que yo también tendría que hacer eso».

MATRIMONIO UNIVERSITARIO

Las «familias universitarias» eran un nuevo concepto para mí. En Durham, los estudiantes de segundo y tercer año se emparejaban para ejercer como equipo mentor o «padres universitarios» de un pequeño grupo de novatos recién llegados que eran sus «hijos universitarios».

En cierto modo, la idea me encantaba. Proyectaba un halo romántico sobre algo absolutamente mundano, algo en lo que me sentía increíblemente experimentada.

Rooney y yo, además de otros cuatro estudiantes a los que solo conocía por sus perfiles de Facebook, habíamos organizado un encuentro con nuestros padres universitarios en Starbucks. Todo se había coordinado la semana anterior a través de un grupo de Facebook, cuando me sentía demasiado asustada para decir algo más allá de: «Suena genial. Allí estaré».

Pero cuando llegamos allí, solo uno de nuestros padres se había presentado: Sunil Jha.

—Bien —dijo Sunil cruzando una pierna por encima de la otra en la silla—. Yo soy vuestro padre universitario.

Sunil Jha tenía una cálida sonrisa y ojos amables y, aunque solo era dos años mayor que nosotros, parecía infinitamente más maduro. También iba muy bien vestido, con unos pantalones pitillo, unas zapatillas Converse y una camiseta remetida bajo una cazadora con un sutil estampado escocés en tono gris.

—Por favor, no os refiráis a mí como vuestra madre o padre universitario —pidió—, y no lo digo únicamente porque soy no binario, sino también porque suena a un terrible compromiso.

El comentario se granjeó algunas risas. En la solapa de su chaqueta lucía varios pines: una bandera arcoíris, una pequeña radio antigua, otra chapa con el emblema de alguna banda juvenil, otro que decía «él/elle» y otro del Orgullo, este con rayas negras, grises, blancas y púrpuras. Estaba segura de haberlo visto en alguna parte antes, quizá en Internet, pero no podía recordar lo que significaba.

—En un extraño giro de los acontecimientos, vuestra madre universitaria decidió que la universidad no era para ella y lo dejó todo al final del último trimestre. Así que este año vamos a ser una familia monoparental.

Se oyeron más risas y, luego, silencio. Me pregunté en qué momento Rooney comenzaría a lanzar sus preguntas, pero al parecer incluso ella se sentía ligeramente intimidada por la confianza y veteranía que desprendía Sunil.

—Básicamente —explicó Sunil—, estoy disponible por si, literalmente, tenéis cualquier pregunta o preocupación sobre algún tema mientras estáis aquí. Aunque, por otro lado, también podéis hacer lo que queráis y olvidaros de que existo.

Nuevas risas.

—Y bien, ¿alguien tiene algo que quiera comentar mientras estamos aquí?

Tras un breve momento, Rooney fue la primera en intervenir.

—Me preguntaba cómo… ¿cómo funciona el matrimonio universitario? He oído algo sobre propuestas universitarias, pero, en realidad, no sé lo que significa.

Oh, sí. Me alegré de que hubiera hecho esa pregunta.

Sunil se rio.

—Oh, claro, sí. Está bien. Vale. Matrimonio universitario. —Juntó las yemas de sus dedos—. Si quieres formar un equipo mentor con otro estudiante, entonces formas un matrimonio universitario. Uno de vosotros le hace la proposición al otro y, normalmente, suele ser una propuesta con mucho globo y serpentina. Vais a ver un montón a lo largo de este trimestre.

Rooney asentía fascinada.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Bueno… Deja que te lo explique de otro modo. Mi propuesta implicó llenar su dormitorio de globos rellenos de confetis dorados, hacer que cuarenta personas esperaran allí, sorprender a mi pareja y luego postrarme de rodillas delante de todo el mundo con un anillo de plástico con forma de gato.

Oh, Dios.

—¿Acaso todo el mundo… mmm… contrae matrimonio universitario? —pregunté.

Sunil me miró. Realmente tenía unos ojos muy agradables.

—La mayoría de la gente. Normalmente los amigos lo hacen, puesto que es solo por diversión. Aunque algunas veces también las parejas.

Amigos. Parejas.

Oh, no.

Ahora sí que necesitaba empezar a conocer gente.

La discusión abordó otros aspectos de la universidad: nuestros estudios, las mejores discotecas y locales nocturnos, los mejores momentos para utilizar la biblioteca, el baile de Bailey al finalizar el trimestre. Pero ya no dije nada más. Simplemente me quedé ahí sentada, empezando a agobiarme por el tema del matrimonio universitario.

No importaría si yo no lo hacía. ¿Verdad? Eso no era para lo que yo había venido aquí.

—Y esta noche —dijo Sunil, cuando recogimos nuestras cosas para marcharnos— supuestamente me toca escoltaros a una discoteca. Así que nos veremos en recepción a las nueve. ¿De acuerdo? Y no os preocupéis por arreglaros demasiado. —Mientras continuaba, me miró a los ojos y sonrió, cariñoso y amable—. Pero no tenéis que venir si no os apetece, ¿vale? No es obligatorio.

Mientras Rooney y yo caminábamos de vuelta a nuestro colegio, mandé un mensaje a Pip y a Jason sobre el tema del matrimonio universitario. Sus respuestas fueron muy parecidas a lo que esperaba de ellos:

Felipa Quintana
ODM, también tenemos eso
No puedo esperar a que alguien me haga una proposición
O yo hacérsela a alguien
Todo será ¡odidamente efectista
Espero que alguien me duche con confetis y luego me recite un poema en un bote delante de cientos de espectadores antes de soltar un par de palomas al cielo

Jason Farley-Shaw
Creo que el concepto parece un tanto arcaico, no sé

Rooney, sin embargo, no le dio muchas vueltas al matrimonio universitario porque estaba totalmente centrada en la salida a una discoteca.

—Estoy muy emocionada por lo de esta noche —dijo.

—¿En serio?

Ella sonrió.

—Ya estoy preparada para mi experiencia universitaria, ¿sabes?

—Sí —dije, y así lo pensaba. También yo estaba preparada para mi experiencia universitaria. Desde luego, la idea de salir a clubs nocturnos me parecía horripilante y no era capaz de imaginar el escenario en el que podría caer enamorada de alguien, pero pensaba hacer que sucediera, y estaba decidida a disfrutarlo—. Yo también.

—Y bien —dijo, y me miró con sus grandes ojos oscuros. Objetivamente era muy guapa. Quizá ella fuera mi meta final. Tener un romance con mi compañera de cuarto, como en un fan-fic. Estábamos en la universidad, por amor de Dios. Cualquier cosa podía suceder—. ¿Te gusta salir?

Y con «salir» quería decir asistir a las discos y, para ser sinceros, eso no lo tenía nada claro. Nunca había estado en una. No había demasiadas en la zona rural de Kent donde vivía, y ni Pip ni Jason eran demasiado partidarios de esas cosas.

Ir a discotecas. Matrimonio universitario. Sexo. Romances.

Sabía que todo aquello era opcional.

Pero quería tener una experiencia universitaria totalmente normal, igual que la de cualquier otro estudiante.

LA PRIMERA DISCO DEL BEBÉ

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Rooney, una vez que terminé de alisarme el pelo—. ¡Estás muy guapa!

—¡Ah, gracias! —contesté torpemente. Se me da fatal recibir cumplidos.

Mi madre y yo habíamos ido de compras un par de semanas atrás para poder tener cosas que ponerme en las noches de discoteca, y escogí un par de vestidos y unas zapatillas con plataforma. Me puse uno de los vestidos con medias negras y, sinceramente, no me pareció que tuviera mal aspecto, pero, al lado de Rooney, me sentía como una niña. Ella llevaba un mono de terciopelo rojo, con escote en V y patas acampanadas, unas botas de tacón alto y enormes pendientes de aro. Se había recogido la mitad del pelo en un desordenado moño en lo alto de su cabeza y el resto caía suelto por su espalda. Estaba jodidamente guay. Yo… no.

Entonces, me sentí fatal, porque mi madre y yo habíamos elegido juntas ese vestido. Me sentí a miles de kilómetros de mi madre y de nuestro pequeño centro comercial.

—¿Salías mucho en Kent? —preguntó Rooney desde donde estaba sentada en su cama, dando los últimos toques a su maquillaje delante de un espejo de pie.

Quise mentirle y decir que tenía mucha experiencia en salidas nocturnas, pero no le vi sentido. Rooney ya empezaba a ser muy consciente de que yo era una persona tímida y muy muy inferior a ella a la hora de socializar.

—No especialmente —dije—. Yo… No sé. No pensaba que fuera lo mío.

—¡No tienes que salir si no quieres! —Se aplicó un poco de brillo en los pómulos con pequeños golpecitos, antes de mostrarme una sonrisa—. No es un escenario que le guste a todo el mundo.

—No, no —rechacé—. Lo que quiero decir es que al menos me gustaría intentarlo.

Ella volvió a sonreír.

—¡Bien! No te preocupes. Yo cuidaré de ti.

—¿Tú has salido a muchos locales nocturnos?

—Oh, Dios, sí. —Se rio, volviendo a concentrarse en su maquillaje.

De acuerdo. Parecía confiada. Era una chica de fiestas, como tantas otras personas que conocía en mi ciudad. ¿Sería la clase de persona que iba todo el tiempo de discotecas y conectaba con gente de lo más variopinta?

—¿Tienes la aplicación de Buscar a Mis Amigos en tu móvil? —preguntó.

—Oh, mmm, eso creo.

Cogí mi móvil y, por supuesto, me había descargado la aplicación. Las únicas personas que tenía registradas eran Pip y Jason.

Rooney extendió la mano.

—Deja que me añada. Así, si nos perdemos la una a la otra, podrás volver a encontrarme.

Y se registró, y muy pronto tuve un pequeño círculo con la cara de Rooney en el mapa de Durham.

Ella me sugirió que nos hiciéramos juntas un selfi en el espejo de nuestro dormitorio. Sabía exactamente cómo posar, con la barbilla escondida detrás de un hombro levantado y los ojos mirando de forma seductora bajo las pestañas. Puse una mano en mi cadera confiando en dar lo mejor.

Para ser totalmente honesta conmigo misma, solo deseaba ser Rooney Bach.

Sunil se reunió con nosotros en la zona de recepción, y pareció como si la mayoría, si no casi todos los novatos del St. John's, se hubieran congregado ahí para saborear por primera vez la noche universitaria. A pesar de que nos había dicho que no hacía falta que nos arregláramos demasiado, Sunil vestía una camisa ajustada con un brillante estampado de cachemira y pantalones tubo. Sin embargo, me di cuenta de que calzaba unos zapatos que parecían haber sido pisoteados y arrastrados por el fango, lo que probablemente debería haberme preparado para lo que me esperaba en el sitio donde íbamos.

Fuimos pastoreados por Sunil y algunos otros estudiantes de tercer año hasta la discoteca, a través de las frías calles de Durham. Rooney ya había conseguido atraer a un pequeño grupo de «amigos», si se les podía llamar así, mientras yo me rezagaba al final del grupo, con aprensión.

Todos parecían muy emocionados.

Nadie parecía nervioso.

La mayoría de gente de mi edad a estas alturas ya había asistido a alguna discoteca en su vida. La mayoría de personas que conocí en mi último curso de bachillerato frecuentaban el local más cercano a nuestra ciudad, que, por lo que había podido escuchar, era un pegajoso y aterrador tugurio del que todo el mundo echaba pestes. Pero ahora era yo quien echaba pestes por no haber ido nunca con ellos. Este era un ejemplo más de algo que había fracasado en experimentar durante mi vida adolescente.

La entrada al local estaba al fondo de un callejón, y se podía acceder gratis antes de las once. No hizo falta que nos identificáramos, puesto que todos llevábamos la pulsera de novatos en nuestras muñecas. Una vez dentro, fue como si alguien hubiera diseñado mi propio infierno personal: una multitud superapiñada, suelos pegajosos y una música tan alta que hizo falta que Rooney me repitiera tres veces la pregunta antes de comprender que me proponía ir a la barra.

Presté atención a lo que ella pedía para saber lo que debería beber: vodka con limonada. Luego hubo cháchara y más cháchara. Bueno, más bien, gritos. Casi toda la gente quería hablar de lo que estabas estudiando, de dónde eras y de qué tal te estaba resultando todo aquello. Empecé a repetir las frases palabra por palabra a distintas personas. Igual que un robot. Dios. Solo quería hacer algún amigo.

Y luego hubo baile. Me fijé en que muchas de las canciones hablaban de amor o de sexo. ¿Cómo es que nunca hasta ahora había reparado en ello? Era como si prácticamente todas las canciones que se habían escrito trataran de romances o de sexo. Tuve la sensación de que se burlaban de mí.

Rooney intentó sacarme a bailar con ella, de una forma casual y divertida, y lo intenté, juro que lo hice, pero rápidamente se dio por vencida y encontró a alguien más. Me moví entre distintas personas con las que había estado hablando. Me estaba divirtiendo.

Me estaba divirtiendo.

No me estaba divirtiendo.

Eran casi las once cuando mandé un mensaje a Pip, sobre todo, porque buscaba alguien con quien hablar sin que tuviera que gritarle.

Georgia Warr
Hola, ¿cómo estás esta noche?

Felipa Quintana
Todo va muy bien, ¿por qué lo preguntas?

Creo que he destrozado un vaso de vino

Georgia Warr
Pip…

Felipa Quintana
Déjame vivir

Georgia Warr
¿Y cómo es que estás bebiendo?

Felipa Quintana
Porque soy la dueña de mi propio destino y vivo para el caos
Es broma, nuestro pasillo está celebrando una noche de pizza y alcohol
Por cierto, ¿dejé mi chaqueta en tu habitación anoche?

Georgia Warr
¡Ay, sí! Te la llevaré cuando te visite, no te preocupes

—¿Con quién te estás mensajeando? —gritó Rooney en mi oído.

—¡Con Pip! —contesté a gritos.

—¿Qué te cuenta?

Le mostré a Rooney el mensaje sobre Pip y su vaso roto. Rooney sonrió y luego soltó una carcajada.

—¡Me gusta! —gritó—. ¡Es tan divertida!

Y luego se marchó para seguir bailando.

Georgia Warr
Adivina dónde estoy

Felipa Quintana
ODM, ¿dónde?

Georgia Warr
En una disco

Felipa Quintana
ESTÁS DE BROMA
Nunca creí que vería este día
¡La primera disco del bebé!

Espera, ¿ha sido idea de Rooney? ¿Acaso te está presionando?

Georgia Warr
No, ¡yo quería venir, ja, ja!

Felipa Quintana
OK. ¡Ten cuidado! ¡No tomes drogas! ¡Ten cuidado con los pervertidos!

Estuve merodeando por ahí hasta que Rooney quiso salir a tomar un poco el aire. Bueno, todo el aire fresco que se puede conseguir en la zona de fumadores de la parte trasera de una discoteca.

Nos apoyamos contra la fachada de ladrillo. Yo me estremecí, pero ella parecía estar bien.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Cuál es tu veredicto oficial sobre salir de fiesta?

Puse una mueca. No pude evitarlo.

Ella echó la cabeza hacia atrás apoyándola en el muro y se rio.

—Al menos eres sincera —dijo—. Mucha gente lo odia y aun así sigue haciéndolo.

—Supongo que sí. —Di un sorbo a mi bebida—. Solo quería intentarlo. Quería que fuera una parte de mi experiencia universitaria. Ya sabes.

Asintió.

—Estos locales nocturnos son un elemento importante en la vida universitaria.

No fui capaz de distinguir si estaba siendo sarcástica.

Para ser justos, creo que estaba un poco borracha.

—Solo quiero… Solo quiero conocer gente y hacer las cosas normales —dije, apurando el resto de mi bebida. Ni siquiera me gustaba, pero todo el mundo estaba bebiendo, y hubiera sido extraño que no lo hiciera, ¿no?—. No tengo demasiada experiencia en que eso se me dé bien.

—¿Ah, no?

—No. Apenas tengo amigos. Siempre me ha costado tener amigos.

La sonrisa de Rooney desapareció.

—Oh.

—Ni siquiera he tenido novio. Ni he besado a nadie.

Las palabras brotaron antes de que pudiera detenerlas.

Inmediatamente me encogí. Mierda. Eso era algo que se suponía que no debía contar a nadie. Era algo por lo que la gente se reía de mí.

Las cejas de Rooney se arquearon.

—Guau, ¿en serio?

No estaba siendo sarcástica. Era pura y genuina incredulidad. No sé de qué me sorprendía. La reacción de la gente cuando jugamos a Verdad o Reto la noche de la graduación debió de reflejar lo que todo el mundo sentía. Pero ese momento me impactó. Esas miradas extrañas. La gente que, de pronto, me veía como a una niña, como alguien inmaduro. Como cuando en las películas los protagonistas se quedan alucinados al oír a alguien reconocer que es virgen con dieciséis años.

—En serio —admití.

—¿Y te sientes mal por ello?

Me encogí de hombros.

—Sí.

—¿Y te gustaría cambiarlo? ¿Ahora que estás en la universidad?

—En teoría, sí.

—Vale. Está bien. —Se volvió para mirarme de frente apoyándose en la pared con un hombro—. Creo que puedo ayudarte.

—Va... le…

—Quiero que entres ahí dentro y busques a una persona que te parezca sexi. O a varias. Así habrá más posibilidades de que funcione.

Empecé a odiar la idea desde el primer momento.

—Oh.

—Trata de conseguir sus nombres o al menos memorizar qué aspecto tienen. Y luego te ayudaré a contactar con ellos.

No me gustaba el plan. No me gustaba en absoluto. Mi instinto de supervivencia parecía estar zarandeándome todo el cuerpo.

Quise echar a correr.

—Oh —repetí.

—Confía en mí —sonrió—. Sé mucho sobre relaciones.

¿Qué significaba eso?

—Está bien —dije—. Así que solo debo elegir a una persona y… ¿tú nos pondrás en contacto?

—Sí. ¿Suena bien, no?

—… Sí.

Si la experiencia universitaria implicaba tomar malas decisiones, al menos estaba cumpliéndolo.

En cierto modo, me sentía como David Attenborough.

Di una vuelta a la sala yo sola, dejando a Rooney en la barra, y me centré primero en los chicos. Había un montón de tíos con sudaderas con capucha bajo camisetas con manchas de sudor. Muchos llevaban el mismo corte de pelo, muy corto por los lados y más largo en la parte alta de la cabeza.

Continué buscando. Sin duda encontraría a alguien que me gustara. El lugar estaba abarrotado, tendría que haber al menos un par de cientos de personas hacinadas en esa sala.

Y, sin embargo, no encontré a nadie.

Había chicos que objetivamente eran atractivos, por supuesto, según los estándares actuales. Había otros que claramente se curraban su aspecto. Y algunos con algún peinado divertido, bien vestidos o con una bonita sonrisa.

Pero no me sentí atraída por ninguno.

No sentí ningún tipo de deseo.

Cuando intentaba imaginarme cerca de alguno, besándolo, tocándolo…

No podía evitar poner una mueca de horror. Repulsivo, repulsivo, repulsivo.

Decidí cambiar de táctica y me dediqué a mirar a las chicas. Para ser sincera, las chicas eran todas bonitas. Y había más variedad.

Pero en un nivel físico básico, ¿sentía alguna atracción?

No.

Mucha gente había comenzado a ligar, besándose unos a otros bajo las parpadeantes luces y las canciones de amor que sonaban más atronadoras que las voces en nuestras cabezas. Todo era un poco vulgar, pero había un elemento de peligro que lo hacía atractivo. Besar a un extraño al que nunca volverías a ver, besar a alguien cuyo nombre no conocías, solo para sentir la emoción del momento. Solo para sentir el calor de la piel de alguien en la tuya. Solo para sentir, durante un instante, que estabas plenamente vivo.

Dios. Ojalá yo pudiera hacer eso.

Sin embargo, la idea de intentar acercarme a algunas de esas personas, sin importar su género, me resultaba sinceramente, enervante. Me hacía sentir inquieta. Incluso temblorosa. Llenaba mi estómago con un extraño y espantoso temor, mientras una sirena de alarma no paraba de sonar en mi cerebro. Sentía como si mis anticuerpos lucharan para expulsarlo.

¿Qué podría decirle a Rooney?

«Entre cientos de estudiantes, no he sido capaz de encontrar a nadie que me resultara sexi. Lo siento».

Quizá ella podría elegir a alguien por mí. Dios, eso sería mucho más fácil.

Sería mucho más fácil si tuviera a alguien que me dijera lo que hacer, con quién estar, cómo actuar y lo que era realmente el amor.

Abandoné mi búsqueda. Esa noche permanecería sin besos. Sin romances. Y estaba bien. ¿De acuerdo? Eso estaba bien.

No sabía si lo había deseado o no. Sinceramente puede que un poco de ambas cosas. Al igual que con Tommy.

Queriendo y no queriendo a la vez.

No fue hasta una hora más tarde cuando por fin divisé a Rooney a través de la borrosa y parpadeante masa de cuerpos. Estaba en medio de la pista de baile, ligando con un chico alto que vestía unos vaqueros increíblemente ajustados.

Sus brazos la rodeaban por el talle. Mientras ella tenía una de las manos en su cara.

Era una imagen de pasión. De deseo. De película romántica.

Cómo.

¿Cómo una persona podía alcanzar ese punto en el espacio de una hora?

¿Cómo podía conseguir en una sola hora lo que yo había sido incapaz de obligarme a hacer durante toda mi vida de adolescente?

La detesté. Deseaba ser ella. Me detesté a mí misma.

Y entonces, de pronto, se me vino todo encima. La música estaba tan alta que fue como si mi visión se empañara. Me desplacé entre la gente para llegar al borde de la sala, solo para encontrarme aplastada contra la pared, que estaba húmeda por la condensación. Miré nerviosa en busca de la puerta y empecé a abrirme paso hacia ella, hacia la salida, hasta el frío y vacío aire de octubre.

Respiré.

No iba a llorar.

Tres alumnos de tercer año del St. John's estaban conversando en la zona de fumadores, apoyados contra el muro, incluido, para mi sorpresa, Sunil.

Él era mi padre del colegio. Sabía que podía ayudarme. Podía pedirle que me llevara de vuelta. Pero cuando di un paso para acercarme a él, me entró vergüenza. Yo era un fracaso absoluto. Una niña. Sunil se volvió y me miró con curiosidad y yo deseé que se ofreciera a acompañarme de vuelta al colegio. Pero él no dijo nada. Así que me marché.

Después de un par de horas en aquel ruidoso antro, tuve la impresión de que el silencio de la calle principal rebotaba a mi

alrededor. Apenas podía recordar el camino de regreso al colegio porque había estado tan tensa a la ida que no había prestado atención al lugar hacia dónde nos dirigíamos, pero, por suerte, me encontré en la calle adoquinada y caminé colina arriba, por delante del castillo y la catedral, y entonces pude divisar los escalones de piedra del colegio St. John's.

—Hay algo en ti que no está bien —dije para mis adentros. Y sacudí la cabeza, tratando de expulsar ese pensamiento. Era un mal pensamiento. No había nada malo en mí. Simplemente yo era así. Deja de pensar en ello. Deja de pensar en todo eso.

Podía mandarle un mensaje a Pip, pero qué le diría. ¿Que se me daba fatal el tema de las discotecas? ¿Que podría haber intentado besar a alguien, pero había decidido no hacerlo? ¿Que estaba fracasando estrepitosamente en mi nuevo comienzo? Patético. No había nada que pudiera contarle.

Podría hablar de ello con Jason, pero probablemente me diría que estaba siendo una tonta. Porque lo era. Sabía que todo el asunto era ridículo.

Así que seguí caminando, cabizbaja. Ni siquiera sabía lo que estaba mal. Todo. Yo misma. No lo sabía. ¿Cómo era posible que todo el mundo funcionara y yo no fuera capaz de hacerlo? ¿Por qué todo el mundo conseguía vivir adecuadamente, mientras yo parecía tener algún tipo de error en mi programación?

Pensé en todas las personas que había conocido en los últimos días. Cientos de personas de mi edad, de todos los géneros, apariencias, personalidades.

Y no pude dar con una sola que me resultara atractiva.

Abrí la puerta del colegio tan estrepitosamente que el portero que se hallaba en el pequeño despacho me lanzó una severa mirada. Supongo que pensó que era una novata borracha. Dios, ojalá lo fuera. Bajé la vista a mi vestido, el que mi madre había visto en el escaparate de River Island y había dicho: «Oh, ¿no es perfecto?». Y yo había accedido, y ella me lo había comprado para que pudiera

estar mona y sentirme bien durante la Semana de Novatos. Sentí ganas de llorar. Dios, aún no, por favor, aún no.

Mi habitación estaba vacía, por supuesto. Rooney estaba ahí fuera viviendo su vida y teniendo experiencias. Agarré mi bolsa de aseo y el pijama, me dirigí directamente al cuarto de baño, me metí en la ducha y lloré.



ALTOS ESTÁNDARES

—Así que tienes unos gustos muy exigentes —dijo Rooney a mi lado, la mañana siguiente, mientras me tomaba una rosquilla en la cama y ella se desmaquillaba delante de su espejo.

Habríamos tenido que hablar de ello la noche pasada, pero me quedé dormida en medio de la lectura de una de mis historietas alternativas, solo para despertarme unas horas más tarde y descubrir que Rooney había regresado y estaba profundamente dormida, aún con el maquillaje puesto y las botas tiradas en medio de la alfombra color agua.

—Eso es… bastante exacto —confirmé. Tenía unos estándares muy altos. No estaba segura de cuáles eran exactamente, pero sin duda eran altos.

—No te preocupes —dijo, aparentemente sin inmutarse—. Tenemos un montón de posibilidades más para que encuentres a alguien. No será tan difícil.

—¿No lo será?

—No. —Su boca se abrió mientras se aplicaba el rímel—. Hay un montón de gente buscando con quien ligar esta semana. Hay

cientos de oportunidades para que conozcas gente. No nos costará demasiado encontrar a alguien que te guste.

—Está bien.

—Ya lo verás.

—Está bien.

—¿Cuál es tu tipo? —me preguntó Rooney a la hora de la comida.

La comida en nuestro colegio era como la de cualquier instituto: un bufet de cafetería y mesas redondas con bancos, solo que diez veces peor debido a la presión añadida de tener que socializar con un puñado de personas a las que no conocía demasiado bien. Por más irritante que me pareciera descubrir la facilidad de Rooney para abrirse paso en la universidad, en situaciones así, me sentía encantada de contar con ella.

Por suerte, sin embargo, esta era la primera comida a la que Rooney y yo asistíamos en la que ella no hubiera encontrado a alguien que conociera, así que pudimos sentarnos las dos solas.

—¿Mi tipo? —pregunté, mientras mi mente inmediatamente repasaba los tipos de Pokémon y luego se preguntaba si no sería algún tipo de pregunta culinaria y bajaba la vista a mi pasta.

—Tu tipo de tío —aclaró Rooney con la boca llena.

—Ah. —Me encogí de hombros mientras pinchaba un trozo de pasta con el tenedor—. La verdad es que no lo sé.

—Vamos. Debes de tener alguna idea. Como, por ejemplo, qué tipo de hombres crees que te gustan.

«Ninguno», es lo que probablemente debería haber dicho. «Nunca me había gustado nadie».

—Ningún tipo en particular —contesté al final.

—¿Altos? ¿Empollones? ¿Deportistas? ¿Tatuados? ¿De pelo largo? ¿Chicos que parecen piratas?

—No lo sé.

—Mmm. —Rooney masticó lentamente mientras me miraba—. ¿Chicas?

—¿Cómo?

—¿Prefieres a las chicas?

—Mmm. —Parpadeé—. Bueno… Creo que no. La verdad es que no.

—Mmm.

—¿Qué?

—Es interesante.

—¿El qué?

Rooney tragó y sonrió.

—Tú, supongo.

Estaba casi un ochenta por ciento segura de que estaba empleando la palabra «interesante» como sinónimo de «raro», pero, en fin.

—Se me ha ocurrido una idea —me dijo en un tono muy sincero esa noche. La habría tomado en serio de no haber estado vestida como un sexi huevo frito para asistir a la fiesta de disfraces del colegio St. John's. Su atuendo se componía de una especie de cuerpo con forma de huevo frito, con unas medias por encima de la rodilla y unos altísimos tacones. De hecho, me tenía bastante impresionada. Aquello era una forma increíble de decir: «Quiero tener buen aspecto, pero, a la vez, hacerte saber que tengo sentido del humor».

Yo no pensaba asistir a la fiesta de disfraces. Le había dicho a Rooney que necesitaba tener una noche para mí sola, para poder ver la película de *Una cuestión de tiempo* inmediatamente seguida por la de *La La Land* y, para mi sorpresa, me dijo que le parecía estupendo.

—¿Una idea? —dije desde mi cama—. ¿Sobre…?

Rooney se acercó y se dejó caer a mi lado. Me deslicé ligeramente para que la prenda en forma de huevo frito no se aplastara, literalmente, contra mi torso.

—Sobre tu problema de vivir un romance.

—No me preocupa demasiado —repuse, lo que evidentemente era mentira. Estaba total y absolutamente obsesionada, pero, después de mi fiasco del día anterior, había decidido renunciar a la búsqueda antes que volver a pasar por ello de nuevo.

Rooney sostuvo en alto su móvil.

—¿Has probado alguna aplicación de citas?

Miré su teléfono. Nunca había conocido a nadie de nuestra edad que utilizara una aplicación de citas. Vacilé.

—¿Acaso la gente de nuestra edad usa las páginas de citas?

—Yo he estado usando Tinder desde que cumplí los dieciocho.

Al menos, sabía lo que era Tinder.

—No creo que Tinder sea para mí.

—¿Pero cómo lo sabes si no lo intentas?

—No creo que necesite probarlo todo para saber que no me gusta.

Rooney suspiró.

—Bueno, vale. Solo era una idea, pero Tinder es una muy buena forma de echar un vistazo a los chicos que están ahí fuera, como si los tuvieras en la vecindad. De hecho, no tienes por qué hablar con ellos, aunque te puede ayudar a hacerte una idea del tipo de chico que quieres.

Abrió Tinder en su teléfono y rápidamente me mostró una foto del primer chico que apareció.

—Kieran, 21, estudiante.

Miré a Kieran. Tenía aspecto de rata gigante. O algo así. Esa clase de aspecto que tienen algunas personas.

—No creo que esto sea lo mío —dije.

Rooney se levantó de la cama con un suspiro, y su disfraz de huevo a punto estuvo de volcar el vaso de agua de mi mesilla.

—Era solo una idea. Hazlo si te aburres esta noche. —Se acercó hasta su cama y cogió el bolso—. Arrastra la imagen a la izquierda si es que no, y a la derecha si es sí.

—No creo que…

—¡Es solo una idea! No tienes por qué aceptarlos, solo echar un vistazo por si descubres a alguien del que no te importaría saber más cosas.

Y luego desapareció por la puerta.

Llevaba media hora viendo *Una cuestión de tiempo* cuando cogí mi móvil y me descargué Tinder.

Definitivamente, no pensaba hablar con nadie. Solo sentía curiosidad.

Solo quería saber si alguna vez vería a algún chico y pensaría: «Sí, este es sexi».

Así que me creé un perfil en Tinder. Escogí cinco de mis mejores selfis de Instagram y pasé otra media hora intentando pensar qué podía escribir en la sección «Algo que te defina», antes de escribir «Experta en comedias románticas».

El primer chico que apareció era «Myles, 20, estudiante». Tenía pelo castaño y mirada lasciva. En una foto salía jugando al billar. Me dio malas vibraciones y lo arrastré hacia la izquierda.

El segundo tipo era «Adrián, 19, estudiante». Su biografía decía que era un yonqui de la adrenalina y que estaba buscando «a la chica de sus sueños», lo que consiguió que lo arrastrara directamente a la izquierda.

Arrastré a la izquierda a cuatro chicos más y, entonces, advertí que ni siquiera los estaba mirando adecuadamente. Solo estaba leyendo las biografías y sacando conclusiones sobre cómo creía que podríamos llevarnos. Esa no era la cuestión. Se suponía que tenía que encontrar a alguien que me pareciera físicamente atractivo.

De modo que, después de aquello, intenté centrarme seriamente en su apariencia. Sus rostros, sus ojos, sus bocas, su pelo, su estilo. Esas eran las cosas que se supone que tenían que gustarme. ¿Qué me gustaba a mí? ¿Cuál era mi estándar? ¿Cuáles eran mis preferencias?

Después de diez minutos, me topé con un chico que parecía un modelo, así que no me sorprendí cuando al mirar en su información leí: «Jack, 18, modelo». Tenía una mandíbula afilada y un rostro simétrico. Su foto principal era claramente de algún anuncio que había hecho en una revista.

Traté de imaginarme saliendo con Jack, 18, modelo. Besándolo. Teniendo sexo.

Pensando que, si tenía que hacerlo con alguien, basándome solamente en la apariencia, sin duda podría ser con Jack, 18, modelo, con su bonita chaqueta vaquera y sus hoyuelos.

Imagina besar esa cara.

Imagínalo acercándose a ti.

Imagina su piel cerca de ti.

Mi pulgar vaciló sobre la pantalla durante un momento. Traté de ignorar la sensación nauseabunda en mi estómago ante las imágenes que estaba conjurando en mi cabeza.

Y luego lo arrastré hacia la izquierda.

Georgia Warr
Hola, amiga huevo frito, tengo novedades
He arrastrado a la izquierda a todos ellos, ja, ja

Rooney Bach
Ja, ja, ¿qué quieres decir con todos ellos?

Georgia Warr
Simplemente a todos los que he mirado

Rooney Bach
¿Y cuántos han sido?

Georgia Warr
No sé, ¿unos cuarenta?
Creo que Tinder no es para mí, ja, ja
Siento decepcionarte

Rooney Bach
No estoy decepcionada, ja, ja, solo pensaba que podía ayudar

CUARENTA
¡Guau!
¡Vale!

Georgia Warr
¿Son muchos descartes?

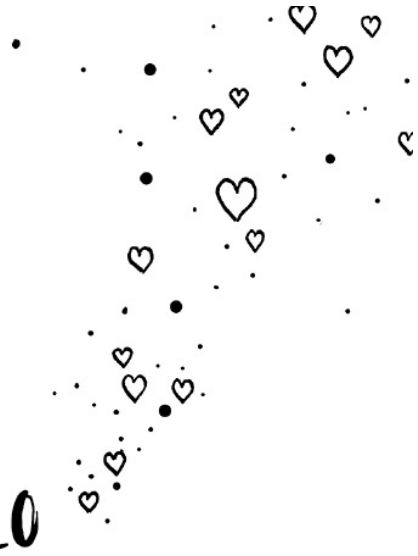
Rooney Bach
Desde luego, tienes unos estándares muy altos
Eso no significa necesariamente algo malo, pero al menos ya lo tenemos claro

Georgia Warr
¿Y qué hago ahora?

Rooney Bach
Tal vez tengamos que volver al modo antiguo de conocer gente en la vida real

Georgia Warr
Uf
Lo odio para mí

Eliminé Tinder de mi móvil y luego volví a poner la película *Una cuestión de tiempo*, preguntándome por qué imaginarme en ese tipo de situación romántica o sexual me hacía sentir como si quisiera vomitar o salir corriendo, mientras las películas románticas conseguían que mereciera la pena estar viva.



Rooney tenía razón en una cosa: conocer a gente en la vida real era probablemente la única forma en que esto podría funcionar para mí. Por suerte, estábamos en la Semana de los Novatos, y aún me quedaban muchas oportunidades de conocer gente, y la siguiente ocasión sería ese viernes, en el que Rooney y yo pensábamos ir a la Feria de Novatos.

—Voy a unirme a un montón de sociedades —dijo Rooney, y no le hice demasiado caso, hasta que dimos una vuelta por todos los puestos del edificio del Sindicato de Estudiantes y recogió tantos prospectos que tuve que ayudarla a llevar algunos de ellos.

Lo había organizado todo para poder encontrarme con Pip y Jason allí, aunque no estaba segura de cómo podría localizarlos porque el edificio del Sindicato de Estudiantes era enorme. Tendrían que esperar. La tarea más importante que teníamos entre manos era unirnos a las sociedades universitarias. Aparte de ir de discotecas, algo en lo que había fracasado estrepitosamente, las sociedades eran un elemento fundamental en la vida universitaria y,

supuestamente, una de las formas más fáciles de hacer amigos con gente de mentalidad parecida a la tuya.

Pero mientras caminábamos alrededor de los puestos, empecé a sentirme nerviosa. Quizá un poco abrumada. Me apunté tentativamente en la Sociedad Literaria con Rooney, pero, salvo eso, apenas podía recordar algo en lo que estuviera interesada. ¿La Sociedad de Escritura Creativa? En realidad, no me divertía tanto escribir. Las pocas ocasiones en las que había intentado comenzar mi propio relato de ficción habían sido un desastre. ¿La Sociedad de Cine? Podía ver películas en la cama. Había incluso cosas tan exclusivas como una Sociedad de Animación, de Quidditch o de Snowboard, pero todas parecían dirigidas a un grupo específico de amigos que solo buscaban una excusa para salir y practicar juntos sus aficiones favoritas. Yo ya no sabía cuáles eran mis aficiones, además de mis ansias de vivir un romance y mis lecturas fan-fic.

De hecho, la única sociedad a la que quería unirme era a la del Teatro de Estudiantes de Durham, cuyo puesto gigante divisé al final del vestíbulo.

Sin duda, conocería gente nueva si participaba en una obra ese año.

Rooney terminó adelantándose para conversar emocionada con toda la gente de los puestos. La seguí un tanto rezagada, con la sensación cada vez más abrumadora de que no encajaba en ninguna parte, hasta que advertí que había llegado al puesto de la Sociedad del Orgullo de Durham.

Destacaba descaradamente entre las demás por su bandera gigante del arcoíris de fondo, mientras que delante un numeroso grupo de novatos hablaba excitadamente con los estudiantes mayores que atendían el mostrador.

Cogí uno de los folletos para echarle un vistazo. Prácticamente toda la primera página la ocupaba una lista de las identidades que apoyaban, impresa en una artística tipografía. Aquellas que conocía bien estaban en la parte superior: lesbiana, gay, bisexual, transgénero… Y, luego, para mi sorpresa, continuaba con otras de

las que solo había oído hablar por Internet: pansexual, asexual, arromántico, no binario. Y otras que ni siquiera sabía lo que significaban.

—¿Hija universitaria? —dijo una voz, y alcé la vista para descubrir a Sunil Jha, mi padre de colegio mayor.

Llevaba de nuevo prendidos todos sus pines en su chaqueta de lana y me sonreía cariñosamente. Era sin duda la persona más agradable que había encontrado en Durham hasta el momento, sin contar a Rooney. ¿Podría ser mi amigo? ¿Podrían contar los padres universitarios como amigos?

—¿Estás interesada en inscribirte? —preguntó.

—Mmm —farfullé. Para ser sincera, en realidad, no quería unirme. ¿Qué derecho tenía a unirme a una sociedad como esa? Quiero decir que, para ser justos, yo no sabía bien qué era. Y, sí, claro, había considerado la posibilidad de que no me gustaran los chicos. La había considerado seriamente. Pero entonces una vez más, me pareció que tampoco me gustaban las chicas. O, mejor dicho, me pareció que tampoco me gustaba nadie. Todavía no había encontrado a ninguna persona que me gustara, ni tampoco había sentido mariposas revolotear en el estómago y, menos aún, me veía capaz de declarar orgullosa: «¡Ajá! ¡Por supuesto! ¡Este es el género que me gusta!». Ni siquiera tenía una preferencia particular de género cuando se trataba de obscenos relatos fan-fic.

Sunil me tendió una carpeta sujetapapeles con un bolígrafo.

—¡Déjanos tu correo! Te pondremos en nuestra lista de suscriptores.

No había forma de decir que no, así que farfullé un «De acuerdo» y garabateé la dirección de mi correo. Inmediatamente me sentí como un fraude.

—¿Te llamas Georgia, verdad? —preguntó Sunil mientras estaba escribiendo.

—Sí —tartamudeé, sinceramente sorprendida porque recordara mi nombre.

Sunil hizo un gesto de aprobación.

—Muy dulce. Yo soy el representante del Orgullo en St. John's.

Otra chica detrás del puesto se inclinó hacia nosotros y añadió:

—Sunil es el presidente de la Sociedad del Orgullo. Siempre se olvida de mencionarlo, por modestia o algo así.

Sunil sonrió suavemente. Definitivamente, transmitía un aire de modestia, pero también de seguridad en sí mismo. Como si fuera muy bueno en su trabajo, pero no quisiera alardear de ello.

—Esta es Jess, una de las vicepresidentas —dijo—. Y esta es Georgia, una de mis hijas del colegio.

Miré a la chica de tercer año. Tenía unas largas rastas *hippies,* una gran sonrisa y vestía un colorido vestido con estampado de piruletas en el que llevaba prendida una pequeña chapa que decía «ella».

—¡Ah! —exclamó—. ¿Esta es tu hija universitaria?

Sunil asintió.

—Así es.

Jess juntó las manos.

—Y vas a unirte a la Sociedad del Orgullo. Creo que estabais predestinados.

Forcé una sonrisa.

—En todo caso —dijo Sunil, sacudiendo la cabeza hacia ella con cariño—, estamos aquí para atender a cualquier novato que quiera implicarse en las actividades *queer* de Durham. Salidas a locales nocturnos, reuniones, protocolos, noches de películas. Cosas así.

—¡Genial! —dije, tratando de sonar entusiasta. Quizá debería intentarlo e implicarme. Quizá podría asistir a la Sociedad del Orgullo, quedar con una chica, tener un gran despertar lésbico y, finalmente, experimentar sentimientos románticos por otro ser humano. Estaba segura de haber leído algún relato con esa misma trama.

Le tendí de vuelta la carpeta sujetapapeles.

—Nuestro encuentro de bienvenida tendrá lugar en un par de semanas —dijo Sunil con una sonrisa—. ¿Quizá te veamos allí?

Asentí, sintiéndome un poco apurada, como si de algún modo me hubiera expuesto demasiado, lo que era una tontería, porque no había realmente nada interesante en mí que exponer y sabía de antemano que no pensaba asistir a ninguno de los eventos de la Sociedad del Orgullo de Sunil.

ABRIRSE AL MUNDO

Nuestra última parada en la Feria de Novatos era el Teatro Estudiantil de Durham, que tenía el puesto más grande de todo el Sindicato de Estudiantes. Pip y Jason estaban justo delante de él.

Rooney ya se había adelantado y había irrumpido en el puesto, que estaba decorado con un gran telón rojo y máscaras de comedia y tragedia fabricadas con papel maché. El TED parecía ser una especie de organización paraguas que apoyaba y financiaba muchas pequeñas compañías de teatro: la Sociedad del Teatro Musical, la Sociedad de la Ópera, la Sociedad Dramática de los Novatos, la de la Comedia de los Estudiantes y otras más.

Los estudiantes detrás del puesto parecían bulliciosos y confiados incluso vistos desde lejos, muy diferentes a las tranquilas vibraciones que emanaban del puesto de la Sociedad del Orgullo. Pero ni siquiera eso me disuadió. El teatro era algo familiar. Había formado parte de mi vida durante más de siete años y, a pesar de mi miedo escénico, no estaba dispuesta a renunciar.

Además, Pip y Jason estarían ahí conmigo. De modo que todo iría bien.

—¿Pip? ¿Jason?

Sus cabezas se volvieron para revelar a una Pip Quintana de mirada confusa, que sostenía un prospecto y empujaba sus gafas de carey hacia el puente de su nariz, y a un indiscutiblemente resacoso Jason Farley-Shaw, que lucía oscuras ojeras y parecía como si estuviera intentando acurrucarse y hacerse un ovillo dentro de su chaqueta de borreguito.

—¡Georgia! —graznó Pip, corriendo hacia mí y envolviéndome en un abrazo.

La abracé a mi vez hasta que se apartó. Mostraba una sonrisa de oreja a oreja. Poco había cambiado en ella; aún seguía siendo Pip, con su oscuro pelo alborotado en todas las direcciones y vestida con una sudadera varias tallas más grande. Pero, claro, solo llevábamos cinco días en Durham, aunque pareciera que fuese toda la vida. Como si yo fuera una persona diferente.

—Hola —dijo Jason. Su voz sonaba grave.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

Soltó un gruñido y se ciñó la chaqueta al cuerpo.

—Tengo resaca. Y no he podido localizarte. Comprueba tu teléfono.

Eché rápidamente un vistazo a la pantalla. Había varios mensajes sin abrir en nuestro grupo de chat preguntándome dónde estaba.

Pip se cruzó de brazos y me lanzó una mirada escrutadora.

—Supongo que no has comprobado tu teléfono porque estabas muy ocupada abriéndote al mundo y uniéndote a un montón de sociedades, ¿verdad?

—Bueno… —Procuré no mostrarme culpable—. Me he apuntado a la Sociedad de Literatura.

No le conté que había apuntado mis datos en la lista de suscriptores de la Sociedad del Orgullo. Posiblemente porque no sentía que perteneciera a ella.

Pip hizo una mueca.

—Georgia, solo es una sociedad.

Me encogí de hombros.

—Puedo unirme más tarde.

—Georgia.

—¿A cuáles te has unido tú?

Empezó a enumerarlas con los dedos.

—Me he unido al Teatro Estudiantil de Durham, obviamente, y también a la Sociedad de Ciencias, a la Sociedad Latinoamericana, la Sociedad del Orgullo, la de Ajedrez, la del Disco Volador, y creo que también me he inscrito en algo como ¿Quidditch?

Como no podía ser de otro modo, Pip se había unido también a la Sociedad del Orgullo. Me pregunté lo que diría si algún día decidía pasarme por algún evento de la sociedad.

—¿Quidditch? —pregunté.

—Sí, y, si las escobas no vuelan, me sentiré jodidamente decepcionada.

—¿En serio? —Miré a Jason—. ¿Tú también te has unido a Quidditch? Si ni siquiera te gusta *Harry Potter*.

Jason asintió.

—El presidente de Quidditch era increíblemente persuasivo.

—¿A cuáles te has apuntado?

—TED, Sociedad de Historia, Sociedad de Cine y la de Remo.

Fruncí el ceño.

—¿Remo?

Jason se encogió de hombros.

—Hay un montón de gente que lo practica. Así que pensé en darle una oportunidad… —Se calló súbitamente para mirar por encima de mi hombro—. ¿Qué está haciendo Rooney?

Me volví. Rooney parecía tener una acalorada conversación con la chica que atendía el puesto.

—No lo entiendo —estaba diciendo—. ¿Qué quieres decir con que se ha clausurado?

La chica de detrás del mostrador parecía un tanto desesperada.

—Creo que no tenían ningún miembro de segundo ni de primer año, así que, cuando los alumnos de tercero se marcharon,

simplemente… desapareció.

—¿Y no puede volver a abrirse?

—Mmm… No lo sé… No sé cómo funciona…

—¿Eres tú la presidenta? ¿Puedo hablar con el presidente?

—Eh, no, ella no está aquí…

—Oh, no importa. Ya lo solucionaré en otro momento.

Rooney se acercó furibunda hasta nosotros con los ojos echando chispas. Llevada por mi instinto, me encogí y retrocedí ligeramente.

—¿Puedes creértelo? —dijo indignada—, la jodida Sociedad Shakespeare ha... desaparecido. Y esa era la única sociedad a la que realmente deseaba unirme, así que ahora… —Se detuvo, advirtiendo que Pip y Jason estaban a mi lado y la miraban con lo que solo podría describirse como fascinación—. Ah, hola.

—Qué tal —dijo Pip.

—Hola —saludó Jason.

—¿Cómo está Roderick? —se interesó Pip.

La boca de Rooney se torció divertida.

—Me gusta que tu mente directamente se dirija a mi planta de interior en lugar de preguntarme cómo estoy yo.

—Me preocupa el bienestar de las plantas —replicó Pip.

Advertí inmediatamente el tono frío de su voz. Lejos quedaba el aturdimiento y balbuceo que había mostrado al tener a Rooney cerca cuando la vio en mi habitación. Ya no se sonrojaba ni se ahuecaba el pelo.

Después de lo que había visto en nuestra cocina, Pip había adoptado una actitud defensiva.

Aquello me entristeció. Sin embargo, era lo mismo que solía hacer cuando tenía un flechazo y no era correspondida: enterraba sus sentimientos valiéndose de una increíble fuerza de voluntad.

Y así se protegía.

—¿Acaso vas a llamar a los servicios sociales de plantas por mi culpa? —preguntó Rooney sonriendo descaradamente. Parecía disfrutar terriblemente teniendo a alguien con quien picarse, como si

fuera un agradable cambio después de haber tenido que mostrarse tan educada y entusiasta.

Pip ladeó la cabeza.

—Tal vez yo sea de servicios sociales de plantas y esté aquí disfrazada.

—Pues no es un buen disfraz. Pareces exactamente el tipo de persona que tiene al menos seis *cáctuses* en su librería.

Eso pareció ser la gota que colmó la paciencia de Pip, quien le soltó:

—De hecho solo tengo tres, y se dice cactus no *cáctuses*.

—Uh… —Las dos fueron interrumpidas por Jason, quien, si aún no tenía dolor de cabeza, ahora definitivamente se le había puesto —. ¿Así que vas a apuntarte al TED o…?

—Sí —me adelanté a responder por ella, aunque solo fuera para acabar lo que quiera que fuera ese extraño y agresivo combate verbal que se estaba produciendo entre Pip y Rooney.

—Aunque ya no sé qué sentido tiene —añadió Rooney con un suspiro teatral—. La sociedad de Shakespeare ya ni siquiera existe. Han alegado algo sobre haberse quedado sin miembros.

—¿Y no puedes unirte a otra cosa? —inquirió Pip, pero Rooney la contempló como si hubiese sugerido algo increíblemente estúpido.

Jason ni siquiera se molestó en involucrarse en la conversación y se acercó a la lista de correos del TED. Lo seguí y me tendió un bolígrafo.

—No pensaba que quisieras unirte al TED —dijo—, después de tus episodios de vómitos durante *Los miserables*.

—Aún amo el teatro —respondí—. Y necesito apuntarme a alguna sociedad más aparte de la de Literatura.

—Pero podrías elegir algo que no te hiciera vomitar.

—Prefiero devolver rodeada de amigos que unirme a una sociedad donde me sienta sola y triste.

Jason hizo una pausa y luego comentó:

—Creo que eso ha sonado más profundo en tu cabeza de lo que lo ha hecho en la vida real.

Terminé de anotar mi dirección de correo y dejé el bolígrafo a un lado, alzando la vista hacia Jason. Realmente parecía preocupado por mí.

—Quiero hacerlo —dije—. De verdad quiero intentar…, ya sabes. Conocer a gente nueva y… tener una buena experiencia universitaria.

Jason hizo una nueva pausa y, luego, asintió, mostrando un gesto de comprensión.

—Sí, eso tiene sentido.

Nos hicimos a un lado para dejar que Pip y Rooney apuntaran sus correos en la lista, mientras sostenían una absurda discusión sobre a qué sociedad del TED se unirían, y cada una de ellas parecía decidida a defender que su elección era la correcta y la de la otra totalmente errónea. Tras varios minutos más de toma y daca, Jason decidió ponerle fin y sugirió que todos nos fuéramos a por una *pizza* al puesto de Domino's, donde se ofrecían porciones gratis.

—Yo voy a seguir mirando un poco más —comentó Rooney. Y sus ojos se trasladaron de Pip a mí—. ¿Nos vemos en la entrada en veinte minutos?

Asentí.

—Genial. —Volvió a mirar a Pip y dijo, como si Jason no existiera —: ¿Y qué tal si quedamos todos en el bar del John's esta noche? Es tan divertido, se encuentra en el pequeño sótano…

La mayoría de la gente no hubiera sido capaz de percibir lo que pasaba por la mente de Pip, pero yo la conocía desde hacía más de siete años y vi que tenía *esa* mirada de ojos ligeramente entornados y hombros encorvados.

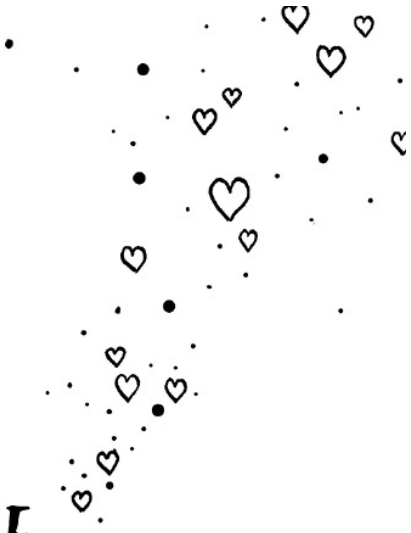
La cosa estaba clara. Pip había decidido odiar a Rooney.

—Sí, allí estaremos —contestó cruzándose de brazos.

—Vale —dijo Rooney, con una gran sonrisa—. No puedo esperar a ese momento.

Rooney desapareció de nuevo entre la masa de puestos. Pip, Jason y yo nos dirigimos directamente al *stand* de Domino's sin que los ojos de Pip abandonaran en ningún momento la nuca de Rooney, por lo que Jason le preguntó:

—¿Qué demonios ha sido eso?



SHAKESPEARE Y LAS PLANTAS DE INTERIOR

La oportunidad de pasar tiempo con mis únicos tres amigos era sin duda un buen plan, que, sin embargo, contrarrestaba con el hecho de que Rooney parecía disfrutar irritando a Pip, mientras esta se mostraba furiosa simplemente por su mera existencia en nuestras vidas, y de que yo hubiera descubierto que no era demasiado partidaria de discotecas y bares.

Felipa Quintana
Las vibraciones, Georgia. Las vibraciones

Georgia Warr
¿Qué pasa con ellas?

Felipa Quintana
Son malas
Tendría que haberlo sabido cuando la conocí
Está llena de malas vibraciones

Georgia Warr

Rooney en realidad es muy agradable
¿Lo dices porque la viste enrollándose con alguien? En nuestro grupo no somos quién para avergonzar a nadie

Felipa Quintana
Por supuesto que no. Que se enrolle con quien sea siempre que quiera, no tengo problemas con la gente que se divierte con algún rollo pasajero
Solo percibo malas vibraciones
… Se burló de mis cactus

Jason Farley-Shaw
Cambiando de tema
¿Dónde nos vemos y a qué hora?
¡No sé dónde está el bar del John's!

Georgia Warr
Iré a recogeros a la habitación de Pip
Me preocupa que Pip llegue antes y haga alguna escena en cuanto vea a Rooney

Jason Farley-Shaw
Bien pensado. Muy lista

Felipa Quintana
Que os den a los dos

—Soy perfectamente capaz de ir a un bar y no montar una escena solo porque no me gusta una persona —protestó Pip en cuanto me abrió la puerta de su dormitorio esa misma tarde.

Me habían dado instrucciones precisas para llegar, pero acabé teniendo que llamarla para que me orientara verbalmente en cuanto me adentré en los tortuosos corredores del Castillo. Y por si aquello no fuera un caos suficiente al que enfrentarme un viernes por la tarde, la habitación de Pip parecía competir directamente al premio de la habitación más desordenada de Durham. Había más ropa en el suelo de la que se veía en su armario abierto. Su mesa estaba atestada de altas pilas de libros de ciencias con aspecto terriblemente aburrido y fragmentos de papel, y sus sábanas hechas un gurruño en una esquina a varios metros de la cama.

—Por supuesto que sí —dije, dándole una palmadita en la cabeza.

—No me trates con condescendencia, Georgia Warr. ¿Has traído mi chaqueta vaquera?

—¿Tu chaqueta vaquera? —Me palmeé en la cabeza. Podía recordar exactamente dónde estaba la chaqueta de Pip en mi habitación: colgada del respaldo de la silla—. ¡Oh, no, lo siento! Se me olvidó completamente.

—No te preocupes —dijo Pip, y echó un vistazo nervioso a su ropa—. Pensaba llevarla esta noche, pero… ¿Crees que estaré bien sin ella? ¿O tal vez podría ponerme una cazadora?

De hecho, se la veía muy bien. Llevaba una camiseta de manga corta a rayas remetida en unos estrechos vaqueros negros con desgarrones, y su pelo estaba cuidadosamente peinado. Pero, sobre todo, su aspecto era muy propio de ella, lo que me pareció lo más importante.

Pip siempre había sido un tanto insegura sobre su aspecto. Pero últimamente se vestía como siempre había querido, se había cortado el pelo y todo eso, de modo que exudaba una confianza que yo nunca esperaba conseguir, una confianza que decía: «Sé exactamente quién soy».

—Estás muy bien —dije.

Ella sonrió.

—Gracias.

Yo había decidido vestir algo un poco más informal que en mi último intento, y mi modelito consistía en unos vaqueros de cintura alta y un ajustado top, pero aun así me sentía como si llevara un disfraz. Los jerséis de punto con los que normalmente me sentía cómoda no eran muy adecuados para bares y discotecas.

Jason llegó unos minutos tarde, vestido con su chaqueta de borreguito por encima de su conjunto de vaqueros y camiseta. Echó un vistazo al suelo e inmediatamente empezó a recoger prendas de ropa y a doblarlas.

—Por el amor de Dios, Pip. A ver si aprendes a ser más ordenada.

—Está perfectamente bien así. Sé dónde está todo.

—Puede que sí, pero no te parecerá tan bien cuando empieces a encontrar arañas pariendo debajo de tus sudaderas.

—Uf, Jason. No digas «pariendo».

Antes de marcharnos, hicimos una rápida limpieza de la habitación de Pip. Estábamos a apenas unos minutos andando desde el Castillo al St. John's. Teníamos que cruzar el Palacio Verde, pasar por delante de la catedral y bajar por un pequeño callejón lateral y, durante ese tiempo, decidí enfrentarme a Pip para conocer la razón exacta de su proclamación de «malas vibraciones».

—No siento ningún flechazo por ella —rechazó Pip de inmediato, lo que me confirmó el hecho de que definitivamente lo había sentido —. No tengo flechazos por chicas hetero. Ya no.

—Así que has decidido que ella es tu enemiga mortal porque…

—¿Sabes lo que pasa? —Pip cruzó los brazos ciñéndose su cazadora—. Es la clase de persona que se cree mejor que nadie, solamente porque acude a discotecas y bares, tiene una planta interior gigante y le gusta Shakespeare.

—A ti te gusta Shakespeare y tienes plantas de interior —rebatió Jason—. ¿Por qué a ella no puede gustarle Shakespeare y tener plantas de interior?

Pip le lanzó una mirada furibunda.

Jason me miró y arqueó las cejas. Ambos podíamos advertir que Pip estaba inventando razones absurdas por las que rechazar a Rooney en un intento de desviar sus sentimientos. Pero también sabíamos que lo mejor era dejarlo pasar, porque, para ser sinceros, eso sería lo más prudente.

Habíamos visto a Pip sufrir numerosos flechazos con chicas hetero. Algo que no era agradable para ella. Así que, cuanto antes pudiera sobreponerse a sus sentimientos, mejor.

—Podrías haberte negado a salir esta noche —sugerí.

—No, no podía —dijo Pip—, porque entonces ella hubiera ganado.

Jason y yo guardamos silencio durante un momento.

Y entonces yo comenté:

—Ella me ha estado aconsejando sobre cosas.

Pip frunció el ceño.

—¿Aconsejando? ¿Sobre qué?

—Bueno… Ya sabes que no me sentía demasiado bien por… —Dios, sacar el tema siempre me resultaba incómodo—. ¿Recuerdas en la fiesta posterior a la graduación que me sentía bastante deprimida por no haber besado nunca a nadie y… ya sabes? Pues Rooney me ha estado ayudando a intentarlo de nuevo, haciendo que me abriera un poco más.

Pip y Jason se quedaron mirándome.

—¿Qué? —Pip sacudió la cabeza incrédula—. No habrás… ¿Por qué está intentando que hagas eso? No tienes que hacer toda esa mierda… Solo… Dios. Solo debes ir a tu propio ritmo, tía. ¿Por qué está intentando presionarte? ¿Es que acaso te ha convencido para que empieces a salir con gente? Me parece bien si ella quiere hacerlo, pero tú no eres así.

—¡Ella no me está forzando a hacer nada! Solo me está ayudando a que me abra un poco más a la gente y a arriesgarme.

—¡Pero esas cosas no hay que forzarlas! Tú no eres así —repitió frunciendo el ceño.

—Vale, pero ¿y si es así como me gustaría ser? —espeté en respuesta. E inmediatamente me sentí mal por ello. Pip y yo nunca habíamos discutido.

Pip se quedó callada. No parecía tener respuesta para eso.

—No me gusta Rooney —dijo por fin—, porque está alterando la dinámica de nuestra relación de grupo. Y además es muy irritante conmigo.

Ni siquiera me molesté en contestarla.

Jason estaba intentando aplastar su pelo torpemente.

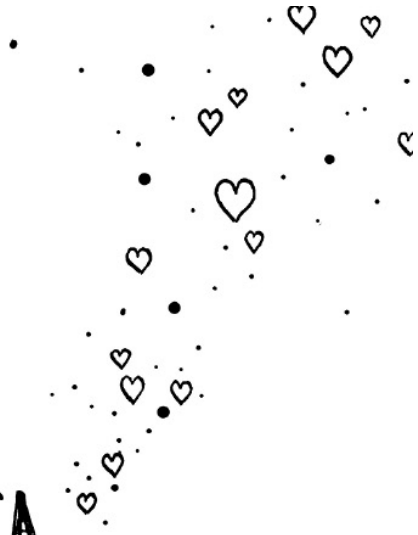
—Bueno… Por otra parte, es bueno que hayas hecho una amiga, Georgia.

—Sí —dije.

Noté que mi teléfono vibraba en el bolso y lo saqué para echarle un vistazo.

Rooney Bach
¡Estoy en el bar!
Oye, quizá podamos hacer que ligues con alguien esta noche…

Le envié un emoticono con el pulgar en alto.



ENERGÍA CAÓTICA

Rooney había conseguido pillar una mesa para nosotros en el bar del John's, lo que merecía una medalla, porque estaba hasta los topes. El bar ocupaba una pequeña zona del sótano del colegio, muy vieja y calurosa.

Prácticamente se podía palpar el sudor de la gente en el aire mientras nos deslizábamos a través de la multitud para llegar a la mesa.

Rooney se había arreglado mucho para esa noche, con un mono, tacones y su melena cayendo en suaves ondas. Probablemente tenía otros planes después de quedar con nosotros a esa hora tan infantil de las nueve de la noche. Y mientras nos estaba esperando, parecía haberse hecho amiga del numeroso grupo de gente de la mesa de al lado.

—Queridos —dijo Rooney en un falso tono pijo mientras nos sentábamos, a la vez que se despedía de sus nuevos amigos—. Estáis todos muy guapos. —Miró directamente a Pip—. ¿Así que te van las rayas, Felipa?

Pip entornó los ojos al oír que la llamaban por su nombre completo.

—¿Acaso has estado espiándome en Facebook?

—En Instagram, más bien. Me gustó mucho la foto en la que aparecías vestida de lápiz por Halloween.

Eso se ganó una leve sonrisa de Pip.

—Veo que tu búsqueda se ha remontado bastante.

Tuvimos que soportar varios minutos de irritante intercambio de sarcasmos entre Pip y Rooney antes de que Jason y yo pudiéramos intervenir en la conversación. Durante ese tiempo, aproveché para echar un vistazo alrededor y mirar a nuestros compañeros estudiantes. Algunos iban vestidos de manera informal; otros, muy arreglados; y algunos más, luciendo las sudaderas de sus colegios y vaqueros. Vi gente llevando estrafalarios vestidos, mucha más de lo normal, pero aún estábamos en la Semana de los Novatos, así que era lógico.

—Y bien, ¿cómo os hicisteis amigos los tres? —preguntó Rooney.

—En el colegio —contesté—. Todos asistimos al mismo grupo de teatro juvenil.

—¡Ay, sí, es cierto! ¡Los tres sois chicos de teatro! ¡Lo olvidé! —El rostro de Rooney se iluminó—. Esto es increíble. ¡Podemos asistir todos a la reunión de bienvenida de la semana que viene!

—Es una pena que tu sociedad se haya clausurado —dijo Jason.

—¡Sí! La Sociedad Shakespeare. Estaba tan ilusionada con poderme unir a ella, pero… ha dejado de existir. Sin duda se trata de algún tipo de crimen contra Inglaterra.

—¿Entonces te gusta Shakespeare? —preguntó Pip con un tono que sonó casi escéptico.

Rooney asintió.

—¡Sí! Me encanta. ¿A ti no?

Pip asintió en respuesta.

—Sí. Participé en algunas obras suyas en el colegio.

—Igual que yo. Estuve en *Romeo y Julieta*, *Mucho ruido*, *La comedia de las equivocaciones* y *Hamlet* en el colegio.

—Nosotros hicimos *Romeo y Julieta*, *El sueño de una noche de verano* y *La tempestad*.

—¿Entonces tengo más experiencia? —preguntó con sorna Rooney, y sus labios se curvaron de forma inconfundible. Era como si estuviera empezando una pelea.

La mandíbula de Pip tembló.

—Supongo que sí —repuso.

Crucé una mirada con Jason por encima de la mesa, y la forma en que sus ojos se agrandaron me confirmó que no lo estaba imaginando. Jason también podía advertir lo que estaba sucediendo.

Ahí estaban, Rooney y Pip, dos clases diferentes de energía caótica colisionando ante mis ojos. Me sentí abrumada.

—¿Y qué?, ¿sois Georgia y tú ahora las mejores amigas? —preguntó Pip sarcástica soltando una débil carcajada.

Estuve a punto de protestar por ser arrastrada a lo que quiera que fuera aquello, cuando Rooney replicó en su lugar.

—Yo diría que ya somos muy buenas amigas —indicó, sonriendo y mirándome—. ¿No es así?

—Sí —respondí, porque no había mucho más que pudiera añadir.

—Vivimos juntas —continuó Rooney—, así que supongo que es cierto. ¿Por qué? ¿Estás celosa?

Pip enrojeció ligeramente.

—Solo me estaba preguntando si vamos a tener que competir por el título de la mejor amiga de Georgia.

—¿Yo ni siquiera entro en la competición? —intervino Jason, pero ambas chicas lo ignoraron.

Rooney dio un largo trago a su cerveza y luego se inclinó para acercarse a Pip.

—No te veo pinta de luchadora.

—¿Es eso una pulla por mi altura?

—Solo un hecho. Creo que comparada con la mayoría de la gente podrías sentirte en desventaja.

—Ah, pero cuento con la rabia de las personas bajitas como arma.

Rooney sonrió satisfecha.

—No sabría decirlo.

—Oye —dije subiendo la voz, y Pip y Rooney me miraron a la vez —. Se supone que hemos venido a divertirnos y conocernos mejor.

Ambas parpadearon.

—¿No es eso lo que estamos haciendo? —inquirió Rooney.

—Necesito beber algo —dijo Jason en voz alta poniéndose en pie. Yo también me levanté, dándole un apretón de apoyo en el brazo, y dejamos a Rooney y a Pip con su extraña competición de pullas.

Sabía que refugiarme en la bebida para aliviar la ansiedad no era buena idea. En un nivel físico, ni siquiera me gustaba especialmente el sabor del alcohol. Pero por desgracia me había criado en un lugar donde prácticamente toda la gente de mi edad bebía, y había aprendido a aceptarlo como algo «normal», al igual que otras muchas cosas, si bien con frecuencia no era lo que más me apetecía hacer.

Jason se pidió una sidra y yo un vodka doble y limonada, y también dos cervezas para Pip y Rooney.

—Sé que Pip ha pasado otras veces por todo el ciclo de sentimientos de rechazo y enfado —comentó Jason sombrío mientras esperábamos en la barra a que nos sirvieran las bebidas —. Pero no la había visto así, desde lo de Kelly Thornton en tercero de secundaria.

—Esto es definitivamente mucho peor —aseguré, retrotrayéndome a la época con Kelly y a la larga disputa por un lápiz robado que terminó con Pip lanzándole una manzana medio mordida a la cabeza y ganándose dos semanas de expulsión—. Solo quiero que todos seamos amigos.

Jason se rio y me dio un empujoncito con el hombro.

—Bueno, me tienes a mí. Estamos relativamente libres de dramas.

Alcé la vista hacia él. Sus grandes ojos castaños y su suave sonrisa me eran totalmente familiares. Nosotros nunca habíamos tenido ningún drama. Al menos hasta el momento.

—Sí —contesté—. Relativamente.

SOLA PARA SIEMPRE

Procedí a emborracharme en tiempo récord. Tal vez fuera porque me había saltado la cena para seguir leyendo uno de mis relatos de fan-fic y solo tomé una rosquilla en la cama, o puede que porque había bebido el equivalente a cinco chupitos en solo cuarenta y cinco minutos, pero, por la razón que fuera, a las diez de la noche me sentía genuinamente relajada y feliz, lo que era una señal definitiva de que no estaba en mis cabales.

Me reitero: no soy partidaria de esta clase de cosas. Pero, en ese momento, no sabía de qué otro modo enfrentarme a la que había sido una larga y estresante semana, y a la perspectiva de muchas más largas y estresantes semanas por venir a lo largo de los próximos tres años.

Supongo que es justo decir que hasta el momento no estaba disfrutando de mi experiencia universitaria.

Hacia las diez de la noche salimos del bar y nos dirigimos al centro de la ciudad. Rooney fue muy insistente. Yo hubiera querido protestar, pero me interesaba comprobar si la experiencia de las discotecas mejoraba algo cuando lo hacías acompañada de amigos. Quizá la disfrutaría si Pip y Jason estaban ahí conmigo.

Pip y Rooney estaban ambas un poco achispadas y acaparaban casi un ochenta por ciento de la conversación. Jason se había mostrado bastante callado, lo que no era inusual, y no pareció importarle cuando yo deslicé mi brazo por el suyo, para intentar minimizar el balanceo de mi cuerpo, mientras caminábamos hacia el centro de Durham.

Rooney continuaba intercambiando burlas con Pip, luego se volvió hacia mí con su larga melena ondeando en el racheado aire de octubre y gritó:

—¡Necesitamos conseguirte un hombre, Georgia! ¡Necesitamos encontrarte un hombre!

La palabra «hombre» me hizo sentir arcadas porque inmediatamente imaginé a un tío mucho mayor que yo, ya que nadie de nuestra edad era todavía un hombre, ¿no es cierto?

—¡Ya encontraré alguno en su momento! —grité en respuesta, a pesar de que sabía que todo aquello no eran más que chorradas y que nada en la vida es seguro y que quizá no tendría tiempo de averiguarlo porque podría sufrir algún aneurisma cerebral en cualquier momento y entonces estaría muerta, sin haberme enamorado nunca, sin haber podido descifrar quién era yo y lo que quería.

—No tienes que encontrar a un hombre, Georgia —farfulló Pip una vez que entramos en la discoteca, mientras hacíamos cola para llegar a la barra.

Esta vez no se trataba del húmedo y pegajoso local del último día, sino de uno nuevo. Era elegante, moderno y parecía estar fuera de lugar en el casco histórico de Durham. Ponían buena música *indie:* Pale Waves, Janelle Monáe, Chvrches, y estábamos rodeados de gente bailando bajo las luces de neón. Yo tenía un ligero dolor de cabeza, pero quería intentar divertirme. Quería intentar forzarme a dar un paso más.

—Lo sé —dije, por suerte lejos del oído de Rooney, que hablaba vehementemente con Jason sobre algo, aunque este parecía ligeramente abrumado.

—Yo ya he aceptado que nunca encontraré a nadie —dijo Pip, y necesité unos momentos para que todas las implicaciones de su afirmación penetraran en mi cerebro.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado con lo de que «acabarías encontrando a alguien porque todo el mundo lo hace»?

—Esa regla es solo para gente hetero —contestó Pip, y, durante un momento, eso me dejó sin palabras. ¿Todas las veces que me había dicho «ya terminarás por encontrar a alguien»… ni siquiera lo creía posible en su caso?—. Eso no se aplica a mí.

—Eh, no digas eso. Simplemente, no había suficientes chicas gay cuando estábamos en el colegio. No tuviste demasiadas opciones.

Pip había besado a dos chicas desde que nos conocíamos: una de ellas negaba repetidamente que aquello hubiera sucedido, y la otra le había dicho que no le gustaba de ese modo, y simplemente había pensado que era una broma entre amigas.

Pip bajó la vista a la pegajosa superficie del bar.

—Sí, pero es que… Ya ni siquiera sé cómo, cómo… salir con alguien. O cómo sucede eso.

No supe qué decirle. No es que yo, precisamente, tuviera las respuestas y, si las tenía, ambas estábamos demasiado ebrias para que tuvieran sentido.

—¿Hay algo malo en mí? —dijo de pronto, mirándome directamente a los ojos—. ¿Acaso soy… tan pesada…, tan insoportable para los demás?

—Pip… —Pasé un brazo alrededor de sus hombros—. No, Dios, no, por supuesto que no. Dios. ¿Por qué piensas eso?

—No lo sé —gruñó—. Solo pensaba que tal vez hubiera una razón concreta por la que siempre estoy sola.

—Tú no estás siempre sola cuando yo estoy aquí. Yo soy tu mejor amiga.

Ella suspiró.

—Bien.

Le di un apretón, y entonces llegaron nuestras bebidas.

—¿Crees que, dado que soy tu mejor amiga, podrías intentar no despreciar a Rooney con cada fibra de tu ser? ¿Al menos por esta noche?

Pip dio un sorbo a su sidra.

—Lo intentaré. Aunque no puedo prometerte nada.

Tendría que conformarme con eso.

Tan pronto como terminamos nuestras bebidas, Rooney empezó a bailar. Parecía estar también en buenos términos con varias personas de la discoteca, así que continuó desapareciendo cada dos por tres para socializar con la gente. Me sentí mal por pensarlo, pero la verdad es que no me importó, porque así podría tener un poco de tiempo para estar con mis mejores amigos.

Y resultó que ir de discotecas era ligeramente mejor cuando estabas con gente que conoces y a la que quieres. Pip consiguió que todos hiciéramos nuestros habituales y estúpidos movimientos de baile y, después de aquello, me encontré sonriendo y riendo y sintiéndome feliz. Incluso Rooney se unió a nosotros, y Pip logró contener las dagas de sus ojos al mínimo. De no ser por los pavorosos estudiantes mayores que se hacinaban a nuestro alrededor y por la siempre presente amenaza de Rooney intentando emparejarme con algún chico, habría pasado un muy buen rato.

Desgraciadamente, aquello solo duró media hora antes de que Rooney interviniera.

Jason, Pip y yo nos habíamos ido a sentar en unos sofás de cuero cuando Rooney apareció con un chico al que no conocía. Vestía una camisa de Ralph Lauren, unos chinos color melocotón y zapatos náuticos.

—¡Oye! —me gritó Rooney por encima de la música—. ¡Georgia!

—¿Sí?

—¡Te presento a Miles! —Señaló hacia el chico. Lo miré y vi que sonreía de un modo que inmediatamente me irritó.

—Hola —dije.

—¡Ven a bailar con nosotros! —dijo Rooney tendiéndome la mano para que me levantara.

—Estoy cansada —contesté, porque era cierto.

—¡Creo que Miles y tú os podríais llevar bien! —comentó Rooney. Era dolorosamente evidente lo que estaba intentando hacer.

Y yo no quería continuar con ello.

—¡Tal vez más tarde! —contesté.

Miles no pareció molestarse, pero la sonrisa de Rooney se desvaneció ligeramente. Se acercó más a mí para que nadie pudiera oírnos.

—¡Solo dale una oportunidad! —dijo—. Podrías simplemente darle un beso y ver qué pasa.

—Está bien así —intervino Jason desde un lado. No me había dado cuenta de que estuviera escuchando.

—Solo estoy intentando ayudar…

—Lo sé —dijo Jason—. Pero Georgia no quiere que lo hagas. Se le nota en la cara.

Rooney le obsequió con una larga mirada.

—Ya veo —repuso—. Muy interesante.

Miles ya se había alejado hasta un grupo de amigos, así que Rooney se volvió hacia Pip, que también estaba escuchando la conversación con una expresión consternada y dijo:

—¿Quintana? ¿Te apetece bailar?

Lo dijo como si estuviera retando a Pip a un duelo, así que esta, por supuesto, aceptó y salió a bailar con Rooney como si tuviera algo que demostrar. Rooney no estaba lo bastante sobria para darse cuenta de lo que trataba de hacer: dejarle claro que no le gustaba. Excepto que era evidente que sí. Me hundí en el sofá con Jason y ambos contemplamos cómo Rooney y Pip bailaban.

Casi parecía que Pip se estuviera divirtiendo, de no ser por la mueca estilo señor Darcy de su rostro cada vez que Rooney se

acercaba demasiado a ella. Las luces parpadeaban a su alrededor, y cada pocos segundos quedaban fuera de la vista tapadas por otros cuerpos y rostros sonrientes que bailaban, pero entonces regresaban, y parecían estar más cerca la una de la otra, moviéndose al ritmo de la música. Rooney sobresalía por encima de Pip, sobre todo por los enormes tacones de sus botas, aunque de todos modos era varios centímetros más alta, y, cuando puso los brazos a su alrededor, me sentí inmediatamente preocupada por que ambas pudieran caerse, y entonces Pip empezó a protestar, pero debió de sentirse ignorada al comprender que ella misma se había metido en esa situación y ahora tenía que afrontarla.

Durante un momento, pensé que Rooney iba a inclinarse y besarla, pero no lo hizo.

Pip me lanzó una mirada, y yo la sonreí, entonces dejé de observarlas. Afortunadamente, no parecía que fueran a matarse la una a la otra.

Jason y yo nos comimos un paquete de patatas fritas que había conseguido en la barra y estuvimos hablando, lo que me recordó lo que hacíamos los días en que había ensayo de teatro cuando no se nos necesitaba en escena. Pip siempre tenía el papel principal, de modo que estaba ocupada todo el día, pero Jason y yo solíamos escabullirnos y sentarnos detrás del telón en alguna parte, picando algún aperitivo y contemplando en mi móvil recopilaciones de TikTok, mientras tratábamos de no reírnos demasiado alto.

—¿Echas de menos tu casa? —me preguntó Jason.

Lo consideré un momento.

—No lo sé. ¿Y tú?

—No lo sé —respondió cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás—. Quiero decir, añoro algunas cosas, supongo. —Se rio —. A mis padres, a pesar de que me llaman todos los días. Y ya he visto la película de *Scooby-Doo* cuatro veces, lo que me da mucha tranquilidad, pero el colegio era el infierno. No echo nada de menos el instituto.

—Mmm. —La universidad tampoco era mucho mejor. Al menos para mí.

—¿Qué?

—A mí me gusta estar aquí —dije.

—¿En la uni?

—No, aquí. Contigo.

Jason abrió los ojos y se volvió hacia mí, sonriente.

—A mí también.

—¡Georgia! —gritó Rooney, mientras se acercaba tambaleándose hasta nosotros desde la pista de baile—. Has encontrado un HOMBRE.

—No —dije—. Este es mi amigo Jason. ¿Recuerdas?

—Ya sé quién es —contestó, sentándose enfrente—. Sé exactamente lo que está pasando aquí. —Alzó un dedo hacia mí—. Tú. —Señaló a Jason—. Y él. —Dio una palmada juntando las manos—. Grandes. Caóticos. Sentimientos.

Yo sacudí la cabeza y noté que Jason se desplazaba ligeramente, alejándose de mí mientras se reía torpemente. ¿De qué demonios estaba hablando Rooney?

Rooney palmeó a Jason en el hombro.

—Es bonito. Pero deberías decírselo a Georgia.

Jason no dijo nada. Lo miré para comprobar si él sabía de qué estaba hablando Rooney, pero su rostro no me dio ninguna pista.

—No lo pillo —dije.

—Eres muy interesante —comentó Rooney a Jason— y muy aburrido a la vez, porque nunca haces nada.

—Me voy al baño —contestó este poniéndose de pie con una extraña expresión en la cara que solo le había visto cuando estaba borracho y que era de profunda irritación. Pero no estaba borracho. Estaba genuinamente cabreado. Se alejó de nosotros.

—Eso ha sido muy cruel —le dije a Rooney. Ahora era yo la que estaba cabreada.

—¿Eres consciente de que Jason siente algo por ti?

Las palabras me alcanzaron como un rayo.

«¿Eres consciente de que Jason siente algo por ti?».

Jason. Uno de mis mejores amigos en todo el mundo. Nos conocíamos desde hacía más de cuatro años, habíamos salido juntos más veces de las que podía recordar, conocía su cara tan bien como la mía. Nos podíamos contar cualquier cosa el uno al otro.

Pero él no me había dicho «eso».

—¿Qué? —grazné, quedándome sin aliento.

Rooney se rio.

—¿Estás de broma? Su enamoramiento por ti es tan evidente que de hecho resulta doloroso verlo.

¿Cómo era posible? Me consideraba una experta reconociendo sentimientos románticos. Siempre podía advertir cuándo la gente estaba flirteando conmigo, o entre sí. Siempre reconocía cuándo Pip y Jason se enamoraban de alguien.

¿Cómo habría podido pasárseme desapercibido?

—Es un chico encantador —dijo Rooney, suavizando la voz mientras se sentaba a mi lado en el sofá—. ¿De verdad no lo has considerado nunca?

—Yo… —empecé a decirle que él no me gustaba en ese sentido, pero… ¿acaso sabía lo que era tener sentimientos románticos por alguien? Había creído estar enamorada de Tommy durante siete años y aquello acabó en nada.

Jason era un chico realmente encantador. Quiero decir, que yo lo quería.

Y de pronto la idea empezó a dar vueltas por mi mente y no pude evitar empezar a considerarlo. Tal vez, lo nuestro era como una de esas comedias románticas americanas que me había pasado viendo toda mi adolescencia; tal vez, Jason y yo estábamos hechos para ser como los dos protagonistas de *El sueño de mi vida* o *Rumores y mentiras*; tal vez, «él había estado allí todo el tiempo», tal vez no lo había procesado en mis sentimientos románticos porque me sentía muy cómoda y segura alrededor de Jason y, además, ya lo tenía

clasificado como «mejor amigo» cuando de hecho podría haber sido un novio.

Quizá, si sondeaba un poco o si me esforzaba, Jason fuera el amor de mi vida.

—Qué… ¿Qué tengo que hacer? —susurré.

Rooney se metió las manos en los bolsillos.

—Aún no estoy segura. Pero… —Se puso en pie, y su pelo cayó alrededor de sus hombros como la capa de un superhéroe— creo que vamos a poder resolver tu pequeño problema de no haber sido besada nunca.



Esa noche fui arrancada de mi sueño cuando Rooney regresó a nuestra habitación. Nos había dicho que volviéramos al colegio sin ella. No pude verla demasiado bien sin las gafas, pero parecía ir de un lado a otro de puntillas como un personaje de dibujos animados. Enchufó la hervidora para hacerse su taza de té post-salida nocturna y, cuando abrió su armario, varias perchas cayeron al suelo armando un gran alboroto. Se quedó paralizada y exclamó:

—Oh, no.

Me puse las gafas justo a tiempo para ver que se giraba hacia mí con expresión culpable.

—Lo siento —susurró en voz alta.

—No pasa nada —murmuré, medio atontada por el sueño. Comprobé mi móvil. Eran las cinco y veinte de la madrugada. Cómo. ¿Cómo un ser humano podía estar despierto, y más aún en una discoteca, hasta tan tarde? Yo me había quedado un buen rato despierta, pero sentada en la cama leyendo, lo que no era lo mismo —. No sabía que se pudiera estar ahí fuera hasta tan tarde.

Rooney se rio.

—No, no ha sido así. Estaba en el cuarto de un chico.

Fruncí el ceño un tanto confusa. Pero entonces lo entendí. Había estado con él en su habitación, teniendo sexo.

—Oh —exclamé—. Genial.

De hecho, sí creía que era genial. Siempre había sentido un poco de envidia de la gente tan activa sexualmente que se sentía lo suficientemente cómoda para acostarse con quien quiera que les apeteciera. Yo ni siquiera podía imaginarme sintiéndome lo suficientemente cómoda para dejar que alguien me besara, y mucho menos para ir a la habitación de un completo desconocido y desnudarme.

Ella se encogió de hombros.

—Para ser sincera, no ha sido tan genial. Más bien un tanto desilusionante. Pero ya sabes. ¡Por qué no! Todo el mundo está dispuesto a ello esta semana.

Sentí curiosidad por saber de qué modo el chico podría haber sido desilusionante, pero pensé que tal vez preguntárselo fuera una intromisión.

Rooney entonces soltó un gemido dramático, se tambaleó por el cuarto y susurró:

—Olvidé regar a Roderick. —Antes de llenar rápidamente una taza alta con agua, acercarse a la planta y verter el líquido en la maceta.

—Crees que… —empecé, pero me detuve. La falta de sueño me había dado ganas de ser sincera.

No me gustaba ser sincera.

—¿Qué? —dijo, tras haber terminado de atender a Roderick. Se acercó hasta su cama y se quitó los tacones.

—¿Crees que soy inmadura? —pregunté, con cara de sueño y mi cerebro aún no del todo despierto.

—¿Por qué iba pensar eso? —dijo, empezando a bajar la cremallera del mono.

—Porque no he tenido sexo ni he besado a nadie ni… nada de eso. Y porque no… ligo con chicos y…, ya sabes.

Por no ser como tú. Ni hacer lo que tú haces.

Ella me miró.

—¿Tú crees que eres inmadura?

—No. Solo creo que mucha gente piensa que lo soy.

—¿Pero te lo han dicho?

Volví a recordar la fiesta de después de la graduación.

—Sí —contesté.

Rooney se despojó del mono y se sentó en la cama llevando solo la ropa interior.

—Eso es horrible.

—Y bien… ¿Lo soy?

Rooney hizo una pausa.

—Creo que es bastante increíble que, a estas alturas, todavía no hayas sentido la imperiosa compulsión de hacer una de esas cosas. No te has permitido hacer nada que no quisieras hacer. No has besado a nadie solo porque tienes miedo de perderte. De hecho, creo que esa es una de las cosas más maduras que he oído nunca.

Cerré los ojos y pensé en contarle lo que había sucedido con Tommy. Ya casi había pasado página de ese episodio.

Pero cuando volví a abrirlos, descubrí que estaba ahí sentada en la cama mirando la fotografía de ella y Beth, la chica del pelo de la Sirenita. Beth debió de ser una muy buena amiga. Aquella era la única foto personal que Rooney había colgado en la pared.

Entonces, giró la cabeza para mirarme y dijo:

—¿Así que vas a intentar salir con Jason?

De pronto, todo volvió a mí, y eso fue lo único que hizo falta.

Una simple sugerencia.

Rooney diciendo: «Nunca lo sabrás hasta que lo intentes».

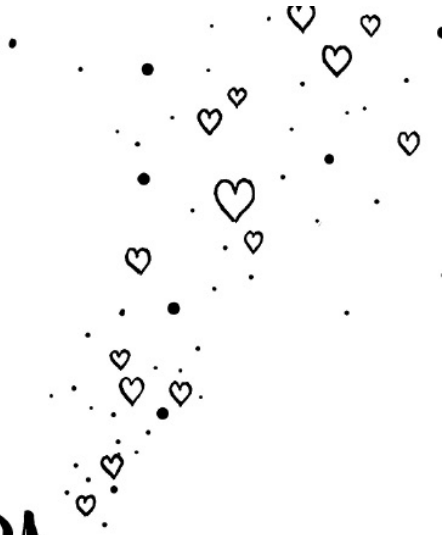
Rooney diciendo: «Él es encantador. ¿Estás segura de que no te gusta, aunque sea un poquito? Está claro que os lleváis muy bien».

Rooney diciendo: «Sinceramente, os comportáis como si estuvierais hechos el uno para el otro».

Y eso fue todo lo que necesité para pensar…

Sí.

Tal vez.
Tal vez podía enamorarme de Jason.



SIN DUDA NOS GUSTA EL DRAMA

La reunión de presentación del Teatro Estudiantil de Durham se celebró cuatro días más tarde, el martes de mi segunda semana en la universidad, en el teatro Assembly Rooms. Rooney casi tuvo que arrastrarme físicamente hasta allí después de que me pasara todo el fin de semana encerrada en nuestra habitación, agotada tras cinco días de intensa socialización, pero recordé que tenía que seguir intentándolo, que quería hacerlo, que quería salir ahí fuera y tener experiencias. Y Jason y Pip estarían ahí, así que no podía ser tan malo.

Las butacas estaban casi todas ocupadas, dado que un montón de gente estaba interesada en formar parte del TED. Por suerte, Rooney y yo divisamos a Pip sentada sola al fondo del patio de butacas, así que nos acercamos para unirnos a ella. Probablemente debería haber tenido la prudencia de sentarme entre las dos, sin embargo, Rooney acabó deslizándose por delante de mí en la fila de asientos, y se produjo un momento de tensión cuando se saludaron.

Momentos más tarde, apareció Jason. Llegó jadeando y un tanto sudoroso.

Me pregunté si aquello me resultaba atractivo, en plan, un estilo descuidado de después del entrenamiento.

—¿Está… ocupado… ese sitio? —preguntó.

—No. —Negué con la cabeza. Hice una pausa mientras se despegaba la camiseta del pecho y luego se quitaba la chaqueta de borreguito—. ¿Estás bien?

Asintió.

—He venido corriendo… todo el camino desde la biblioteca… Y ahora estoy sin aliento.

—Bueno, pero has conseguido llegar a tiempo.

—Lo sé. —Se volvió y me miró con atención, mostrando una cálida sonrisa—. Hola.

—Hola —le respondí devolviéndole la sonrisa.

—¿Así que al final estás segura sobre hacer esto?

—Sí. Y aunque no lo estuviera, creo que habría sido arrastrada por estas dos. —Y señalé hacia Rooney y Pip, que estaban ignorándose la una a la otra.

—Cierto. —Cruzó una pierna sobre la otra y luego comenzó a rebuscar en su mochila sin darme tiempo a decir nada. Después de un momento, sacó un paquete tamaño familiar de palomitas con sal, ya abierto, y me lo tendió—. ¿Palomitas?

Metí la mano y extraje un puñado.

—Saladas. Eres mi héroe.

—Todos debemos jugar nuestro papel en este perro mundo.

Estaba a punto de asentir cuando las luces se atenuaron como si fuéramos a ver una auténtica obra de teatro, y la primera reunión del año del Teatro Estudiantil de Durham comenzó.

La presidenta se llamaba Sadie y tenía la voz más fascinante y brillante que había oído nunca jamás. Ella nos explicó el sistema del TED, que era increíblemente complicado, pero la idea fundamental consistía en que cada sociedad que pertenecía al TED recibía una subvención para poner en marcha una producción propia, creada

totalmente por los estudiantes que formaran parte de esa sociedad. Rooney tomó un montón de notas mientras Sadie nos explicaba el funcionamiento.

El encuentro se alargó una hora, durante la cual Jason y yo continuamos compartiendo las palomitas todo el tiempo. ¿Se suponía que aquello significaba algo? ¿Consistía en eso ligar? No. Ni hablar, esto solo era lo que hacen los amigos, ¿no es cierto? Solo éramos Jason y yo comportándonos con normalidad.

Creía haber entendido cómo funcionaban este tipo de cosas. Haber entendido en qué consistía ligar. Pero, ahora, cuando se trataba de Jason, ya no sabía qué pensar.

Cuando la reunión terminó, Rooney y Pip se acercaron para unirse a la cola de novatos que querían hacerle preguntas a la presidenta. Caminaron juntas, pero no se miraron en ningún momento.

Jason y yo nos quedamos en nuestros asientos y empezamos a recordar algunas de nuestras anécdotas más divertidas del teatro juvenil. Como en *Hairspray,* cuando el director musical se descargó una versión pirata de la partitura y resultó que todas las canciones sonaban mal. O en *Drácula,* cuando Pip resbaló en un charco de sangre de mentira y desgarró el telón. O cuando en *Romeo y Julieta* Jason y yo estuvimos pintando el decorado y nos quedamos encerrados en el balcón durante dos horas porque todo el mundo se fue a cenar y se olvidó de que estábamos allí.

Quizá fuera el hecho de que había estado rodeada por la bulliciosa gente de teatro durante la última hora.

O quizá porque me gustaba mucho Jason en ese sentido.

Pero lo que quiera que fuera me proporcionó la confianza para decir:

—Oye, estaba pensando… que deberíamos… hacer algo.

Él alzó las cejas intrigado.

—¿Algo?

Oh, Dios mío. ¿Por qué estaba haciendo eso? ¿Cómo estaba haciendo eso? ¿Acaso había sido poseída por el espíritu de alguien

con una gran dosis de autoconfianza?

—Claro —dije—. No sé. Ir a ver una película o… —Un momento. ¿Qué cosas divertidas hacia la gente en sus citas? Me estrujé el cerebro, pero todos los relatos de fan-fic que había leído de pronto se borraron de mi mente—. Ir a… comer algo.

Jason se me quedó mirando.

—Georgia, ¿qué estás haciendo?

—Pensé que podríamos salir.

—Si salimos todo el tiempo.

—Me refiero a nosotros dos solos.

—¿Por qué nosotros dos?

Hubo una pausa.

Y entonces pareció pillarlo.

Sus ojos se abrieron como platos. Se separó un poco de mí y luego se inclinó hacia delante.

—¿Acaso estás…? —Soltó una pequeña e incrédula sonrisa—. Suenas como si me estuvieras pidiendo salir, Georgia.

Puse una mueca.

—Mmm. Bueno, sí.

Durante un momento, Jason no dijo nada.

Y entonces preguntó:

—¿Por qué?

No era así exactamente como había esperado que reaccionara.

—Yo solo… —Hice una pausa—. Creo… No sé. Yo quiero hacerlo. Salir contigo. Si tú también quieres.

Él siguió mirándome fijamente.

—Pero si no quieres está bien. Podemos olvidarnos del tema. —Me notaba las mejillas acaloradas, y no porque Jason me hiciera sonrojar, sino simplemente porque yo era un desastre y todo lo que hacía lo convertía en un trágico error.

—Está bien —dijo—. Sí. Hagámoslo.

—¿Sí?

—Sí.

Nos miramos el uno al otro. Jason era un chico atractivo y también una buenísima persona. Era claramente la clase de persona por la que podría albergar sentimientos románticos. Que me podría gustar de una forma romántica. Parecía como un novio.

Me gustaba su personalidad. Me había gustado su personalidad desde hacía años.

Así que podría enamorarme de él. Con un poco de esfuerzo, lo conseguiría.

Jason tuvo que irse para llegar a otra clase, mientras yo me quedaba un tanto conmocionada por haberme atrevido a hacer lo que acababa de hacer, pero casi enseguida me distraje por las voces que se alzaron junto al escenario. Voces que pertenecían a Rooney y a la presidenta del TED, Sadie.

Apenas quedaba ya gente en el teatro, así que me dirigí hasta donde Rooney y Pip se encontraban, justo delante del escenario con Sadie. Pip, sentada en la primera fila, veía cómo la conversación —o la discusión, aún no estaba segura de cómo calificarla— se desarrollaba.

—Este año solo tenemos suficientes fondos para crear una nueva sociedad —alegaba Sadie con firmeza—. Y ya se los hemos concedido a la Sociedad de Mímica.

—¿Sociedad de Mímica? —estalló Rooney—. ¿Estás de broma? ¿Desde cuándo el mimo es más importante que Shakespeare?

Sadie la miró como si estuviera muy muy harta de tratar con gente como Rooney.

—Además en el TED tampoco nos gusta la gente tan esnob.

—No estoy siendo esnob, solo… —Rooney se dio un respiro, intentando claramente no gritar—. ¡Es solo que no entiendo por qué os habéis deshecho de la Sociedad de Shakespeare en primer lugar!

—Porque no tenía suficientes miembros para continuar —contestó Sadie fríamente.

Me senté al lado de Pip en la primera fila. Ella se inclinó hacia mí y me susurró:

—Solo quería preguntar cuál es la obra escogida para los novatos este año.

—¿Y cuál es?

—Aún no lo sé. Tendré que esperar a que esto acabe.

—¿Y qué pasaría si yo financiara la sociedad? —preguntó Rooney.

Sadie arqueó una ceja.

—Te escucho.

—No necesito el dinero del TED. Solo quiero poder representar algo de Shakespeare. —Se la veía verdaderamente desesperada. No me había dado cuenta de que todo eso le importara tanto.

—¿Sabes cuánto cuesta montar una obra?

—Mmm… No, pero…

—¿Alquilar un teatro? ¿El vestuario? ¿Los decorados? ¿Un espacio donde ensayar? ¿Y todo usando el tiempo y los recursos del TED?

—Bueno, no, pero yo…

Sadie suspiró de nuevo.

—Necesitarás cinco miembros para constituir una sociedad —declaró—. Y nosotros te alquilaremos el teatro para una sola representación.

Rooney cerró la boca. Parpadeó una vez. Y luego dijo:

—Un momento, ¿en serio?

—No te voy a mentir, esto lo hago para impedir que sigas molestándome. —Sadie sacó un cuaderno del montón de prospectos que había llevado consigo al escenario—. ¿Quiénes son los miembros?

—Rooney Bach —dijo, y entonces nos miró a Pip y a mí, y dijo sin darnos tiempo a replicar—: Felipa Quintana —continuó.

—Un momento, no —protestó Pip.

—Georgia Warr.

—Espera, ¿cómo dices? —repuse.

—Jason Farley-Shaw.

—¿Es esto legal? —preguntó Pip.

—¿Quién es el quinto? —preguntó Sadie.

—Esto… —vaciló Rooney. Me imaginé que simplemente sacaría a relucir el nombre de alguno de sus muchos amigos, pero no parecía capaz de pensar en nadie—. Eh, supongo que aún no hemos encontrado al quinto miembro.

—Pues más vale que lo encuentres rápidamente, ¿de acuerdo? Vamos a darte fondos para esto. Necesito saber que vas en serio.

—Por supuesto.

—Monta una buena producción a final de año y consideraré darte más fondos el año que viene. ¿Te parece que suena razonable?

—Mmm. Sí. Claro. —Rooney descruzó los brazos—. Gracias.

—De nada. —Sadie buscó a su alrededor su botella de plástico y dio un buen trago, uno que me hizo pensar que lo que quiera que hubiera en el interior no era agua—. No creo que seas consciente de todo el trabajo que exige montar una producción. Tiene que ser buena, ¿de acuerdo? Algunas de nuestras obras se presentan en el Festival de Edimburgo.

—Será buena —dijo Rooney asintiendo—. Lo prometo.

—Está bien. —Sadie me miró directamente a mí cuando dijo un tanto inexpresiva—: Bienvenidas al Teatro Estudiantil de Durham. Sin duda nos gusta el drama.

—No entiendo por qué no puedes dejar que yo siga con esta sociedad y actuar en mi obra —espetó Rooney a Pip mientras caminábamos de vuelta al colegio mayor—. ¿Qué pensabas hacer? ¿Unirte a la Sociedad de Mímica?

—Pensaba apuntarme a la obra de novatos como una novata normal —replicó Pip—. Van a representar *La importancia de llamarse Ernesto,* por amor de Dios. Un clásico.

—Shakespeare significa mucho para mí, ¿de acuerdo? Fue una de las pocas cosas con las que disfruté en el colegio…

—¿Y qué? ¿Se supone que debo dejar todos mis intereses y aficiones solo porque tú tienes alguna triste historia? Esto no es el maldito *Factor X*.

Yo caminaba unos pasos por detrás mientras ellas discutían, con sus voces alzándose cada vez más. La gente con la que nos cruzábamos por la calle había empezado a volverse para observar la escena al pasar.

Pip se ciñó su cazadora alrededor del cuerpo y se pasó una mano por el pelo.

—Entiendo que debías de ser una especie de estrella de la interpretación en tu colegio, pero yo también lo era, y no hace falta que vengas aquí y trates de demostrar que eres mejor que yo solo porque te gusta Shakespeare.

Rooney se cruzó de brazos.

—Bueno, creo que montar una obra de Shakespeare es un poco más importante que una pequeña comedia ligera.

—¿Una pequeña comedia ligera? ¡Discúlpate ahora mismo con Oscar Wilde!

Rooney se detuvo, haciendo que todas lo hiciéramos. Yo estaba considerando esconderme en el café más cercano. Ella dio un paso para acercarse a Pip, pero entonces pareció cambiar de opinión y retrocedió de nuevo, manteniendo una distancia segura entre ambas.

—Tú estás aquí solo para divertirte. Pero yo estoy aquí para poder hacer algo que signifique algo.

Pip sacudió la cabeza.

—¿De qué coño estás hablando, tía? Esta es una sociedad de teatro. No un partido político.

—Uf, eres tan irritante.

—¡Y tú también!

Por un momento, se produjo un silencio.

—Por favor, quédate en mi sociedad —pidió Rooney—. Necesito cinco miembros.

Pip la miró, con expresión inmutable.

—¿Qué obra quieres representar?

—Aún no lo sé.

—¿Podría ser una comedia? No pienso hacerlo si tenemos que montar alguna de esas aburridas obras históricas.

—Será una comedia o una tragedia. Pero nada de obras históricas.

Pip entornó los ojos.

—Lo pensaré —contestó.

—¿Sí?

—Sí. Pero aun así sigues sin gustarme.

Rooney sonrió de oreja a oreja.

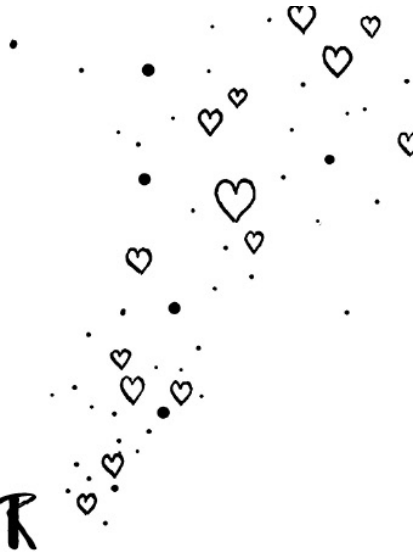
—Lo sé.

Pip se dirigió hacia el Castillo, dejándonos a Rooney y a mí plantadas en la calle adoquinada junto a la catedral.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

Rooney dejó escapar un largo suspiro y luego sonrió.

—Vamos a montar una obra.



CONSEJOS PARA LIGAR

Sin saber bien cómo, le había pedido salir a uno de mis mejores amigos, y no había forma de que pudiera echarme atrás, lo que significaba que probablemente tendría que seguir adelante y tener una cita con Jason Farley-Shaw.

Al día siguiente al encuentro del TED, él acabó mandándome un mensaje a propósito del tema.

Jason Farley-Shaw
Oye, ☻, ¿qué pasa con esa película-comida?

Recibí el mensaje mientras Rooney y yo estábamos en la presentación de la clase de Poesía, pero, en lugar de escuchar al profesor divagar sobre Keats, me pasé toda la hora analizando el mensaje. No lo abrí, pero pude leerlo entero desde mi pantalla. No quería abrirlo porque no quería que él supiera que lo había leído, porque, si se enteraba de que lo había hecho, tendría que contestarle para que no pensara que lo estaba ignorando y, por

alguna razón, la idea de continuar con este nuevo e increíblemente extraño modo de ligar con Jason me hacía querer abandonar mi licenciatura y ofrecerme como aprendiz de fontanero en la empresa de mi hermano.

El habitual emoticono de la sonrisa y el uso de los signos de interrogación no se correspondían con el estilo de Jason, lo que sugería que también él había estado dándole vueltas a nuestra conversación. ¿Cómo debería responder? ¿Debería mostrarme entusiasmada y seguir las reglas del cortejo? ¿O debería empezar a mandarle memes directamente, como algo normal? ¿Cómo se supone que funcionaba esto?

Para ser absoluta y totalmente sincera, no quería tener una cita con él ni loca.

Pero sí quería *querer* tener una cita con él.

Y ese era el meollo de mi problema.

—¿Qué estabas mirando tan fijamente en tu teléfono como si quisieras hacerlo explotar con tu mente? —preguntó Rooney una vez que regresamos a nuestra habitación después de la clase.

Decidí ser sincera. Rooney probablemente sabría cómo enfrentarse a esto.

—Jason me ha mandado un mensaje —dije.

—¡Oh! —Dejó caer su mochila en el suelo y rodó hasta su cama, quitándose las zapatillas de una patada y soltando el pelo de su coleta—. Qué bien. ¿Y qué dice?

Sentada en mi cama, le tendí mi teléfono.

—En cierto modo, se lo pedí ayer.

Rooney saltó de su cama.

—¿Qué hiciste QUÉ?

Hizo una pausa.

—Bueno. Le pedí salir. ¿Qué… tiene de malo?

Ella se me quedó mirando durante un buen rato.

—No te entiendo para nada —declaró al fin.

—… Vale.

Volvió a sentarse, presionando los dedos contra sus labios.

—Está bien… Vale. Esto es bueno. —Tomó aire—. ¿Cómo sucedió?

—No lo sé, estuve pensando en ello después de lo que dijiste y, en fin, supongo que simplemente pensé que... comprendí… —Crucé los brazos—. Que así es.

—¿Que así es qué?

—Que me gusta.

—¿Desde un punto de vista romántico?

—Mmm.

—¿Sexual?

Solté una especie de trompetazo, porque de pronto me estaba imaginando teniendo sexo con Jason.

—¿Quién piensa en tener sexo tan rápido?

Rooney resopló.

—Yo.

—En cualquier caso, me gusta. —Así es. Así era. Probablemente.

—Oh, ya sé que es así. Lo he visto venir desde el momento en que lo conocí. —Suspiró feliz—. Es como en una película.

—No sé qué escribirle en respuesta —dije—. Ayúdame.

Me sentía un tanto avergonzada. Era algo básico, por amor de Dios. Era un nivel de principiante, propio de alguien de doce años.

Rooney parpadeó. Entonces se levantó de su cama, se acercó a mí y me hizo un gesto para que me desplazara. Obedecí, y ella se dejó caer en el edredón a mi lado, cogiendo el teléfono de mis manos. Abrió el mensaje antes de que pudiera detenerla.

Observé cómo lo leía.

—Está bien —dijo, y entonces escribió un mensaje y lo envió por mí.

Georgia Warr
¡Sí, desde luego! ¿Estás libre algún día de esta semana?

—Oh —exclamé.

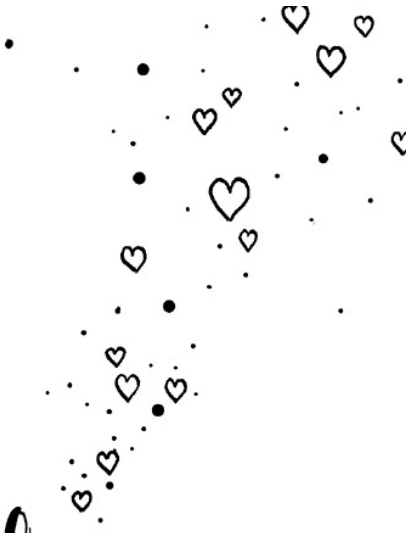
Ella volvió a depositar el móvil en mis manos.

Esperaba que me preguntara por qué no era capaz de cumplir esa sencilla tarea. Esperaba que me hiciera reír, de una forma simpática, sobre lo aterrorizada que me había sentido por ese simple hecho.

Ella me miró durante un largo instante mientras yo esperaba que preguntara: «¿Por qué era tan difícil? ¿Por qué no podías hacerlo tú misma? ¿De verdad quieres hablar con Jason? ¿Has sentido pánico porque estás enamorada de él o porque ni siquiera estás segura de lo que estás haciendo, o de por qué lo estás haciendo, o de la razón por la que quieres hacerlo? ¿Tienes miedo porque, si ni siquiera quieres hacer esto, tal vez nunca seas capaz de querer hacerlo?».

Pero en su lugar me sonrió y dijo:

—No hay problema.



DIRECTAMENTE SALIDO DE UNA NOVELA ROMÁNTICA

Jason y yo fijamos nuestra cita para el sábado, lo que significaba que todavía tenía cinco días enteros por delante antes de entrar en pánico.

Por suerte, mi segunda semana de universidad fue una bienvenida distracción.

Tanto Rooney como yo ahora teníamos que enfrentarnos al verdadero trabajo universitario: clases reales, prácticas y lectura de diez libros enteros en cuatro semanas. Y también teníamos que asentarnos en nuestra nueva vida compartida. Asistíamos siempre juntas a las clases y luego íbamos a comer, pero a ella le gustaba bajar al bar por las tardes o salir a alguna discoteca con otros amigos, mientras que yo prefería sentarme en la cama con galletas y algún relato de fan-fic. A veces, Rooney me comentaba algunas ideas para su obra de Shakespeare, charlando excitadamente sobre cómo pensaba hacer los decorados, el vestuario o la puesta en escena, y otras veces conversábamos sobre cualquier cosa, como

programas de televisión, cotilleos de universidad o nuestra vida en casa.

Yo no terminaba de entender por qué Rooney me había escogido. Estaba claro que podía tener a quien quiera que quisiera para lo que se le antojara: amiga, pareja, rollo, incluso alguien con quien divertirse y bromear. Pero, a pesar de ser capaz de hacerse amiga de cualquiera y de tener ya más de cincuenta conocidos en el campus, era conmigo con quien comía, con quien caminaba por las calles de Durham y con quien salía cuando no iba de fiesta.

Probablemente le resultaba más cómodo. Para eso están las compañeras de cuarto.

Pero, con todo, eso me parecía bien. Yo estaba bien. Tal vez no era la vida social que había esperado encontrar en la universidad, pero vivir con Rooney estaba bien, e incluso había conseguido tener una cita con alguien. Una cita romántica.

Las cosas estaban mejorando.

Tal y como resultó, no había nada demasiado interesante que hacer en Durham más allá de salir a comer, a beber o ir al cine. A menos que tuvieras un interés particular en contemplar edificios antiguos. Pero incluso eso acababa cansándote después de haber paseado cada día por delante de ellos de camino al supermercado.

Deseaba encontrar algo que fuera realmente divertido para poder hacerlo con Jason, como patinar sobre hielo, ir a la bolera o a uno de esos bares tan chulos que cuentan con un pequeño minigolf. Pero Jason inmediatamente sugirió que fuéramos a la pequeña cafetería-heladería de la calle Saddler, y a mí no se me ocurrió nada mejor que proponer, de modo que acepté. Y además la idea de tomar helado me apetecía.

—¿Vas a salir a tu cita? —preguntó Rooney justo cuando estaba a punto de dejar la habitación, el sábado por la tarde, unos diez minutos antes de la hora en la que habíamos quedado en encontrarnos. Ella miró mi aspecto de arriba abajo.

—Sí, ¿por qué? —dije echando un vistazo a mi aspecto.

Llevaba mis ropas de siempre: vaqueros de tiro alto, un jersey de punto ancho y corto y mi abrigo. De hecho, pensaba que estaba bastante bien, con mi estilo cómodo de vendedora de libros. Solo íbamos a tomar un helado, por amor de Dios.

—Vas muy mona —dijo Rooney, y sentí que lo decía de verdad.

—Gracias.

—¿Estás ansiosa por que llegue el momento?

En realidad, no quería que llegara. Supongo que era debido a los nervios. Todo el mundo se pone nervioso en su primera cita. Y yo estaba muy nerviosa. Sabía que necesitaba calmarme y ser yo misma y, si no sentía la chispa después de un buen rato, entonces es porque no estábamos hechos para estar juntos.

Pero también sabía que esta era una oportunidad para mí de poder experimentar mi romance y ser alguien capaz de divertirse, de tener distintas experiencias y no morir sola.

Sin presión, supongo.

—Pistacho —observó Jason mirando el helado que yo había elegido cuando nos sentamos en la mesa. Llevaba otra vez su chaqueta de borreguito, que me encantaba por la sensación de familiaridad y confort que transmitía—. Olvidé que eres un repugnante *gremlin* en lo que se refiere a los helados.

La heladería era agradable, pequeña y decorada con flores y tonos pastel. Admiré a Jason por haberla escogido. Parecía directamente salida de una novela romántica.

Examiné el helado que había elegido.

—¿Vainilla sola? ¿Habiendo helado de galletas con nata?

—No desprecies la vainilla. Es un clásico. —Se metió una cucharada en la boca y sonrió.

Yo alcé las cejas.

—Olvidé lo básico que eres.

—¡No soy básico!

—Es una elección básica. Es todo lo que digo.

Nos sentamos en nuestra pequeña mesa redonda en la cafetería y hablamos durante una hora.

Hablamos, sobre todo, de la universidad. Jason me contó que sus clases de historia eran bastante aburridas y yo me lamenté por la longitud de mi lista de lecturas. Jason admitió que no pensaba que el rollo de tomar copas e ir de discotecas fuera realmente para él, y yo dije que sentía lo mismo. Pasamos un buen rato hablando de cómo ambos pensábamos que la Semana de Novatos había sido de lo más decepcionante y que, pese a estar concebida para ser la mejor semana de nuestra vida universitaria, al final había resultado ser una semana de bebidas interminables y visitas a burdas discotecas que no ayudaba demasiado a la hora de hacer verdaderos amigos.

Finalmente, la conversación flaqueó ligeramente porque ambos nos conocíamos desde hacía años y habíamos tenido docenas, si no cientos, de charlas profundas. Habíamos conseguido alcanzar ese punto en el que el silencio no resulta incómodo. Nos conocíamos muy bien el uno al otro.

Pero no sabíamos cómo hacer esto.

Ser románticos.

Ligar.

—Esto es un poco raro, ¿no es cierto? —dijo Jason. Hacía ya un buen rato que habíamos terminado nuestros helados.

Yo tenía la cara apoyada en mi mano y el codo sobre la mesa.

—¿Qué es raro?

—Bueno… El hecho de que estemos… Ya sabes… Haciendo esto.

Oh. Sí.

—Es… —No sabía bien qué decir—. Supongo que lo es. Un poco.

Jason mantenía los ojos fijos en el suelo, sin mirarme.

—He estado pensando en ello toda la semana y no sé… Quiero decir, que ni siquiera me había dado cuenta de que yo pudiera

gustarte de esa manera.

Ni tampoco yo. Aunque lo cierto es que no tenía ni idea de lo que «gustar a alguien de esa manera» te podía hacer sentir. Pero, si tenía que ser con alguien, probablemente tendría que ser con él.

Su voz sonó más relajada y me sonrió torpemente, como si no quisiera que notara lo nervioso que estaba.

—¿Estás haciendo esto por lo que Rooney dijo cuando todos salimos la otra noche?

Me enderecé ligeramente en la silla.

—No, no, bueno, quizá un poco. Creo que, al oírselo decir, eso me hizo pensar más seriamente… Es decir, comprender que yo quería hacerlo. Así que… imagino que después de eso empecé a pensarlo más en serio, y… sí. Simplemente sentía que… Supongo que sentía que estaba bien.

Jason asintió, y confié en que mis palabras tuvieran sentido.

Solo necesitaba ser sincera. Jason era mi mejor amigo. Necesitaba hacer que esto funcionara y hacerlo a mi propio ritmo.

Quería a Jason. Sabía que podía ser sincera con él.

—Sabes que yo nunca he hecho esto antes —dije.

Él volvió a asentir con gesto comprensivo.

—Lo sé.

—Quiero… Quiero ir despacio.

Esta vez se puso ligeramente colorado.

—Sí. Por supuesto.

—Tú me gustas —dije. Al menos pensé que era así. Quizá fuera así si lo intentaba, si lo alentaba, si fingía que aquello era real hasta que lo fuera—. Quiero decir que creo que podría… Que podría darle a esto una oportunidad y no quiero tener que lamentar nada cuando esté en mi lecho de muerte.

—Está bien.

—Aunque la verdad es que no sé muy bien lo que estoy haciendo. Es como si, en teoría estuviera de acuerdo, pero en la práctica… no.

—Está bien. Me parece bien.

—Vale. —Creo que yo también estaba sonrojada. Notaba mis mejillas ardiendo. ¿Sería debido a que me sentía aturdida al lado de Jason o porque todo este asunto era un poco incómodo de tratar?

—A mí no me importa ir despacio —aseguró Jason—. Me refiero a que todas mis experiencias románticas hasta el momento han sido bastante desastrosas.

Yo conocía perfectamente las experiencias románticas de Jason en el pasado. Sabía cómo había sido su primer beso con una chica que creyó que le gustaba de verdad, pero la experiencia fue tan mala que le disuadió de volver a intentarlo. Y conocía a la novia que había tenido durante cinco meses cuando estábamos en segundo de bachillerato, Aimee, que también asistía a nuestro grupo de teatro juvenil. Aimee era bastante irritante, del estilo de «Jason es de mi propiedad y no quiero que nadie más salga con él», por lo que a Pip y a mí nunca nos gustó, pero durante un tiempo Jason parecía feliz, de modo que le apoyamos en su relación.

O al menos lo hicimos hasta que supimos que Aimee se había dedicado a hacer todo tipo de comentarios a Jason sobre que no le permitía salir con determinadas personas y que tenía que dejar de hablar con otras chicas, incluidas Pip y yo. Jason se tragó todo eso durante meses hasta que comprendió que ella era en realidad una gilipollas.

Jason había tenido sexo por primera vez con ella, y me fastidiaba mucho pensar que hubiera tenido esa experiencia con alguien así.

—Esto no será una mierda —dije y, luego, volví a repetir—: Esto no será una mierda, ¿verdad?

—No —dijo—. Definitivamente no.

—Iremos despacio.

—Sí. Esto es territorio desconocido.

—Sí.

—Y si no funciona… —empezó Jason, entonces pareció cambiar de opinión sobre lo que iba a decir.

Seré sincera: aún no estaba segura de estar enamorada de Jason. Era un chico encantador, divertido, interesante y atractivo,

pero no sabía si estaba sintiendo algo más aparte de una amistad platónica.

Sin embargo, nunca lo sabría a menos que persistiera. A menos que lo intentara.

Y si no funcionaba, Jason lo entendería.

—… Seguiremos siendo amigos —concluí—. No importa lo que pase.

—Sí. —Jason se recostó en su silla y cruzó los brazos, y, Dios, me alegré de estar haciendo esto con Jason y no con una persona escogida al azar que no me conociera, que no me entendiera, que esperara cosas de mí y pensara que yo era rara cuando no quería…

—Hay algo de lo que probablemente deberíamos hablar —sugirió Jason.

—¿De qué?

—¿Qué vamos a decirle a Pip?

Se produjo un silencio. Sinceramente, ni siquiera había pensado en cómo Pip se sentiría al respecto.

Algo me decía que no le haría demasiada gracia saber que sus dos mejores amigos estaban saliendo juntos y distorsionando totalmente la dinámica de nuestra amistad.

—Deberíamos decírselo —dije—. Cuando encontremos el momento oportuno.

—Sí. Estoy de acuerdo. —Jason pareció aliviado de que yo lo dijera y de no tener que ser él quien lo sugiriera.

—Lo mejor es ser sinceros.

—Sí.

Cuando dejamos la cafetería, nos dimos un abrazo de despedida que yo sentí como un abrazo normal entre nosotros. Un abrazo normal entre Jason y Georgia, el tipo de abrazo que nos habíamos estado dando durante años.

No se produjo ningún momento tenso, como hubiera sucedido de haber pensado en besarnos. Supongo que porque aún no habíamos llegado a ese punto.

Eso vendría más tarde.

Y me parecía bien así.
Eso era lo que quería.
Me dije.
Sí.



Cuando Rooney regresó esa noche a la habitación, quiso oír cada detalle de mi cita con Jason. Yo habría estado encantada de contárselo, pero no a las cuatro y treinta y ocho de la madrugada.

—¿Entonces fue todo bien? —preguntó tras hacerle un pequeño resumen desde donde estaba enrollada como un burrito en mi edredón.

—Sí —dije.

—¿Estás segura? —insistió. Estaba sentada en su cama, con una taza de té en una mano y una toallita de desmaquillar en la otra.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Es que… —Se encogió de hombros—. No suenas demasiado entusiasmada.

—Oh —dije—. Supongo que… Quiero decir que solo…

—¿Qué?

—Aún no estoy segura de si realmente me gusta en ese sentido. No lo sé.

Rooney hizo una pausa.

—Bueno, si la chispa no está, es que no está.

—No, lo que quiero decir es que nos llevamos muy bien. Y él me gusta como persona.

—Sí, ¿pero hay chispa?

¿Cómo se supone que tendría que saberlo? ¿Qué coño era la chispa? ¿Cómo era sentir la chispa?

Creí haber entendido lo que se suponía que debían ser todas esas cosas románticas: mariposas en el estómago, la chispa o simplemente reconocer cuándo alguien te gustaba. Había leído sobre esos sentimientos cientos de veces en los libros y en mis relatos de fan-fic, había visto más comedias románticas de lo que probablemente debía de ser la media para una chica de dieciocho años.

Pero ahora estaba empezando a preguntarme si todas esas cosas no eran inventadas.

—Quizá —dije.

—Bueno, pues entonces deberías esperar y ver cómo va la cosa. Y cuando lo sepas, lo sabrás.

Ese tipo de frases me daban ganas de gritar. No sabía cómo podría reconocerlo.

Sinceramente, si tenía alguna clase de sentimientos por las chicas, me habría estado preguntando si yo no sería hetero. Quizá el problema fueran los chicos en general.

—¿Qué es lo que se siente cuando notas la chispa? —pregunté —. Me refiero a… Por ejemplo, esta noche, ¿supongo que has estado con un chico?

Su expresión decayó instantáneamente.

—Eso es diferente.

—Espera, ¿en qué sentido? ¿Por qué?

Ella se levantó de la cama y se volvió para coger su pijama.

—Eso es diferente. No tiene nada que ver con esta situación.

—Solo lo preguntaba…

—Que yo tenga sexo con cualquier chico al azar no es igual a que tú salgas con tu mejor amigo. Son escenarios totalmente

distintos.

Parpadeé. Probablemente tenía razón.

—¿Entonces por qué tienes sexo con chicos escogidos al azar? —pregunté. Tan pronto como lo dije, comprendí lo directa e indiscreta que había sido mi pregunta. Pero deseaba saberlo. No es que la estuviera juzgando, sinceramente deseaba poder tener su confianza. Pero no entendía cómo lo hacía. Por qué quería hacerlo. Por qué alguien se iría a casa de un extraño y se quitaría la ropa cuando podía quedarse en casa y disfrutar de sí mismo dándose placer de forma segura y cómoda. Sin duda, el resultado era el mismo.

Rooney se giró en redondo. Me lanzó una larga e inescrutable mirada.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

—Sí —dije.

—Simplemente me gusta tener sexo —declaró—. Estoy soltera y me gusta el sexo, así que lo tengo. Es divertido porque te sientes bien. No siento ninguna «chispa» porque no se trata de algo romántico. Es, simplemente, un intercambio físico casual.

Tuve la impresión de que me estaba diciendo la verdad, de que realmente eso era lo único que significaba para ella.

—En cualquier caso —continuó—, ahora tenemos cosas mucho más importantes en que pensar.

—¿Como qué?

—Como la Sociedad Shakespeare. —Rooney terminó de ponerse el pijama, cogió su bolsa de aseo y se dirigió hacia la puerta de nuestro dormitorio—. Vuelve a dormirte.

—Está bien. —Y así lo hice. Pero no antes de pasarme un buen rato pensando en la chispa. Sonaba como algo mágico. Como algo salido de un cuento de hadas. Pero no podía imaginar lo que sería sentirla. ¿Sería una sensación física? ¿O simplemente una intuición?

¿Por qué nunca la había sentido? ¿Nunca?

El domingo de esa segunda semana, Rooney y yo estábamos relajadas en nuestro dormitorio cuando alguien llamó a la puerta. Rooney fue a abrir, y al menos treinta de sus conocidos entraron trayendo globos, serpentinas y confetis, entonces, delante de todo el mundo, un chico se puso de rodillas y le preguntó a Rooney si quería ser su esposa universitaria.

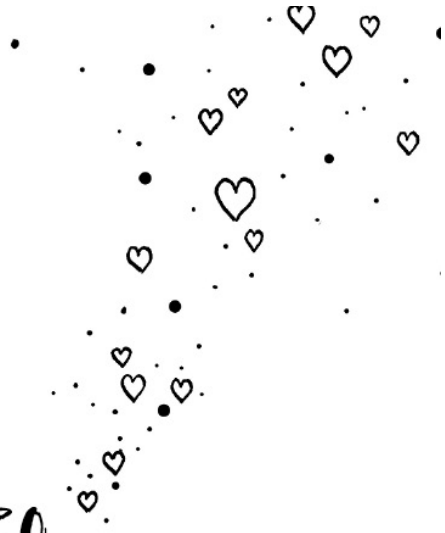
Rooney gritó y saltó sobre él, asfixiándole en un estrecho abrazo y aceptando ser su esposa. Y eso fue todo. Contemplé el espectáculo desde mi cama bastante entretenida. Fue encantador.

Una vez que todo el mundo se marchó, ayudé a Rooney a limpiar los restos de confetis y serpentinas. Nos llevó toda una hora.

Esa semana ella había salido un par de noches y siempre regresaba contando alguna historia: algún rollo, alguna juerga de borrachos o algún drama colegial. Y yo siempre la escuchaba fascinada y confusamente celosa. Una parte de mí quería esa excitación en mi vida, pero al mismo tiempo la idea de pasar una noche así me llenaba de terror. Sabía que no quería enrollarme medio borracha con un extraño, por divertido que pudiera verse desde fuera. Y, en cualquier caso, no lo necesitaba, ahora que yo tenía lo mío con Jason.

Había querido ser Rooney la primera vez que la vi. Pensaba que tenía que imitarla.

Ahora, ya no estaba tan segura de querer copiarla.



UNA BREVE PERO FASCINANTE PRESENTACIÓN POR ROONEY BACH

Rooney me miró largo rato cuando nos sentamos una frente a otra en la cafetería del Sindicato de Estudiantes, el miércoles de nuestra tercera semana de universidad. Entonces, sacó su MacBook del bolso.

—¿De qué va todo esto? —pregunté.

—Oh, ya lo verás. Ya lo verás.

Me había arrastrado hasta aquí después de la clase de la mañana sobre la Edad Heroica, pero se había negado a decirme por qué, alegando que quería generar un poco de tensión. Sin embargo, su idea solo consiguió irritarme.

—Supongo que se trata de algo sobre la Sociedad Shakespeare —dije.

—Tienes razón.

Pese a que unirme a la Sociedad Shakespeare no había sido decisión mía, había llegado a sentirme bastante emocionada al

verme implicada en el proyecto. Era como si por fin estuviera logrando salir ahí fuera, intentando algo nuevo que esperaba que me proporcionara un año de divertidos ensayos, la posibilidad de conocer gente nueva y de disfrutar de mi experiencia universitaria.

Pero ahora parecía que sería una sociedad de solo cuatro personas a las cuales conocía de sobra, aunque si no teníamos suficientes miembros probablemente nunca lograríamos funcionar como una sociedad de verdad.

—¿Has decidido ya qué obra vamos a representar?

—Algo todavía mejor. —Sonrió.

Antes de que tuviera la oportunidad de preguntarle a qué se refería, Pip apareció con una mochila colgando de un hombro, un enorme libro de Química en un brazo y su holgada camisa abotonada hasta arriba alrededor del torso.

Empujó sus gafas hacia lo alto de la nariz y se sentó a mi lado.

—Supongo que habrás encontrado alguna excusa para librarte de esto. Algo en plan «voy a dejar la universidad o salir corriendo para convertirme en pastor de cabras».

—¡Oye! —protesté—. ¡Yo quiero estar aquí! ¡Yo quiero tener experiencias divertidas en la universidad y guardar muchos recuerdos!

—¿Recuerdos como vomitar cuatro veces en una sola noche?

—Estoy segura de que eso fue algo puntual.

Rooney, ignorándonos a ambas, consultó su reloj.

—Ahora solo tenemos que esperar a Jason.

Pip y yo la miramos.

—¿Has conseguido que Jason te diera su aprobación? —dijo Pip —. No me ha comentado que hubiera aceptado nada de esto.

—Tengo mis métodos —contestó Rooney—. Soy muy persuasiva.

—Más bien, muy irritante.

—Es casi lo mismo.

Fue entonces cuando Jason, el cuarto miembro de nuestra *troupe* de Shakespeare, entró en el café y se sentó al lado de Rooney,

quitándose la chaqueta de borreguito. Por debajo, llevaba ropa de deporte, incluyendo una sudadera que tenía el logo del Club de Remo de su colegio universitario.

—Hola —dijo.

Pip lo miró frunciendo el ceño.

—Tío, ¿desde cuándo te has unido al Club de Remo?

—Desde la Feria de los Novatos. Tú estabas allí presente cuando me apunté.

—No pensé que lo harías. ¿No tienen entrenamientos cada día a las seis de la mañana?

—Cada día, no. Solo los martes y jueves.

—¿Y por qué querrías pasar por algo así?

Jason resopló soltando una carcajada, aunque creí advertir que estaba un tanto molesto.

—¿Quizá porque quería intentar algo nuevo? ¿Acaso es eso tan malo?

—No, no. Lo siento. —Pip le soltó un suave codazo—. Está muy bien.

Rooney dio una fuerte palmada, poniendo fin a su conversación.

—Atención, por favor. —Y giró su MacBook—. La presentación va a comenzar.

—¿El qué? —dijo Pip.

—Jesús —exclamé.

En la pantalla apareció la primera diapositiva de una presentación en PowerPoint.

Popurrí Shakespeare: una breve pero fascinante presentación por Rooney Bach

—Breve… pero fascinante… —repetí.

—Me apunto —dijo Pip.

—¿De qué va esto? —preguntó Jason.

Rooney dio paso a la siguiente diapositiva.

Primera parte: La Premisa

Popurrí de distintas escenas de Shakespeare

(solo las buenas)

(SIN obras históricas)

Cada uno interpretamos diferentes papeles de

escenas de varias obras distintas

Todas las escenas exploran el tema del AMOR

transmitiendo sensaciones profundas y

significativas

Esto, de hecho, suscitó mi interés. Y también pareció interesar a Jason y a Pip, pues ambos se inclinaron hacia delante para contemplar las numerosas imágenes que aparecían en la pantalla: Leonardo DiCaprio y Claire Danes mirándose con aspecto trágico en su película de *Romeo y Julieta*, seguidas por David Tennant y Catherine Tate holgazaneando en la producción del West End de *Mucho ruido y pocas nueces*, y luego una foto de alguien con una careta de un burro que presumiblemente pertenecía a *El sueño de una noche de verano.*

—He decidido —dijo Rooney— que, en lugar de hacer solo una obra, vamos a coger las mejores partes de un montón de ellas. Solo las buenas, obviamente. —Miró a Pip—. Nada de obras históricas. Solo comedias y tragedias.

—Odio decirlo —contestó Pip—, pero me parece una muy buena idea.

Rooney sacudió su coleta hacia atrás con expresión triunfal.

—Gracias por admitir que tengo razón.

—Espera un momento, eso no es lo que he…

Jason la interrumpió.

—¿Así que vamos a tener que interpretar diferentes papeles?

—Sí —asintió Rooney.

—Oh. Genial. Sí, de hecho, suena divertido.

Alcé las cejas mirándolo. Sinceramente, había creído que preferiría unirse a la Sociedad del Teatro Musical. Él siempre había preferido los musicales a las obras dramáticas.

Jason me miró encogiéndose de hombros.

—Quiero participar en algún espectáculo este año, y ya sabes que, si nos presentamos a una audición para la obra de los novatos o la Sociedad de Teatro Musical, es posible que no lo consigamos porque haya mucha gente o que quedemos relegados a un minúsculo papel. Acuérdate de cuando en tercero de secundaria tuve que hacer de árbol en *El sueño de una noche de verano.*

Asentí.

—Una experiencia apasionante para ti.

—No me apetece perder un año de mi vida teniendo que acudir a los ensayos y permanecer inmóvil agitando los brazos alrededor ocasionalmente. —Jason miró a Rooney—. Al menos aquí sabemos que tendremos los papeles protagonistas y una cantidad de diálogo bastante decente. Y lo haremos con amigos. Así que puede ser divertido. —Se palmeó el muslo y se recostó en la silla—. Cuenta conmigo.

La sonrisa de Rooney resplandecía a ojos vista.

—Tendría que haberte contratado para hacer la presentación.

—Oh, Dios mío —exclamó Pip, cruzando los brazos—. No puedo creer que ya hayas atraído a Jason a tu lado.

—Es gracias a mi encanto e inteligencia.

—Que te den.

Rooney pasó a la siguiente diapositiva.

Segunda parte: El Plan

Yo decidiré las obras y escenas que

escogeremos

Yo dirigiré

Ensayos semanales hasta nuestra

representación en marzo (DEBÉIS ASISTIR A TODOS ELLOS)

—Espera un momento —estalló Pip, pasándose la mano por sus rizos—. ¿Quién te ha nombrado jefa suprema de la Sociedad Shakespeare?

Rooney la sonrió.

—Creo que el puesto me corresponde, ya que todo ha sido idea mía.

—Sí, bueno… —Pip se puso ligeramente colorada—. Creo… Creo que deberíamos decir algo sobre quién dirige.

—¿En serio?

—Sí.

Rooney se inclinó sobre la mesa, de modo que quedó mirando directamente el rostro de Pip.

—¿Y qué es lo que quieres decir?

—Yo… —Pip se aclaró la garganta, con problemas para sostener el contacto visual directo—. Yo quiero codirigir contigo.

La sonrisa de Rooney desapareció. Durante un instante no dijo nada y, luego, preguntó:

—¿Por qué?

Pip se mantuvo firme.

—Porque es lo que quiero.

Esa no era una razón. Sabía exactamente por qué lo estaba haciendo.

Quería superar a Rooney. O al menos ser su igual.

—Esa es mi condición —declaró—. Si quieres que forme parte de esto, quiero codirigir.

Rooney apretó los labios.

—De acuerdo.

Pip sonrió de oreja a oreja. Había ganado ese asalto.

—Seguimos —dijo Rooney, y pasó a la siguiente diapositiva.

Tercera parte: El Quinto Miembro

Encontrar candidatos

Atraerlos al proyecto

La Sociedad Shakespeare obtiene su aprobación como sociedad de pleno derecho

ÉXITO

—¿Atraerlos al proyecto? —dije.

—Caray —exclamó Pip.

Jason se rio.

—Suena como si estuviéramos intentando persuadir a la gente para que se uniera a alguna secta.

—Sí, bueno… —resopló Rooney—. No sabía bien cómo expresarlo. Solo necesitamos encontrar a una quinta persona —continuó—. ¿Podéis preguntar a todos por vuestra cuenta y ver si hay alguien interesado? Nada de esto tendrá sentido si no conseguimos reclutar a un quinto miembro. Yo también preguntaré por ahí.

Los tres aseguramos que preguntaríamos a la gente que conocíamos, aunque yo no estaba segura de cómo podría hacerlo dado que todos mis amigos estaban sentados conmigo en la mesa.

—La verdad es que has pensado seriamente en todo esto —reconoció Pip.

Rooney sonrió.

—¿Impresionada?

Pip se cruzó de brazos.

—No, no especialmente. Has hecho lo mínimo que se requiere como directora…

—Admítelo. Estás impresionada conmigo.

Jason carraspeó.

—Entonces…, ¿habrá ensayo esta semana?

La sonrisa de Rooney se ensanchó. Dio una sonora palmada, que atrajo la atención de la mayoría de la gente que se encontraba en el local.

—¡Sí!

Nos pusimos de acuerdo en el día y la hora, y entonces Pip y Jason tuvieron que marcharse. Pip al laboratorio y Jason a una práctica. Tan pronto como se fueron, Rooney se puso en pie y se inclinó por encima de la mesa para abrazarme. Yo simplemente me quedé sentada y dejé que sucediera.

Ese fue nuestro primer abrazo.

Estaba a punto de mover los brazos para abrazarla a mi vez cuando ella se apartó, volvió a sentarse y se alisó la coleta. Su rostro regresó a su expresión habitual: una sonrisa fácil.

—Va a ser increíble —aseguró.

Nuestra *troupe* estaba compuesta por dos estrellas protagonistas empeñadas en hacerse cargo de todo, una chica que vomitaba cada vez que actuaba y un chico que posiblemente podría ser el amor de mi vida.

Aquello iba ser un absoluto desastre, pero eso no nos detuvo a ninguno de los cuatro.



PALMA CON PALMA

—Esto es perfecto —dijo Rooney, justo en el momento en que Jason intentó entrar en la habitación y se golpeó la cabeza con el dintel de la puerta tan duramente que dejó escapar un sonido como el de un gato asustado.

A su favor hay que decir que Rooney había intentado encontrar un sitio decente para nuestro primer ensayo de la Sociedad Shakespeare. Había probado a reservar una de las habitaciones gigantes de las dependencias de la universidad, cerca de la catedral, donde ensayaban muchas de las sociedades de música o teatro. También había intentado que nos dejaran una clase en el edificio Elvet Riverside donde teníamos nuestras clases y prácticas y se celebrarían nuestros exámenes a final de año.

Pero Sadie no estaba contestando a sus correos y, sin la acreditación del TED, Rooney no tenía permiso para reservar habitaciones en nombre de la Sociedad Shakespeare.

Yo había sugerido que tal vez podíamos ensayar en nuestra habitación, pero ella había insistido en que encontráramos un lugar más adecuado.

—Para ponernos en situación —dijo.

Y así fue como terminamos en una desvencijada habitación de la antigua y centenaria capilla del colegio, con un techo tan bajo que Jason, que medía metro noventa, tenía que encorvarse un poco para caminar por ella. La alfombra estaba descolorida y desgastada y había unos decadentes carteles de la escuela dominical en las paredes, pero era un lugar tranquilo y en desuso, y eso era, en realidad, todo cuanto necesitábamos.

Pip, que se había conectado con sus padres por FaceTime, entró en la habitación hablando tan rápido en español que fui incapaz de seguir su conversación con mis pobres conocimientos del idioma de las clases del instituto, aunque, a juzgar por su expresión, parecía desesperada, porque su madre no paraba de interrumpirla.

—Lleva hablando con ellos una hora —explicó Jason cuando se sentó, frotándose la cabeza. Ocupé la silla a su lado. Los padres de Pip siempre habían sido un tanto sobreprotectores, aunque de una forma entrañable. Yo no había vuelto a hablar con los míos desde la semana anterior.

—¿Con quién estás hablando? —dijo Rooney, asomándose por encima de Pip y echando un vistazo sobre su hombro.

—¿Quién es, nena? —oí decir al padre de Pip—. ¿Por fin has encontrado una novia?

—¡No! —graznó ella inmediatamente—. Ella… ¡no es nada de eso!

Rooney saludó con la mano a los padres de Pip y mostró una gran sonrisa.

—¡Hola! ¡Soy Rooney!

—Oye, tengo que dejaros —espetó Pip al teléfono.

—¿Qué estás estudiando, Rooney?

Ella se acercó más a la pantalla y, por tanto, también a Pip.

—¡Estudio Literatura Inglesa! Pip y yo estamos juntas en la Sociedad Shakespeare.

Pip empezó a acicalarse el pelo, encontrando así un modo para colocar su brazo entre su cuerpo y el de Rooney.

—¡Tengo que dejaros! ¡Os quiero!

—Aj —protestó Rooney cuando Pip colgó el teléfono—. Tus padres son encantadores. ¡Y les gusto!

Pip suspiró.

—Ahora me preguntarán por ti cada vez que hable con ellos.

Rooney se encogió de hombros y se alejó varios pasos.

—Sin duda, pueden ver que yo sería una buena amiga. No digo más.

—¿Y eso por qué?

—Por mi encanto e inteligencia, obviamente. Ya te lo he demostrado muchas veces.

Esperaba que Pip contratacara, pero no lo hizo. Se puso ligeramente colorada y luego se rio, como si encontrara a Rooney muy divertida. Esta se dio la vuelta con una expresión ilegible en su rostro, haciendo que su coleta ondeara en el aire.

Nos llevó casi veinte minutos poner en marcha el ensayo, sobre todo porque Pip y Rooney no dejaban de discutir. Primero, sobre quién interpretaría *Romeo y Julieta*, luego sobre qué parte de la obra escogeríamos y, por último, de qué modo la interpretaríamos.

Incluso después de haber decidido que Jason y yo fuéramos Romeo y Julieta, se pasaron otros quince minutos recorriendo a grandes zancadas la habitación, planeando la escena y discrepando vehementemente una con otra sobre prácticamente todo lo que sugerían, hasta que Jason creyó que debíamos intervenir.

—Esto no funciona —comentó—. No estáis codirigiendo.

—Eh, sí, lo estamos haciendo —contestó Pip.

—Solo tenemos algunas mínimas diferencias artísticas —añadió Rooney—. Pero aparte de eso, todo va perfectamente.

Yo resoplé. Pip me miró furiosa.

Rooney se llevó una mano a la cadera.

—Si Felipa pudiera ceder un poco, entonces las cosas serían más sencillas.

Pip se cuadró ante ella o, al menos, intentó hacerlo, pero no pudo, porque Rooney era varios centímetros más alta, a pesar del tupé de Pip.

—No tienes permiso para llamarme Felipa —espetó.

—Esto no va bien —murmuré a Jason, que hizo un gesto de asentimiento.

—¿Y si improvisamos sobre la marcha? —propuso Jason—. Simplemente dejad que Georgia y yo recitemos la escena, y ya veremos después.

Las dos codirectoras accedieron a regañadientes y, durante unos segundos, todo fue bien.

Hasta que comprendí que estaba a punto de actuar en una escena de *Romeo y Julieta* con Jason Farley-Shaw.

Me encantaba actuar. Me encantaba meterme en un personaje y fingir ser otra persona. Me encantaba poder decir cosas y comportarme de un modo que nunca lo haría en la vida real. Y, además, sabía que se me daba bien.

Era la audiencia la que me ponía nerviosa, que en este caso se componía de Pip y Rooney. Y con la presión añadida de tener que interpretar una escena romántica con Jason, mi mejor amigo, con el que casi estaba saliendo, era totalmente comprensible que me sintiera muy nerviosa por llevar a cabo esa escena.

Jason y yo teníamos cada uno un ejemplar de *Romeo y Julieta* en las manos, bueno, en mi caso era más bien en el brazo, porque estaba utilizando mi gigantesco volumen de la *Antología Oxford* de Shakespeare. Jason debía decir la primera frase. Pip y Rooney estaban sentadas en unas sillas, dejando una libre en medio, y nos observaban.

—«Si he profanado con mi mano indigna este santuario —comenzó Jason—, mis labios, como dos sonrojados peregrinos, repararán prestos la ruda afrenta con un tierno beso».

Está bien. Ya estábamos en situación. Y yo era la protagonista romántica.

—«Buen peregrino —recité centrándome en leer las palabras del texto y no pensar demasiado en ellas—, no reprochéis a vuestra mano…».

—¿Estás bien, Georgia? —cortó Pip—. ¿Puedes alejarte un poco de Jason? Solo para enfatizar la vehemencia.

—Y luego podrías dar un paso para acercarte a él mientras hablas —indicó Rooney—. Como si este fuera vuestro primer encuentro en condiciones y ya estuvierais obsesionados el uno con el otro.

Pip la miró.

—Sí. Buena idea.

Rooney le devolvió la mirada frunciendo ligeramente el ceño.

—Gracias.

Hice como me habían sugerido y continué.

—«… la cortés devoción que muestra; pues si juntan las manos el peregrino y el santo, palma con palma esas manos se besan».

—Decididamente aquí tenéis que tocaros la mano —indicó Rooney.

Jason extendió una mano hacia mí, y yo la toqué con la mía.

Sentí una oleada de nervios fluir a través de mí.

—«¿Acaso los santos no tienen labios —dijo Jason, mirándome directamente—, y también los venerables palmeros?».

Noté cómo mi rostro enrojecía. Y no porque estuviera aturdida o debido al romanticismo de la escena, sino porque me sentía muy incómoda.

—«Ay, peregrino —repliqué—, son labios que deben usarse para orar».

—Georgia —dijo Pip—, ¿puedo ser sincera?

—Sí.

—Se supone que esa frase tiene que ser de lo más seductora, pero parece como si quisieras ir al baño.

Estallé en carcajadas.

—Guau.

—Sé que esto es simplemente una lectura, pero ¿podrías darle un tono un poco más romántico?

—Lo estoy intentando.

—¿En serio?

—¡Oh, Dios! —Cerré el libro de golpe, un poco molesta, a decir verdad. Yo no era mala actriz. De hecho, actuar había sido una de las pocas cosas en las que sobresalía—. Estás siendo muy dura.

—¿Podemos empezar desde el principio?

—Vale.

Jason y yo nos preparamos y volví a abrir de nuevo mi libro.

De acuerdo. Yo era Julieta. Estaba enamorada. Acababa de conocer a este supersexi y prohibido chico y estaba obsesionada con él. Podía hacerlo.

Leímos hasta que llegamos otra vez a la parte de los labios, con la mano de Jason sosteniendo la mía.

—«¡Oh! Entonces, santa adorada —dijo Jason—, hagan pues los labios lo que las manos hacen; estos te imploran, que la fe no se torne en desesperación».

Jason estaba dándolo todo. Dios, qué incómoda me sentía.

—«Los santos no se mueven, aunque escuchen las súplicas».

—«Pues no os mováis mientras recibo los frutos de mis plegarias».

Jason de pronto me miró incómodo y, entonces, se volvió a Rooney y a Pip, y dijo:

—Supuestamente, aquí tendríamos que besarnos.

Rooney aplaudió encantada.

—Sí.

—Sin duda —contestó Pip.

—Solo un beso pequeñito.

—No sé. Creo que aquí se impone un beso en condiciones.

Rooney arqueó las cejas.

—Oh. Felipa está muy metida en el texto.

—Preferiría —replicó Pip— que no me llamaras así.

Pip odiaba que la llamaran Felipa. Había sido Pip desde que yo la conocía. Siempre decía que prefería un sonido más masculino para su nombre y, salvo en presencia de algunos miembros de su familia, Felipa no le parecía que la representara.

Al advertir el cambio en la voz de Pip, la sonrisa de Rooney se desvaneció.

—Está bien —dijo, con más sinceridad de la que le había oído hasta ahora—. Por supuesto. Lo siento.

Pip se ahuecó el pelo y se aclaró la garganta.

—Gracias. —Se miraron la una a la otra.

Y entonces Rooney dijo:

—¿Y qué te parece si te llamo «Pip-tido» en su lugar?

Pip súbitamente pareció como si fuera a estallar, pero Jason intervino antes de que saltara.

—Y bien, ¿qué pasa con el beso?

—No tenéis por qué hacerlo ahora —indicó Pip rápidamente.

—No —asintió Rooney—. Quizá en futuros ensayos, pero ahora mismo no hace falta.

—Está bien —dije, y retrocedí, ligeramente aliviada.

Obviamente no quería besar a Jason delante de nadie. Y, desde luego, no quería que mi primer beso fuera en una obra de teatro.

Sin duda esa era la razón por la que me sentía tan incómoda. Y probablemente también por la que aquella no estaba siendo mi mejor actuación.

Por eso, probablemente, interpretar a Julieta, uno de los papeles más románticos de la historia de la literatura, me hacía sentir unas ligeras náuseas.

—No ha sido…, en plan…, incómodo ni nada, ¿verdad? —me susurró Jason cuando estábamos recogiendo nuestras cosas veinte minutos después.

—¿El qué? No, qué va, ha estado… bien. Genial. Ha estado genial. Tú has estado genial. Estaremos geniales.

Vale, Georgia, no te pases.

Él suspiró aliviado.

—Está bien. Vale.

Me tomé un momento para considerarlo y, entonces, antes de que pudiera contenerme, dije:

—No quiero que nuestro primer beso sea en una obra de teatro.

Jason se quedó paralizado mientras apilaba las sillas. Solo durante un segundo. Y entonces sus mejillas se sonrojaron.

—Mmm, no. Desde luego que no.

—Claro.

—Claro.

Cuando nos dimos la vuelta, vi a Pip mirándonos desde el otro lado de la habitación, con ojos entornados y expresión suspicaz. Pero antes de que pudiera decir nada, Rooney se adelantó.

—¿Alguno de vosotros ha preguntado por ahí para encontrar a nuestro quinto miembro?

—Yo no tengo muchos más amigos —contesté de inmediato, como si todos los demás no fueran ya muy conscientes de ello.

Jason salió de la habitación para poder ponerse erguido por fin.

—Yo puedo intentar comentárselo a alguno de mis amigos del Castillo, pero… No creo que sean de los que les gusta actuar.

—Yo ya he preguntado a mis amigas del Castillo —dijo Pip—. Todas me han dicho que no. Se volvió hacia Rooney.

—¿Tú no tienes… como unos cincuenta superamigos? ¿No puedes encontrar a alguien?

La expresión de Rooney se apagó súbitamente y durante un breve instante pareció sinceramente furiosa, antes de esfumarse. Puso los ojos en blanco y contestó:

—Yo no tengo cincuenta amigos. —Y no dijo nada más.

Tuve que darle la razón a Pip. Era un poco raro que Rooney, que salía de fiesta al menos dos veces a la semana y bajaba al bar del colegio la mayoría de los días restantes, no encontrara a una persona que pudiera unirse al grupo.

—¿Y qué me dices de tu esposo universitario? —sugerí. Al menos ellos debían de ser amigos.

Rooney sacudió la cabeza.

—No creo que le interese el teatro.

Tal vez no era tan cercana a la gente como yo había creído.

Mientras todos salíamos al frío otoño de las calles adoquinadas y nos despedíamos, me pregunté por qué a Rooney le importaba tanto todo esto. Tanto como para hacer todo ese esfuerzo: empezar una nueva sociedad, ser la directora, poner en marcha su propia obra.

Nos conocíamos desde hacía varias semanas. Sabía que ella era una chica fiestera muy activa sexualmente y una entusiasta de Shakespeare capaz de mostrarte una sonrisa para caerte bien.

Pero, en cuanto a la razón por la que hacía todas esas cosas, era algo que se me escapaba.

UN ELEFANTE EN LA HABITACIÓN

GEORGIA WARR, FELIPA QUINTANA

Felipa Quintana
ROONEY

Georgia Warr
Me llamo Georgia, de hecho

Felipa Quintana
Solo quiero saber cómo una persona tan sexi puede ser tan jodidamente molesta

Georgia Warr
Ah, vamos
Por fin hablamos del elefante en la habitación

Felipa Quintana
¿Qué elefante?

Georgia Warr
Tu gigantesco flechazo por Rooney Bach

Felipa Quintana
Uf, espera, espera, espera

Quiero decir que objetivamente es sexi, no que me guste

Georgia Warr
aldkjhgsldkfjghlkf

Felipa Quintana
NO ME ENAMORO DE CHICAS HETERO

Georgia Warr
Ja, ja

Felipa Quintana
Nos asesinaríamos la una a la otra si saliéramos
Lo que no haremos, porque es hetero
Y no me gusta de ese modo
Ella es un supercoñazo y siempre tiene que tener razón
Y yo estoy condenada a ser una gay solitaria de por vida

Georgia Warr
Hasta ahora te estás metiendo tú sola en este lío

Felipa Quintana
Cambio de tema
Tengo una pregunta

Georgia Warr
Dispara, colega

Felipa Quintana
Puede que… lo haya imaginado todo, pero…
¿Hay algo entre Jason y tú?
Me dijo que os visteis los dos solos el otro día y, no sé, me sonó casi como una cita o algo así, ja, ja

Georgia Warr
¿Te resultaría muy raro? ¿Si saliéramos?

Felipa Quintana
No lo sé
Sería un cambio

Georgia Warr
Bueno, supongo que aún no sé lo que está pasando

Felipa Quintana
¿Así que te gusta?

Georgia Warr
No lo sé
Quizá
Hemos decidido ver qué pasa

Felipa Quintana
Mmm
Vale

GEORGIA WARR, JASON FARLEY-SHAW

Georgia Warr
Acabo de contarle a Pip que nos estamos viendo

Jason Farley-Shaw
¡Oh, MIERDA, vale!
Guau
¿Y qué ha dicho?

Georgia Warr
Solo dijo: «Mmm, vale»

Jason Farley-Shaw
Oh, Dios, entonces está furiosa

Georgia Warr
No creo que esté enfadada
Probablemente solo esté confusa

Jason Farley-Shaw
¡Muy justo, supongo!
La verdad es que es un giro inesperado

Georgia Warr
Se recuperará de esto, ¿no?
Me refiero a que le parecerá bien

Jason Farley-Shaw
Sí

Seguro

GEORGIA WARR, ROONEY BACH

Georgia Warr
Hola, amiga huevo frito, ¿dónde estás?

Rooney Bach
¡¡¡Fuera!!!

Georgia Warr
¿Volverás esta noche?
Tengo cosas que hablar

Rooney Bach
Oooh, COSAS
Qué cosas, adoro las cosas

Georgia Warr
Bueno
No sé qué hacer ahora con Jason
Así que te convoco para que me ayudes
A menos que quieras seguir fuera, no quiero presionar
Ja, ja

Rooney Bach
No, la gente está muy aburrida y borracha y no estoy de humor para liarme con nadie
Huevo frito está en camino

Georgia Warr
Date prisa, huevo



—Ya está —dijo Rooney cuando le di a Enviar mensaje.

Georgia Warr
Vaaale, ¿quieres que volvamos a vernos este fin de semana?

Estábamos sentadas la una al lado de la otra apoyadas contra el cabecero de mi cama. Rooney todavía con la ropa puesta y yo en un pijama navideño, pese a que aún estábamos a principios de noviembre.

—¿Qué tengo que hacer en la cita? —pregunté, mirando el mensaje y esperando a que Jason lo viera.

Ella dio un sorbo a su taza de té post-salida nocturna.

—Lo que te apetezca.

—¿Pero tenemos que besarnos en la segunda cita?

—No tienes que hacer nada.

Me volví hacia Rooney, pero estábamos tan pegadas que lo único que vi fue una masa de pelo oscuro desparramado en ondas sueltas.

—¿Tú te besarías en una segunda cita?

Rooney resopló.

—Yo no tengo citas.

—Pero ya has salido con un chico antes.

Se quedó callada durante un momento.

—Supongo que sí —dijo finalmente—. Pero en general prefiero tener solo sexo.

—Oh.

—No me entiendas mal, tener una relación puede ser agradable, probablemente. Y a veces he conocido gente y he pensado que quizá… —Se detuvo a mitad de frase y rodó fuera de mi cama para dirigirse a la suya—. Es que…, bueno, yo siempre acabo con la gente equivocada. Así que ¿qué sentido tiene?

—Oh.

No dijo nada más, y me pareció un poco brusco presionarla para que me diera más detalles. En su lugar, empezó a cambiarse y a ponerse el pijama, y la vi claramente echar un vistazo a la foto de ella y Beth, la del pelo de la Sirenita.

Quizá Beth fuera una exnovia. O un antiguo flechazo. No tenía ninguna prueba de que a Rooney le gustaran las chicas, pero no era imposible.

—No hay nada malo en tener solo sexo —dijo, una vez que se metió en la cama.

—Lo sé —contesté.

—Las relaciones no son para mí, creo. Nunca terminan bien.

—Vale.

De pronto salió de la cama de un salto, murmuró: «Roderick», y se apresuró a regarlo. A decir verdad, Roderick no tenía muy buen aspecto. Por lo visto, Rooney se estaba olvidando de regarlo con frecuencia. Cuando terminó, se quedó dormida en cinco minutos, mientras que yo continué en vela, alternando momentos en que contemplaba fijamente el techo pintado de azul o miraba la pantalla de mi teléfono y me ponía nerviosa pensando en si tendría que besar a Jason en nuestra segunda cita.

¿Qué pasaba si realmente no me gustaban los chicos y esa era la razón por la que todo esto se me hacía muy difícil de gestionar?

Tan pronto como la idea surgió en mi cabeza, tuve que investigarla a fondo. Abrí Safari en mi móvil y tecleé: «Soy gay».

Un puñado de enlaces aparecieron en la pantalla, la mayoría encuestas inútiles de Internet que ya conocía y eran totalmente inservibles e inapropiadas. Pero algo captó mi atención: el test de la escala de Kinsey.

Empecé a leer sobre la escala de Kinsey. Wikipedia explicaba que era una escala de sexualidad que iba desde cero, «exclusivamente heterosexual», a seis, «exclusivamente homosexual».

Curiosa y frustrada conmigo misma, hice el test tratando de contestar a las preguntas instintivamente, sin pensarlas demasiado. Cuando terminé, pulsé en «Enviar respuestas» y esperé. Y en lugar de un número, me apareció la letra «X».

«No has indicado ninguna preferencia sexual. Intenta ajustar tus respuestas».

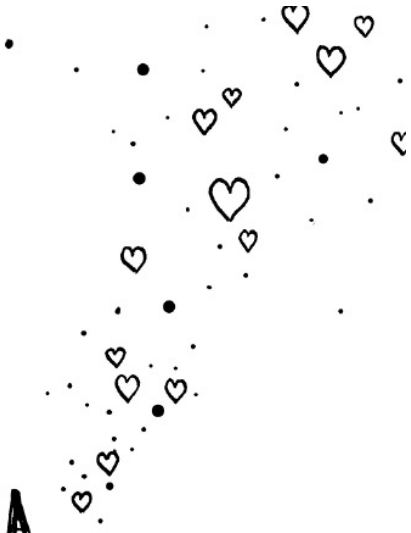
Leí y releí esas frases.

Había… hecho mal el test.

Debía de haber hecho mal el test.

Repasé mis respuestas y empecé a buscar qué cosas podía cambiar, pero no pude encontrar ninguna que hubiera respondido inapropiadamente, así que decidí salir del navegador.

Probablemente era un test fallido.



EL SEÑOR AUTOESTIMA

—¡Estás muy guapa! —fue una de las primeras cosas que me dijo cuando nos encontramos a la puerta del cine Gala, el sábado por la noche.

—Oh, eh, gracias —dije, bajando la vista a mi cuerpo. Había escogido un pantalón de peto caqui con un jersey de punto con cenefa por debajo, aunque la mayor parte de mi conjunto estaba oculto por mi abrigo gigante porque Durham se encontraba por debajo de los diez grados y yo no llevaba nada bien el frío.

Jason, por su parte, vestía su chaqueta de borreguito y unos vaqueros negros, lo que solía ser su uniforme favorito durante casi todo el año.

—Estaba pensando —dijo mientras entrábamos en el edificio— que lo del cine probablemente no fue muy buena idea para…, bueno, para quedar.

Había estado a punto de decir «una cita». Así que él también sabía que era una cita.

Ya no había marcha atrás.

Solté una risita.

—Es verdad. Finjamos que nos hemos encontrado e ignorémonos el uno al otro durante dos horas.

—Algo así. Aunque, para ser sincero, suena muy relajante.

—Eso es cierto —admití.

—Creo que el matrimonio perfecto debería ser aquel de dos personas que pueden sentarse juntas cómodamente en silencio durante largos períodos de tiempo.

—No corras tanto —dije—. Aún no estamos casados.

Eso le hizo soltar una chisporroteante y, de algún modo escandalizada, carcajada. Genial. Podía flirtear. Lo tenía controlado.

Llevábamos media hora de película cuando la alarma de incendios saltó.

Hasta ese momento, las cosas habían ido bastante bien. Jason no había intentado cogerme la mano ni pasar un brazo alrededor de mis hombros y, menos aún, gracias a Dios, besarme. Éramos simplemente dos amigos viendo una película en el cine.

Obviamente, yo no quería que hiciera ninguna de esas cosas porque habría sido demasiado tópico, además de un poco sórdido.

—Y bien, ¿qué hacemos ahora? —preguntó cuando salimos al frío aire del exterior. Nadie parecía saber si el incendio era real, pero no tenía pinta de que pudiéramos volver a entrar a corto plazo. Un miembro de la plantilla salió a la puerta y empezó a entregar unos vales para otro día.

Me ceñí el abrigo sobre el cuerpo. Esta no era la forma en que había imaginado nuestra tarde. Había confiado en poder estar sentados el uno al lado del otro durante dos horas, viendo una bonita película y luego marcharnos a casa.

Pero ahora no podíamos terminar la cita así. Eso resultaría un tanto raro. No sería un comportamiento muy propio.

—Eh… ¿Supongo que podríamos volver al colegio y tomar un té, o algo así? —dije. Eso parecía ser lo que la gente hacía para socializar en la universidad. Un té en sus dormitorios.

Oh, un momento. ¿Dormitorio? ¿Acaso llevar a un chico al dormitorio era una buena idea? ¿O significaría…?

—¡Claro! —sonrió Jason, hundiendo las manos en sus bolsillos —. Sí, eso suena bien. ¿Quieres venir al mío? ¿Podríamos ver una película en mi ordenador o algo así?

Asentí.

—Vale, suena bien.

De acuerdo.

No pasaba nada.

Podía hacerlo.

Podía ser normal.

Podía ir al dormitorio de un chico en una cita y hacer lo que quisiera que eso implicara normalmente. Hablar. Flirtear. Besarse. Tener sexo, quizá.

Debía ser valiente. No tenía que escuchar mis propios pensamientos. Podía hacer todo eso.

La verdad es que no me gustaba el té, lo que Jason sabía perfectamente, de modo que me preparó un chocolate caliente de forma automática.

Él tenía una habitación propia, al igual que Pip y la mayoría de los estudiantes de Durham, lo que significaba que era pequeña. Probablemente una tercera parte de la mía y la de Rooney, con una sola cama individual. La decoración era más o menos la misma: una acartonada y vieja moqueta, paredes de ladrillo amarillo y mobiliario de IKEA. Sus sábanas eran azul claro. Tenía un ordenador portátil, algunos libros en su mesilla de noche, y unos pocos pares de zapatos estaban cuidadosamente alineados debajo del radiador.

Pero no fue nada de eso lo que noté nada más entrar. Fue la pared lo que primero llamó mi atención.

Una pared totalmente vacía excepto por una fotografía enmarcada de Sarah Michelle Gellar y Freddie Prinze Jr. en S*cooby-Doo 2: monstruos sueltos*.

La miré fijamente.

Jason me observó mirándola.

—Tengo preguntas —dije.

—Muy comprensible —dijo, asintiendo y sentándose en su cama —. Eh, ¿te acuerdas de Edward? ¿De mi antiguo colegio? Él me la regaló. —Terminó la frase como si fuera el final de la historia.

—Continúa —le insté.

—Vale… Está bien, si voy a tener que explicártelo será mejor que te sientes. —Dio unas palmaditas en la cama para indicar el espacio a su lado.

Eso me hizo sentirme un poco nerviosa. Pero no es que hubiera demasiados sitios donde sentarse en la habitación y no lo hizo de una forma especialmente seductora, así que supuse que no habría peligro.

Me senté a su lado al borde de la cama, sosteniendo mi chocolate caliente.

—Bueno, todos sabemos que soy un gran fan de *Scooby-Doo*.

—Obviamente.

—Y también un fan de Sarah Michelle Gellar y de Freddie Prinze Junior.

—Vale… Claro, desde luego.

—Está bien. Pues, en mi antiguo colegio, antes de que me trasladara a vuestro instituto para los dos últimos años de bachillerato, yo era conocido como el chico que nunca había besado a nadie.

—¿Cómo? —me sorprendí—. Nunca me habías contado eso.

—Bueno, ya sabes que dejé ese colegio porque, bueno… —Puso una mueca—. Muchos chicos allí… Lo que quiero decir es que era un centro solo de chicos y la gente suele echarse mierda unos sobre otros por cualquier pequeño detalle.

—Sí.

Jason nos había hablado un poco del tema. De cómo la gente de su antiguo colegio era, por lo general, bastante desagradable, por lo que no había querido seguir en ese tipo de entorno más tiempo.

—Así que todos la tomaron conmigo por no haber besado nunca a nadie. Y supongo que se burlaron un montón de mí. Nada serio, pero, bueno, ahí estaba. Todo el mundo pensaba que era bastante raro.

—Pero ahora ya has besado a algunas personas —repuse—. Y hasta… tuviste una novia.

—Eso fue mucho después. Pero, entonces, ese fue el motivo por el que todos se burlaban de mí. Y ya sabes… La gente podía decir que se debía a que era feo y tenía acné o a que me gustaba el teatro musical y otras cosas estúpidas por el estilo. Ese tipo de cosas ahora ya no me molestan, pero supongo que lo hacían cuando era más joven.

—Oh —dije, pero de pronto mi voz sonó ronca—. Eso es horrible.

—Cuando me marché de allí, Ed me regaló esta foto enmarcada. —Señaló hacia la fotografía—. Sara y Freddie. Y me dijo algo en plan: «Es un amuleto de la suerte que te ayudará a conseguir una novia». A ambos nos gustaban mucho las películas de *Scooby-Doo*, y se convirtió en una broma constante en la que Sarah Michelle Gellar y Freddie Prinze Junior representaban como… la cumbre del romanticismo, porque están casados en la vida real y también en los papeles románticos de sus películas. Cada vez que alguien que conocíamos empezaba alguna relación, solíamos decir: «Estás al nivel de Sarah y Freddie, colega». Está bien. Vale. Suena un poco raro cuando intentas explicarlo.

—No, es divertido —repuse—. Solo espero que no acaben divorciándose en poco tiempo.

Él asintió.

—Sí. Eso nos arruinaría la broma.

—Sí.

—En cualquier caso, después de que me lo regalara, di mi primer beso una semana después. —Jason se rio—. Bueno, fue un beso horrible, pero… supongo que conseguí salir de mi bucle. Así que ahora es un amuleto de la buena suerte.

Jason contó la historia como si fuera una anécdota graciosa de la que se suponía que yo debía reírme. Pero no era graciosa.

Era jodidamente triste.

Recordaba la historia de su primer beso con una chica que no le gustaba demasiado. Él nos contó a Pip y a mí que no fue nada especial, pero que se alegraba de haber salido del bucle. Sin embargo, al oírsela contar de nuevo, había comprendido lo que realmente sucedió.

Se había sentido presionado por tener que dar su primer beso. Porque la gente le estaba acosando por no haber besado a nadie, así que se obligó a hacerlo y no estuvo bien.

Muchos quinceañeros hacen lo mismo. Pero oírselo contar a Jason hizo que me sintiera muy muy furiosa.

Sabía lo que era estar agobiada por no haber besado a nadie.

Y también sentirse presionada para hacerlo porque todo el mundo lo había hecho.

Porque si no lo hacías eras una rara.

Porque en eso consistía ser humana.

O eso era lo que todo el mundo decía.

Él alzó la vista a la foto.

—Puede que después de todo no sea un amuleto de buena suerte. Supongo que mis experiencias románticas hasta ahora no han sido… demasiado buenas. —Apartó la vista—. Un primer beso de mierda y luego… Aimee.

—Sí, Aimee era un ser humano despreciable.

—Creo que estuve tanto tiempo con ella porque tenía miedo de quedarme soltero y, en fin…, de volver a convertirme en esa persona. La gente había estado burlándose de mí durante años porque yo era… No sé…, *incapaz de inspirar amor* o algo. Si rompía con Aimee, pensaba que entonces volvería a ser para siempre el tío que no atraía el amor. —Su voz se suavizó—. Realmente creía que ella era lo mejor que me merecía.

—Tú mereces mucho más —repliqué inmediatamente. Sabía que era cierto porque yo lo quería. Puede que no estuviera enamorada

de él todavía, pero yo lo quería.

—Gracias —dijo—. Bueno, lo sé. Ahora lo sé.

—Está bien, señor autoestima.

Se rio.

—Solo desearía haber podido decirle eso a mi yo de dieciséis años.

Me sentí una hipócrita.

Estaba haciendo exactamente lo que Jason se había obligado a hacer unos años atrás. Tener experiencias, besos, relaciones..., y todo porque tenía miedo de ser diferente. Tenía miedo de ser el chico que no había besado a nadie.

Y eso era exactamente lo que yo estaba haciendo. Y, de seguir así, acabaría haciéndole daño.

Quizá debería decírselo ya. Decirle que tendríamos que parar esto, ponerle fin y continuar como amigos.

Pero quizá, si insistía un poco más, acabaríamos enamorándonos, y ya no me detestaría a mí misma.

Antes de que tuviera la oportunidad de hablar, Jason se desplazó hasta su cabecera y abrió el portátil.

—Bueno, ¿qué? ¿Ponemos una película? —Dio unos golpecitos en la cama a su lado y sacó una manta de debajo de donde estaba —. Te toca escoger, puesto que yo elegí la película del cine.

Me acerqué hasta él para examinar las opciones de películas. Él extendió la manta sobre nuestras piernas. ¿Qué pasaría si estos fueran los prolegómenos para que tuviéramos sexo? ¿O simplemente para besarnos? Era un momento lógico para empezar a besarnos, ¿no? La gente que sale con sus parejas no se sienta simplemente a ver una película. La ven durante diez minutos y luego empiezan a besarse. ¿Iba a tener que hacer eso? Solo pensarlo me hacía sentir ganas de llorar.

Elegí cualquier cosa y empezamos a verla en silencio. Yo no paraba de moverme. No sabía qué hacer. No sabía lo que quería hacer.

—¿Georgia? —preguntó Jason al cabo de veinte minutos—. Te… ¿encuentras bien?

—Eh… —Me estaba volviendo loca. Me estaba volviendo absolutamente loca. Me gustaba Jason y quería relajarme y ver la película con él. Pero no quería hacer ninguna de esas otras cosas. ¿Qué pasaría si mi sexualidad fuera simplemente la letra «X», como me había salido en la escala de Kinsey?— De hecho, no me encuentro demasiado bien.

Jason se incorporó sobre la cabecera.

—¡Vaya! ¿Qué sucede?

Sacudí la cabeza.

—Nada malo, es solo que… tengo un poco de dolor de cabeza, a decir verdad.

—¿Quieres que lo dejemos para otro día? Deberías ir a echarte un rato o algo así.

Dios. Jason era tan encantador.

—¿No te importaría? —pregunté.

Él asintió sincero.

—Por supuesto que no.

Cuando salí de allí, hubo un breve instante de abrumador alivio.

Pero, después de eso, me odié a mí misma.



Ni siquiera acabé volviendo al St. John's.

Bajé directamente las escaleras y salí del colegio mayor del Castillo, pensando en pasarme por el supermercado y comprar alguna comida reconfortante para la noche. Pero entonces me senté en los escalones y ya no pude moverme.

Estaba estropeándolo todo.

Iba a acabar haciendo daño a Jason.

Iba a acabar totalmente sola. Para siempre.

Si no podía querer a un chico que era encantador, amable, divertido, atractivo y mi mejor amigo…, ¿cómo iba a gustarme nadie?

Las cosas no funcionaban así en las películas. En ellas, dos amigos íntimos de la infancia terminan comprendiendo que, a pesar de todo, estaban hechos el uno para el otro durante todo ese tiempo, que su conexión iba más allá de la simple atracción, y entonces deciden estar juntos y vivir felices para siempre.

¿Por qué las cosas no estaban funcionando así?

—¿Georgia? —dijo una voz por detrás de mí. Retorcí el cuello sorprendida porque alguien cuya voz no reconocí inmediatamente supiera quién era yo. Y volví a sorprenderme al ver que se trataba de Sunil, mi padre universitario, que tenía una autoestima comparable a la de un miembro del famoso *reality Queer Eye*.

—Sunil —dije.

Él se rio. Llevaba un grueso abrigo de dos tonos por encima de un esmoquin clásico negro.

—Correcto —dijo.

—¿Cómo es que estás en el Castillo?

—Ensayo de música —respondió, sonriendo con calidez—. Estoy en la orquesta estudiantil y necesitaba repasar un par de cosas con los otros chelistas. —Se sentó a mi lado en los escalones.

—¿Tocas el chelo?

—Así es. Es bastante divertido, pero la orquesta es un poco estresante. El director me tiene manía porque Jess y yo siempre estamos cuchicheando.

—Jess… ¿La chica del puesto de la Sociedad del Orgullo? ¿Ella también está en la orquesta?

—Así es. Toca la viola, pero hoy no ha venido. Solemos hacer casi todo juntos.

Pensé que eso era algo muy bonito, aunque aún me estaba debatiendo para sentir cualquier emoción positiva sobre cualquier cosa, de modo que intenté forzar una sonrisa y, lógicamente, fallé.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, alzando las cejas.

Abrí la boca para decir que sí, que estaba perfectamente, pero en su lugar comencé a reírme histéricamente.

Creo que era lo más cerca que había estado de llorar delante de otra persona.

—Oh, no —exclamó Sunil alarmado, abriendo mucho los ojos—. Definitivamente no estás nada bien.

Esperó a que dijera algo más.

—Estoy bien —añadí. Si hubiera sido una muñeca, esa habría sido una de mis frases grabadas.

—Nada de eso. —Sunil agitó la cabeza—. Esa es la mentira más gorda que he oído en toda mi vida.

Eso, de hecho, me hizo reír, esta vez de verdad.

Sunil esperó de nuevo para ver si yo me explicaba, pero no lo hice.

—No viniste a la noche de discoteca organizada por la Sociedad del Orgullo en la Semana de Novatos —continuó, volviéndose ligeramente hacia mí.

—Ah, eso. —Me encogí de hombros débilmente—. Es que… ir de discotecas no es lo mío.

Por supuesto, había recibido su correo donde lo anunciaba. Había tenido lugar hacía dos semanas. «¡La Sociedad del Orgullo te da la bienvenida! ¡Ven a celebrarlo con tu nueva familia de la comunidad QUILTBAG!». [1] Tuve que buscar en Google lo que significaba QUILTBAG, pero, incluso mientras lo hacía, sabía que no asistiría. Aunque me hubiera gustado beber y salir de discotecas, no me habría planteado ir, porque yo no pertenecía a ese grupo. Ni siquiera sabía si yo era una QUILTBAG o no.

Él asintió.

—¿Sabes una cosa? A mí me pasa igual.

—¿En serio?

—Sí. No puedo soportar el alcohol. Me produce temblores, y soy tan enclenque... Prefiero mil veces una noche de películas gay o una merienda homosexual, ya sabes.

Mientras hablaba, bajé la vista a su chaqueta y advertí que, de nuevo, llevaba todas esas insignias prendidas. Clavé la vista en la que tenía las rayas púrpuras, negras, grises y blancas. ¡Dios! Había querido buscar lo que significaba. Realmente quería saberlo.

—Hablando de la Sociedad del Orgullo —dijo, haciendo un gesto hacia su esmoquin—. Me dirijo a su cena de gala otoñal. El resto del equipo ejecutivo debe de estar ya allí y confío en que no se haya producido ningún desastre.

No sé lo que me empujó a preguntarlo, pero de pronto me oí decir:

—¿Puedo ir?

Él alzó una ceja.

—¿Quieres venir conmigo? Nunca respondiste a nuestro correo.

También había recibido ese correo, y no lo había borrado. Me imaginaba claramente lo que podría ser asistir a algo así, formar parte de algo.

—¿Podría… ayudar con los preparativos? —sugerí.

Me gustaba Sunil. Me gustaba mucho. Quería seguir acompañándolo un rato más.

Quería ver cómo era la Sociedad del Orgullo.

Y quería olvidar lo que acababa de pasar con Jason.

Él me miró durante un largo instante y luego sonrió.

—¿Sabes una cosa? Por qué no. Nos vendría muy bien una ayuda extra para hinchar los globos.

—¿Estás seguro?

—Sí.

De pronto me asaltaron los miedos. Bajé la vista a mi peto y a mi jersey de lana.

—No voy vestida muy elegante.

—A nadie le importa como vistas, Georgia. Esta es la Sociedad del Orgullo.

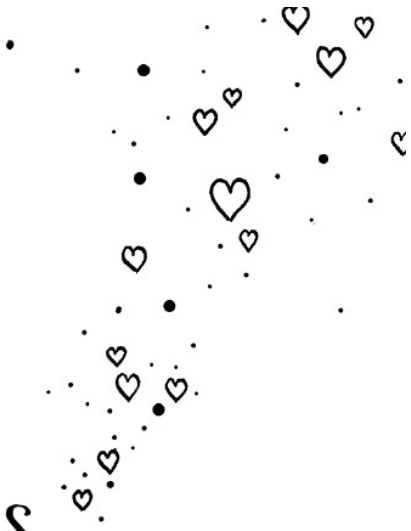
—Pero tú estás muy sexi y yo parece que voy camino a una clase a las nueve de la mañana.

—¿Sexi? —Se rio cómo si tuviera alguna broma privada con la palabra y, entonces, se puso en pie y me tendió una mano.

No se me ocurrió nada que pretextar, de modo que la agarré.

---

[1] Son las siglas del colectivo que engloba a lesbianas, trans, bisexuales, asexuales y gais sin una preferencia intersexual definida. *(N. de la T.)*



PODRÍAN HABER PUESTO MÁS BANDERAS DEL ORGULLO

Sunil me llevó de la mano todo el camino a través de Durham. De un modo un tanto extraño, aunque reconfortante, sentí como si estuviera paseando con uno de mis padres. Supongo que, en cierto modo, era así.

Él no parecía sentir la necesidad de hablar. Simplemente caminamos. A veces él balanceaba mi mano. A medio camino, me pregunté qué estaba haciendo. Deseé estar acurrucada en la cama, leyendo un relato fan-fic sobre el hombre araña que había empezado la noche anterior. No debería estar en esa celebración. No merecía estar allí.

Tenía que mandarle un mensaje a Jason y explicarme.

Tenía que explicarle lo que estaba mal en mí.

Tenía que pedirle perdón.

—Ya hemos llegado —indicó Sunil sonriendo. Estábamos ante una puerta roja que daba acceso a uno de los muchos edificios

antiguos de Durham sacados de un relato de Dickens. Miré al local con el que estaba conectado.

—¿Gregg's?

Sunil resopló.

—Sí, Georgia. Vamos a tener nuestra cena oficial de la sociedad en Gregg's.

—No me quejo. Me encantan los rollitos de salchicha.

Abrió la puerta, revelando un estrecho pasillo que llevaba hasta un tramo de escaleras con un cartel. «Big's Dig's: Bar-Restaurante».

—Hemos alquilado el Big's para la noche —explicó Sunil alegremente, conduciéndome escaleras arriba hasta el restaurante —. Las noches de discoteca están bien, obviamente, pero insistí en que también tuviéramos una cena oficial este año. No a todo el mundo le gustan las discotecas.

No era un local demasiado grande, pero sí muy bonito. Estaba ubicado en uno de los antiguos edificios de Durham, de modo que el techo era bajo y estaba decorado con vigas de madera y una suave y cálida iluminación. Todas las mesas habían sido dispuestas en ordenados cuadrados, cubiertos por manteles blancos, velas, brillante cubertería y coloridos centros de mesa que mostraban toda clase de banderas diferentes del Orgullo, algunas de las cuales reconocí y otras no. Unos cuantos globos multicolores pendían en las esquinas de la sala, y las ventanas estaban adornadas con serpentinas. Justo al fondo, dominando toda la habitación, había una enorme bandera arcoíris.

—Podrían haber puesto más banderas del Orgullo —dijo Sunil, entornando los ojos. No supe discernir si estaba bromeando.

No estábamos solos en la habitación. Un pequeño grupo estaba dando los toques finales a la decoración. Rápidamente divisé a Jess, la otra estudiante de tercer año que había conocido en el puesto del Orgullo, aunque esta vez sus rastas estaban recogidas en un moño. Llevaba un vestido con estampado de perritos. Saludó con la mano, se acercó hasta Sunil y pasó un brazo a su alrededor.

—Oh, Dios mío, por fin —exclamó.

—¿Cómo va todo?

—Bien, en realidad. Estábamos discutiendo sobre si poner o no cartulinas con los nombres de cada uno.

—Mmm. Sin embargo, a la gente le gusta sentarse con sus amigos.

—Eso creo yo. Pero Alex dice que eso causará aún más caos.

Discutieron sobre si poner tarjetas mientras yo permanecía ligeramente detrás de Sunil, como un niño pequeño que se esconde tras las piernas de su padre en una reunión familiar. Todos los estudiantes que estaban allí parecían ser de tercer año. Algunos vestían brillantes y graciosos modelitos: lentejuelas, trajes estampados y grandes tacones, mientras otros llevaban trajes más corrientes y esmóquines. Me sentí totalmente fuera de lugar con mi peto caqui, al margen de lo que Sunil hubiera dicho.

—Ah, y he traído a Georgia para que nos eche una mano —dijo Sunil, interrumpiendo mis pensamientos. Me dio un apretón en los hombros.

Jess me sonrió. Sentí un pellizco de pánico. ¿Acaso iba a preguntar qué hacía yo allí? ¿Cuál era mi sexualidad? ¿Por qué no había asistido a ninguno de los otros eventos?

—¿Podrías ayudarnos a hinchar los globos? —preguntó.

—Mmm, sí.

—Gracias a Dios, porque yo soy literalmente incapaz, y Laura no hace más que protestar porque por lo visto tiene tos. —Y entonces me pasó un paquete de globos.

Sunil tuvo que marcharse para ayudar con los preparativos de la noche, y yo rápidamente empecé a sentir que había cometido un terrible error al ir allí y a pensar que iba a tener que hablar con un montón de gente a la que no conocía. Pero Jess se mostró muy contenta por tenerme allí para ayudarla con los globos, y enseguida se puso a hablar con sus amigos y conocidos, y yo incluso pude conocerla un poco más, y preguntarle sobre la orquesta, cómo era tocar la viola y por su amistad con Sunil.

—La verdad es que no tuve ningún amigo verdadero aquí hasta que lo conocí —dijo, cuando terminamos de atar el último racimo de globos—. Estábamos sentados el uno al lado del otro en la orquesta e inmediatamente empezamos a comentar lo que cada uno llevaba puesto. Y desde entonces no nos hemos separado. —Sonrió, observando a Sunil, que charlaba con algunos novatos de aspecto tímido—. Todo el mundo quiere a Sunil.

—Bueno, es muy agradable, así que no me extraña —dije.

—No es solo eso, es de hecho un muy buen presidente. Ganó las elecciones de la Sociedad del Orgullo por una abrumadora mayoría. Todo el mundo estaba harto del último presidente. No quería usar las ideas de nadie excepto las suyas. Oh, y hablando del rey de Roma. —Jess se acercó de un salto hasta Sunil y le dijo en voz baja —: Ha venido Lloyd. Está ahí delante. —Y señaló hacia la entrada.

Sunil miró hacia la puerta, donde un chico rubio muy delgado, que vestía un esmoquin de terciopelo, estaba plantado. Una expresión que no le había visto nunca cruzó por las facciones de Sunil: la de absoluto fastidio.

Lloyd alzó la vista hacia él, sin sonreír, y entonces caminó hacia una mesa al otro lado de la habitación.

—Lloyd odia a Sunil —comentó Jess, mientras este retomaba la conversación con el grupo de novatos—. Así que así pintan las cosas.

—¿Un drama? —pregunté.

Jess asintió.

—Un drama.

Por alguna razón, compasión o una asombrosa amabilidad, no estaba segura, acabé sentada al lado de Sunil durante la cena. A las ocho de la tarde la habitación estaba abarrotada y muy bulliciosa, con los camareros sirviendo bebidas y entrantes.

Entre plato y plato, Sunil hizo el esfuerzo de pasarse por cada una de las mesas y hablar con la gente, especialmente con los

novatos. Estos parecían emocionados de conocerlo. Fue muy divertido de observar.

Conseguí hablar un poco con la gente de mi mesa, pero me sentí aliviada cuando Sunil regresó para el postre, y pudimos charlar de cosas más personales. Me contó que estaba estudiando Música, algo que pensaba que probablemente era un error, pero que le estaba divirtiendo. Él era oriundo de Birmingham, lo que explicaba ese ligero acento que tenía y que no había sido capaz de identificar. No tenía ni idea de qué iba a hacer cuando acabara en Durham, a pesar de que estaba en su último año de licenciatura.

Yo le hablé de nuestra Sociedad Shakespeare y de cómo probablemente aquello terminaría siendo un desastre.

—Hice algo de actuación cuando estaba en el colegio —comentó Sunil cuando le conté que necesitábamos encontrar a un quinto miembro. Entonces se lanzó a relatarme una historia de cuando actuó en un papel menor en una producción del colegio de *Embrujada*, y concluyó diciendo—: Tal vez yo pueda estar en vuestra obra. Echo de menos el teatro.

Le dije que eso sería fantástico.

—Aunque estoy bastante ocupado —comentó—. Tengo… muchas cosas que hacer todo el tiempo. —Y a juzgar por la expresión cansada de su rostro, no estaba exagerando, así que le dije que no pasaba nada si no podía.

Pero quedó en que lo pensaría.

Hasta ese día, no había tenido oportunidad de conocer a mucha gente abiertamente gay. Había un puñado de personas en el instituto con las que Pip solía salir de vez en cuando, pero debían de ser como mucho siete u ocho. No sé bien lo que esperaba. No había un tipo especial de persona, ningún estilo o aspecto definido. Pero todos eran muy amigables. Había algunos grupos que claramente ya eran amigos, pero la mayoría se mostraban felices por hablar con quien fuera.

Todos eran simplemente ellos mismos.

No sé bien cómo explicarlo.

No había fingimiento. Ni ocultación. Ni falsedad.

En este pequeño restaurante escondido entre las viejas calles de Durham, un puñado de gente *queer* podía mostrarse tal cual era y simplemente ser.

No creo que hubiera entendido lo que eso significaba hasta ese momento.

Después del postre, se apartaron las mesas a un lado y comenzó el momento de entremezclarse unos con otros. Las luces se atenuaron, la música aumentó de volumen, y casi todo el mundo se levantó para charlar, reír y beber. Rápidamente advertí que mis reservas de socialización se habían agotado en el que, sinceramente, creía que había sido el día más largo de mi vida y, además, había bebido suficiente alcohol para estar en ese extraño limbo en el que todo parece un sueño, de modo que busqué una silla vacía en un rincón y me quedé allí sentada, con el móvil en una mano y un vaso de vino en la otra durante media hora, mientras echaba un vistazo a mis cuentas de Twitter e Instagram.

—¿Ocultándote en un rincón, hija de universidad?

Alcé la cabeza, sobresaltada, pero solo era Sunil, con un vaso de limonada en la mano. Vestido con su esmoquin, y con el pelo peinado pulcramente hacia atrás, parecía alguien famoso. Supongo que era una celebridad allí.

Se sentó en una silla a mi lado.

—¿Cómo te va?

Le hice un gesto de asentimiento.

—¡Bien! Sí. Esto ha sido muy agradable.

Sonrió y echó un vistazo a la habitación. Gente feliz pasándoselo bien.

—Sí. Ha sido un éxito.

—¿Habías organizado algo parecido antes?

—Nunca. El año pasado formé parte del comité gestor de la sociedad, pero eventos como este no eran mi fuerte. El año pasado

lo pasé, literalmente, yendo de barra en barra por todos los bares y locales nocturnos.

Hice una mueca. Sunil la vio y se rio.

—Sí. Exactamente.

—¿Resulta muy estresante ser el presidente?

—A veces. Pero merece la pena. Me hace sentir que estoy haciendo algo importante. Y que formo parte de algo importante. —Dejó escapar un resoplido—. Yo… durante mucho tiempo fui siempre a mi bola. Sé lo que es sentirse totalmente solo. Así que ahora intento asegurarme de que… ninguna persona *queer* tenga que sentirse así en esta ciudad.

Volví a asentir. Eso podía entenderlo muy bien.

—No soy ningún superhéroe, ni nada por el estilo. Ni tampoco pretendo serlo. Muchos de los novatos me ven así, como un ángel de la guarda homosexual enviado para arreglar sus problemas, pero no soy nada parecido, desde luego que no. Solo soy una persona. Pero me gusta pensar que transmito una influencia positiva, por pequeña que esta sea.

Súbitamente comprendí por lo que Sunil había pasado antes de convertirse en esa persona segura, elocuente y sabia. No siempre había sido el presidente, rebosante de autoestima, de una sociedad. Pero lo que fuera por lo que hubiese pasado lo había superado. Había sobrevivido. Y estaba haciendo del mundo un lugar mejor.

—Pero ahora mismo me encuentro siempre cansado —continuó con una pequeña sonrisa—. Creo que a veces me olvido de… cuidar de mí mismo. Si al menos pudiera…, no sé, estar enganchado a una serie u hornear tranquilamente un bizcocho. Pero ya apenas hago esas cosas. A veces desearía pasar más tiempo haciendo cosas inútiles. —Me miró a los ojos—. ¡Y ahora creo que te estoy dando la lata!

—No me importa —aseguré. Porque era verdad. Me encantaban las conversaciones profundas y sentía que estaba empezando a conocerlo mejor. Sabía que él, como mi padre universitario,

supuestamente debía ejercer de mi mentor en Durham, pero quería conocerlo más allá de eso. Quería que fuéramos amigos.

Fue entonces cuando escuché la voz.

—¿Georgia?

Alcé la vista, pero no hizo falta, porque conocía esa voz tan bien como la mía.

Pip vestía un esmoquin negro no muy diferente al de Sunil y había clavado su vista en mí con una expresión desconcertada.

—¿Qué estás haciendo aquí?



Miré a Pip, y ella me miró a su vez. Sunil miró a Pip, y luego a mí. Bajé la vista a mis manos, debatiéndome para saber qué debía hacer o cómo podía explicar por qué había asistido a la cena oficial de la Sociedad del Orgullo cuando se supone que tenía una cita con Jason, y Pip no tenía ningún motivo para creer que yo no fuera hetero.

—Me encontré con Sunil —dije, pero ya no supe cómo continuar.

—Soy su padre universitario —intervino Sunil.

—Exacto —asentí.

—Claro. Y por eso decidiste... —Pip sonrió torpemente— ¿pasarte por aquí?

Hubo un silencio.

—De hecho —se adelantó Sunil, sentándose derecho en la silla —, fui yo quien le pedí a Georgia si podía venir a echarme una mano. Andábamos escasos de voluntarios para preparar todo esto. —Se volvió hacia mí con una sonrisa que parecía un poco siniestra. Probablemente porque estaba mintiendo descaradamente—. Y, a cambio, me he ofrecido a participar en la obra de teatro de Georgia.

—¡Oh! —Pip inmediatamente pareció resplandecer y sus ojos se ensancharon—. ¡Mierda! ¡Sí! ¡Realmente necesitamos un quinto miembro!

—¿Tú también estás en ella?

—¡Sí! Bueno, fui un tanto obligada, pero sí.

Tan pronto como procesé el hecho de que Sunil se acababa de ofrecer voluntario para participar en nuestra obra, alguien le llamó desde otro grupo y tuvo que marcharse, pero antes de hacerlo me dio una palmadita en el hombro y se despidió de nosotras.

Pip me miró fijamente a los ojos. Todavía parecía un tanto confusa.

—¿Te parece que… vayamos a la barra?

Asentí. Había bebido demasiado vino y necesitaba un vaso de agua urgentemente.

—De acuerdo.

Tardamos casi veinte minutos en conseguir llegar a la barra, porque la gente paraba constantemente a Pip para hablar con ella.

Al parecer había hecho un buen número de amistades aquí, en la Sociedad del Orgullo, lo que no debía sorprenderme. A ella siempre se le había dado bien hacer amigos, pese a que era bastante selectiva y a que, allá en Kent, no había demasiada gente con la que quisiera quedar. Aparte de un par de chicas en secundaria y de un puñado de amigos homosexuales en primero de bachillerato, no había ninguna Sociedad del Orgullo en nuestro instituto. En la zona rural del condado de Kent donde vivíamos no había tiendas especializadas ni tampoco discotecas homosexuales, como en las grandes ciudades.

Ella me contó lo suyo cuando teníamos quince años. No fue una de esas confesiones dramáticas, divertidas o emocionales que pudieran compararse con las películas o las series de televisión. «Creo que tal vez me gusten más las chicas», fue todo lo que dijo mientras pateábamos las tiendas de la calle Mayor buscando

nuevas mochilas para el instituto. Ya había habido algunos antecedentes. Habíamos estado hablando sobre chicos que iban a colegios solo de chicos. Yo había comentado que no entendía a qué se debía tanto alboroto. Pip estuvo de acuerdo.

No hace falta decir que Pip había pasado por algunos malos momentos. Y si bien ella tenía muchas otras amistades con las que sin duda podía haber profundizado en su relación, siempre acudía a mí para hablar de temas espinosos. No sé si eso se debía a que confiaba en mí o simplemente a que yo era una buena oyente. Tal vez ambas cosas. En todo caso, me convertí en un refugio seguro. Y me alegró mucho poder serlo entonces y seguir siéndolo todavía.

Me hacía feliz poder ofrecerle eso a ella.

—Siento las interrupciones —dijo, una vez que conseguimos sentarnos en los taburetes de la barra y pedimos dos vasos de zumo de manzana, ya que a ninguna de las dos nos apetecía continuar bebiendo alcohol. Ella me estaba sonriendo.

—No lo sientes —repliqué—. Eres muy popular.

—Está bien, me has pillado. —Cruzó las piernas, revelando unos calcetines de rayas que asomaban por debajo de sus pantalones—. Soy muy popular ahora y me encanta. No te preocupes; Jason y tú seguís siendo mis vínculos número uno.

Volví la vista para contemplar la pequeña multitud de miembros de la Sociedad del Orgullo, algunos de pie charlando, otros bailando, otros sentados en los rincones con bebidas y susurrándose intimidades.

—He estado asistiendo además a la Sociedad Latinoamericana —dijo—. Ellos también celebraron un encuentro social hace unos días.

—¡Oh! ¿Y qué tal estuvo?

Pip asintió excitada.

—De hecho, lo pasé genial. Fue mi madre la que me insistió en que asistiera, porque, ya sabes, no me mostré demasiado entusiasta al respecto. La verdad es que desconocía lo que suele hacerse allí. Pero fue muy agradable poder hacer algunos amigos. Y

descubrí que tienen un montón de actividades. Por ejemplo, conocí a una chica colombiana, y ella me habló de un pequeño encuentro que hicieron el pasado diciembre por el Día de las Velitas. —Sonrió —. Eso me hizo sentir…, no sé. Me recordó a la época en la que viví en Londres.

Cuando estábamos en Kent, a veces Pip se sentía sola de un modo que Jason y yo no conseguíamos hacerle olvidar. Solía decir que deseaba que su familia no se hubiese marchado de Londres, porque al menos allí tenía a sus abuelos y a una gran comunidad alrededor. Cuando se trasladó, con diez años, a nuestra pequeña ciudad de Kent, perdió esa comunidad. Pip era la única latina de nuestro curso.

Teniendo eso en cuenta y aceptando que era homosexual, Pip definitivamente decidió agarrar el toro por los cuernos en el sentido de «intentar buscar gente en su entorno con quien pudiera relacionarse y tener algún vínculo en un nivel más profundo debido a experiencias de vida compartidas».

—Me había olvidado de lo bien que se siente uno rodeado por tanta gente latina, ¿sabes? —continuó—. Nuestro colegio era tan *blanco*. Incluso aquí en Durham, todo en conjunto es bastante blanco. ¡Hasta la Sociedad del Orgullo es bastante blanca, en general!

Hizo un gesto a nuestro alrededor y, cuando miré, comprendí cuánta razón tenía, pues, a excepción de Sunil, Jess y un puñado de personas, la mayoría de los rostros de la habitación eran blancos.

—Estoy empezando a comprender lo mucho que me ha afectado estar… rodeada de gente blanca todo el tiempo. Es como si ser gay y latina significara que… no iba a conocer a nadie que fuera igual que yo. Por muy agradable que resultara tener algunos amigos homosexuales en primero, todos eran blancos, así que no podía identificarme plenamente con ellos. —Soltó una súbita carcajada—. Pero conocí a este tipo en la Sociedad Latinoamericana y tuvimos

una increíble charla sobre ser gay y latino, y te juro por Dios que nunca me había sentido tan comprendida en toda mi vida.

Me encontré sonriendo. Porque mi mejor amiga estaba floreciendo ante mis ojos.

—¿Qué pasa? —dijo, al ver la sonrisa en mi cara.

—Es solo que me siento feliz por ti —contesté.

—Dios, qué boba eres.

—No puedo evitarlo. Tú eres una de las pocas personas que realmente me preocupan en el mundo.

Pip resplandecía como si estuviera muy complacida por ese hecho.

—Bueno, soy una muy popular y exitosa lesbiana. Es un honor conocerme.

—¿Exitosa? —Arqueé una ceja—. Eso es nuevo.

—En primer lugar, ¿cómo te atreves? —Pip se echó hacia atrás en su taburete con una expresión engreída—. Y en segundo, sí, puede que haya estado con una chica en la noche de discotecas de la Sociedad del Orgullo.

—¡Pip! —Me senté muy erguida, sonriendo—. ¿Por qué no me lo habías contado?

Se encogió de hombros, pero se la veía claramente complacida consigo misma.

—No fue nada serio, en plan, como si quisiera tener una cita con ella o algo así. Pero quería besarla, ambas queríamos besarnos, así que… simplemente lo hicimos.

—¿Y cómo era ella?

Nos quedamos ahí sentadas en el bar y Pip me relató todo el encuentro con la chica de segundo año del Colegio Hatfield que estudiaba Francés y llevaba una bonita falda, y cómo no había significado nada especial, pero había sido divertido, y bueno, y estúpido y todo lo que ella quería tener al estar en la universidad.

—Es todo muy tonto, pero… me sirvió para darme esperanzas. Solo algunas. —Dejó escapar un suspiro—. Y… pensar que tal vez no vaya a estar sola para siempre. Que tal vez pueda tener la

oportunidad de… poder ser yo misma aquí. Sentir que soy yo misma es algo bueno. —Se rio y luego se apartó los rizos de delante de los ojos—. No sé si alguna vez había sentido que ser yo misma era… algo bueno.

—Esa es la actitud —repliqué en tono de broma, pero supongo que en cierto modo lo pensaba.

—Bueno, si te planteas volverte homosexual, házmelo saber. Ahora que tengo contactos, podré emparejarte rápidamente con alguien.

Resoplé.

—Si al menos la sexualidad funcionara así.

—¿Te refieres a poder escogerla?

—Sí. Creo que, si pudiera, elegiría ser gay.

Durante un momento, Pip guardó silencio, y me pregunté si no habría dicho algo raro u ofensivo. Sin embargo, era la verdad. De haber podido elegir habría escogido ser gay.

Sabía que sentir preferencia por las chicas podría ser algo difícil cuando tú eras una chica. Normalmente lo era, al menos durante un tiempo. Pero también era algo bonito. ¡Tan jodidamente bonito!

Tener preferencia por las chicas cuando tú eres una chica te da poder. Te da luz. Esperanza. Alegría. Pasión.

Algunas veces a las chicas que les gustan las chicas les lleva tiempo descubrirlo. Pero cuando lo hacen, es como si volaran.

—¿Sabes una cosa? —dijo Pip—, la gente hetero no piensa para nada así.

—Ah, ¿no?

—Para nada. Pensar así es como dar el primer paso a comprender que eres lesbiana.

—Oh. Vale. —Me reí torpemente. Yo estaba bastante segura de que no era lesbiana. O quizá lo fuera y lo estuviera reprimiendo. O puede que solo fuera una «X» en la escala de Kinsey. Nada.

¡Dios! Estaba empezando a lamentar no haberme pedido algo con alcohol.

Nos quedamos en silencio durante un momento, sin que ninguna de las dos quisiera seguir ahondando en el tema. Normalmente Pip solía ser muy curiosa cuando sacábamos alguna cuestión importante, pero es posible que intuyera que había algunas cosas en las que no era oportuno mostrarse tan entrometida.

Deseé que se hubiera mostrado más inquisitiva.

Deseé haber podido encontrar las palabras para hablar de todo ello con mi mejor amiga.

—¿Y qué pasa con Jason y contigo? —empezó, y pensé: «Oh, no».

—Eh, ¿qué pasa con nosotros? —repliqué.

Pip resopló.

—¿Os habéis besado ya?

Sentí que me ponía como la grana.

—Eh, no.

—Bien. No puedo imaginaros besándoos. —Entornó los ojos y miró hacia algún punto en la distancia—. Sería como…, no sé, como ver a mis hermanos besándose.

—Bueno, probablemente vamos a tener que hacerlo en algún momento —dije. Definitivamente, tendríamos que hacerlo.

Pip volvió a mirarme. No pude descifrar su mirada. ¿Estaba enfadada? ¿O simplemente lo encontraba raro?

—Hasta ahora nunca habías sentido interés por nadie—dijo—. Me refiero a que el asunto de Tommy fue…, bueno, a que te inventaste el flechazo. Fue casi sin querer.

—Sí —reconocí.

—Pero ahora… ¿De pronto te gusta Jason?

Parpadeé sorprendida.

—¿Cómo? ¿Es que no me crees?

Ella se inclinó ligeramente hacia delante y luego se volvió a enderezar.

—No estoy segura de entenderlo.

—¿Por qué no?

No quiso terminar la frase. Sabía que hacerlo sonaría irrespetuoso, pues implicaría asumir algo sobre mi sexualidad, pero ambas lo pensábamos.

Ambas estábamos pensando en que probablemente no me gustaban los hombres.

No supe qué decir, porque no podía rebatírselo.

Quise decirle que no me sentía segura sobre nada y que todo el tiempo tenía la sensación de ser un bicho raro hasta el punto de odiarme a mí misma. Era una chica que lo sabía todo sobre la sexualidad por Internet, pero que no era capaz de descubrir quién era, que ni siquiera podía hacer un cálculo aproximado, cuando todo el mundo parecía encontrarlo tan tan sencillo. O, si no lo encontraban sencillo, atravesaban momentos difíciles en el instituto y, para cuando alcanzaban mi edad, ya estaban besándose y teniendo sexo y enamorándose todas las veces que querían.

Lo único que conseguí decir fue:

—No sé bien lo que siento.

Pip sabía que yo no le estaba contando todo lo que rondaba por mi cabeza. Siempre lo sabía.

Me cogió la mano y la sostuvo.

—No pasa nada, amiga —dijo—. Está bien así.

—Lo siento —murmuré—. Soy un desastre para explicar las cosas. Suena todo tan falso.

—Me tienes aquí para hablar siempre que quieras, tía.

—Vale.

Tiró de mí para darme un abrazo, y mi cara quedó aplastada contra su cuello.

—Sal con Jason un tiempo si quieres. Solo te pido que… no le hagas daño, ¿vale? Sé que parece siempre muy tranquilo y contenido, pero es alguien muy sensible después de toda la mierda que vivió con Aimee.

—Lo sé. No lo haré. —Levanté la cabeza—. ¿De verdad te parece bien la idea?

Su sonrisa fue forzada y dolorosa, y casi me rompió el corazón.

—Por supuesto. Te quiero.
—Yo también te quiero.



Decidí marcharme poco después. Pip continuó dejándose arrastrar a otras conversaciones con gente a la que yo no conocía, pero a mí ya no me quedaba energía para hablar con gente nueva. Jess estaba muy ocupada mezclándose con todo el mundo, y Sunil no aparecía por ninguna parte.

Consulté mi móvil. Solo eran las diez y veinte. Me pregunté si Jason estaría bien.

Probablemente seguiría aún sentado en su habitación, totalmente solo, preguntándose si realmente yo tenía dolor de cabeza o simplemente él no me gustaba.

Ya no quería pensar más en el amor.

Al salir del restaurante y descender por el estrecho tramo de escaleras, oí un par de voces susurrando más abajo. Me detuve, advirtiendo que una de las voces pertenecía a Sunil.

—Ahora yo soy el presidente —estaba diciendo— y, si eso te molesta, no tienes por qué venir más a los eventos de la sociedad.

—¿Cómo? ¿Ahora intentas expulsarme? —replicó la segunda voz—. Qué típico. No debería sorprenderme viniendo de ti.

—Y ahora tú intentas montar una bronca otra vez. —Sunil dejó escapar un largo suspiro—. ¿No te cansas nunca, Lloyd? Porque yo sí.

—Tengo derecho a expresar mi preocupación por la sociedad. Has cambiado todos los eventos que hacíamos, ¡y ahora estás dejando entrar a demasiada gente!

—¿Dejando entrar a demasiada gente? ¿En qué planeta vives?

—¡He visto los jodidos prospectos que estabas repartiendo en la Feria de Novatos! Asexual, binario y lo que sea. ¿Vas a dejar entrar a cualquiera que piense que tiene alguna identidad inventada en Internet?

Se produjo un corto silencio y, entonces, Sunil volvió a hablar, esta vez con un tono más duro.

—¿Sabes una cosa, Lloyd? Sí. Efectivamente. Porque la Sociedad del Orgullo es inclusiva, abierta y acogedora, y ya no está dirigida por ti. Y porque ahí fuera aún quedan muchos chicos gays, como tú, que parecen tomarse la simple existencia de otros homosexuales como una amenaza para sus derechos civiles, incluso novatos que aparecen aquí por primera vez, algunos de ellos sin haber asistido nunca a un evento homosexual en todas sus vidas, que solo intentan encontrar un lugar donde poder relajarse y ser ellos mismos. Y no sé si eres consciente de ello, Lloyd, porque sé que no reconoces ninguna bandera del Orgullo que no sea la del jodido arcoíris, pero, de hecho, yo soy una de esas identidades inventadas en Internet. ¿Y sabes qué? Soy el presidente. Así que sal de una jodida vez de mi celebración oficial.

Escuché ruido de pasos alejarse y una puerta abrirse y cerrarse.

Esperé un momento, pero no había forma de fingir que no había escuchado la conversación, así que descendí los escalones. Sunil alzó la vista cuando me acerqué. Estaba apoyado contra la pared, con sus dedos fuertemente apretados contra sus antebrazos.

—Oh, Georgia —dijo, forzando una sonrisa, pero debió de verme cara de culpable porque inmediatamente dijo—: Ah, ¿lo has oído?

—Lo siento —dije al llegar al último escalón—. ¿Te encuentras bien? ¿Quieres…? —Traté de pensar en una forma de ayudarle—. ¿Quieres tomar algo u otra cosa?

Sunil soltó una risa.

—Eres muy amable. Pero estoy bien.

—Él… Me ha parecido una… persona despreciable.

—Sí. Lo es. Solo porque seas gay no significa que no puedas ser un intolerante.

—Sin embargo, creo que lo has machacado.

Volvió a reír.

—Muchas gracias. —Descruzó los brazos—. ¿Te marchas a casa?

—Sí. Ha sido una cena muy agradable.

—Bien. Genial. Eres bienvenida a volver cuando quieras.

—Muchas gracias. Y… gracias por lo que le dijiste a Pip sobre…, ya sabes, por qué estaba aquí.

Se encogió de hombros.

—No es nada.

—No tienes por qué estar en nuestra obra.

—Oh, nada de eso. Por supuesto que estaré en vuestra obra.

Mi boca se abrió de golpe.

—¿Vas a… estar?

—Estoy deseando hacer algo así, algo divertido. Así que estoy dentro. —Se metió las manos en los bolsillos—. Si queréis tenerme.

—¡Claro! Sí, necesitamos ser cinco miembros o si no la sociedad desaparecerá.

—Bien, entonces ya los tenéis. ¿Me mandarás un mensaje con los detalles?

—Sí, seguro.

Hubo una pausa.

Podría haberme marchado. Habría tenido sentido que me dirigiera a casa.

Pero en su lugar me descubrí diciendo:

—Hoy tenía una especie de cita —dije—. Cuando me encontraste.

Sunil alzó las cejas.

—¿Ah, en serio?

—Pero… no salió bien.

—Vaya. ¿Por qué? ¿Acaso se portó mal contigo?

—No, era con… un chico que es realmente encantador. Soy yo la que tengo el problema. Soy rara.

Sunil hizo una pausa.

—¿Y por qué eres rara?

—Yo… —Me reí nerviosa—. No creo que pueda sentir nada.

—Tal vez él no sea la persona apropiada para ti.

—No —rechacé—. Él es maravilloso. Pero yo nunca siento nada por nadie.

Hubo una larga pausa.

Ni siquiera sabía cómo empezar a explicárselo adecuadamente. Parecía como si fuera algo que me hubiera inventado. Un sueño que no podía recordar exactamente.

Y una palabra.

Una palabra que Lloyd había dicho con tanta maldad, pero que Sunil había defendido.

Una palabra que había prendido una luz en mi cerebro.

Y finalmente había hecho la conexión.

—Eh… —Me alegré de estar un poco ebria. Señalé hacia el pin que llevaba prendido, aquel con las rayas blancas, grises y púrpuras —. ¿Es esa… la bandera… de ser asexual?

Los ojos de Sunil se abrieron mucho. Durante un breve instante, pareció genuinamente sorprendido por que yo no supiera lo que significaba su pin.

—Sí —contestó—. De la asexualidad. ¿Sabes lo que es?

Por supuesto, había oído hablar de la asexualidad. Había visto algunas personas hablando de ello en Internet y a mucha gente proclamarlo en sus biografías de Twitter o Tumblr. Algunas veces incluso me había topado en algún fan-fic con un personaje asexual.

Pero apenas había oído a la gente utilizar la palabra en la vida real, o siquiera en la televisión o en las películas. Suponía que tenía que ver con que no te gustara el sexo. Pero no estaba segura.

—Pues… la verdad es que no —contesté—. Lo he oído mencionar. —E inmediatamente me sentí avergonzada por reconocerlo—. Pero no tienes por qué explicármelo, yo puedo... puedo buscarlo…

Él volvió a reír.

—No pasa nada. Me gusta hacerlo. Internet a veces puede ser un tanto confuso.

Guardé silencio.

—La asexualidad significa que no me siento sexualmente atraído por ningún género.

—Entonces… —dije reflexionando—. Eso significa… ¿que no quieres tener sexo con nadie?

Soltó una carcajada.

—No necesariamente. Algunas personas asexuales se sienten así. Pero otras no.

Ahora sí estaba confusa. Sunil pudo advertirlo.

—No te preocupes —dijo, y eso hizo que sintiera que no pasaba nada por no entenderlo—. La asexualidad significa que no me siento sexualmente atraído por ningún género. Así que no miro a los hombres ni a las mujeres, ni a nadie, ni pienso: «Guau, me gustaría hacer cosas sexis con ellos».

Eso me hizo resoplar.

—¿Acaso hay alguien que piense así?

Sunil sonrió, pero era una sonrisa triste.

—Tal vez no con esas palabras exactas, pero, sí, mucha gente piensa de ese modo.

Eso me descolocó.

—Oh.

—Así que yo simplemente no tengo esos sentimientos. Incluso si estoy saliendo con alguien. Incluso si se trata de modelos o de algún famoso.

Incluso si, en un nivel básico y objetivo, soy capaz de reconocer que son convencionalmente atractivos. Simplemente yo no siento esa sensación de atracción.

—Oh —exclamé.

Hubo una pausa. Sunil me miró considerando qué decir a continuación.

—Algunas personas asexuales disfrutan teniendo sexo, por una gran variedad de razones —continuó—. Creo que ese es el motivo por el que mucha gente lo encuentra confuso. Pero a otros asexuales no les gusta el sexo en absoluto, y hay quienes mantienen una postura neutral. Los hay que aún sienten una atracción romántica por la gente, y quieren tener relaciones o incluso besar a gente, por ejemplo. Mientras que otros no quieren relaciones románticas en absoluto. Se trata de un gran, gran espectro con toda una gama de sentimientos y experiencias diferentes. Y realmente no hay forma de saber lo que una persona en concreto siente, incluso si se describe abiertamente como asexual.

—Entonces… —Sabía que era un poco indiscreto preguntarlo, pero tenía que hacerlo—. ¿Tú aún deseas tener relaciones?

Él asintió.

—Sí. Yo me identifico también como gay. Un gay asexual.

—¿Cómo?… ¿También?

—El término técnico es homorromántico. Aún quiero tener relaciones con chicos y gente masculina. Pero me siento bastante indiferente sobre el sexo, porque nunca he mirado a los hombres ni a ningún otro género y sentido una atracción sexual por ellos. Los hombres no me hacen darme la vuelta. Nadie lo hace.

—¿Así que la atracción romántica es diferente de la atracción sexual?

—Algunas personas la sienten como dos cosas distintas, sí —contestó Sunil—. Así que a esa gente le resulta útil definir esos dos aspectos de su atracción de forma diferenciada.

—Oh. —No sabía bien qué sentir al oír eso. Lo que yo sentía era tan completo que no parecía que pudieran ser dos cosas diferentes.

—Jess, por ejemplo, es arromántica, lo que significa que no siente ninguna atracción romántica por nadie. Y es también bisexual. A ella no le importa que te lo diga. Encuentra a mucha gente físicamente atractiva, pero simplemente no se enamora de ellos.

«¿No es eso triste?», era lo que quise preguntar. «¿Cómo puede sentirse bien así? ¿Cómo podría yo sentirme bien con eso?».

—Jess es feliz —dijo Sunil, como si me hubiera leído la mente—. Le llevó algún tiempo sentirse feliz consigo misma, pero… Quiero decir, tú la has conocido. Ella es feliz siendo quien es. Quizá no sea el sueño convencional de los heterosexuales con el que ella se crio, pero… saber quién eres y quererte a ti mismo es mucho mejor que eso, creo.

—Es… demasiada información —dije, en voz baja y un poco ronca.

Sunil volvió a asentir.

—Lo sé.

—Es mucho, mucho.

—Lo sé.

—¿Por qué las cosas tienen que ser tan complicadas?

—Ah, esas son las eternas y sabias palabras de Avril Lavigne.

Después de eso, ya no supe qué más decir. Me quedé ahí quieta procesándolo todo.

—Es curioso —comentó Sunil después de un momento. Bajó la vista como si recordara una antigua broma—. Muy poca gente sabe lo que asexualidad y arromanticismo significan. A veces pienso que estoy tan involucrado en la Sociedad del Orgullo que me olvido de que aún existe gente que simplemente… nunca ha oído hablar de esas palabras. O que no tienen idea de que es algo muy real.

—Lo... lo siento —dije instantáneamente. ¿Le habría ofendido?

—Oh, por Dios, no tienes nada de lo que disculparte. No es algo que aparezca en las películas. Y es difícil encontrarlo en programas

de televisión y, cuando pasa, se trata de una trama tan secundaria que la mayoría de la gente la ignora. Cuando los medios hablan de ello, es como una ida y vuelta al infierno. Incluso hay gente homosexual ahí fuera que odia el concepto mismo de «aro» o «ace» porque piensan que no es natural, sino fingido. Me refiero a que…, bueno, ya has oído a Lloyd. —Sunil me sonrió con tristeza—. Por eso me alegra que tú sientas curiosidad. Siempre es bueno sentir curiosidad.

Pues claro que sentía curiosidad.

Y también estaba aterrorizada.

Pero yo no era así. ¿Asexual? ¿Arromántica?

Yo aún quería tener sexo con alguien en algún momento. Cuando encontrara a la persona que me gustara. Solo porque nunca me había gustado nadie no significaba que nunca… ¿Verdad?

Y quería estar enamorada. Lo quería con todas mis fuerzas.

Y sin duda lo conseguiría algún día.

Así que esa no podía ser yo.

Yo no quería ser esa.

Joder. Ya no lo sabía.

Sacudí ligeramente la cabeza tratando de disipar el huracán de confusión que amenazaba con formarse en el interior de mi cerebro.

—Debería… volver a casa —tartamudeé, sintiendo de pronto que me estaba convirtiendo en una gran preocupación para Sunil. Probablemente él solo pretendía pasar una noche agradable, y ahí estaba yo, pidiéndole lecciones de sexualidad—. Quiero decir…, volver al colegio. Lo siento, gracias por explicarme… todo esto.

Sunil me miró fijamente durante un largo instante.

—De nada —respondió—. Me alegro de verdad de que te animaras a venir, Georgia.

—Sí —murmuré—. Gracias.

—La Sociedad del Orgullo está aquí para ti —aseguró—. ¿De acuerdo? Yo nunca tuve a nadie a quien acudir, hasta… hasta que conocí a Jess. De no haberla conocido… —Se le quebró la voz, y algo cruzó por sus facciones que no fui capaz de interpretar. Pero lo

reemplazó con su familiar sonrisa serena—. Solo quería que supieras que nos tienes aquí para lo que quieras.

—De acuerdo —contesté con voz ronca.

Y luego me marché.

Supongo que es justo decir que, mientras volví caminando a casa, un montón de cosas daban vueltas en mi cabeza.

Iba a hacer daño a Jason, o bien Jason y yo moriríamos juntos llevando los anillos de casados. Pip estaba resplandeciente y quizás ya no me necesitara más. ¿Por qué yo no podía sentir nada por nadie? ¿Era yo igual que Sunil y Jess? ¿Una de esas palabras súper largas de las que la mayoría de la gente nunca había oído hablar?

¿Por qué no podía enamorarme de nadie?

Pasé por delante de tiendas y cafeterías, del Departamento de Historia y del colegio Hatfield, me crucé con algunos estudiantes borrachos o gente del pueblo dando tumbos y, finalmente, por la catedral, iluminada suavemente en la oscuridad. Eso me hizo detenerme y pensar en cómo había hecho ese mismo recorrido con Jason apenas unas horas antes, en la charla y las risas, y en cómo yo casi había sido capaz de imaginar que era una persona totalmente diferente.

Cuando regresé a mi cuarto, los del piso de arriba estaban teniendo sexo otra vez. Unos rítmicos golpeteos se oían a través del techo. Lo detesté, pero entonces me sentí mal, porque tal vez fueran dos personas enamoradas.

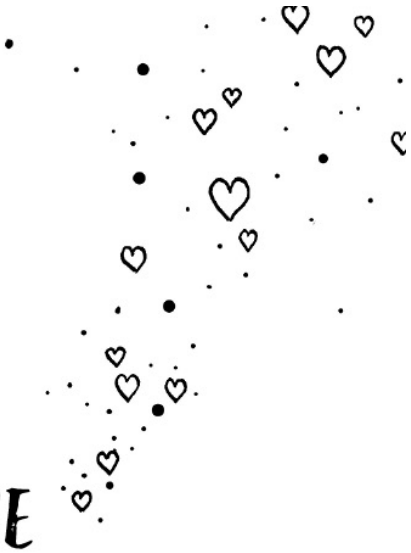
Al final, ese era el problema con el romance. Era muy fácil idealizar el romanticismo porque estaba por todas partes. Estaba en la música y en la televisión, o en las fotos filtradas de Instagram. Estaba en el aire, vivo y coleando, lleno de nuevas posibilidades. Estaba en las hojas caídas, en las desvencijadas puertas de madera, en el desgastado pavimento y en los campos de dientes de león. Estaba en el roce de manos, en las cartas garabateadas, en

las sábanas arrugadas y en la hora dorada. En un suave bostezo, en las risas matinales, en los zapatos alineados junto a la puerta. En las miradas a través de una pista de baile.

Podía verlo todo, todo el tiempo, a mi alrededor, pero, cuando me acercaba, descubría que no había nada allí.

Que era un espejismo.

Tercera parte



NO AMO A NADIE

—Georgia —dijo, o más bien chilló, una voz, cuando entré en el ensayo de la Sociedad Shakespeare unos días más tarde.

Era nuestro primer ensayo en una verdadera sala de ensayo. Estábamos en el interior de uno de los muchos vetustos y grandes edificios junto a la catedral de Durham que únicamente contenían aulas que estaban disponibles para alquilar como espacios de actividad de las sociedades. Imaginé que este edificio era como la mayoría de los colegios privados, todo forrado con paneles de madera e innecesariamente grande.

El chillido en cuestión era uno que había llegado a conocer muy bien.

Rooney apareció ante la puerta de una clase vestida con un mono de trabajo color burdeos, que puesto en ella se veía increíblemente a la moda, pero que si yo lo hubiera llevado me habría hecho parecer la empleada de un lavado de coches.

Me cogió por ambos brazos y empezó a arrastrarme hasta la habitación. El interior estaba prácticamente vacío, excepto por una mesa dispuesta al fondo, en la que estaban sentados Pip y Jason.

Jason parecía estar ocupado con alguna lectura de su curso mientras que Pip alzó la vista y obsequió a Rooney con poco más que una mirada de desdén.

—Me estoy muriendo, Georgia —dijo Rooney—. Literalmente. Voy a explotar.

—Por favor, cálmate.

—No, no puedo. Esta mañana me he levantado a las seis para planear el resto del espectáculo.

—Lo sé. Vivimos juntas.

Desde que le informé de que Sunil se había sumado al grupo, había estado un tanto superada con los preparativos de la obra, quedándose hasta tarde para planearla, programando los ensayos semanales para el resto del año y bombardeándonos a todos en un nuevo grupo de chat al que Pip había llamado «Un toque de una noche de verano». Rooney había discutido con ella sobre el nombre del grupo de chat durante varias horas.

—Para empezar, debemos tener el primer par de escenas listas antes del baile Bailey —continuó Rooney—. Eso nos mantendrá en el objetivo.

—Solo estamos a unas semanas.

—Exactamente.

El baile Bailey —el próximo baile que se celebraría en el St. John's a principios de diciembre— era totalmente irrelevante para nuestra sociedad, pero Rooney había decidido de todos modos fijarlo como fecha clave. Probablemente solo para asustarnos y que asistiéramos a los ensayos.

—¿Y qué pasa si Sunil después de todo decide no venir? —Bajó la voz hasta que fue solo un susurro—. ¿Y si piensa que esta es una idea de mierda? Está en tercer año. Él sabe cómo son las cosas.

—A decir verdad, no es la clase de persona que vaya a criticar una obra de estudiantes.

Fue entonces cuando Sunil entró en la habitación, vestido con unos chinos oscuros con una raya roja en los costados, un ajustado

polo y una chaqueta vaquera. De algún modo, parecía ser inmune a la brutal temperatura del norte en ese mes de noviembre.

Sonrió mientras se acercaba, y yo sentí una incómoda oleada de culpa porque tal vez había venido por hacerme un favor.

Pip y Jason se unieron a nosotros para saludarlo.

—Tú eres el único al que no conocía —dijo Sunil a Jason tendiéndole la mano.

Jason se la estrechó, con gesto un tanto intimidado. Probablemente estaba muy necesitado de la absoluta serenidad que emanaba constantemente de Sunil.

—Hola. Soy Jason.

—Hola, yo Sunil. Eres muy alto, Jason.

—Mmm… Supongo que sí.

—Felicidades.

—¿Eh, gracias?

Rooney dio unas fuertes palmadas.

—¡Está bien! ¡Vamos a empezar!

Jason y Sunil fueron enviados a la otra punta de la habitación para repasar una escena de *El sueño de una noche de verano* mientras Pip, Rooney y yo nos sentábamos en círculo en el suelo con nuestros ejemplares de *Mucho ruido y pocas nueces* colocados delante.

Mucho ruido es probablemente una de las mejores obras de Shakespeare porque la trama es exactamente como un relato fan-fic de enemigos que se acaban convirtiendo en amantes, con mucha confusión y malentendidos a lo largo del camino. El argumento resumido es el siguiente: Beatriz y Benedicto se odian mutuamente, pero a sus amigos la situación les parece hilarante, así que deciden engañarlos para que se enamoren, y el truco funciona mucho mejor de lo que habían esperado.

Increíble.

Yo había sido elegida por Pip y Rooney para interpretar uno de los papeles románticos, el de Benedicto. Pip hacía de Beatriz. Nos sentamos en un círculo para leer la escena, y confié en hacerlo

mejor esta vez. Quizá aquel día se debía a que me sentía incómoda con Jason. Ahora tenía que actuar con Pip en una escena mucho más divertida.

—«Me asombra que aún sigáis hablando, *signior* Benedicto. —dijo Pip poniendo los ojos en blanco—. Nadie repara en vos».

Traté de poner mi mejor voz de sarcasmo y respondí:

—«¡Cómo! Mi querida señora Desdén, ¿aún estáis viva?».

—El tono un poco menos indignado, creo —recomendó Rooney —. Como si Benedicto se estuviera burlando de ella. Él piensa que es divertido.

Me encantaban los romances de enemigos que acababan siendo amantes. Debía esforzarme para tratar de meterme en el papel, aunque hubiera preferido mil veces ver a alguien interpretarlo.

Dejé que Pip leyera su siguiente frase antes de intervenir de nuevo, esta vez tratando de sonar menos irritada.

—«Entonces la cortesía es una oportunista. Porque lo cierto es que todas las damas se prendan de mí, a excepción de vos —dije—. Y quisiera hallar en mi corazón que mi corazón no fuera tan duro; porque a mi vez no amo a nadie».

—Mmm —murmuró Rooney.

—Bueno —repliqué—. Esta es la primera vez que lo leemos todo seguido.

—Está bien. Quizá este papel no esté hecho para ti.

¿Este y Julieta? ¿Eran solamente los papeles románticos los que no podía hacer? Desde luego que no. Había interpretado muchos personajes románticos en el pasado en las obras del instituto y en el teatro juvenil y lo había hecho bien.

¿Por qué ahora me ponía tan nerviosa por los papeles románticos?

—¡Oye! —ladró Pip a Rooney—. ¡Deja de insultar a Georgia!

—¡Soy la directora! ¡Tengo que ser sincera!

—¡Uf, yo también soy directora y creo que estás siendo una bruja!

—Se avecina un drama —dijo Jason desde el otro lado de la habitación. Me volví para ver a Sunil arqueando las cejas hacia él, y luego ambos empezaron a reírse.

—Si piensas que Georgia es taaan mala… —la increpó Pip.

—Eso no es lo que ha dicho, pero no importa —intervine.

—Entonces demuéstranos que lo haces mejor, Rooney Bach. A ver si tú no tienes problemas tratando de darle un tono alegre a la escena.

—Oh, yo no tengo problemas con ponerme alegre, *Pip-tido* —contestó Rooney, pareciendo implicar algo totalmente distinto, algo que Pip advirtió y le hizo retroceder ligeramente por la sorpresa.

—Está bien, veámoslo —dijo Pip.

—De acuerdo —contestó Rooney.

—Vale.

Rooney arrojó de golpe su ejemplar de *Mucho ruido* contra el suelo.

—Vale.

Me fui a sentar con Sunil y Jason para que todos pudiéramos contemplar a Pip y a Rooney hacer de Beatriz y Benedicto teniendo su primera discusión en *Mucho ruido y pocas nueces*. Presentía que aquello podía ser o bien increíblemente hilarante o un completo desastre. Posiblemente ambas cosas.

Rooney se puso en pie todo lo larga que era y bajó la vista hacia Pip.

—«Y quisiera hallar en mi corazón que mi corazón no fuera tan duro porque, a mi vez, no amo a nadie».

Ella ni siquiera miraba su ejemplar de la obra. Se la sabía de memoria.

Pip se rio y miró hacia otro lado como si se dirigiera a un espectador.

—«¡Una dichosa suerte para las mujeres! Pues de lo contrario se habrían visto perturbadas por un molesto pretendiente. —Se volvió hacia Rooney y entornó los ojos—. Doy gracias a Dios y a mi sangre

fría, pues en eso soy del mismo parecer que vos: prefiero oír a mi perro ladrar a un cuervo que a un hombre jurar que me ama».

La boca de Rooney tembló en un gesto sorprendentemente similar a la forma en que lo hacía cuando no estaba actuando.

Dio un pequeño paso para acercarse a Pip y así enfatizar la ventaja de su altura.

—«¡Dios mantenga a vuestra señoría en esa disposición de ánimo! —Presionó con la mano el hombro de Pip y lo apretó—. Ya que así algún que otro caballero se verá libre de un seguro arañazo en la cara».

—«Arañarla no haría que estuviera peor —replicó de vuelta Pip ladeando la cabeza y mostrando una sonrisa ladina—, y menos en una cara como la vuestra».

¿Cómo es posible que ambas se supieran ya de memoria la escena?

Rooney se inclinó hacia delante aún más, juntando su cara a pocos centímetros de la de Pip.

—«Bien —recitó con tono bajo—, ya se ve que sois una consumada adiestraloros».

Pip aspiró con fuerza una bocanada de aire.

—«Más vale un pájaro con mi lengua que una bestia con la vuestra».

Y Rooney, la rendida admiradora, dejó que sus ojos cayeran hasta la boca de Pip.

—«Desearía que mi caballo tuviera la velocidad de vuestra lengua —murmuró— y mantuviese también el aliento».

El silencio que siguió fue estremecedor. Jason, Sunil y yo nos quedamos observándolas extasiados. La atmósfera de la habitación iba más allá de una corriente eléctrica, era puro fuego.

Esperamos a que el momento pasara, y fue Pip quien finalmente lo rompió. Se salió del trance con el rostro ruborizado.

—Y así es como se hace, chicos —dijo, con una reverencia. Todos aplaudimos.

Rooney miró hacia otro lado y empezó a ajustarse la cola de caballo, extrañamente callada.

—Entonces vosotras dos vais a interpretar a Benedicto y Beatriz, ¿no es eso? —dijo Jason.

Pip me lanzó una mirada.

—Bueno, si a Georgia no le importa…

—No, por supuesto que no —aseguré—. Ha sido genial.

Quizá demasiado genial, a juzgar por el sonrojo de las mejillas de Pip, que no pude dejar de advertir.

—¿Qué? —dijo Pip, mirando de nuevo a Rooney, que aún seguía ocupada en ponerse y quitarse la goma de la coleta—. ¿Acaso la escena ha sido demasiado sexi para ti?

—Nada es demasiado sexi para mí —replicó. Pero no se dio la vuelta. Se estaba ocultando.

Pip sonrió. Pude advertir que sentía que había ganado.

Pasamos el tiempo restante ayudando a Rooney y a Pip a plantear la escena, añadiendo algunos elementos antes de que lo recitaran todo seguido un par de veces más. Con cada nueva repetición parecían estar más aturdidas, a la vez que incrementaban los intensos contactos visuales y tocamientos en la escena.

Al final de las dos horas, Sunil, Jason y yo apilamos las sillas y luego nos quedamos esperando junto a la puerta, mientras Pip y Rooney continuaban en el centro de la habitación discutiendo sobre un par de frases al final de la escena. Jason se enfundó su chaqueta de borreguito.

—¿Y bien? —le dijo a Sunil—. ¿Estás arrepentido?

Sunil se rio.

—¡No! Ha sido divertido. Me alegra mucho haber podido presenciar… —Hizo un gesto vago hacia Pip y Rooney— lo que quiera que haya sido esto.

—Te pedimos disculpas por ellas —dije yo.

Él volvió a reírse.

—No, en serio, ha sido divertido. De hecho es un agradable cambio respecto al caos general y el drama de la Sociedad del Orgullo. Y al estrés del tercer año. —Se metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros—. No sé, pero creo... creo que necesitaba hacer algo así. La universidad está siendo muy estresante. Me refiero a que, cuando era un novato, yo estaba… en una situación muy mala, y luego me pasé todo el segundo año haciendo cosas para la Sociedad del Orgullo y…, bueno, obviamente eso ha continuado durante este año. La orquesta me hace pasar buenos momentos, pero también resulta condenadamente estresante. No creo que me haya tomado tiempo siquiera para… intentar hacer algo solo porque sea divertido. Ya sabes. —Alzó la vista como si le sorprendiera que aún estuviéramos allí escuchándolo—. Lo siento, a veces creo que hablo demasiado.

—No, para nada —repuse, pero sentí que debía añadir algo más —. Estamos encantados de tenerte aquí.

Jason le dio una palmadita en el hombro.

—Sí. Tienes que venir alguna vez a tomar una *pizza* con nosotros, para estrechar lazos entre el elenco.

Sunil le sonrió.

—Lo haré. Muchas gracias.

Nos despedimos de él, que tenía que marcharse a una tutoría, y Jason y yo nos apoyamos en lados opuestos de la puerta, esperando a Pip y a Rooney.

Jason empezó a pasar las páginas de su ejemplar de la obra.

—*Mucho ruido* es una buena obra. Aunque no entiendo el atractivo de las relaciones en las que los protagonistas están hechos el uno para el otro desde el principio.

—Todo se va acumulando hasta el punto en que inevitablemente acaban teniendo sexo salvaje —dije, pensando, sobre todo, en mis relatos fan-fic favoritos de enemigos que acaban siendo amantes—. Eso hace que el sexo eventual resulte más excitante.

—Y supongo que, de paso, se construye una buena historia. —Jason miró una de las páginas—. Es curioso cuántas cosas se

mueven alrededor del sexo. Yo ni siquiera creo que lo necesite en una relación.

—Espera un momento, ¿lo dices en serio?

—Bueno, es divertido, pero… no creo que sea algo fundamental, si la otra persona no tiene tanta necesidad de hacerlo. O nada en absoluto, supongo. —Levantó la vista del libro—. ¿Qué pasa? ¿Tan extraño te parece?

Me encogí de hombros.

—No, es una forma muy guay de pensar en ello.

—Si realmente quieres a alguien, no creo que… cosas como esas sean tan importantes. No sé. Creo que todo el mundo se siente un tanto condicionado a obsesionarse por ello, cuando la realidad es que…, ya sabes, solo es algo que la gente hace por diversión. Ahora ya ni siquiera es necesario para engendrar bebés. Y tampoco creo que uno se muera sin ello.

—¿Morir sin qué? —preguntó Pip, que de pronto se encontraba a solo unos metros de nosotros, poniéndose su cazadora.

Jason cerró el libro de golpe.

—*¿Pizza?*

—Oh, Dios mío, ¿podríamos conseguir una *pizza* ahora mismo? Creo que podría morir si no me tomo una *pizza* ahora mismo.

Se marcharon juntos de la habitación, charlando animadamente mientras me quedaba a esperar a Rooney, que se estaba atando los cordones de los zapatos.

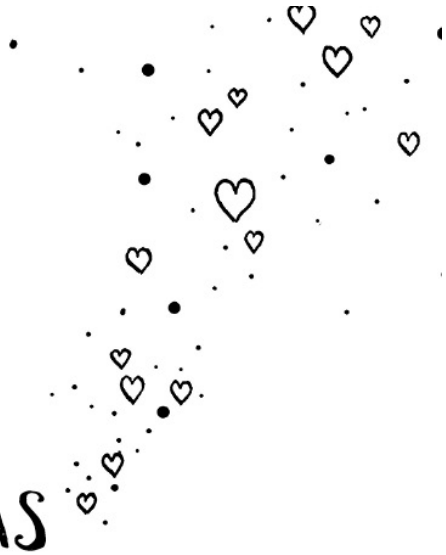
¿Existiría alguna clase de tercera opción en lo que se refería a mi relación con Jason? ¿Podríamos estar juntos y simplemente… no tener sexo?

Me quedé allí en la puerta tratando de imaginarlo. Sin sexo, pero con romanticismo. Una relación. Besar a Jason, darme la mano con Jason. Estar enamorada.

Había pasado una gran cantidad de tiempo pensando sobre cómo sentía el amor, pero no tanta sobre tener sexo, porque simplemente asumía que el sexo se convertiría, automáticamente, en una parte de ello. Pero no tenía por qué ser así. Sunil me había

explicado que algunas personas no querían tener sexo y, sin embargo, eran perfectamente felices en sus relaciones.

Quizá Jason me gustaba desde un punto de vista romántico y simplemente no quería tener sexo con él.



FANTASÍAS PLACENTERAS

Evidentemente, me pasé el resto del día pensando en el sexo. Pero no de una forma divertida, sino de una forma confusa.

Hasta la fiesta de posgraduación, no había dedicado demasiado tiempo a averiguar cómo me sentía sobre el sexo. Ese había sido el punto de inflexión a partir del cual empecé a cuestionarme si yo no sería un bicho raro por no haber hecho todas las cosas que la gente proclamaba haber hecho, incluido tener sexo.

Todos sabemos que el concepto de «virginidad» es una absoluta estupidez inventada por misóginos, pero eso no impidió que sintiera como si me estuviera perdiendo algo realmente genial. Pero ¿qué es lo que me estaba perdiendo? Sunil me había comentado que el sexo le era indiferente. Yo nunca había oído a nadie hablar de sexo de ese modo. Como si se tratara de una comida para llevar que pensabas que no estaba mal, pero que nunca escogerías personalmente.

Todo lo que había sentido sobre sexo hasta el momento era vergüenza por no haberlo experimentado.

Esa noche, en la cama, decidí que necesitaba hablar con alguien que conociera bien el tema: Rooney.

Me di la vuelta para quedarme justo frente a ella. Estaba tecleando algo en su MacBook, con la mayoría de su cuerpo sumergido bajo el edredón.

—¿Rooney? —empecé.

—¿Mmm?

—He estado pensando sobre…, ya sabes…, mi asunto con Jason.

Eso inmediatamente atrajo su atención. Se incorporó ligeramente, cerrando su MacBook, y dijo:

—¿Ah, sí? ¿Os habéis besado ya?

—Mmm, bueno, todavía no, pero…

—¿En serio? —Alzó las cejas pensando claramente que aquello era muy raro—. ¿Cómo es posible?

No supe qué decirle.

—No te estreses por ello —añadió inmediatamente, haciendo un gesto con la mano—. Ya sucederá. Cuando sea el momento adecuado, sucederá.

Eso me enfureció. ¿Acaso besarse era algo tan indefinido?

—Supongo —contesté, sintiendo que debía ser sincera—. Yo ni siquiera sé si…, ya sabes, si me siento atraída por los hombres en general o… no sé.

Rooney parpadeó.

—¿En serio?

—Sí.

—Está bien —dijo Rooney. E hizo un gesto de asentimiento, pero pude advertir en su cara que aquello constituía toda una sorpresa para ella—. Vale.

—Aún no estoy segura. He estado pensando mucho en…, bueno, en lo que siento sobre… el tema físico.

Hubo una pausa y entonces ella dijo:

—¿Sobre sexo?

Debería haber sabido que iría directa al grano.

—Bueno, sí.

—Vale. —Volvió a asentir—. Sí. Eso está bien. La atracción sexual solo consiste en averiguar con quién te gustaría tener sexo. —Hizo una pausa para considerarlo y, entonces, se giró para mirarme directamente—. De acuerdo. Vamos a intentar averiguarlo.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que vamos a intentar llegar hasta el fondo de tus sentimientos y a averiguar si te sientes atraída por Jason o no.

No tenía ni la más mínima idea de a dónde nos iba a llevar esta conversación, pero tuve miedo.

—Pregunta número uno: ¿te masturbas?

Había tenido razón en sentir miedo.

—Oh, Dios.

Ella alzó las manos.

—No tienes por qué contestar, pero creo que esta podría ser una buena forma de averiguar si realmente te gusta Jason.

—Me siento tan incómoda.

—Solo soy yo. Te he oído pedorrear en la cama.

—No, no lo has hecho.

—Claro que sí. Un pedo enorme.

—Oh, Dios.

Sabía que podía poner fin a esta conversación si realmente lo deseaba. Resultaba un tanto grosero por parte de Rooney hacer unas preguntas tan personales cuando, en realidad, solo nos conocíamos desde hacía un mes y medio. Pero yo quería hablar de esas cosas con alguien. Y estaba convencida de que hacerlo podía ayudarme a sacar algunas conclusiones.

—Y bien —insistió Rooney—. ¿Masturbación?

Yo no era de esas personas que piensa que la masturbación es cosas de chicos. Había buceado en Internet lo suficiente para saber que abarcaba todos los géneros.

—¿Acaso… acaso no se masturba todo el mundo? —murmuré.

—Mmm, no, no lo creo. —Rooney se dio unos golpecitos en la barbilla—. Tuve una amiga allá en mi pueblo que aseguraba que no

le gustaba hacerlo.

—Oh. Eso es muy respetable.

—Entonces, ¿debo asumir que la practicas?

Sí, lo hacía. No pensaba mentir sobre ello. Sabía que no era algo de lo que hubiera que avergonzarse, obviamente, pero aun así me resultaba muy embarazoso hablar de ello.

—Sí —contesté.

—Está bien. Sigamos. ¿En qué piensas cuando te masturbas?

—¡Rooney, maldita sea!

—¡Vamos! Estamos haciendo un estudio científico para determinar dónde reside tu atracción. Oh, Dios, ¡deberíamos llamar a Pip para que nos ayudara! ¡Es ella la que estudia Ciencias!

Precisamente, lo que yo no quería era involucrar a Pip en esta incómoda conversación.

—No, no deberíamos.

—¿Piensas en hombres? ¿Mujeres? ¿Ambos? ¿En nadie? ¿En otra cosa?

La respuesta más sincera era: en nadie.

Literalmente en nada.

Pero sabía que eso solo serviría para confundirlo todo aún más. Y la razón era la siguiente.

Normalmente la situación en la que solía masturbarme era cuando me encontraba de humor para leer algún fan-fic obsceno. Me parecía una forma segura y divertida de excitarme y pasar un buen rato. De modo que, simplemente, pensaba en los personajes de la ficción que estaba leyendo. Daba igual cuál fuera la combinación de géneros que desarrollara la trama, en eso no era puntillosa, mientras estuviera bien escrita.

Para mí no se trataba de cuerpos o genitales, sino de química. Pero eso, pensaba, no era nada inusual.

La gente en realidad no solo miraba las tetas o los abdominales para excitarse. ¿No es cierto?

—Georgia —dijo Rooney—. Vamos. Yo te diré mi fantasía y tú luego me dices la tuya.

—De acuerdo —acepté—. El… género no me importa demasiado.

—¡Oh, Dios mío! ¡Igual que yo! —Rooney hizo un gesto entre nosotras—. ¡Somos hermanas de fantasías sexuales!

—No vuelvas a decir eso.

—No, pero está bien saber que no estoy sola en esto. —Tiró de su edredón para subírselo un poco más alrededor del cuerpo—. Ya sé que solo salgo con chicos, pero…, ya sabes, es divertido pensar en otras posibilidades.

Entonces quizá yo fuera bisexual o pansexual. Tal vez ambas lo éramos. Si el género no nos importaba, eso tendría sentido, ¿no?

—Aún quedan algunos escenarios específicos que tengo que descubrir —continuó ella—. Como, por ejemplo, por qué no soy capaz de imaginarme sin hacer algo con alguien. Aún tengo… preferencias. Pero no limitadas al género.

Algo de lo que dijo me chocó.

—Espera un momento —repliqué—. Lo que quería decir es que no me imagino a mí misma con ningún género.

Ella hizo una pausa.

—Oh, ¿a qué te refieres?

Por fin conseguí encontrar las palabras para expresar lo que quería.

—A que no pienso en mí misma teniendo sexo —declaré.

Rooney frunció el ceño, luego resopló y, después, cuando comprendió que no estaba bromeando, volvió a fruncir el ceño.

—¿Y entonces en qué piensas? ¿En otra gente?

—… Sí.

—En plan… ¿gente que conoces?

—Uf, no. Dios mío. Es, más bien…, gente inventada en mi mente.

—Mmm. —Rooney dejó escapar una honda respiración—. Así que… ¿no piensas en tener sexo con Jason?

—¡No! —exclamé. La sola idea de tener sexo con Jason me espantaba—. La gente no… La gente no suele hacer eso, ¿verdad?

—¿El qué?, ¿fantasear con alguien por quien se siente atraído?

Tan pronto como lo dijo, comprendí lo evidente que era. Por supuesto que la gente lo hacía. Lo había visto docenas de veces en las películas, las series de televisión o en mis fan-fics.

—Esto va a ser más difícil de lo que pensé —declaró Rooney.

—Oh.

—Está bien, seguimos. Pregunta número dos: ¿quién fue el famoso que te hizo correrte por última vez?

Parpadeé.

—Definitivamente la gente no hace eso.

—¿Hacer qué?

—Correrse con fotos de famosos.

—Uf, sí, lo hacen. Yo tengo una carpeta de fotos de Henry Cavill sin camisa en mi ordenador.

Me reí.

Rooney no lo hizo

—¿Qué pasa? —preguntó.

Había creído sinceramente que estaba bromeando.

—Pensé que eso era solo algo de las películas. ¿De verdad que… miras los abdominales y eso hace que te excites?

—Pues… sí. —Rooney parecía un poco descolocada—. Por qué, ¿no es eso normal?

Yo ya no sabía lo que era normal. Tal vez nada era normal.

—Es que no le veo el atractivo por ningún lado. Como que… los abdominales solo son estómagos con bultos.

Eso hizo que Rooney soltara una estruendosa carcajada.

—Está bien. Vale. Pregunta número tres…

—¿Va a haber muchas más?

—Sueños sexuales. ¿Qué sucedió en tu último sueño sexual?

La miré fijamente.

—¿En serio?

—¡Sí!

Me dispuse a decir que no había tenido nunca un sueño sexual, pero eso no era estrictamente cierto. Hace un par de años tuve un sueño en el que para poder aprobar los exámenes debía tener

relaciones sexuales con un chico de mi clase. Él me estaba esperando en la cama, desnudo, y yo no dejaba de entrar y salir de mi dormitorio, totalmente vestida, incapaz de reunir el valor para hacerlo. No fue una pesadilla, pero me produjo esa misma sensación de angustia de cuando estás corriendo para escapar de un demonio, pero tus piernas se mueven como si estuvieran atrapadas en el barro, y el demonio está punto de atraparte, pero no puedes correr en condiciones, y estás a punto de morir.

Pensándolo mejor, no estaba segura de que eso pudiera contar como un sueño sexual.

—No tengo sueños sexuales —dije.

Rooney se me quedó mirando perpleja.

—¿Cómo…? ¿Nunca?

—¿Acaso todo el mundo tiene sueños sexuales?

—Bueno… No lo sé. —Rooney parecía estar casi tan confusa como yo—. Había creído que era algo común, pero… supongo que no es así.

Casi me había arrepentido de haber sacado el tema. Para alguien que tenía frecuentes encuentros sexuales, Rooney no parecía entender la mecánica mucho mejor que yo. Tomando una súbita decisión, agarré mi móvil de nuevo.

—Voy a mandar un mensaje a Pip.

—Sí. Dile que se una a la conversación. Quiero saber lo que piensa.

Le puse una mirada burlona.

—Estás muy interesada en lo que Pip pueda pensar sobre el sexo, ¿no?

Rooney balbuceó.

—Uf, no, bueno, no. Es solo que… Solo quiero oír una tercera opinión, y ella parece la persona más adecuada para compartirla.

Georgia Warr
Disculpa por este tardío mensaje, pero tengo una pregunta, querida amiga

Felipa Quintana

Espero que no sea sobre el nombre de nuestro grupo de chat porque pienso defender «Un toque de una noche de verano» hasta que muera

Georgia Warr
Me gusta el toque, no se trata de eso
Verás
Rooney y yo estamos teniendo una conversación sobre sexo

Felipa Quintana
Oooh
Está bien
Me apunto

Georgia Warr
Mi pregunta es…
¿Tienes sueños sexuales?

Felipa Quintana
Ja, ja, Guau

Georgia Warr
No tienes que contestar si te parece muy personal, ja, ja
Pero te he visto mear muchas veces
A estas alturas, nos conocemos muy bien
Para que conste, Rooney está aquí y quiere conocer tus respuestas

Felipa Quintana
Guau, hola, Rooney
Sí, tengo sueños sexuales
Tampoco un montón
Ocasionalmente
Pero ¿eso es muy normal, no?

—Dice que a veces tiene sueños sexuales —informé a Rooney.

—Pregúntale sobre la masturbación —susurró Rooney desde el otro lado de la habitación.

—¡Rooney!

—¡Es curiosidad científica!

Georgia Warr

Eso es básicamente lo que estamos intentando determinar
Otra pregunta: cuando te masturbas, ¿te ves a ti misma teniendo sexo? Y, si es así…, ¿con qué género?
Rooney dice que a ella el género no le importa

Felipa Quintana
Jesús, Georgia, qué conversaciones, Dios
Espera, ¿Rooney piensa en estar con chicas?

Georgia Warr
Sí

Felipa Quintana
Está bien… Vale, muy interesante
Bueno, en primer lugar, claro que pienso en mí misma, ¿en qué otra cosa podría pensar si no? A no ser que literalmente te estés masturbando en plan porno… Pero incluso así creo que también se trata de ti y de tus fantasías
Y obviamente solo pienso en chicas, ja, ja… La idea de estar con un chico me horroriza
Me refiero a que soy muy lesbiana. Eso está claro
Aunque es interesante

—Dice que claro que piensa en sí misma teniendo sexo —le transmití a Rooney.

Esta asintió, aunque había empezado a arreglarse el pelo para que no pudiera leer su expresión.

—Sí. Creo que eso es lo que suele hacer la mayoría de la gente.

Georgia Warr
Esto no se lo contaré a Rooney, es solo entre tú y yo
¿Fantaseas con otras personas? ¿En plan, personas reales? Como que te enamoras o conoces a alguien realmente sexi ¿y tienes fantasías manteniendo sexo con ellas?

Felipa Quintana
Georgia, ¿cómo es que quieres saber todo esto?
¿Te encuentras bien?
¿Acaso Jason y tú estáis teniendo sexo?
Oh, Dios, no sé si quiero saberlo

Georgia Warr

Cálmate, no estoy teniendo sexo
Solo intento entender algunas cosas

Felipa Quintana
Vale
Sí, supongo que a veces lo hago
No con cada una de las personas sexis que conozco, pero si realmente me gusta alguien…
Me refiero a que a veces supongo que no puedes evitarlo, ja, ja

—¿Qué le estás diciendo ahora? —preguntó Rooney.

Yo estaba mirando la pantalla de mi móvil.

Y entonces lo arrojé al otro lado de la cama.

—Esto tiene que ser una jodida broma —espeté.

Rooney hizo una pausa.

—¿El qué?

Me senté derecha, apartando las mantas de mi cuerpo.

—Todo el mundo tiene que estar de coña.

—A qué te…

—¿La gente ahí fuera… está pensando todo el tiempo en tener sexo y ni siquiera pueden evitarlo? —estallé—. ¿La gente sueña con ello porque lo necesitan tanto? Cómo es que… No lo entiendo. Pensé que todas las películas exageraban, pero la realidad es que estáis todos ahí fuera muy salidos y deseando poneros en evidencia. Tiene que ser una broma pesada.

Hubo un largo silencio. Rooney se aclaró la garganta.

—Supongo que, después de todo, no somos hermanas de fantasías sexuales.

—Rooney.

Nunca hubiera imaginado que la conversación pudiera llegar a un lugar que ninguna de las dos esperáramos.

Yo nunca había fantaseado conmigo misma teniendo sexo. Y en eso era diferente a la mayoría de la gente. Yo era diferente. ¿Cómo es que nunca me había dado cuenta?

Todo lo que fuera evocar personajes de fan-fic teniendo sexo me parecía genial. Estupendo. Sexi. Pero imaginarme a mí misma teniendo sexo con alguien, chico, chica, o quien quiera que fuese, no me interesaba.

No, era mucho más que eso. Era una jodida y repentina repulsión.

¿Sería eso de lo que Sunil me había hablado? ¿Era así como él se sentía?

—No sé realmente qué decir o cómo ayudar —dijo Rooney. Y, luego, con más sinceridad de la que estaba acostumbrada a recibir de ella, concluyó, añadiendo—: No hagas nada con lo que no te sientas cómoda, ¿de acuerdo?

—… Está bien.

—Me refiero con Jason. —De pronto, se había puesto muy seria, y advertí lo raro que se me hacía ver esa expresión en su rostro—. Tú no hagas nada con lo que no te sientas cómoda. Por favor.

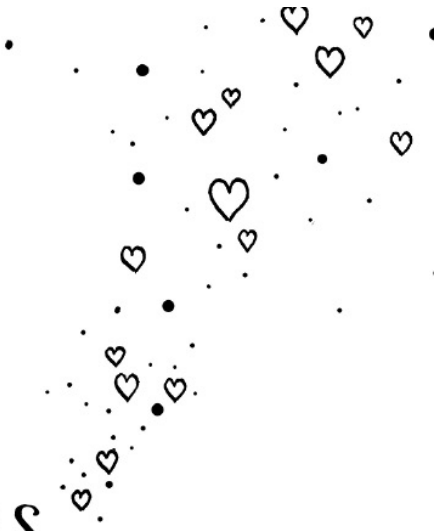
—Sí. Claro.

Felipa Quintana
Oye, ¿seguro que estás bien? Ha sido una conversación extraña

Georgia Warr
Estoy bien
Lo siento
Ha sido rara, tienes razón

Felipa Quintana
¡A mí no me importa! Me gusta lo raro
Espero haber ayudado

Georgia Warr
Lo has hecho



CUENTA ATRÁS DEL TEMPORIZADOR MUSICAL

—Bueno…, supongo que esta es una auténtica cita —le dije a Jason por encima de nuestras tortitas.

Nuestra tercera cita era en una cafetería especializada en tortitas. Estaba situada en una colina aproximadamente a diez minutos andando del centro de Durham y era tan pequeña que me provocaba claustrofobia. Probablemente, por eso estaba tan incómoda, razoné.

Mi declaración pareció aturdirle durante un momento, pero finalmente mostró una sonrisa.

—Sí, supongo.

Se veía claramente que hoy había hecho un esfuerzo, al igual que yo. Su pelo estaba más cepillado y llevaba una elegante sudadera Adidas, con sus habituales vaqueros negros.

—¿No cuentan las otras dos veces? —pregunté.

—Mmm… No lo sé. ¿Quizá la segunda?

—Sí. Pero que nos echaran del cine y que luego me entrara migraña no suena como una buena primera cita.

—Una que contar a los nietos, supongo. —Tan pronto como lo dijo, se le vio muy apurado, dudando de si sería un chiste apropiado. Me reí para sacarle de su incomodidad.

Nos tomamos nuestras tortitas mientras charlábamos. Hablamos de la obra de teatro, de nuestros cursos, del próximo baile Bailey, al que había convencido a Pip y a Jason para que se sacaran entrada. Hablamos de política, de decorar nuestros dormitorios y de un nuevo juego de Pokémon que iba a salir próximamente al mercado. ¡Dios, qué fácil era hablar con Jason!

Eso fue todo cuanto necesité para olvidar mis dudas. Para dejar de pensar en aquella conversación con Rooney y Pip, y para olvidar lo que Sunil me había contado.

Jason y yo nos reímos haciendo pequeñas bromas. Y pensé que, tal vez, solo tal vez, lo nuestro podría funcionar si le daba otra oportunidad.

—¿Sabes lo que ha dicho Rooney? —comenté una vez que estuvimos de vuelta en su colegio. Estábamos sentados en la cocina de su pasillo, y Jason me acababa de preparar un chocolate caliente.

Él revolvió el azúcar de su té.

—¿El qué?

En el camino de vuelta hasta aquí había tomado la decisión de intentarlo una vez más. A pesar de lo que Rooney me había dicho al acabar nuestra charla, necesitaba afrontar esta situación de forma realista: iba a hacer un esfuerzo para obligarme a que me gustara Jason. Eso podría hacerlo, ¿no? Podía hacerlo.

—Me dijo que le parecía raro que no nos hubiéramos besado todavía.

Vale, no había sido exactamente eso lo que dijo antes de nuestra reveladora conversación de sexo, pero era lo que implicaba.

Jason dejó de remover su té. Durante un instante, su rostro permaneció ilegible.

Luego continuó revolviendo.

—¿Dijo eso? —replicó, torciendo ligeramente la boca.

—Creo que ella ha tenido muchas más relaciones que nosotros —comenté con una risita torpe.

—¿Ah, sí? —respondió Jason de nuevo ilegible.

—Sí.

Mierda. ¿Era yo la que lo estaba haciendo todo tan raro? Sí, lo estaba enrareciendo.

—Bueno… —Jason golpeó con la cucharilla un lado de su taza —. Eso… Quiero decir que todo el mundo hace estas cosas a su ritmo. No tenemos por qué apresurarnos.

Asentí.

—Sí. Por supuesto.

Vale. De acuerdo. No teníamos por qué besarnos hoy. Ya lo intentaría otro día.

El alivio me invadió.

Un momento, no.

No podía rendirme tan fácilmente, ¿verdad?

Joder.

¿Por qué era todo tan jodidamente difícil?

Rooney había dicho que simplemente sucedería. Pero si yo no hacía algo, nada sucedería. Si no lo intentaba, seguiríamos así para siempre.

Jason terminó de hacerse su té. Habíamos decidido relajarnos en su habitación con una película. Era domingo por la noche y parecía un plan de lo más apropiado.

Pero justo cuando me disponía a abrir la puerta batiente de la cocina, alguien al otro lado la empujó hacia mí con tanta fuerza que tropecé con mis propios pies y caí hacia atrás echándome encima de Jason y de su taza de té hirviendo.

No llegamos a caer al suelo, pero el té se derramó por todas partes.

La persona que había intentado abrir desde el otro lado se apartó inmediatamente y se disculpó: «Lo siento, regresaré más tarde». Yo solo estaba ligeramente salpicada y, además, aún llevaba el abrigo puesto. Me volví hacia Jason, que se había sentado en una silla cercana para comprobar los daños.

Su jersey estaba empapado. Pero eso no parecía preocuparlo; estaba contemplando, alarmado, su mano izquierda, que estaba chorreando de humeante e hirviente té.

—Oh, joder —dije.

—Sí —asintió, mirándose la mano.

—¿Te duele?

—… Un poco.

—Agua fría —dije inmediatamente, y agarré su muñeca tirando de él hasta el fregadero, abrí el grifo de agua fría y puse la mano debajo del agua.

Jason se limitó a mirar, aturdido. Esperamos a que el agua fría hiciera su trabajo.

Después de un momento, declaró:

—Estaba deseando tomarme ese té.

Dejé escapar un suspiro de alivio. Si era capaz de bromear, tal vez no se encontrara tan mal.

—¿Se puede quitar la mancha de té? —Bajó la vista a la tela manchada y simplemente soltó una risa—. Tendré que buscarlo.

—Lo siento mucho —dije, comprendiendo que aquello probablemente era culpa mía.

Jason me dio un codazo.

Estábamos muy juntos delante del fregadero.

—No ha sido culpa tuya. Ese chico que ha intentado entrar está en el mismo pasillo que yo. Te aseguro que nunca mira por dónde va. Ya me he chocado con él unas cinco veces.

—¿Cómo vas? ¿No quieres que nos pasemos por Urgencias?

—Voy bien. Aunque probablemente debería quedarme así durante un par de minutos más.

Volvimos a guardar silencio, oyendo el ruido del agua correr.

Entonces Jason dijo:

—Eh, no tienes que sostener mi mano si no quieres.

Aún lo tenía cogido por la muñeca, manteniendo su mano debajo del grifo. Rápidamente la solté, pero entonces comprendí que quizá se trataba de algún tipo de flirteo y que lo que en realidad quería era que siguiera cogiéndole la mano… O puede que no y que no significara nada, ya no estaba segura. Y era demasiado tarde.

Volví la cabeza y lo encontré mirándome. Apartó enseguida la vista, pero casi con igual rapidez volvió a posarla en mí, de modo que nos sostuvimos la mirada.

Fue como si una sirena empezara a sonar a mi alrededor.

Como una alarma antirrobo que te despierta tan abruptamente que no puedes dejar de temblar durante media hora.

Viéndolo en retrospectiva, resultaba casi hilarante.

Siempre que alguien intentaba besarme, mi mente reaccionaba automáticamente con un acto de lucha o huida.

Sus ojos se centraron en mis labios y luego volvieron a subir. Él no era como Tommy. Él estaba intentando averiguar con todas sus fuerzas si lo nuestro era algo que yo quería. Estaba buscando *señales*. ¿Le habría estado enviando señales? Tal vez le hubiera resultado más fácil preguntarlo, pero ¿cómo podría alguien expresar eso de modo que no resultara una cursilada? Para ser sincera, me alegré de que no lo hubiera preguntado, porque ¿qué habría podido contestar?

No. Habría dicho que no, porque era incapaz de mentirle a nadie excepto a mí misma.

Cuando se acercó a mí, apenas medio centímetro, me imaginé un temporizador musical iniciando la cuenta atrás.

Quería intentarlo.

Quería desear besarlo.

Aunque en realidad no quería besarlo.

Pero tal vez debía hacerlo de todos modos.

Aunque no quería.

Pero tal vez no lo sabría hasta que lo intentara.

Aunque yo sabía que ya lo sabía.

Sabía lo que sentía.

Y Jason también lo supo.

Retrocedió ligeramente, claramente avergonzado.

—Uf… Lo siento. Momento equivocado.

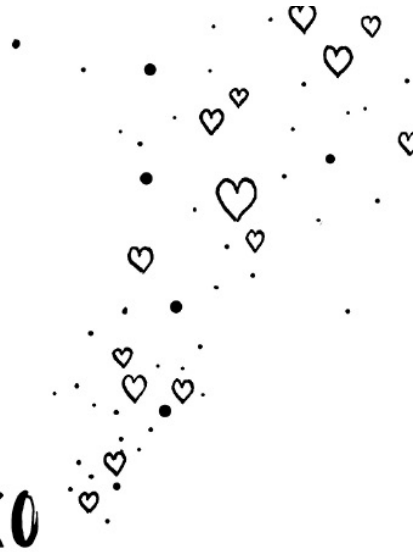
—No —me descubrí diciendo—. Continúa.

Quería que simplemente lo hiciera. Quería quitarme la escayola, para poner el hueso en su lugar. Para recomponerme.

Aunque sabía de sobra que no había nada que recomponer.

Yo siempre iba ser así.

Él me miró a los ojos para asegurarse. Entonces se inclinó y presionó sus labios contra los míos.



LAVADO DE CEREBRO

Mi primer beso fue con Jason Farley-Shaw en noviembre de mi primer año de universidad, de pie delante del fregadero de la cocina, del pasillo de su colegio mayor.

Por más romántico que aquello pudiera parecer, nunca había pensado demasiado en cómo sería mi primer beso. Echando la vista atrás, ese probablemente debería haber sido un indicador de que en realidad yo no quería besar a nadie. Sin embargo, años de películas, música, televisión, de presión ambiental y mi propio deseo de vivir una gran historia de amor me habían lavado el cerebro hasta hacerme creer que ese momento sería algo increíble, si me atrevía a darle una oportunidad.

Pero no fue increíble.

De hecho, lo detesté. Creo que me habría sentido menos incómoda si alguien me hubiese desafiado a cantar en un transporte público.

Y no fue por culpa de Jason el que no fuera increíble. Yo no tenía otra experiencia con la que compararlo, obviamente, pero, desde un punto de vista objetivo, él era bueno besando. No lo hizo muy

profundamente ni tampoco me presionó. No hubo ningún roce de dientes o, ¡Dios nos libre!, de lengua.

Sabía qué clase de sensaciones debía despertar un beso. Había leído cientos, posiblemente miles, de fan-fics sobre ese tema. Besar a alguien que te gustara supuestamente hacía que tu cabeza empezara a dar vueltas, que tu estómago se retorciera y tu corazón se acelerara, y tú, teóricamente, debías disfrutarlo.

Pero no sentí nada de eso. Solo un hondo y vacío pavor en la boca del estómago. Detesté lo cerca que estaba de mí. Detesté la forma en que sentí sus labios contra los míos. Detesté el hecho de que él quisiera hacerlo.

Solo duró unos pocos segundos.

Pero fueron unos segundos muy incómodos para mí.

Y por la mirada de su rostro, también para él.

—Parece como si te hubiera desagradado —me descubrí diciendo. No sabía qué otra cosa decir salvo la verdad.

—Lo mismo te digo —replicó Jason.

—Oh.

Apartó la vista con expresión dolorida. Abrió la boca, pero luego volvió a cerrarla.

—Bueno, creo que lo he fastidiado —dije.

Él negó inmediatamente con la cabeza.

—No, es culpa mía. Lo siento. Mierda. No era el momento adecuado.

Quise reírme. Deseé poder explicar hasta qué punto aquello era culpa mía.

Quizá debería intentarlo.

Pero Jason terminó adelantándose.

—No creo que yo te guste —observó.

Cuando me miró, era como si me estuviera suplicando, como si me rogara que le dijera lo contrario.

—Yo… No sabía bien lo que sentía —expliqué—. Pensé que si…, que si lo intentaba podría hacer que sucediera; solo quería

comprobar si sería capaz de enamorarme, y tú eras la persona de la que creí que podría enamorarme si… si lo intentaba.

Cuando lo dije, comprendí con total claridad el peso de lo que había hecho.

—O sea que me… has utilizado como un experimento —dijo Jason, mirando hacia otro lado—. Sabiendo muy bien que tú sí me gustabas.

—No quería hacerte daño.

—Bien, pues lo has hecho —se rio—. ¿Cómo creías que podrías hacerlo sin herirme?

—Lo siento —fue todo lo que pude decir.

—Joder. —Entonces, soltó una espantosa y triste carcajada—. ¿Por qué me has hecho esto?

—No digas nada —pedí con voz ronca.

Jason cerró el grifo y estudió su mano, comparándola con la otra. Parecía varios tonos más roja de lo que debería.

—Creo que ya está bien.

—¿Estás seguro?

—Sí. Quizá vaya a buscar alguna venda para envolverla, solo para estar seguro.

—Oh, claro, sí, por supuesto. —Me quedé ahí un tanto incómoda —. ¿Quieres que te acompañe?

—No.

Joder. Aquello iba cada vez peor.

—De verdad que lo siento —dije, sin saber bien si me estaba disculpando por la quemadura o por el beso. Probablemente por ambas cosas.

Jason estaba sacudiendo la cabeza. Casi parecía haberse enfadado consigo mismo, pero nada de lo que había sucedido esa tarde había sido culpa suya.

—Yo… tengo que irme.

Se dirigió hacia la puerta.

—Jason —dije, pero no se detuvo.

—Voy a necesitar que me dejes tranquilo por un tiempo, ¿vale, Georgia?

Y entonces desapareció.

Jason no merecía nada de esto.

Jason era…

Jason sentía cosas muy reales por mí.

Merecía a alguien que fuera capaz de corresponderle.



FUTURO DE FANTASÍA

No era solo que hubiese hecho daño a Jason. Ni siquiera el tener que aceptar que yo tenía un tipo de orientación sexual de la que apenas nadie había oído hablar y que iba a tener que encontrar el modo de explicárselo a mi familia y a todos los demás. Era el hecho de saber, con absoluta certeza, que nunca, en mi vida, iba a enamorarme de alguien.

Había pasado toda mi vida creyendo que el amor romántico me estaba esperando. Que algún día lo encontraría y entonces sería total y definitivamente feliz.

Pero ahora debía aceptar que eso nunca sucedería. Nada de ello. Ni romance. Ni matrimonio. Ni sexo.

Había tantas cosas que no haría nunca, que nunca querría hacer o con las que nunca me sentiría cómoda. Tantas pequeñas cosas que había dado por seguras, como mudarme a algún apartamento con mi pareja, o mi primer baile el día de mi boda, o tener un bebé con alguien. Contar con alguien a mi lado que pudiera cuidarme cuando estuviera enferma, o con quien ver la tele por las tardes, o ir en un viaje de pareja a Disneyland.

Y lo peor de todo, a pesar de que lo había deseado durante mucho tiempo, era saber que eso nunca me haría feliz. La idea era muy hermosa. Pero la realidad me ponía enferma.

¿Cómo podía entristecerme tanto renunciar a ese tipo de cosas que sabía de hecho que no quería?

Me sentí patética por entristecerme por ellas. Me sentí culpable, sabiendo que ahí fuera había gente como yo que eran felices siendo así.

Me sentí como si estuviera de duelo. De duelo por esa vida falsa, por ese futuro de fantasía que ya nunca iba a vivir.

No tenía ni idea de cómo sería mi vida a partir de ahora. Y eso me asustaba. Dios, cómo me asustaba.



UN MUNDO ESPEJO

No se lo conté a Pip.

No quería decepcionarla a ella también.

El día después de mi cita con Jason, empecé a preguntarme si él no se lo contaría a Pip y, entonces, ella me odiaría. Pero, esa misma tarde, recibí un mensaje suyo con un enlace para un vídeo muy divertido de TikTok, lo que sin duda significaba que Jason no se lo había dicho.

Un día después, Pip me mandó otro mensaje preguntándome si quería reunirme con ella para una sesión de estudio en la enorme biblioteca de la universidad, porque odiaba hacer los trabajos de la universidad sola en su habitación, y acepté. Jason, según me explicó, tenía entrenamiento de remo y no podía venir. No hablamos demasiado mientras estuvimos allí. Yo tenía que realizar un trabajo sobre las novelas de caballerías, y ella, otro sobre química que parecía diez veces más difícil que mi ensayo sobre «El destino en el *Perceval* de Chrétien de Troyes». Me alegré de que no habláramos mucho, porque, si me hubiera preguntado por Jason, habría tenido que mentirle.

Eran casi las nueve de la noche cuando las dos terminamos y decidimos comprarnos una ración de *fish & chips* y luego dirigirnos a mi habitación para seguir la serie de *Killing Eve*.

Probablemente debía haber sido una noche como otra cualquiera. Probablemente me habría animado un poco, después de todo lo sucedido.

De no ser porque, cuando entramos en mi habitación, nos encontramos a Rooney llorando.

Se había acurrucado bajo las sábanas, intentando claramente ocultar el hecho de que estaba triste, pero fracasando estrepitosamente por lo escandaloso de sus sorbetones. Mi primer pensamiento fue que Rooney nunca estaba en nuestra habitación a esa hora de la noche. Y el segundo fue: «¿Por qué está llorando?».

Pip se había quedado paralizada a mi lado. No había forma de escapar de la situación. Podíamos ver que Rooney estaba llorando. Ella sabía que lo sabíamos. No había forma de fingir que aquello no estaba sucediendo.

—Oye —dije, entrando completamente en la habitación. Pip se quedó un momento en el umbral, tratando de decidir si quedarse o marcharse, pero, justo cuando me volví para indicarle que se fuera, pasó al interior y cerró la puerta a su espalda.

—Estoy bien —oímos la llorosa respuesta.

Pip se rio e inmediatamente pareció lamentarlo.

Al oír la voz de Pip, Rooney asomó de entre las sábanas. Y cuando la vio sus ojos se entornaron.

—Puedes marcharte —dijo inmediatamente con gesto menos lloroso y más propio de ella.

—Mmm… —Pip se aclaró la garganta—. No me estaba riendo de ti. Solo me reía porque decías que estabas bien cuando claramente no lo estabas. Me refiero a que, literalmente, estabas llorando. Y no es que eso sea gracioso. Ha sido un poco estúpido…

El rostro de Rooney, surcado por las lágrimas, se endureció.

—Márchate.

—Mmm. —Pip rebuscó en la bolsa de *fish & chips* y sacó un montón de servilletas de papel. Se acercó hasta la cama de Rooney, las dejó a los pies del edredón y entonces caminó hasta la puerta—. Ahí tienes.

Rooney miró las servilletas. Y luego alzó la vista a Pip. Y, por una vez, no dijo nada.

—Yo… —Pip se pasó una mano por el pelo y miró hacia un lado —. Espero que te sientas mejor pronto. Y, si necesitas más servilletas…, puedo traerte más.

Hubo una pausa.

—Creo que son suficientes, gracias —dijo Rooney.

—Genial. Entonces me voy.

—Genial.

—Estás… ¿Estás bien?

Rooney se la quedó mirando un largo instante.

Pip no esperó a su respuesta.

—Claro. No. Lo siento. Me voy. —Se dio la vuelta y prácticamente salió corriendo de la habitación. Tan pronto como la puerta se cerró, Rooney se incorporó lentamente, cogió una de las servilletas y se secó los ojos.

Yo me senté en mi cama, dejando mis bolsas sobre las sábanas.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

Eso hizo que alzara la cabeza. El rímel se le había corrido, su coleta estaba toda torcida, y llevaba puesta su ropa habitual de salir: un top con los hombros al descubierto y una falda ajustada.

Hubo un momento de silencio.

Y entonces empezó a llorar otra vez.

De acuerdo. Iba a tener que enfrentarme a esa situación. De algún modo.

Me levanté y caminé hasta donde ella tenía la hervidora, que siempre estaba enchufada en su mesa. La llené en el lavabo de nuestro dormitorio y, entonces, la puse a hervir. A Rooney le gustaba el té. Lo primero que hacía cuando volvía a nuestra habitación por la noche era hacerse una taza de té.

Mientras esperaba a que hirviera, me senté cuidadosamente en el borde de su cama.

De pronto advertí que había algo en el suelo bajo mis pies: la fotografía de Rooney y Beth, la del pelo de la Sirenita. Debía de haberse caído de la pared. La recogí y la dejé en su mesilla de noche.

¿De qué iba todo esto? ¿Era por la obra de teatro, quizá? Eso ocupaba más de un ochenta por ciento de sus conversaciones.

Quizá se trataba de alguna relación. Quizá había tenido una pelea con un chico. O puede que fuera algún asunto familiar. La verdad es que no sabía nada sobre la familia de Rooney, o de su vida en casa.

Yo siempre había odiado que me preguntaran si me encontraba bien, pues solo había dos respuestas posibles: mentir y decir «Estoy bien» o empezar a confesarlo todo sin miramientos.

Así que, en lugar de preguntarle de nuevo, le dije:

—¿Quieres que te traiga el pijama?

Durante un momento, me pregunté si me habría oído.

Pero entonces ella asintió.

Me incliné y recogí su pijama de los pies de la cama. Ella siempre llevaba camisas de bonitos estampados a juego con los pantalones.

—Aquí tienes —indiqué, mientras se lo tendía.

Dio un sorbetón y lo cogió.

Mientras se cambiaba, me acerqué a la hervidora y le hice un té. Cuando regresé, se había transformado en la Rooney de la hora de dormir y aceptó la taza.

—Gracias —murmuró e inmediatamente le dio un sorbo. La gente que bebe té debe de haber perdido el tacto en la lengua, lo juro por Dios.

Entrelacé torpemente los dedos en mi regazo.

—¿Quieres… hablar de ello? —pregunté.

Ella resopló, lo que al menos era ligeramente mejor que los sollozos.

—¿Es eso… un no? —inquirí.

Volvió a dar otro sorbo.

Hubo una larga pausa.

Estaba a punto de renunciar y volver a mi cama, cuando dijo:

—He tenido sexo con un chico.

—Oh —dije—. ¿Hace… poco?

—Sí. Hace un par de horas. —Suspiró—. Estaba aburrida.

—Oh, bueno… Bien por ti.

Ella sacudió la cabeza lentamente.

—No. De eso nada.

—¿Ha… ido mal?

—Solo lo hice por intentar llenar un hueco.

Consideré su respuesta.

—Puede que sea virgen —comenté—, pero siempre había creído que llenar el hueco era precisamente el objetivo.

Rooney dejó escapar una risa aguda.

—Oh, Dios mío. ¡No me digas que acabas de hacer un chiste!

La miré. Estaba sonriendo.

—¿Te estabas refiriendo a un hueco diferente? —pregunté—. ¿A un agujero no vaginal?

—Sí, Georgia. No estoy hablando de mi jodida vagina.

—Está bien. Solo quería asegurarme. —Hice una pausa—. Pensé que eras muy activa sexualmente y todas esas cosas. No hay nada malo en el sexo casual.

—Ya lo sé —contestó y, entonces, agitó la cabeza—. Aún creo en ello. No estoy diciendo que tener relaciones sexuales casuales me haga una mala persona, porque no es así. Realmente lo disfruto. Pero esta noche… era… —Dio un sorbo al té, y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas—. ¿Sabes cuando has comido demasiado pastel y te sientes indispuesta? Era algo parecido. Pensé que sería divertido, pero solo consiguió que me sintiera… sola.

—¡Oh! —No quería parecer curiosa, así que permanecí callada.

Rooney se bebió el resto de su té en un par de largos sorbos.

—¿Quieres que veamos vídeos en YouTube? —preguntó.

Eso me desconcertó.

—Eh…, claro.

Dejó a un lado su taza, se levantó, abrió del todo el edredón y se deslizó en el interior. Se desplazó hacia un lateral y dio unas palmaditas en el espacio que quedaba a su lado, para indicarme que me metiera dentro.

—Bueno… No hace falta que lo hagas —dijo Rooney al notar mi vacilación—. ¿Acaso tienes alguna clase por la mañana o algo así?

Nada de eso. Tenía todo el día libre sin ningún compromiso.

—No. Es solo que aún no me he comido mis *fish & chips*. —Cogí mi cena y me tendí a su lado. Me pareció que era lo correcto y, al mismo tiempo, algo equivocado. Como un mundo de espejo. Lo mismo que en mi propia cama, pero visto al revés.

Ella sonrió y tiró de su edredón floral para cubrirnos y acurrucarse contra mí para estar cómoda, y luego cogió su portátil de la mesilla.

Lo abrió por YouTube. Yo no solía seguir a ningún *youtuber,* solo lo usaba para mirar tráileres de películas, o vídeos de fantasía y algunas recopilaciones de TikTok. Pero Rooney por lo visto estaba suscrita a docenas y docenas de canales. Eso me sorprendió. No parecía el tipo de persona enganchada a YouTube.

—Hay un *youtuber* muy divertido que suelo seguir —indicó.

—Claro —contesté—. ¿Quieres una patata?

—Dios, sí.

Encontró el canal y buscó en los vídeos hasta que dio con el que quería. Y entonces nos tumbamos juntas en su cama para verlo mientras Rooney compartía mis patatas.

A decir verdad, era un vídeo bastante divertido. Aparecía el famoso *youtuber* con sus amigos jugando a un extraño juego de canciones. No dejé de soltar risitas, lo que hizo que Rooney se riera, y, antes de darme cuenta, habían pasado más de veinte minutos. Ella encontró inmediatamente otro vídeo que quería enseñarme, y me sentí feliz por dejar que lo hiciera. A medio camino, apoyó la cabeza en mi hombro y… no sé. Probablemente esa fue la vez que más tranquila la había visto.

Estuvimos mirando vídeos tontos durante otra hora, más o menos, hasta que Rooney cerró su portátil, lo dejó a un lado y luego se acurrucó en la cama. Me pregunté si se habría quedado dormida y, de ser así, si podría regresar a mi cama, porque definitivamente no sería capaz de dormir ahí teniendo tan próxima a otra persona, pero entonces Rooney empezó a hablar.

—Tuve un novio —dijo—. Un novio durante mucho tiempo. Desde que cumplí catorce años hasta los diecisiete.

—Guau. ¿En serio?

—Sí. Rompimos cuando yo estaba en primero de bachillerato.

Yo había supuesto que Rooney siempre había sido Rooney. Que siempre había sido esa persona libre que hacía el amor y se entregaba de forma apasionada, sin querer comprometerse.

¿Una relación de tres años?

Eso no me lo esperaba.

—Las cosas con él… iban muy mal —dijo—. Yo… me vi inmersa en una relación dañina en… muchos aspectos, hasta el punto de que… realmente… me quitaba las ganas de seguir.

No le pedí que se explicara. Podía imaginar a qué se refería.

—Desde entonces, no me ha vuelto a gustar nadie —murmuró—. He estado demasiado asustada para eso. Pero puede… que esté empezando a gustarme alguien.

—¿En serio?

—Y realmente… no quiero que eso se repita.

—¿Por qué?

—Simplemente porque no terminará bien. —Sacudió la cabeza —. Y de todas maneras, ella me odia.

Supe instantáneamente que se estaba refiriendo a Pip.

—Yo no creo que te odie —repliqué suavemente.

Rooney no dijo nada.

—En cualquier caso, solo tienes dieciocho años, y aún te queda mucho tiempo por delante —empecé a decir, pero no supe cómo continuar. ¿A qué me refería al decirlo? ¿A que definitivamente

encontraría algún día una relación perfecta? Porque sabía que eso no era cierto. No para mí. No para nadie.

Eso era algo que los adultos decían constantemente. «Ya cambiarás de opinión cuando seas mayor. Nunca se sabe lo que puede suceder. Algún día lo verás de forma diferente». Como si los adolescentes supiéramos tan poco de nosotros mismos que un día pudiéramos despertarnos siendo una persona totalmente diferente. Como si la persona que somos ahora mismo no importara en absoluto.

Toda esa idea de que la gente siempre crecía, se enamoraba y se casaba era una completa mentira. ¿Cuánto tiempo iba a llevarme aceptarlo?

—Tengo diecinueve —corrigió.

Fruncí el ceño.

—Espera. ¿En serio? ¿Acaso perdiste un año?

—No. Mi cumpleaños fue la semana pasada.

Eso me confundió aún más.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—El jueves pasado.

El jueves pasado. Apenas podía recordar nada de ese día. Las clases en la universidad se fundían en una interminable sucesión de asignaturas, comidas y sueño.

—Pero… no dijiste nada —comenté.

—No. —Y soltó una risita ligeramente amortiguada por su almohada—. Empecé a pensar en qué sucedería si la gente supiera que era mi cumpleaños. Y en que acabaría saliendo como cualquier otra noche con un puñado de personas a las que realmente no conozco demasiado bien, y todos fingirían ser mis amigos, me cantarían el cumpleaños feliz y nos haríamos unos falsos selfis con sonrisas felices para Instagram antes de que cada uno se fuera a su casa y entonces liarme con otra gente, y acabar en la cama de algún extraño después de haber tenido una mierda de sexo, y odiarme otra vez.

—Si me lo hubieras dicho, podríamos haber hecho… otras cosas.

Sonrió.

—¿Qué habríamos hecho?

—No lo sé. Sentarnos aquí y tomar *pizza*. Podría haberte obligado a ver *La boda de mi mejor amiga*.

Ella resopló.

—Esa película es una mierda.

—No es de las mejores, pero el romance es perfecto. Se sientan en un coche y toman palitos de zanahoria juntos.

—Un sueño.

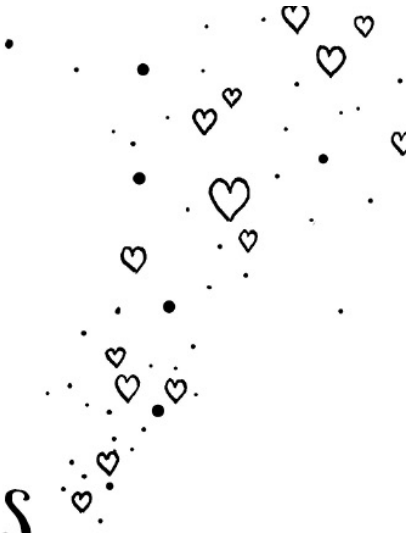
Nos quedamos en silencio durante un rato.

—Entonces…, ya no te gusta tener sexo casual —dije, comprendiendo lo que había intentado explicarme poco antes. No era que el sexo casual le hubiera hecho daño, o que la convirtiera en una mala persona, pues no era así—. Tú quieres… —No es que quisiera tener una relación. No exactamente. Quería lo que una relación podía darle—. Tú quieres alguien que te conozca —razoné.

Ella guardó silencio por un momento. Esperé a que me dijera lo equivocada que estaba. Pero en su lugar contestó:

—Es que me siento sola. Me siento muy sola todo el tiempo.

No supe qué decir a eso, pero no hizo falta, porque se quedó dormida unos minutos más tarde. Miré por encima de su cabeza y advertí que Roderick se había marchitado significativamente. Rooney se estaba olvidando de regarlo. Alcé la vista al techo y escuché cómo respiraba a mi lado, pero no quise salir de la cama, porque, incluso sabiendo que no iba a pegar ojo, me entró la paranoia de pensar que podría babearle o rodar por encima de ella sin querer y que, por alguna razón, Rooney me necesitaba. Quizá porque, a pesar de todos sus amigos y conocidos, nadie la conocía como yo.



Y SI NO PUEDE AMARTE

Jason se presentó al nuevo ensayo de la Sociedad Shakespeare la semana siguiente.

No creí que lo fuera a hacer. Le había mandado un mensaje para disculparme otra vez y tratar de explicarme, a pesar de que yo era un desastre a la hora de expresar mis pensamientos y sentimientos.

Lo había leído, pero no me había contestado.

Esa semana pasé la mayoría de las clases distraída, sin tomar suficientes notas y preguntándome cómo iba a hacer para salvar nuestra amistad del desastre que había creado. Jason sentía una atracción romántica por mí. Yo me había aprovechado de ello para intentar descubrir mi identidad sexual, a pesar de saber que él no me gustaba en ese sentido. Egoísta. Había sido una egoísta.

Parecía exhausto cuando apareció en el ensayo vestido con la equipación de su club de remo y una pesada mochila colgando de su hombro. Su chaqueta de borreguito había desaparecido. Estaba tan acostumbrada a vérsela puesta que, en cierto modo, tuve la sensación de que parecía vulnerable sin ella.

Pasó directamente por delante de mí, sin mirarme, con la boca apretada, y se sentó al lado de Pip, que estaba repasando la escena del día.

Sunil llegó unos momentos más tarde. Vestía unos pantalones a cuadros con una chaqueta de cuero y un gorro de lana.

Echó una mirada a Jason y declaró:

—Pareces exhausto.

—El remo —gruñó Jason.

—Ah, sí. ¿Qué tal las prácticas a las seis de la mañana?

—Gélidas y húmedas.

—Podrías dejarlo —sugirió Pip, con voz esperanzada.

Jason negó con la cabeza.

—No, no. Me divierto. He hecho muchos amigos ahí. —Me lanzó una rápida mirada—. Pero han sido demasiadas cosas.

Aparté la vista. No había forma de hacer que las cosas mejoraran.

Siguiendo la tradición, le asignamos a Jason el papel de viejo severo. Esta vez representaría al Duque Orsino en *Noche de Reyes*, otra de las comedias románticas de Shakespeare.

Noche de Reyes plantea un gran y caótico triángulo amoroso. Viola naufraga en la tierra de Iliria y, dado que no tiene dinero, se disfraza como un chico haciéndose llamar Cesario para poder obtener trabajo como sirviente del Duque Orsino. El duque está enamorado de una dama de la nobleza de Iliria llamada Olivia, de modo que envía a Viola para que le transmita su amor. Lamentablemente, en lugar de aceptar el afecto del Duque, Olivia se enamora de Viola, que, como está disfrazada de Cesario, es un chico. Y en un giro doblemente desafortunado, Viola se enamora del Duque. No es técnicamente gay, pero seamos sinceros: la obra es muy muy gay.

Sunil se había ofrecido voluntario para hacer de Viola alegando:

—Solo dadme todos los papeles que tengan algo que ver con confusión de género, por favor.

Pip y yo nos apretamos una al lado de la otra contra la pared con mi abrigo tapando nuestras piernas. Hacía un frío helador en esa enorme sala de ensayos.

—Vosotros dos podéis empezar con la escena —indicó Rooney —. Necesito salir a buscar un té o moriré.

Anoche había tenido otra de *sus* salidas nocturnas.

—¡Tráeme un café! —gritó Pip cuando Rooney estaba a punto de salir.

—¡Preferiría literalmente pisar un clavo! —gritó Rooney en respuesta, y me asombró comprobar que el comentario hizo reír a Pip en lugar de apretar los dientes irritada como solía hacer.

Jason y Sunil estuvieron increíbles. Jason había adquirido mucha soltura, tras haber intervenido con anterioridad en muchas obras de Shakespeare, y Sunil era igual de bueno, a pesar de que su única experiencia había sido en un papel menor en una producción del colegio de *Embrujada*. Jason era todo «Acércate una vez más, Cesario», y Sunil era todo «Y si no puede amaros, señor», y, en general, fue un repaso muy bueno.

Yo me senté y observé, y casi conseguí distraerme y olvidar todo lo que había sucedido en los últimos dos meses. Podía vivir en el mundo de Viola y Orsino durante un tiempo.

—«De la estirpe paterna ya no queda hija ni hermano más que yo» —recitó Sunil, una de las últimas frases de la escena. Alzó la vista hacia Pip y hacia mí con una sonrisa, abandonando momentáneamente el personaje—. Es una frase muy buena. Una nueva biografía de Twitter.

Sunil realmente parecía estar disfrutando de su participación en la producción. Quizá mucho más que nosotros, para ser sincera. Él y Jason continuaron ensayando la escena por su cuenta y, sin nada más que hacer, permanecí sentada contra la pared, con las rodillas dobladas contra mi barbilla esperando a que Rooney regresara con su té.

—¿Georgia?

Alcé la vista para encontrar a Pip mirándome de arriba abajo con su ejemplar de *Noche de Reyes* abierto en una mano.

—He tenido una idea —dijo— sobre el papel que podrías hacer en la obra.

La verdad es que hoy no me encontraba de humor para actuar. Y, además, ya no estaba segura de hacerlo tan bien como había creído.

—Está bien —contesté.

—Hay otro personaje en *Noche de Reyes* que tiene un papel muy emblemático: el payaso.

Resoplé.

—¿Quieres que haga de payaso?

—Bueno, así es como lo llaman en el texto. Es más bien un bufón de la corte. —Pip señaló la escena en cuestión.

El bufón tenía algunas frases que daban paso a la escena en la que Jason y Sunil estaban trabajando actualmente.

—He pensado que tal vez estaría bien que recitaras algunos de estos pasajes antes de la escena de Viola y Orsino —añadió.

Leí las frases escéptica.

—No sé. —La miré—. Últimamente mi… interpretación ha sido bastante mala.

Pip frunció el ceño.

—Tía. Eso no es cierto. Los papeles simplemente… no eran los adecuados para ti. No eres una mierda en nada.

No contesté.

—¿Qué te parece si lo intentas? Te prometo que lo único que haré será apoyarte. Y lanzaré cualquier cosa a Rooney si se atreve a decir algo negativo sobre ti. —Y como para demostrarlo, se quitó una bota y la sostuvo en alto.

Eso me hizo reír.

—Vale. De acuerdo. Lo intentaré.

—¡Ya he vuelto! —dijo Rooney entrando al galope en la habitación, aunque sin tirar las bebidas calientes por todas partes.

Se sentó al lado de Pip y de mí, dejando su té en el suelo y tendiéndole el café a Pip.

Esta se la quedó mirando.

—Un momento, ¿al final me has traído uno?

Rooney se encogió de hombros.

—Sí.

Pip la miró genuinamente sorprendida y algo parecido al cariño cruzó por su rostro.

—Gracias.

Rooney la miró a su vez y, entonces, pareció que obligaba a su cabeza a apartar la vista hacia otro lado.

—Y bien, ¿cómo va la escena? Solo quedan dos semanas para el baile Bailey, y tenemos que tener esto cerrado antes de entonces.

—He tenido una idea —dijo Pip—. Podríamos añadir el personaje del bufón.

Yo casi esperé que Rooney protestara inmediatamente, pero, en su lugar, se sentó junto a Pip y se inclinó hacia ella para poder leer su ejemplar de *Noche de Reyes*. Pip puso cara de alarma moderada y luego se relajó, aunque no sin antes ahuecarse rápidamente el pelo.

—Creo que es una buena idea —asintió Rooney.

—¿En serio? —preguntó Pip.

—Sí. A veces tienes buenas ideas.

Pip sonrió.

—¿A veces?

—A veces.

—Eso significa mucho. —Pip le soltó un codazo—. Viniendo de ti.

Y juro por Dios que Rooney se puso más colorada de lo que nunca la había visto.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que me subí a un escenario sola. Bueno, no era técnicamente un escenario, pero, por la forma en que los otros cuatro estaban sentados enfrente de mí,

contemplándome, mientras yo me erguía ante ellos, tenía el mismo efecto.

El bufón de *Noche de Reyes*, que de hecho se llama Feste, aparece periódicamente para o bien aliviar la tensión dramática con un poco de humor o para cantar algo en relación con la trama. Justo antes de la escena de Jason y Sunil, Feste entona una canción, «Ven a mí, cruda muerte», sobre un hombre que muere posiblemente de un ataque al corazón porque una mujer no le corresponde, y quiere ser enterrado solo porque está triste. Era básicamente una forma de decir que el amor no correspondido es muy duro.

Todos decidimos que debía recitarlo como un monólogo en lugar de cantar, por lo que me sentí agradecida. Pero, aun así, me notaba nerviosa.

Podía hacerlo. Quería demostrar que podía hacerlo.

—«Ven a mí, ven a mí, cruda muerte —comencé, y sentí el aliento atascarse en mi garganta.

Puedo hacerlo.

—«Y entre tristes cipreses dejadme yacer. —Mantuve la voz baja —. Huye, aliento, que es fuerza perderte; me ha dado muerte una cruel doncella». —Y leí el resto de la canción. Y sentí todas las palabras. Y simplemente sentí… El duelo. La melancolía. La fantasía de algo que nunca podría suceder.

Yo nunca había experimentado un amor no correspondido. Y nunca lo haría. Y Feste, el bufón, ni siquiera hablaba de sí mismo, estaba contando la historia de otro. Pero lo sentí de todos modos.

—«Encerradme en esta sepultura donde nunca errante acuda a llorar en ella fiel amante».

Hubo una pausa antes de que cerrara el libro y alzara la vista a mis amigos.

Todos me estaban mirando transfigurados.

Y entonces Pip comenzó a aplaudir.

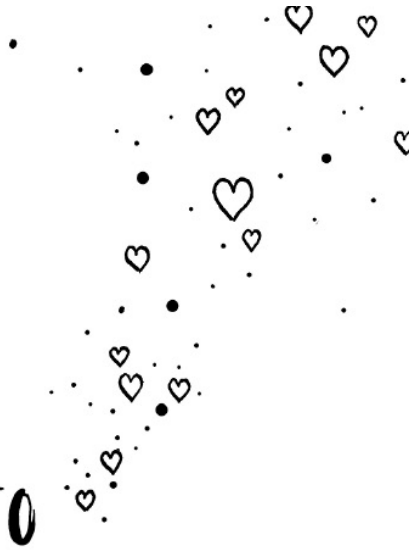
—Joder, sí. Absolutamente, sí. Soy un genio. Eres un genio. Esta obra va a ser genial.

Rooney se unió al aplauso. Y también Sunil. Y entonces vi que Jason sutilmente se secaba un ojo.

—¿Ha estado bien? —pregunté, aunque en realidad no era eso lo que quería preguntar. ¿He estado bien? ¿Estaré bien?

Todo en mi vida estaba patas arriba, pero ¿aún me quedaba esto? ¿Aún me quedaba algo que me aportara felicidad?

—Más que bien —dijo Pip, sonriendo de oreja a oreja, y pensé: vale, de acuerdo. Ahora mismo me odiaba por un montón de razones, pero al menos tenía esto.



DOS COMPAÑERAS DE CUARTO

En las dos semanas que faltaban hasta el baile Bailey, tuvimos otros tres ensayos más, durante los cuales superamos totalmente el objetivo de Rooney de tener una escena preparada, llegando a completar hasta tres: *Mucho ruido y pocas nueces* con Pip y Rooney, *Noche de Reyes* con Jason, Sunil y yo, y *Romeo y Julieta* con Jason y Rooney, tras haber decidido que yo no era la mejor candidata para Julieta. Incluso nos dio tiempo a salir una noche a tomar *pizza,* tal y como le habíamos prometido a Sunil. Él y Jason parecían estar haciéndose amigos rápidamente, y ahora se enfrascaron en una discusión sobre los musicales que habían visto, mientras Rooney y Pip consiguieron aguantar toda la proyección de una película sin hacer un solo comentario sarcástico sobre la otra. En un momento dado, incluso estuvieron sentadas con sus hombros rozándose, compartiendo amigablemente un paquete de nachos.

A pesar de todo lo que estaba sucediendo entre bastidores, la obra empezaba a tomar forma. Estábamos consiguiendo montar una producción.

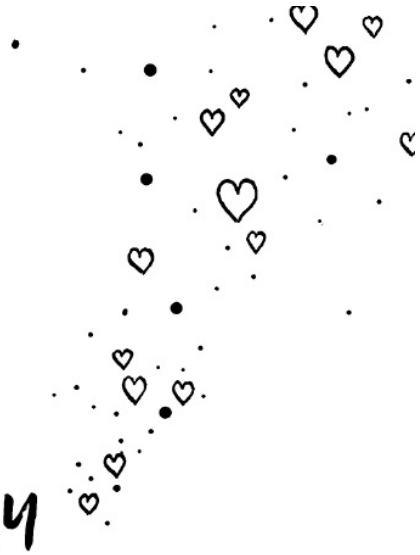
Gracias a Dios, yo tenía eso a lo que aferrarme. Sin ello, probablemente me habría quedado en la cama durante dos semanas, porque intentar descubrir mi sexualidad había desenterrado una nueva clase de odio hacia mí misma para el que no estaba preparada. Pensaba que descubrirlo me iba a hacer sentir orgullosa o algo parecido. Pero claramente no había sido así.

Y con Rooney estaba sucediendo tres cuartos de lo mismo. Algo cambió en ella tras la noche en que la encontramos llorando. Había dejado de salir por las noches y, en su lugar, se quedaba viendo vídeos en YouTube o programas de televisión, o simplemente durmiendo. Ya casi me había acostumbrado al sonido de sus dedos tecleando frenéticamente a mi lado en nuestras clases de Literatura, pero eso se había terminado y, a menudo, la sorprendía sentada muy rígida con la mirada perdida en la distancia y sin escuchar a los profesores.

Algunas veces parecía encontrarse bien. Algunas veces volvía a ser la Rooney de siempre, la que dirigía la obra de teatro con puño de hierro, la persona más brillante de la habitación, capaz de charlar con doce personas diferentes durante la cena en la cafetería del colegio. Y cuando Pip estaba cerca, salía lo mejor de sí misma: intercambiaba puyas y bromas con ella, resplandeciendo de una forma como no lo hacía con nadie más, pero, incluso estando con ella, pude advertir que, en ocasiones, se apartaba y ponía una distancia física entre ambas, como si no deseara siquiera que Pip la viera. Como si tuviera miedo de lo que pudiera suceder si intimaban demasiado.

Yo podría haber intentado averiguar si se encontraba bien, pero estaba demasiado concentrada en mis propios sentimientos, y ella tampoco se molestó en comprobar cómo me encontraba yo, porque estaba demasiado inmersa en los suyos. Yo no la culpé y confiaba en que ella tampoco lo hiciera conmigo.

Éramos simplemente dos compañeras de cuarto tratando de lidiar con cosas de las que era difícil hablar.



EL BAILE BAILEY

—Si me mandas las fotos en las que se te ve con tu vestido nuevo —me dijo mi madre por Skype la tarde del baile Bailey—, las haré imprimir y se las enviaré a todos los abuelos.

Suspiré.

—No es lo mismo que el baile de graduación. No creo que aquí haya sesión de fotos oficial.

—Bueno, tú asegúrate de hacerte al menos una foto de cuerpo entero con tu vestido. Yo lo compré, así que necesito verlo en acción.

Mi madre me había comprado el vestido para el baile Bailey, aunque lo había elegido yo. No había planeado adquirirlo porque me parecía muy caro, pero cuando le mandé enlaces de posibles vestidos mientras chateábamos por Messenger, ella se ofreció a pagarlo. Fue un detalle por su parte y, sinceramente, me hizo sentir un pellizco de nostalgia por mi casa más intenso del que había experimentado desde que estaba en la universidad.

—¿Algún chico te ha pedido que seas su pareja para el baile?

—Mamá, las universidades británicas no hacen eso. Eso es solo en los colegios americanos.

—Bueno, no habría estado mal, ¿verdad?

—Aquí todo el mundo acude con sus amigos, mamá.

Ella suspiró.

—Vas a estar preciosa —alabó—. Asegúrate de hacerte un peinado bonito.

—Lo haré —asentí. Rooney ya se había ofrecido a hacérmelo.

—¡Nunca se sabe, tal vez encuentres a tu futuro marido esta noche!

Solté una risa antes de que pudiera controlarme. Dos meses atrás, habría estado soñando con un encuentro perfecto y mágico en mi primer baile de universidad.

¿Pero ahora? Ahora me vestía para mí misma.

—Sí —contesté, aclarándome la garganta—. Nunca se sabe.

Rooney se mantuvo callada, con las cejas fruncidas por la concentración, mientras me peinaba con unas gruesas tenacillas. Sabía cómo hacer esas grandes ondas sueltas que suelen verse en los programas de la televisión americana, pero que a mí me resultaban absolutamente imposibles de replicar.

Ella ya se había peinado, cardándose la parte delantera hacia atrás y con la melena cayendo suelta. Su vestido, rojo sangre, era muy ceñido, con una larga abertura en una de las piernas. Parecía una chica Bond de esas que al final terminan siendo las malvadas.

Había insistido también en maquillarme, pues según me explicó siempre había sido una admiradora de las sesiones de maquillaje, y yo la dejé, viendo que tenía mucha más maña con los pinceles que yo. Mezcló dorados y castaños en mis ojos, eligió un tono rosa mate para mis labios y ensombreció mis cejas con un pequeño cepillo, usando un lápiz para pintar la línea de los ojos que yo nunca habría sabido lograr sola.

—Ya está —dijo, después de lo que me parecieron horas, pero que posiblemente solo fueran unos veinte minutos—. Lista.

Me miré en el espejo de pie de Rooney. De hecho, estaba espléndida.

—Guau. Es… increíble.

—¡Vete a mirarte en el espejo grande! Tienes que ver el efecto completo con tu vestido. Pareces una princesa.

Hice como me decía. El vestido parecía directamente salido de un cuento de hadas, con la falda de gasa color rosa hasta el suelo y el corpiño de lentejuelas. No era demasiado cómodo, y me había tenido que forrar el pecho de cinta adhesiva especial para fijar el escote, pero con mi pelo ondulado y mi reluciente maquillaje, parecía y me sentía como una princesa.

Quizá incluso podía divertirme esta noche. Cosas más extrañas habían sucedido.

Rooney se plantó a mi lado en el espejo.

—Mmm. Desentonamos un poco. Rojo y rosa.

—Creo que es un contraste bonito. Yo parezco un ángel y tú un demonio.

—Sí. Yo soy el antitú.

—¿A eso se resume toda nuestra amistad?

Nos miramos la una a la otra y nos reímos.

El tema del baile Bailey había sido objeto de especulación en el colegio St. John’s durante semanas y, de algún modo, yo era una de las pocas personas que no había descubierto de qué iba antes de la misma noche del baile. Eso probablemente se debía a que la única amiga que tenía en el colegio era Rooney, quien se había negado a decírmelo cuando se lo pregunté, y yo ni siquiera me molesté en obligarla a revelarlo.

Aparentemente, ya se habían celebrado bailes con los temas «Circo», «Alicia en el País de las Maravillas», «Cuentos de hadas», «Los felices años veinte», «Hollywood», «Vegas», «Baile de máscaras» y «Bajo las estrellas». Me pregunté si estarían empezando a quedarse sin ideas.

Sin embargo, cuando caminamos por los corredores del colegio en dirección a la recepción, aún seguía sin tener claro cuál era el tema. El vestíbulo había sido adornado con flores y la escalera, convertida en lo que parecían las murallas de un castillo, coronado con almenas y un balcón. Dentro del comedor, unas mesas redondas tenían centros con más flores, además de frascos simulando ser veneno y cuchillos de madera.

Solo lo comprendí cuando oí la canción «I'm Kissing You» —«Te estoy besando»— de Des'ree sobre mi cabeza, un tema que sabía que pertenecía a la película de 1996 de Baz Luhrman.

El tema era *Romeo y Julieta*.

Nos encontramos con Pip y Jason fuera de las puertas del St. John's. Jason me dedicó una extraña inclinación de cabeza, pero por lo demás no dijo nada.

Ambos estaban increíbles. Jason vestía un esmoquin clásico, que se adaptaba tan perfectamente a sus anchos hombros que parecía hecho a medida. Pip se había rizado aún más el pelo y lucía unos pantalones pitillo negros, con una chaqueta de esmoquin de terciopelo color verde bosque. Y, como complemento, un par de botines de falsa piel de serpiente que, de algún modo, casaban perfectamente con la montura de carey de sus gafas.

Los ojos de Rooney pasearon la mirada de arriba abajo por el cuerpo de Pip.

—Estás muy guapa —dijo.

Pip trató de contenerse para no hacer lo mismo con Rooney, enfundada en su vestido de chica Bond, y en su lugar mantuvo los ojos clavados en su rostro.

—Tú también.

La cena pareció alargarse durante un año, a pesar de que solo era el principio de la que sería la noche más larga de toda mi vida.

Rooney, Jason, Pip y yo tuvimos que compartir mesa con otras cuatro personas, pero gracias a Dios eran todas amigas y conocidas de Rooney. Mientras todos los demás intentaban conocerse unos a otros, yo hice lo de siempre y permanecí callada pero atenta, sonriendo y asintiendo cuando la gente hablaba, pero sin saber bien cómo implicarme en ninguna de las conversaciones.

Me sentía mucho más pequeña que nunca.

Quería escapar de allí, pero no podía.

No quería estar en una fiesta donde Jason me odiaba y Rooney y Pip estaban viviendo lo que yo nunca experimentaría.

Sunil, vestido con un esmoquin color azul bebé, y Jess, que llevaba un vestido cubierto de lentejuelas color verde menta, se detuvieron para saludarnos, aunque principalmente hablaron con Rooney, que ya había ingerido tres vasos de vino y estaba muy parlanchina. Cuando se dispusieron a marcharse, Sunil me guiñó el ojo, lo que hizo que me sintiera mejor durante dos minutos, pero entonces los fantasmas de mi mente regresaron.

Esa era yo. Nunca iba a experimentar un amor romántico, y todo debido a mi sexualidad, una parte fundamental de mi ser que no podía cambiar.

Bebí vino. Mucho vino. Era gratis.

—¡Solo quedan ocho horas! —gritó Pip mientras abandonábamos el comedor tras haber terminado el postre. Yo me había atiborrado de comida y, para ser sincera, estaba bastante borracha.

Sacudí la cabeza.

—No voy a poder aguantar hasta las seis de la mañana.

—Sí, lo harás. Lo harás. Yo me aseguraré de que lo hagas.

—Eso suena terriblemente amenazador.

—Estaré aquí para darte un coscorrón si te quedas dormida.

—¡Por favor, no me golpees en la cabeza!

—Puedo y lo haré.

Hizo un intento de demostrármelo, pero yo la esquivé riendo. Pip siempre había sabido cómo levantarme el ánimo, a pesar de que desconocía que yo me sintiera tan hundida.

El baile Bailey no estaba confinado a una sola sala, sino que se extendía a través de la planta baja del edificio central del colegio hasta una carpa sobre el césped en el exterior. El comedor fue rápidamente transformado en sala de baile, por supuesto, con una banda de música en vivo y una zona de bar. Había distintas habitaciones temáticas en las que se servía comida y bebida, desde sándwiches a helados, té y café, y una sala de cine en la que proyectaban distintas adaptaciones de *Romeo y Julieta* en orden cronológico. Los pasillos y corredores que aún no habíamos visto habían sido decorados tan profusamente que resultaba imposible distinguir las paredes, ya que estaban cubiertas por flores, hiedra, telas, guirnaldas de luces y gigantescos blasones con el escudo de los Capuleto y Montesco. Solo por esa noche estábamos en otro mundo, fuera de las reglas del espacio y del tiempo.

—¿A dónde vamos primero? —preguntó Pip—. ¿A la sala de cine? ¿A la carpa? —Se dio la vuelta y frunció el ceño, confusa—. ¿Rooney?

Yo también me volví para encontrar a Rooney unos pasos más lejos de nosotras, apoyada contra la pared. Estaba obviamente borracha, pero también miraba a Pip casi como si estuviera asustada o, al menos, muy nerviosa. Entonces disimuló con una amplia sonrisa.

—Voy a dar una vuelta a ver un rato a mis otros amigos —gritó por encima de la multitud y de la música.

Y entonces desapareció.

—¿Otros amigos? —preguntó Jason confuso.

—Conoce a todo el mundo —expliqué, aunque ya no estaba segura de hasta qué punto eso era cierto. Conocía a un montón de gente, pero había empezado a comprender que nosotros éramos sus únicos amigos verdaderos.

—Bueno, que se vaya a la porra entonces, si se va a portar así —espetó Pip, aunque estaba claro que no lo sentía.

Jason la miró y puso los ojos en blanco.

—Pip.

—¿Qué?

—Nada, es solo… que no tienes por qué seguir haciendo eso. Ambos sabemos que te gusta.

—¿Qué? —protestó estirando la cabeza—. ¿Qué? No, no, no me gusta, bueno, quiero decir, que sí me gusta como persona… Me refiero a que la admiro como directora y persona creativa, pero tiene un carácter muy fuerte, así que no podría decir que me gusta, solo que aprecio cómo es y lo que hace…

—Pero a ti te gusta —afirmé—. No es un crimen.

—No. —Pip cruzó los brazos sobre su chaqueta—. En absoluto, Georgia, ella… es objetivamente muy sexi y en circunstancias normales sería exactamente mi tipo y sé que tú lo sabes, pero ella es hetero, y literalmente me odia, así que, incluso aunque me gustara, ese no sería el caso…

—¡Pip! —exclamé exasperada.

Ella se calló. Sabía que no había nada que pudiera decir para seguir ocultándolo.

—Creo que voy a ir a buscarla —anuncié.

—¿Por qué?

—Solo para comprobar que está bien.

Pip y Jason no protestaron, así que me marché para encontrar a Rooney.

Tenía la intuición de que, si continuaba bebiendo así, iba a acabar haciendo algo que pudiera lamentar.



CAPULETO CONTRA MONTESCO

Rooney no aparecía por ninguna parte. Había cientos de estudiantes pululando por el colegio, y era difícil incluso atravesar los corredores y, no digamos ya, encontrar a alguien entre la multitud que estuviera charlando, riendo, cantando o bailando. Pero sin duda ella estaba por ahí. Rooney parecía estar actuando como si fuera la protagonista de un videojuego en un mundo en el que los personajes no estaban participando.

Me quedé un rato merodeando alrededor de la carpa, confiando en que aparecería en algún momento, pero, incluso si estaba ahí, probablemente no habría podido encontrarla. Esa zona estaba abarrotada porque era donde se concentraban todas las actividades divertidas: un fotomatón, puestos de palomitas y algodón de azúcar, un toro mecánico y la principal atracción, «Capuleto contra Montesco», que parecía ser un castillo hinchable con dos plataformas en su interior, sobre las cuales dos estudiantes podían batirse con espadas hinchables hasta que uno cayera. Observé a algunas personas participar, y tuve muchas ganas de probarlo, pero no sabía dónde se había metido Rooney y me habría dado cierta

vergüenza pedírselo. Supongo que tenía la sensación de que me diría que no.

Conseguí otro vaso de vino en la barra, que en realidad no necesitaba, pues ya estaba borracha, y me tambaleé sin rumbo por la pista de baile y el resto de habitaciones. Cuanto más bebía, más lograba distanciarme y que no me importara estar sola, en todos los sentidos de la palabra.

Sin embargo, era difícil olvidar cuando cada una de las canciones que sonaban sobre nuestras cabezas trataba de amores románticos. Obviamente era una elección deliberada —¡el tema del baile era Romeo y Julieta, por amor de Dios!—, pero aun así me fastidiaba.

Todo empezó a recordarme a la fiesta de posgraduación. Las luces parpadeantes de la pista de baile, las canciones de amor, las risas, los trajes y vestidos.

Cuando asistí a aquella fiesta, sentí que ese era mi mundo y que, un día, yo sería una de esas personas.

Ya no lo sentía.

Nunca sería una de esas personas. Flirteando. Enamorándose. Felices para siempre.

Fui a refugiarme a la sala de té, solo para encontrarme atrapada frente a una pareja que se besaba y metía mano en un rincón. Los odié. Intenté ignorarlos y bebí un sorbo de vino mientras repasaba mi Instagram.

—Georgia.

Una voz increíblemente estridente destrozó la relajante atmósfera de la habitación, sobresaltándonos a todos. Me volví hacia la puerta y encontré a Pip en el umbral enfundada en su chaqueta verde, con una mano posada en la cadera y un vaso de plástico sin duda lleno de alcohol en la otra.

Sonrió avergonzada ante la súbita atención.

—Oh, lo siento. No sabía que esta fuera la habitación del silencio.

Se acercó de puntillas y se acurrucó a mi lado, esparciendo algunas gotas de su bebida por el suelo.

—¿Dónde está Rooney? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Oh, bueno. He venido para retarte a un duelo de Capuleto contra Montesco.

—¿En el castillo hinchable?

—Es mucho más que un castillo hinchable, colega. Es un test definitivo de resistencia, agilidad y fortaleza mental.

—Pues a mí me parece exactamente un castillo hinchable.

Me agarró la muñeca y tiró de mí para levantarme.

—¡Tú solo ven e inténtalo! Jason ha dicho que necesitaba echar una cabezadita así que se ha vuelto al Castillo.

—Espera… ¿Se ha ido?

—Sí. Estará bien, ya sabes que no le gusta quedarse hasta tarde.

Inmediatamente me sentí culpable, era culpa mía que estuviera tan decaído. Conseguí ponerme en pie con gran esfuerzo e y entonces el mundo empezó a moverse a mi alrededor, haciendo que casi me desplomara en el suelo.

Pip frunció el ceño.

—Jesús. ¿Cuánto has bebido?

—Oh —exclamó Pip cuando entramos en la carpa.

Al principio creí que se refería al estado de la misma. Cuando había pasado por ahí al principio de la noche, todo era brillo y excitación, color y novedad. Ahora parecía una feria destartalada. El suelo estaba pegajoso y lleno de palomitas pisoteadas. Los puestos estaban mucho menos concurridos y el personal a su cargo tenía aspecto agotado.

Pero Pip no se refería a nada de eso, algo que comprendí cuando Rooney se nos acercó con su vestido de perversa chica Bond.

Por imposible que parezca, aún seguía llevando los altos tacones y debía de haberse retocado el maquillaje, porque se la veía radiante, con ligeros matices de brillo en las mejillas y el contorno de

ojos afilado como un cuchillo. Bajó la vista hacia Pip y sonrió con enormes y oscuros ojos.

También ella iba bastante entonada.

—Perdona —dijo con sonrisa maligna—. ¿Quién te ha invitado? Tú no eres residente del John's.

Pip le devolvió el gesto y replicó en broma:

—Me he colado. Soy una experta en infiltrarme a hurtadillas.

—¿Dónde te has metido? —le pregunté a Rooney.

—Oh, ya sabes —contestó, adoptando un tono que la hacía parecer una rica heredera—. He estado por ahí, querida.

—Estábamos a punto de librar un combate en el castillo hinchable —informó Pip—. Puedes unirte a nosotras. Alguien aquí está a punto de ser aniquilado.

Rooney la sonrió con gesto amenazante.

—Bueno, a mí también me gusta aniquilar gente.

—Está bien —me descubrí diciendo. De haber estado sobria probablemente habría dejado pasar el juego, pero estaba borracha y cansada y harta de las dos y, cada vez que se miraban la una a la otra con esa pasión salvaje que bordeaba el amor y la irritación, me daban ganas de morirme porque eso nunca me sucedería a mí. Miré a Pip, cuya pajarita estaba torcida y sus gafas demasiado lejos del puente de la nariz; y a Rooney, cuya base de maquillaje no podía ocultar el tono sonrojado de su tez.

Y luego miré entre ambas hacia la atracción «Capuleto contra Montesco».

—Creo que vosotras dos deberíais entrar primero —sugerí, señalando hacia el castillo—. Y luchar la una contra la otra. Solo para quemar el alcohol de vuestro sistema. Por favor.

—Yo me apunto —aceptó Rooney, respondiendo a la mirada de Pip con otra aún más afilada.

—Yo… Está bien —espetó Pip—. De acuerdo. Pero no te lo voy a poner fácil.

—¿Acaso parezco la clase de persona a la que le gusta que la gente se lo ponga fácil?

Los ojos de Pip descendieron a lo largo del vestido de Rooney y luego volvieron a subir.

—No.

—De acuerdo, entonces.

La situación se estaba volviendo absolutamente insoportable, así que me acerqué hasta el hombre que manejaba la atracción y le dije:

—Estas dos quieren probar.

Él asintió con cansancio e hizo un gesto hacia las dos plataformas que se erguían sobre el castillo.

—Subid.

Ninguna de las dos habló cuando treparon al castillo hinchable, y Rooney se quitó los tacones de una patada antes de subirse a las plataformas elevadas. Aquello era claramente más difícil de lo que cualquiera de ellas había anticipado. Los pantalones pitillo de Pip apenas resultaban más prácticos que el ajustado vestido de Rooney, pero lo consiguieron, y el operario les pasó a cada una lo que parecía un flotador de gomaespuma en forma de tubo.

—Tenéis tres minutos —gruñó, haciendo un gesto hacia el cronómetro al fondo del castillo—. El objetivo es golpear a la otra persona y hacerla caer de su plataforma antes de que se acabe el tiempo. ¿Estáis listas?

Rooney asintió con la mirada de concentración de un tenista en Wimbledon.

—Joder, sí —exclamó Pip, agarrando su tubo.

El hombre suspiró. Entonces apretó un botón en el suelo y se escuchó un pitido tres veces. La cuenta atrás.

Tres. Dos. Uno.

Ya.

Y Rooney fue directamente a por la yugular. Balanceó el tubo ferozmente hacia Pip, pero esta lo vio venir y lo bloqueó con el suyo, aunque no sin tambalearse en su plataforma. Las plataformas eran circulares y apenas debían de medir medio metro de diámetro. Probablemente, el combate no duraría demasiado.

Pip se rio.

—¿Nada de tanteos, entonces?

Rooney sonrió.

—No, estoy intentando ganar.

Pip lanzó su tubo hacia delante en un intento de empujar a Rooney hacia atrás, pero esta desvió bruscamente el torso, haciendo un giro de casi noventa grados hacia un lado.

—Está bien, gimnasta —dijo Pip.

—Bailarina, en realidad —contestó Rooney—. Hasta los catorce años.

Lanzó el tubo contra Pip una vez más, pero esta lo bloqueó.

Y entonces comenzó la lucha.

Rooney asestaba golpes a un lado y a otro, pero los reflejos de Pip parecían haberse agudizado por el alcohol ingerido, lo que no tenía ningún sentido. Rooney atacó con el tubo por la izquierda, Pip lo paró, Rooney golpeó a la derecha, Pip lo esquivó y amagó hacia delante, tratando de empujar a Rooney hacia atrás por el hombro y, durante un instante, pensé que todo había acabado, pero Rooney recuperó el equilibrio con una leve sonrisa, y la batalla continuó.

—Tu cara de concentración es tan graciosa —dijo Rooney riendo, e hizo un gesto como imitando el ceño fruncido de la otra.

—Eh, no tan graciosa como la tuya cuando te gane —replicó Pip, que también mostró un conato de sonrisa en su rostro.

Hubo más oscilaciones y golpes y en un momento dado incluso pareció que tenían una auténtica batalla con sables de luz. Pip empujó a Rooney por el costado y casi la hizo caer, salvándose en el último segundo al usar su tubo como muleta, lo que la hizo reír con tal fuerza que estuvo a punto de caer también.

Fue entonces cuando advertí que las dos se estaban divirtiendo.

Y también cuando el alcohol se me subió a la cabeza y creí que iba caerme de bruces.

Me tambaleé hasta un lateral de la carpa con tanto cuidado como pude y me senté contra la lona para contemplar el desenlace.

No pude evitar advertir que Rooney, por despiadada que pareciera con sus largos y furiosos embistes, estaba evitando estratégicamente dar a Pip en la cara para no golpear sus gafas. Pip, sin embargo, estaba sedienta de sangre.

—¿Por qué estás tan encorvada? —gritó mientras Rooney esquivaba otro golpe.

—¡Ese es uno de mis muchos encantos!

—¿Muchos encantos? ¿En plural?

—Creo que ya los conoces, *Pip-tido*.

Pip balanceó su tubo hacia Rooney, pero esta lo bloqueó.

—Eres una jodida pesadilla.

Rooney sonrió de vuelta.

—Lo soy, y a ti te encanta.

Pip soltó lo que solo podría describirse como un grito de guerra. Vapuleó a Rooney con el tubo una vez, y luego otra, y después una tercera, alcanzándola parcialmente, y, en la cuarta, Rooney cayó, desplomándose hacia atrás de la plataforma hasta caer sobre el suelo del castillo hinchable, mientras dejaba escapar un pequeño gritito.

—¡Sí! —vitoreó Pip, sosteniendo su tubo de gomaespuma en alto en señal de victoria.

El hombre que manejaba la atracción detuvo el cronómetro e hizo un gesto vago hacia Pip.

—Gafas gana.

Pip bajó de la plataforma y se acercó dando botes hacia Rooney, haciendo que a esta le resultara difícil ponerse en pie.

—¿Tienes algún problema ahí abajo, compañera?

Rooney intentó incorporarse, pero acabó desplomándose de nuevo hacia atrás mientras Pip seguía botando a su lado.

—Oh, Dios mío, para…

—¡Pensé que eras una bailarina! ¿Dónde está tu coordinación?

—¡Nunca bailamos en castillos hinchables!

Pip finalmente dejó de dar botes, se detuvo y le tendió una mano para ayudarla a levantarse. Rooney la miró y vi cómo lo consideraba

antes de agarrarla y no intentar ponerse en pie por su cuenta.

—Buen duelo —dijo, alzando una ceja. Entonces se alejó o, más bien, salió a gatas del castillo hinchable y rodó fuera del borde hacia suelo firme.

—No serás una mala perdedora, ¿verdad? —gritó Pip a su espalda, también bajando de la atracción.

Rooney chasqueó la lengua tan fuerte que incluso yo pude oírlo desde donde estaba.

—Oh —sonrió Pip—. Lo eres. Debería haberlo adivinado.

Rooney empezó a introducir los pies de vuelta en sus tacones. Probablemente porque deseaba recuperar su significativa y ventajosa altura sobre Pip.

—¡Oye! —llamó Pip alzando la voz—. ¿Por qué me odias tanto?

Rooney se detuvo.

—¡Sí, eso es! —continuó Pip alzando los brazos—. ¡Ya lo he dicho! ¿Por qué me odias? Ambas estamos borrachas, así que tal vez podamos resolverlo. ¿Es porque Georgia era mi mejor amiga antes de que la conocieras y ahora te estorbo?

Rooney no dijo nada. Terminó de calzarse los tacones y se irguió todo lo alta que era.

—¿O simplemente odias lo que yo soy como persona?

Rooney se dio la vuelta y declaró:

—Eres una estúpida. Y deberías haberme dejado ganar.

Hubo una pausa.

—Algunas veces consigo lo que quiero —replicó Pip con desconcertante calma—. Algunas veces, consigo ser la persona que gana.

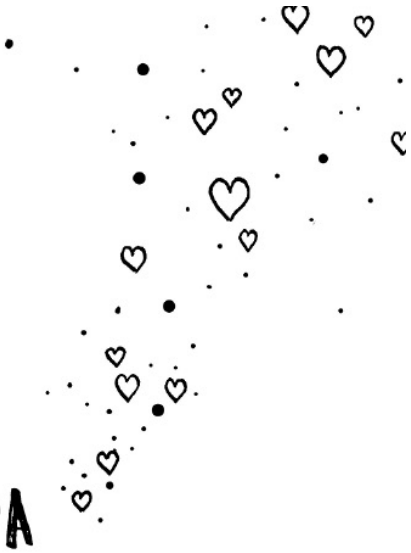
Apenas tuve tiempo de pensar en esa afirmación cuando advertí que Rooney estaba punto de explotar. Apretó las manos en un puño, y supe que se nos venía encima una tormentosa pelotera, avivada por el alcohol y demasiado embarazosa de contemplar. Necesitaba ponerle fin. Necesitaba acabar con aquello antes de que fuera a peor. Eran las dos únicas amigas que me quedaban.

Así que conseguí ponerme en pie, lo que resultó toda una proeza con mi vestido.

Abrí la boca para hablar e intentar poner fin a aquello. Incluso también para intentar ayudar.

Pero lo que sucedió es que toda la sangre se me subió a la cabeza. Empecé a ver estrellas por el rabillo de los ojos y mis oídos se taponaron.

Y entonces me desmayé.



DERROTADA

Al recuperar la consciencia, descubrí a Pip palmeándome la cara con demasiada fuerza.

—Oh, Dios mío, oh, Dios mío, oh, Dios mío —balbuceaba.

—Por favor, deja de abofetearme —murmuré.

Rooney también estaba ahí. Su enfado ahora totalmente desaparecido de su expresión y reemplazado por un gesto de sincera preocupación.

—Maldita sea, Georgia. ¿Cuánto has bebido?

—Ca… catorce.

—¿Catorce qué?

—Catorce vasos.

—No, no es posible.

—Está bien, no puedo recordar cuánto he bebido.

—¿Y entonces por qué has dicho catorce?

—Me pareció un buen número.

Fuimos interrumpidas por unos pocos estudiantes que se asomaron por encima de los hombros de Pip y Rooney, preguntando educadamente si me encontraba bien. Noté que aún seguía en el

suelo, lo que me resultaba incómodo, de modo que me incorporé y aseguré a todo del mundo que me encontraba bien y que simplemente había bebido demasiado, lo que provocó algunas risas, antes de que se marcharan a continuar con su noche. Si mi cabeza no hubiera estado tan confusa, la situación me habría avergonzado terriblemente, pero gracias a Dios lo estaba, y lo único que pasó por mi mente fueron las muchas ganas que tenía de vomitar.

Rooney tiró de mí para ponerme en pie y rodeó mi cintura con su brazo. Un gesto que, por alguna razón, pareció molestar a Pip.

—Deberíamos ir a relajarnos un rato a la sala de cine —sugirió Rooney—. Aún nos quedan seis horas por matar. Podemos volver a ponerte sobria.

«¿Seis horas?». Estar sobria era lo último que me interesaba en ese momento.

—Nooo —murmuré, pero Rooney me ignoró o no me oyó—. Dejadme en paz. Estoy bien.

—Es evidente que no, así que durante la próxima media hora nos vamos a sentar en un puf con un poco de agua, te guste o no.

—No eres mi madre.

—Bueno, tu madre real me daría las gracias.

Rooney cargó con la mayoría de mi peso mientras caminábamos a través de los floridos y centelleantes corredores del colegio, con Pip siguiéndonos. Nadie habló hasta que llegamos a la puerta de la sala del cine y una estruendosa voz gritó desde detrás:

—¡Pip! ¡Oh, Dios mío, hola!

En mi nebuloso estado eché un vistazo a mi espalda para localizar la voz. Pertenecía a un chico que lideraba un gran grupo de gente que no reconocí, posiblemente porque eran del colegio de Pip.

—Vente con nosotros —continuó el chico—. Vamos a bailar un poco.

Pip resopló incómoda.

—Ah... Eh... —Se dio la vuelta para mirarme.

Yo no sabía qué decir, pero por suerte Rooney habló en mi nombre.

—Puedes irte. Estará bien conmigo.

Hice un gesto de asentimiento, mostrándole un tembloroso pulgar hacia arriba.

—Está bien, vale… Mmm... ¿Os veo aquí en una hora? —dijo Pip.

—Sí —contestó Rooney, y entonces nos dimos la vuelta, y Pip se marchó.

—Aquí tienes —dijo Rooney, pasándome un gran vaso de agua y un sándwich en una servilleta doblada mientras se dejaba caer a mi lado en un puf.

Los cogí obediente.

—¿Qué tiene? —pregunté, ondeando el sándwich.

—Queso y marmite.

—Una elección arriesgada —dije, dándole un mordisco—. ¿Y si no me gustara la salsa marmite?

—Era el único relleno que les quedaba, así que vas a comértelo y tendrá que valer.

Por suerte, me encantaba la salsa marmite y, aunque no fuera así, probablemente me lo habría comido porque de pronto estaba muerta de hambre. Las náuseas habían pasado y sentía el estómago dolorosamente vacío, así que devoré el sándwich mientras veíamos la película que estaban proyectando en ese momento.

Éramos las únicas personas en la habitación. A lo lejos podíamos oír el zumbido de la música del DJ en la pista de baile, que sin duda debía de ser donde se encontraba casi todo el mundo. Había también ruido de cháchara procedente de la habitación en el lado opuesto, donde se servía té gratis y sándwiches, y, ocasionalmente, alguna estruendosa risa y voces que se perdían al pasar por la puerta mientras los estudiantes continuaban con su noche, haciendo

cualquier cosa para entretenerse hasta que el baile finalizara al amanecer. A mí ya no me parecía un baile, me parecía una enorme «quedada» para dormir en la que nadie quería ser el primero en acostarse.

La película era la mejor adaptación de *Romeo y Julieta* realizada por Baz Luhrmann en los noventa con Leonardo DiCaprio. No nos habíamos perdido gran cosa. Romeo estaba caminando malhumorado por la playa, así que nos acomodamos en el puf para verla, sin hablar.

Estuvimos así, absortas, durante los siguientes cuarenta y cinco minutos.

Ese fue, aproximadamente, el tiempo que me llevó despejarme un poco y que mi cerebro empezara a funcionar de nuevo.

—¿A dónde fuiste? —fue lo primero que dije.

Rooney no apartó la vista de la pantalla.

—Estoy aquí.

—No…, antes. Te marchaste y no estabas por ningún lado.

Hubo una pausa.

—Solo charlaba con algunas personas. Lo siento. Yo… Lo siento. —Me miró—. Pero estabas bien, ¿no?

Apenas podía recordar cómo había pasado el tiempo entre la cena y la batalla del castillo hinchable. Moviéndome de un lado a otro por la sala de baile, sentada en la habitación del té o explorando la carpa, pero sin probar ninguno de los puestos.

—Sí, estaba bien —contesté.

—Bien. ¿Has bailado con Jason?

Oh. Y luego estaba eso.

—No —respondí.

—Oh. ¿Y por qué?

Quise contárselo todo.

Iba a tener que contárselo todo.

¿Sería el alcohol? ¿El ruido que llegaba del baile? ¿El hecho de que Rooney estaba empezando a conocerme mejor que nadie, solo porque dormía a dos metros de mí cada noche?

—Lo mío con Jason no va a suceder —repuse.

Ella asintió.

—Lo imaginaba… Tenía esa sensación, pero… Simplemente asumí que aún estabais quedando.

—No. Le puse fin.

—¿Por qué?

—Porque…

Tenía las palabras en la punta de la lengua. Porque soy arromántica y asexual. Pero eso sonaba un tanto torpe. Aún parecían palabras falsas en mi cerebro, palabras secretas, palabras susurradas que no pertenecían al mundo real.

Y no se trataba de que creyera que Rooney iba a reaccionar mal, porque estaba segura de que no sentiría decepción ni furia. Ella no era así.

Pero pensé que tal vez reaccionara con extrañeza. Con confusión. Con un «Vale, ¿qué coño es eso?». O que asentiría educadamente una vez que se lo explicara, pero en su cabeza estaría pensando: «Oh, Dios mío, Georgia es realmente rara».

Y, de algún modo, eso me parecía casi tan malo.

—Porque no me gustan los chicos —declaré.

Tan pronto como lo dije, comprendí mi error.

—Oh —dijo Rooney—. Oh, Dios mío. —Se enderezó, asintiendo, y tratando de asimilar la información—. No pasa nada. Joder. Quiero decir que me alegro de que te hayas dado cuenta. Y te felicito, supongo. —Se rio—. Parece mucho mejor no sentirse atraído por los chicos. Las chicas siempre son mucho más agradables. —Y entonces puso cara de espanto—. Oh, Dios mío. ¡Con todo el tiempo y energía que he dedicado a intentar emparejarte con Jason! ¿Por qué no me dijiste nada?

Antes de que tuviera tiempo de contestar, se interrumpió.

—No, lo siento, eso es una idiotez decirlo. Obviamente, estabas intentando entender lo tuyo. Está bien. Me refiero a que para eso sirve la universidad, ¿no es así? Para experimentar y descubrir quién te gusta de verdad. —Me dio unas firmes palmadas en la

pierna—. ¿Y sabes lo que eso significa? ¡Que ahora podemos centrarnos en encontrarte una chica guapa con la que puedas salir! Oh, Dios mío. Conozco un montón de chicas guapas a las que les gustarías. Tienes que venir conmigo una noche la semana que viene. Puedo presentarte a muchas chicas.

Durante todo el tiempo que duró su monólogo, me fui sintiendo cada vez más cabreada. Si no le decía algo, iba a perder el valor y tendría que convivir con una nueva mentira y después soportar todo el proceso de salir con alguien.

—No quiero hacer eso —rechacé, jugueteando con la ahora vacía servilleta del sándwich.

—Ah. Vale, sí. Claro. No pasa nada.

Rooney dio un sorbo a su vaso de agua y se pasó un rato mirando la pantalla.

Transcurrido un rato, volvió a la carga.

—No tienes que empezar a salir con alguien ahora mismo. Tienes mucho tiempo por delante.

«Mucho tiempo». Quise reírme.

—No creo que lo haga —dije.

—¿Hacer qué?

—Tener una cita. Nunca. Tampoco me gustan las chicas. No me gusta nadie.

Las palabras resonaron en la habitación. Se produjo una larga pausa.

Y entonces Rooney se rio.

—Estás borracha —dijo.

Lo estaba, un poco, pero esa no era la cuestión.

Y ella se había reído, lo que me molestó.

Así era exactamente como esperaba que reaccionara. Así era cómo esperaba que reaccionara todo el mundo.

Con una extraña risa de lástima.

—No me gustan los chicos —dije—. Y no me gustan las chicas. No me gusta nadie. Así que nunca voy a salir con nadie.

Durante unos instantes, Rooney no dijo nada.

Y entonces comentó:

—Escucha, Georgia. Es posible que ahora mismo sientas eso, pero… no pierdas la esperanza. Tal vez estés atravesando un momento difícil, en plan, no sé, el estrés de empezar la universidad o lo que sea, pero… algún día encontrarás a alguien que te guste. Todo el mundo lo hace.

«No, no es así», fue lo que quise decir.

No todo el mundo.

Yo no.

—Lo que me pasa es algo real —razoné—. Este… Este tipo de sexualidad existe. Cuando no te gusta nadie.

Sin embargo, no fui capaz de decir las palabras.

Aunque probablemente tampoco habría ayudado de haberlo hecho.

—De acuerdo —asintió Rooney—. Bueno, ¿y cómo sabes que eres… eso? ¿Cómo sabes que no vas a encontrar a alguien un día que realmente te guste?

La miré fijamente.

Por supuesto, no lo entendía.

Rooney no era la experta en romance que yo había supuesto. Estaba segura de que a estas alturas yo sabía más que ella del tema.

—Nunca he sentido un flechazo por nadie en mi vida —añadí, pero mi voz sonó débil y poco convincente, y mucho menos transmitía seguridad sobre quién era yo—. Me… me gusta la idea, pero… la realidad… —Me callé sintiendo un nudo en la garganta. Si intentaba explicarlo, sabía que me pondría a llorar. Aún era todo demasiado reciente. Nunca había intentado explicárselo a nadie hasta ahora.

—Entonces, ¿has besado a una chica?

La miré. Ella tenía la cabeza al nivel de mis ojos. Casi como si me retara.

—No —contesté.

—Y ¿cómo sabes que eso no te gusta?

En lo más hondo de mí, sabía que esa era una pregunta injusta. No tienes que intentar algo para saber con seguridad que no te gusta. Yo sabía que no me gustaba tirarme en caída libre. Y, desde luego, no necesitaba intentarlo para probarlo.

Pero estaba borracha. Y también ella.

—No lo sé —repliqué.

—Tal vez deberías intentarlo antes de…, ya sabes. Antes de rechazar completamente la idea de que es posible que encuentres a alguien. —Rooney volvió a reírse. No estaba intentando hacerlo por maldad. Pero así es como lo percibí.

Sabía que solo intentaba ayudar.

Y eso lo hacía aún peor.

Estaba intentando ser una buena amiga, pero estaba diciendo cosas inapropiadas porque no tenía ni la más remota idea de lo que significaba ser yo.

—Quizá —murmuré, volviendo a recostarme en el puf.

—¿Por qué no lo intentas conmigo?

Un momento.

¿Qué?

—¿Qué? —exclamé, volviendo la cabeza para mirarla.

Ella se puso de costado para que todo su cuerpo estuviera mirando hacia mí y entonces levantó ambas manos en un gesto de rendición.

—Yo simplemente quiero ayudar. No me gusta verte de ese modo. No te ofendas, pero tal vez puedas hacerte una idea de si es algo que te podría gustar. Quiero ayudar.

—Pero… tú no me gustas así —repliqué—. Incluso aunque yo fuera gay, no tendría por qué sentir algo necesariamente solo porque tú eres una chica.

—Está bien, quizá no —concedió con un suspiro—. Es solo que no quiero ver cómo renuncias sin haberlo intentado.

Estaba empezando a cabrearme y comprendí que se debía a que lo que estaba haciendo no era «renunciar».

Era aceptar.

Y quizá, solo quizá, eso podría ser algo bueno.

—¡No quiero que pienses que vas a estar triste y sola para siempre! —alegó, y fue en ese momento cuando me rompí un poco.

¿Era eso todo lo que yo sería? ¿Alguien triste y solo? ¿Para siempre?

¿Acaso me había condenado por atreverme a pensar en esa parte de mí?

¿Estaría aceptando una vida de soledad?

Tan pronto como esas preguntas surgieron en mi mente, fue como si se abriera una compuerta y todas las dudas con las que había estado luchando se desbordaran.

«Quizá solo fuera una fase».

«Quizá eso era renunciar».

«Quizá debía seguir intentándolo».

Quizá, quizá, quizá.

—De acuerdo, vale —dije.

—¿Lo quieres intentar?

Suspiré, derrotada, cansada. Estaba tan cansada de todo esto.

—Sí. Adelante.

Realmente no podía ser mucho peor que lo sucedido con Jason, ¿no es cierto?

Y entonces ella se inclinó sobre mí.

Fue diferente. Rooney estaba acostumbrada a besos más profundos y largos de una clase totalmente diferente.

Ella mandaba. Y yo traté de imitarla.

Lo detesté.

Lo detesté al igual que había detestado el beso con Jason. Detesté lo cerca que estaba su cara de la mía. Detesté la sensación de sus labios moviéndose sobre los míos. Detesté su aliento en mi piel. Mis ojos no dejaron de parpadear, tratando de captar algún indicio de cuándo se iba a acabar, mientras ella llevaba su mano a mi nuca, para acercarme aún más.

Intenté imaginar que hacía esto con una persona que me gustaba, pero fue como un espejismo. Cuanto más intentaba pensar en ese escenario, más rápido se desintegraba.

Nunca, nunca en mi vida iba a disfrutar de esto. Con nadie.

No era solo que me disgustaran los besos. Ni tampoco el miedo o el nerviosismo o saber que aún no había encontrado a la persona adecuada. Esto era una parte de mí. No experimentaba la sensación de atracción, de romance, de deseo que otras personas sentían.

Y nunca iba a tenerla.

Realmente no había necesitado que nadie me besara para descubrirlo.

Rooney, por otro lado, estaba dándolo todo, lo que supuse que haría con todo el mundo. La forma en que besaba daba a entender que realmente yo le gustaba, pero de pronto comprendí que yo la conocía mejor que eso. No se trataba de la otra persona. Ella lo estaba haciendo para sentirse mejor consigo misma.

No me quedaba energía para intentar comprender lo que eso significaba.

—Oh —exclamó una voz por detrás de nosotras.

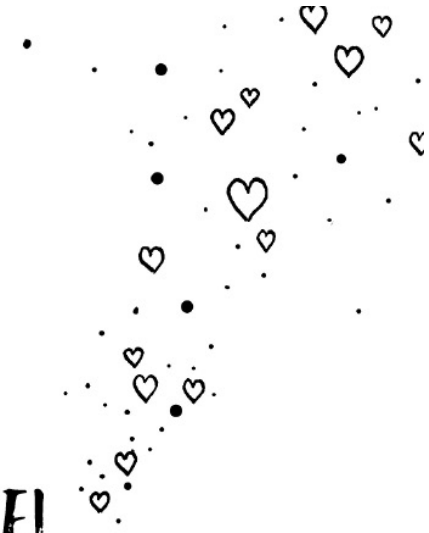
Rooney se apartó de mí de inmediato, y yo, confusa y un poco incómoda por toda esa situación, me volví para ver quién era.

En realidad, debí adivinarlo.

Porque el universo parecía haberla tomado conmigo.

Pip llevaba su chaqueta doblada en un brazo y un sándwich en la otra mano.

—Yo… —balbuceó y, entonces, su voz se quebró. Me estaba mirando con ojos enormes, y luego a Rooney, y luego de nuevo a mí —. Te había traído un sándwich, pero… —Bajó la vista al pan—. Pero… maldita sea. —Nos volvió a mirar a las dos—. Guau. ¡Que os jodan a las dos!



FLORES DE PAPEL

Rooney se puso en pie de un salto.

—Espera un momento, no estás entendiendo en absoluto lo que estaba pasando.

Pip la miró con dureza.

—Creo que está muy claro lo que estaba pasando —replicó—. Así que no intentes insultar mi inteligencia tratando de negarlo.

—No lo intento, pero…

—Si esto estaba pasando, al menos podríais habérmelo contado. —Se volvió para mirarme, su cara aterradoramente desprovista de emoción—. Al menos podrías habérmelo contado.

Y entonces se marchó de la habitación.

A Rooney le faltó tiempo para correr tras ella, y yo la seguí lo más rápido que pude. Necesitaba explicarlo. Rooney necesitaba explicarlo.

Las tres necesitábamos dejar de mentir, actuar y fingir constantemente.

Rooney agarró el hombro de Pip justo cuando esta llegó al final del corredor y la obligó a darse la vuelta para mirarla.

—Pip, solo escucha…

—¿El qué? —gritó Pip, y luego bajó la voz cuando algunos estudiantes que pasaban se volvieron a mirar curiosos—. Si habéis decidido liaros me parece bien, por mí podéis iros y follaros la una a la otra y disfrutarlo, pero al menos podríais haber tenido la decencia de informarme para que yo intentara frenar mis sentimientos y ahora mismo no me sintiera jodidamente destrozada. —Su voz se rompió y aparecieron lágrimas en sus ojos.

Yo quería explicarme, pero no podía hablar.

Había arruinado mi amistad con Jason y ahora estaba destruyendo mi amistad con Pip.

—¡Yo no, nosotras no, nosotros no estamos juntas! —Rooney hizo un gesto hacia mí con furia—. ¡Lo juro! ¡Ha sido mi jodida idea porque soy una idiota! Georgia ha estado imaginando cosas terribles y yo no he hecho más que complicarlo, empujándola a que saliera con Jason como un experimento cuando ella realmente no quería hacerlo, y ahora esto…

Era como si las paredes a nuestro alrededor se estuvieran desmoronando. Pip apretó sus puños.

—Espera… —Se volvió hacia mí—. ¿Lo tuyo con Jason… fue solo un experimento?

—Yo… —Quise decir que no, que no lo había sido, que creí que me gustaba, que deseaba con todas mis fuerzas enamorarme de él, pero… ¿sería eso mentira?

El rostro de Pip se desmoronó. Dio un paso hacia mí y, de pronto, empezó a gritarme.

—¿Cómo has podido hacer eso? ¿Cómo has podido hacerle eso?

Di un paso atrás, sintiendo cómo las lágrimas se agolpaban en mis ojos. No llores. No llores.

—¡Deja de culparla! —gritó Rooney en respuesta—. ¡Estaba tratando de averiguar su sexualidad!

—¡Bueno, pues no debería haberlo hecho con nuestro mejor amigo que justo acababa de salir de una relación que le hizo sentir

como una mierda!

Tenía razón. Yo lo había estropeado todo. Lo había estropeado de la peor forma.

Rooney trató de poner una distancia física entre Pip y yo introduciendo un brazo en medio.

—¡Deja de intentar desviar la atención a otra cosa cuando sabemos de qué va todo esto!

—¿Ah, sí? —Pip bajó la voz. Había un rastro de lágrimas en sus mejillas—. ¿Y de qué va todo esto, entonces?

—Del hecho de que me odias. De que crees que estoy tratando de separarte de Georgia porque ella es una de tus dos mejores únicos amigos, y me desprecias porque crees que estoy reemplazándote en su vida.

Hubo un silencio. Los ojos de Pip se agrandaron.

—No tienes ni idea —la increpó con voz ronca y se dio la vuelta —. Me voy.

—¡Espera! —dije. La primera jodida cosa que decía.

Pip se giró e intentó decir algo a través de sus lágrimas.

—¿Qué pasa? ¿Tienes algo que decir?

No lo tenía. No pude formar las palabras.

—Eso es lo que pensaba —espetó—. Nunca tienes nada que decir.

Y entonces se marchó.

Rooney fue tras ella, pero yo me quedé donde estaba. Las paredes a mi alrededor estaban decoradas con flores de papel. Por encima de mí había parpadeantes guirnaldas de luces. Los estudiantes pasaban, riendo, cogiéndose las manos, vistiendo elegantes trajes y brillantes vestidos. La canción que sonaba en el aire era «Young Hearts Run Free» («Los corazones jóvenes vuelan libres»), de Candi Staton.

Detesté todo aquello.



Vagué por corredores tenuemente iluminados entre la ruidosa multitud. Me quedé al borde de la sala de baile mientras la banda terminaba su actuación, tocando una canción lenta para que todas las parejas pudieran abrazarse y contonearse. Aquello me hizo sentir enferma.

Rooney y Pip no estaban por ninguna parte, así que regresé a mi habitación. Era la única cosa que se me ocurrió hacer. Me miré en el espejo durante largo rato, preguntándome si aquel sería el momento en el que me desmoronaría, dejaría escapar mi angustia y empezaría a llorar por haberlo jodido todo. Lo había jodido todo en mi búsqueda por averiguar quién era. A pesar de que Pip y Jason tenían sus propios problemas a los que enfrentarse, yo solamente había estado pensando en mí misma.

Pero no lloré. Me quedé en silencio. Ya no quería seguir despierta más tiempo.

Me acosté durante unas pocas horas y cuando desperté pude oír los golpes sordos de los de la habitación de arriba teniendo sexo.

Esa fue, quizá, la gota definitiva.

¿Acaso todo el mundo estaba teniendo sexo y enamorándose constantemente? ¿Por qué? ¿Cómo podía ser justo que todo el mundo tuviera esas sensaciones salvo yo?

Deseé que todo el mundo dejara de hacerlo. Deseé que el sexo y el amor no existieran.

Salí hecha una furia de la habitación, sin molestarme siquiera en coger mi teléfono y corrí escaleras arriba subiendo de dos en dos los peldaños, aún sin saber bien lo que iba a hacer cuando llegara allí, pero al menos averiguaría de quién era la habitación y quizá, más adelante, podría seguirlos y decirles que dejaran de hacer tanto ruido…

Cuando alcancé la habitación del corredor que estaba justo encima de la mía, me detuve y me quedé paralizada.

Era un cuarto de servicio. Dentro había seis lavadoras y seis secadoras.

Una de las máquinas estaba en marcha y producía un rítmico golpeteo contra la pared.

De vuelta en mi habitación, advertí que solo quedaban diez minutos para las seis de la mañana, la hora de las legendarias «fotos de supervivientes».

Bajaría a echar un vistazo y descubrir cuánta gente había logrado resistir.

La respuesta fue que no demasiada. De los cientos de estudiantes que habían abarrotado anoche el colegio, apenas quedaban unos ochenta, y todos se habían congregado en la sala de baile. Un fotógrafo con aspecto cansado esperaba a que los ebrios estudiantes, privados de sueño, se organizaran en filas. Dudé si unirme a ellos o no. En cierto modo, me sentía como un fraude, puesto que básicamente había estado durmiendo las últimas cinco horas.

—¡Georgia!

Me volví temiendo enfrentarme a Jason, a Rooney o a Pip, pero no era ninguno de ellos.

Sunil se me acercó desde la puerta de la sala de baile. Tenía la pajarita deshecha, su chaqueta azul bebé colgaba de un brazo y parecía asombrosamente espabilado para ser las seis de la madrugada.

Sus manos aferraron la parte alta de mis brazos y me zarandeó ligeramente.

—¡Lo has conseguido! ¡Has conseguido aguantar hasta las seis! Estoy impresionado. Cuando era novato no logré pasar de la medianoche.

—He dado… una cabezadita —admití.

Sunil se rio.

—Bien hecho. Hay que tener estrategia para estas cosas. Jess también se fue a echar una siesta hace un par de horas, pero no ha logrado resurgir, así que creo que este año ha vuelto a fallar.

Parpadeé. No sabía qué decirle.

—Así que ¿ninguno lo ha logrado? ¿Rooney? ¿Pip? ¿Jason?

—Uh… —Miré alrededor. Ni Rooney, Pip o Jason aparecían por ningún lado. No tenía ni idea de dónde estaban.

—No. Solo yo.

Sunil asintió.

—Oh, bueno. Ya podrás presumir mañana. —Pasó un brazo por mi hombro y empezamos a caminar hacia la masa de estudiantes—. ¡Eres una superviviente!

Traté de sonreír, pero era como si el labio no me respondiera. Sunil no lo advirtió, demasiado ocupado en llevarnos hacia delante.

Volví a parpadear.

Y entonces lo dije.

—Creo que podría ser… asexual. Y también arromántica. Ambas cosas.

Sunil dejó de andar.

—¿En serio? —preguntó.

—Mmm..., sí —asentí mirando al suelo—. Mmm. Y la verdad es que no sé qué hacer con ello.

Sunil se quedó muy quieto durante un instante. Entonces se movió, al tiempo que su brazo abandonaba mi hombro, y se volvió para quedarse justo frente a mí. Posó las manos en mis hombros y se inclinó ligeramente para que nuestras caras estuvieran a la misma altura.

—No hay nada que hacer, Georgia —dijo suavemente—. No hay nada que hacer en absoluto.

Y entonces el fotógrafo empezó a impacientarse y a gritar a todo el mundo para que se colocara, así que Sunil nos abrió un hueco hasta el centro del grupo y nos apretamos en la tercera fila junto a un par de amigos suyos y, cuando se dio la vuelta para hablar con ellos, por fin comprendí que lo que había dicho era una verdad indiscutible. Ahora lo sabía.

Sunil se giró de nuevo hacia mí, me apretó el hombro y dijo:

—Vas a estar bien. No hay nada que tengas que hacer excepto ser.

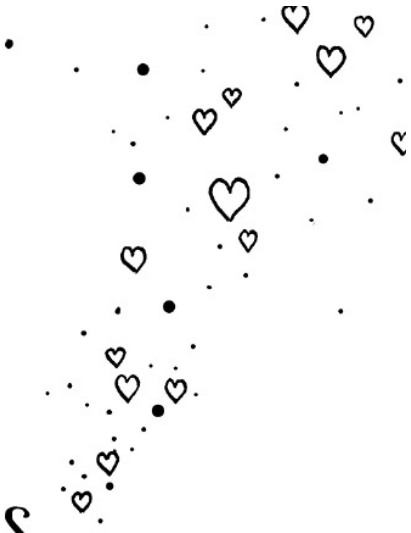
—Pero… ¿qué pasa si lo que soy es… nada? —Exhalé y parpadeé mientras el fotógrafo sacaba la primera foto—. ¿Qué pasa si no soy nada?

—Tú no eres nada —contestó Sunil—. Tienes que creer en ello.

Quizá podía hacerlo.

Quizá podía creer.

Cuarta parte



PERSONAS TOTALMENTE OPUESTAS

La mañana después del baile Bailey, Rooney regresó a nuestro dormitorio casi a mediodía. Yo aún estaba dormida, pero ella pateó la puerta con tal fuerza que rebotó contra la pared y, luego, dijo algo sobre que había dormido en la habitación de algún chico, antes de quitarse los zapatos y dejarlos caer, despojarse del vestido por la cabeza y quedarse en el centro de la habitación, mirando fijamente a Roderick, la planta de interior, que básicamente estaba a punto de perecer. Y entonces se metió en la cama.

No hizo un solo comentario sobre lo que había ocurrido conmigo o con Pip.

Pero yo tampoco quería hablar con ella, de modo que, en cuanto me levanté y vestí, me marché a la biblioteca. Me dirigí directamente a la planta superior, donde había mesas situadas detrás de altas estanterías de libros de finanzas y economía, y me quedé allí hasta la hora de cenar, terminando uno de los trabajos que debía entregar ese trimestre e intentando no pensar en nada de lo que había

sucedido. Definitivamente, no estaba pensando en nada de lo sucedido.

Cuando regresé al colegio, Rooney se despertó justo a tiempo para la cena en la cafetería del colegio.

Bajamos juntas, sin decir nada, y cenamos también juntas, sentadas al lado de un grupo de estudiantes que identifiqué como conocidos de Rooney; pero ella continuó sin hablar.

Al volver a la habitación, ella se cambió para ponerse el pijama y se metió directa en la cama quedándose dormida rápidamente. Yo permanecí despierta, mirando la chaqueta de Pip en un rincón de la habitación, la misma que se había dejado allí la Semana de los Novatos. La misma que me olvidaba siempre de devolverle.

Cuando desperté ese domingo en nuestra habitación, me sentí muy sucia, pues no me había duchado desde antes del baile Bailey.

Así que me duché, me vestí con una camiseta limpia y una chaqueta de punto gruesa, y salí de la habitación, dejando a Rooney en su cama, de la que solo asomaba su coleta por encima de la colcha.

Volví de nuevo a la biblioteca con intención de terminar otro ensayo. Mis primeros trabajos del curso debían entregarse antes de las vacaciones de Navidad, y aún me quedaba mucho por hacer. Pero una vez que me adentré en la biblioteca con mi tarjeta del campus y encontré una mesa vacía, permanecí sentada frente a mi portátil, contemplando antiguos mensajes intercambiados con Pip y Jason en nuestro grupo de chat.

Redacté un mensaje por separado para cada uno de ellos. Me llevó dos horas.

El de Jason decía:

Georgia Warr

Siento mucho, mucho, todo lo sucedido. No pensé detenidamente en cómo esto podría afectarte, solo estaba pensando en mí misma. Tú eres una de las personas más importantes en mi vida y me he aprovechado de ello sin pensarlo. Te mereces alguien

que te adore. Desearía con todas mis fuerzas poder sentir de ese modo, pero no puedo; yo, literalmente, no siento atracción por nadie, no importa el género. He intentado hacer lo imposible por ser así, pero no lo soy. Siento mucho todo lo sucedido.

Y a Pip le envié:

Georgia Warr
Hola, sé que no quieres hablar conmigo, y lo entiendo, pero me gustaría que conocieras los hechos: Rooney me besó porque me sentía muy confusa sobre mi sexualidad y quería ayudarme a descubrir si me gustaban las chicas. Fue algo muy estúpido por parte de las dos, que además no me ayudó en absoluto, puesto que no era lo que yo quería hacer, y para colmo íbamos pedo. No estamos saliendo juntas y ambas lo lamentamos sinceramente. Así que lo siento de verdad.

Ambos leyeron los mensajes durante la hora siguiente. Pero ninguno me contestó.

A pesar de que vivíamos, literalmente, en la misma habitación, la primera conversación en condiciones que tuve con Rooney después de los sucesos del baile Bailey se produjo el lunes anterior a que terminara el trimestre, en la presentación de una clase de teatro. Yo estaba sentada sola al fondo, lo que era mi sitio habitual, cuando ella apareció en mi visión periférica y se sentó a mi lado.

Iba vestida con su ropa de clase: mallas, un polo del St. John's y el pelo recogido en una coleta alta, pero sus ojos parecían desquiciados cuando me miró y esperó a que le dijera algo.

Yo no quería hablarle. Estaba enfadada con ella. Sabía que lo sucedido había sido culpa mía tanto como suya, pero estaba enfadada por cómo había reaccionado cuando intenté explicarle mis sentimientos.

Ella ni siquiera se había molestado en entenderlo.

—Hola —dije en tono seco.

—Hola —contestó—. Necesito hablar contigo.

—Yo… no quiero hablar contigo —repliqué.

—Lo sé. No tienes que decir nada si no quieres.

Pero entonces ninguna de las dos pudo hacerlo, porque ambas nos vimos interrumpidas por la aparición del profesor para dar su clase sobre la obra teatral de Harold Pinter «Fiesta de cumpleaños».

En lugar de olvidarse del tema, Rooney sacó su iPad de la bolsa, lo colocó en la mesa delante de las dos, abrió la aplicación de notas y lo deslizó suficientemente cerca de mí para que pudiera ver la pantalla. Entonces empezó a teclear, y supuse que estaba tomando notas de clase, pero de pronto se detuvo y empujó el aparato hacia mí.

Siento mucho lo que sucedió en el baile Bailey. Fue únicamente culpa mía, me porté como una jodida gilipollas cuando estabas intentando contarme algo importante.

Oh. Vale.

Eso no me lo esperaba.

Miré a Rooney. Ella alzó las cejas e hizo un gesto hacia su iPad, indicándome que respondiera.

¿Qué se supone que debía decir?

Alcé las manos con disimulo y comencé a escribir.

Está bien.

Rooney hizo una pausa y luego empezó a escribir frenéticamente en el teclado.

Sé que estábamos pedo, pero eso no disculpa la forma en que actué. ¿Sabes cuando los chicos hetero descubren que una chica es gay y actúan en plan «Ja, ja, eso es porque nunca me has besado, así que cómo puedes saber que eres gay»? ¡¡¡Pues yo te hice básicamente lo mismo!!! Todo este tiempo he estado dándote el coñazo para que tuvieras una relación y besaras a gente y salieras ahí fuera… No he parado de decirte que intentaras salir con Jason y, cuando quisiste explicarme que no querías nada de eso, ni siquiera te escuché. Y luego pensé que besarte sería una buena idea, ¡¡¡porque yo siempre creo que besar lo resuelve todo!!!

Llevas meses tratando de descubrir tu sexualidad y yo lo he hecho todo mal. TODO.

Tenía demasiadas ideas fijas sobre cómo debe vivir la gente un romance y el sexo y todo eso, pero… solo son un montón de basura y lo siento muchísimo.
Soy una completa idiota y una gilipollas.
Quiero que me digas que soy una gilipollas.

Alcé una ceja y luego tecleé:

Está bien, eres una gilipollas.

Rooney sonrió al verlo.

R —Gracias.
G —De nada.

Ni siquiera esperaba que se disculpase, y mucho menos aún que entendiera que lo que había hecho no estuvo bien.
Pero lo entendía.
Decidí ser clara y escribí:

Pues, por lo que parece, soy una arromántica asexual.

Rooney me lanzó una mirada.
Pero no la mirada de «Qué demonios es eso» que esperaba.
Sino una mirada de curiosidad. Curiosa. Un poco preocupada, quizá, pero no en el mal sentido.
Solo queriendo entender sinceramente qué me estaba pasando.

Ya, yo también me he sentido confundida por ello. Ja, ja.
Significa que no siento atracción por nadie en un sentido romántico o sexual, sin importar su género.
Lo he descubierto hace poco.

Rooney me observó teclear. Entonces se tomó un momento para considerarlo antes de responder.

R —Guau… ¡¡¡Ni siquiera sabía que existiera algo así!!! Siempre supuse que solo… existía la opción de que te gusten los chicos o las chicas, o una especie de mezcla.

G —Ja, ja, a mí me pasaba igual.

De ahí mi confusión.

R —Parece algo muy difícil de descubrir… ¡¡¡Estoy muy orgullosa de ti!!!

Aquella estaba muy lejos de ser la respuesta perfecta para alguien que acaba de salir del armario. Pero era algo tan propio de Rooney que me hizo sonreír.

R —¿Ahora te sientes mejor?

G —Para ser sincera, aún no.

Pero creo que lo estaré con el tiempo. Me refiero a que… comprender y aceptar que así es como soy es el primero de los pasos y supongo que ese ya lo he dado.

Antes de teclear una respuesta, Rooney simplemente posó su cabeza en mi hombro y la dejó allí durante algunos segundos, en lugar de darme un verdadero abrazo, lo que habría sido un tanto difícil en mitad de clase.

R —Supongo que no puedo entenderlo del todo, pero aquí me tienes para lo que quieras. ¡Como si alguna vez te apetece despotricar de ello o simplemente hablar del tema!

G —¿En serio?

R —Georgia. Somos amigas.

G —Oh.

R —Me refiero a que nos hemos besado. O algo así. Nos hemos liado platónicamente.

G —Soy consciente.

R —Lo siento por ello. Una vez más. ¿¿¿Realmente te resultó tan terrible???

G —Pues sí. Fue una sensación un poco repugnante.

R —¡Oh!

G —Sin ofender.

F —No, me gusta. Definitivamente eres mi antiyó.

G —Somos personas totalmente opuestas, sí.

R —Muy reconfortante.

G —Me gusta para nosotras.

R —Sabroso.

G —Contenido delicioso.

R —Al cien por cien.

A las dos nos entró la risa tonta y entonces no pudimos parar hasta que el profesor nos tuvo que llamar la atención y nos miramos la una a la otra sonriendo. Todo lo demás podía ser una mierda. Había hecho daño a mis dos mejores amigos y sabía que aún me quedaba un largo camino por recorrer antes de poder empezar a aceptar quién era, pero al menos tenía a Rooney sentada a mi lado, riendo, en lugar de llorar.



ARROMÁNTICA ASEXUAL

Internet puede ser una bendición y una maldición. Cuando escribí en Google «arromántica asexual» aparecieron tal cantidad de páginas que no me sentí ni mental ni emocionalmente preparada para estudiarlas. Era la primera vez que buscaba ese término, pero salí rápidamente del buscador y no volví a abrirlo durante todo el día.

Mi instinto animal era así de estúpido.

Esto es falso.

Esto es algo creado en Internet totalmente estúpido y falso y que no tiene nada que ver conmigo.

Y, sin embargo, era yo. Sunil y Jess no eran los únicos. Había miles de personas en Internet que se identificaban con esa orientación y estaban felices de ser así. De hecho, la gente llevaba utilizando la palabra «asexual» como una identidad sexual desde fechas tan tempranas como 1907. Así que ni siquiera era «algo de Internet».

Para ser justos, Sunil me lo había explicado muy concisamente. Internet simplemente me sirvió para informarme de que asexual significa sentir muy poca o ninguna atracción sexual, y arromántico

significaba muy poca o ninguna atracción romántica. Pero una búsqueda más intensa en la red me hizo descubrir que actualmente existía un gran debate por esas definiciones, porque las experiencias y sentimientos de la gente podían ser absolutamente diferentes, pero, llegados a ese punto, decidí, una vez más, dejar de investigar.

Era demasiado. Demasiado confuso. Demasiado nuevo.

Me pregunté si alguna vez Sunil se habría sentido así sobre su propia sexualidad y, después de investigar en su perfil de Instagram durante un rato, descubrí que tenía un blog. Se llamaba «Diario de un chelista en Durham», y en él hablaba sobre todo tipo de cosas: estudiar música, actividades de Durham, su rutina diaria, su papel en la Sociedad del Orgullo y en la orquesta estudiantil. También había hecho algunos comentarios sobre la asexualidad. Uno de ellos me llamó especialmente la atención. Contaba cómo en un principio le había resultado difícil aceptar su asexualidad. Por lo general, la sexualidad era un tema tabú en la cultura india, explicaba, y, cuando intentó buscar apoyo, descubrió que la comunidad asexual, incluso *online,* era increíblemente blanca. Pero, al final, encontró un grupo de asexuales indios *online* y empezó a sentirse orgulloso de su identidad.

Sunil, sin duda alguna, había hecho un viaje muy diferente al mío, y muchas de las cosas con las que había tenido que enfrentarse yo no tendría por qué pasarlas, puesto que era blanca y cisgénero. Pero resultaba reconfortante saber que él también había sentido cierta ansiedad por ser asexual. La gente no siempre aceptaba quién era desde el primer momento.

Muy pronto encontré el valor para continuar investigando en Google.

Al parecer, mucha gente asexual aún deseaba tener sexo por toda clase de razones diferentes, pero algunas se sentían totalmente indiferentes sobre ello, y otras, como yo había creído en un primer momento, lo despreciaban directamente. Había gente

asexual que todavía se masturbaba y otros que no tenían libido en absoluto.

También resultó que mucha gente arromántica aún quería tener relaciones románticas, a pesar de no poseer esos sentimientos. Mientras que otros nunca habían querido tener una pareja romántica.

Además, la gente se identificaba con toda suerte de combinaciones románticas y sexuales: había gais asexuales, como Sunil, o arrománticos bisexuales, como Jess, o asexuales heteros, pansexuales arrománticos y un montón más. Algunas personas asexuales y arrománticas preferían no encasillar sus atracciones con dos etiquetas, y otros simplemente utilizaban la palabra *queer* para englobarlo todo. Hubo palabras que tuve que buscar en la red, como «demisexual» y «greyrromántico», pero incluso después de buscarlas seguí sin saber bien lo que significaban.

Los espectros arrománticos y asexuales no eran simples líneas rectas. Eran como gráficos de radar con al menos una docena diferente de ejes.

Era demasiado.

Demasiado, demasiado.

La clave del asunto era que yo no experimentaba sentimientos románticos o sexuales por nadie. Por ni una sola y maldita persona que hubiera conocido o que pudiera conocer alguna vez.

Así que esa era yo.

Arromántica.

Asexual.

Seguí repitiendo las palabras hasta que al menos sonaron reales en mi mente. Aunque quizá no sonaran tan reales en la mente de la mayoría de la gente. Pero yo podía hacerlas reales en la mía. Podía hacer lo que quiera que demonios me apeteciera.

Las susurré varias veces para mis adentros, hasta que sonaron como un hechizo mágico. Y las evocaba mientras me quedaba dormida.

No estoy segura de cuándo empecé a percibir que ya no sentía una melancólica angustia por mi sexualidad. Ese «pobre de mí, soy alguien sin amor» había desaparecido.

Ahora solo quedaba rabia.

Me sentía tan furiosa.

Por todo.

Me sentía furiosa con el destino por haberme dado esas cartas. A pesar de que sabía que no había nada malo en mí —mucha gente era así, no estaba sola, quiérete a ti misma o lo que fuera—, no tenía idea de cómo llegar hasta el punto en el que dejara de percibir mi condición como una carga y, en su lugar, la sintiera como algo bueno, algo que podía celebrar, algo que podía compartir con el mundo.

Me sentía furiosa con cada pareja con la que me cruzaba por la calle. Con cada pareja a la que veía cogiéndose de la mano, cada vez que veía a la pareja del dormitorio de al lado flirtear en la cocina del fondo del pasillo. Cada vez que veía a dos personas tonteando en la biblioteca o en la cafetería. Cada vez que uno de los autores que me gustaban publicaba un nuevo relato fan-fic.

Me sentía furiosa con el mundo por hacerme odiar quién era. Estaba furiosa conmigo misma por haber permitido que esos sentimientos arruinaran mi amistad con las mejores personas del mundo. Estaba furiosa con cada una de las películas románticas, con cada uno de los fan-fic, con cada pareja idílica que me había hecho desear encontrar el romance perfecto. Era, sin duda, debido a todo ello por lo que esta nueva identidad me resultaba como una pérdida, cuando en realidad debería haber sido un hermoso descubrimiento.

Y, finalmente, el hecho de que me sintiera furiosa por todo ello solo me hacía estar más furiosa, porque sabía que no debería sentirme así por ninguna de esas cosas. Pero lo estaba, y pretendo ser muy sincera en esto, ¿vale? Vale.



AMOR VERDADERO

La realidad de la situación con Pip y Jason solo se abatió sobre mí cuando ambos abandonaron la Sociedad Shakespeare el mismo día. El último día del trimestre.

Ni siquiera se molestaron en hacerlo en persona.

No albergaba grandes esperanzas de que asistieran al ensayo el viernes antes de Navidad, pero Rooney y yo acudimos de todos modos, abrimos la sala, encendimos el calentador eléctrico y movimos las mesas a un lado. Sunil no pareció caer en la cuenta, pues se presentó con un abrigo que era básicamente una manta, luciendo una sonrisa en su cara. No supimos qué decirle.

Diez minutos después de la hora en que tendrían que haberse presentado, Pip mandó un mensaje al grupo de chat.

Felipa Quintana
Hola, Jason y yo hemos decidido que ya no vamos a seguir en la obra, tenemos mucho lío con otros trabajos y esas cosas. Buscad a alguien para reemplazarnos
Lo siento

Yo lo vi primero y luego se lo pasé a Rooney.

Ella lo leyó. Advertí cómo se mordía los carrillos por dentro. Durante un instante pareció furiosa. Entonces me devolvió el teléfono y se dio la vuelta para que ni Sunil ni yo pudiéramos notar lo disgustada que estaba.

Sunil fue el último en ver el mensaje. Alzó la vista hacia nosotros con expresión confusa y preguntó:

—¿Qué... qué ha pasado?

—Tuvimos… tuvimos una pelea —contesté, porque no sabía cómo explicarle que el pequeño grupo se había ido a la puta mierda mientras él seguía siendo un inocente espectador que solo quería formar parte de una divertida sociedad teatral.

Y todo por mi culpa.

Yo siempre me había sentido sola, creo.

Creo que mucha gente se siente sola. Rooney. Pip. Quizá incluso Jason, aunque nunca lo ha manifestado.

Había pasado mi vida adolescente sintiéndome sola cada vez que veía a una pareja en una fiesta, o a dos personas besándose a las puertas del colegio. Me había sentido sola cada vez que leía en Twitter alguna propuesta de matrimonio chula, o a alguien festejando su quinto aniversario en Facebook, o incluso al ver fotos de parejas que colgaban alguna historia de Instagram, viendo juntos la televisión sentados en el sofá con su perro. Me sentía sola porque yo no había experimentado nada de eso. Y me sentía aún más sola cuando empecé a creer que nunca lo haría.

Pero esta soledad de estar sin Jason y Pip era aún peor.

Los amigos son automáticamente clasificados como menos importantes que las parejas románticas. Yo nunca había cuestionado esa afirmación. Era simplemente el modo en el que el mundo funcionaba. Supongo que siempre sentí que la amistad no podía competir con lo que te ofrecía una pareja y que nunca experimentaría el amor real hasta que encontrara el romance.

Pero si eso hubiera sido cierto, probablemente no me habría sentido así.

Quería a Jason y a Pip. Los quería porque no me exigían que estuviera pendiente de ellos. Me gustaba que pudiéramos sentarnos juntos en silencio. Me gustaba que conocieran todas mis comidas favoritas y que supieran al instante cuál era mi estado de ánimo. Me gustaba el estúpido sentido del humor de Pip y cómo conseguía que cada habitación en la que entrara se convirtiera en un lugar más feliz. Me gustaba cómo Jason sabía exactamente lo que decir cuando estabas alterada y cómo calmarte siempre.

Quería a Jason y a Pip. Y ahora se habían ido.

Había estado tan desesperada persiguiendo mi idea del amor verdadero que ni siquiera pude reconocerlo cuando lo tenía delante de mis narices.



Posé una fría mano contra mi coche, que estaba aparcado al fondo del sendero de entrada a mi casa. Lo había echado de menos.

Había otros tres coches aparcados también en la entrada y cuatro más en la calzada, lo que solo podía significar una cosa: toda la familia Warr se había reunido en nuestra casa. No era algo inusual en casa de los Warr en época navideña, pero una fiesta familiar el 21 de diciembre parecía un tanto prematura, y no era precisamente el entorno al que hubiera preferido regresar después de haber pasado un trimestre infernal en la universidad.

—¿Georgia? ¿Qué estás haciendo?

Mi padre estaba sujetando la puerta de entrada para mí. Me había ido a recoger a la estación.

—Nada —contesté, retirando la mano de mi coche.

Se oyó una especie de ovación unánime de los veinte miembros o más de mi familia que se habían congregado en el salón para recibirme. Supongo que era todo un detalle. Había olvidado lo que era estar rodeada de tanta gente que sabía quién era yo.

Mamá me dio un gran abrazo. Mi hermano mayor, Jonathan, y su mujer, Rachel, también se acercaron a abrazarme. Entonces mi madre no perdió tiempo en ponerme a preguntar lo que quería cada uno para el té y el café e informarme del horario, hora por hora, de la semana siguiente, incluyendo el hecho de que mi tía, mi tío y mi prima Ellis se quedarían con nosotros hasta el día 26. Como si hubiéramos organizado una gran fiesta familiar de pijamas.

—No te importa que Ellis comparta tu habitación, ¿verdad? —preguntó mi madre.

No me entusiasmaba este giro de los acontecimientos, pero me gustaba Ellis, así que no estaría tan mal.

Mi habitación seguía exactamente como la dejé: libros, televisión, un juego de sábanas de rayas, aparte de la incorporación de un colchón hinchable para Ellis. Me lancé directamente sobre mi cama. Olía como debía.

Ni siquiera al final del trimestre la universidad me había dado la sensación de hogar.

—¡Vamos, venga! —graznó mi abuela cuando me deslicé a su lado en el sofá—. ¡Cuéntanoslo todo!

Y por «todo» no quería decir que les explicara cómo había destruido totalmente mi pequeño grupo de amigos, descubriendo a mi pesar que yo no era hetero, sino que, de hecho, poseía una sexualidad de la que muy poca gente en la vida real había oído hablar, o que había caído en la cuenta de que el mundo estaba tan obsesionado con el amor romántico que no pasaba una hora sin que me odiara a mí misma porque yo no podía sentirlo.

Así que, en su lugar, hablé, a ella y a los otros doce miembros de la familia que estaban escuchando, de mis clases (interesantes), mi habitación en el colegio (espaciosa) y de mi compañera de cuarto (muy simpática).

Lamentablemente, mi abuela quería algo más de cotilleo.

—¿Y qué me dices de tus amigos? ¿Has hecho buenas amistades? —Se inclinó hacia mí, dándome unas suaves palmaditas en la pierna—. ¿Has conocido a algún chico agradable? Apuesto a que hay un montón de chicos encantadores en Durham.

No odié a mi abuela por ser así. No era culpa suya. Había sido educada para creer que el objetivo primordial en la vida de una chica era casarse y formar una familia. Eso es lo que ella había hecho a mi edad, y creo que se sentía muy satisfecha por ello. Había hecho lo debido.

Pero eso no impidió que me sintiera muy muy molesta.

—De hecho —contesté, tratando con todas mis fuerzas de ocultar la irritación de mi voz—, no estoy en absoluto interesada en echarme novio.

—Oh, bueno —repuso, volviendo a palmearme la pierna—, tienes mucho tiempo para eso, mi amor. Mucho tiempo.

Pero mi tiempo es el presente, quise gritar. Mi vida está sucediendo ahora mismo.

Mi familia entonces se sumió en una conversación sobre lo fácil que era tener una relación en la universidad. Por el rabillo del ojo, distinguí a mi prima Ellis, sentada muy callada con un vaso de vino y una pierna cruzada sobre la otra. Ella me vio mirarla, mostró una pequeña sonrisa y después puso los ojos en blanco señalando al grupo que nos rodeaba. Yo le sonreí a mi vez. Quizá, al menos, podría tener un aliado.

Ellis tenía treinta y cuatro años y había sido modelo. Una modelo de pasarela en toda regla que participaba en desfiles y aparecía en anuncios de las revistas. Sin embargo, cuando tenía veintitantos, lo dejó todo y utilizó el dinero que había ahorrado para pasarse un par de años pintando, lo que, tal y como resultó, hacía muy bien. Desde entonces, era artista profesional.

Yo solo la veía un par de veces al año, pero ella siempre se venía a hablar conmigo cuando coincidíamos y me preguntaba cómo iba el colegio, qué tal eran mis amigos o si había habido algún giro reciente en mi vida. Siempre me había gustado.

No sé en qué momento empecé a notar que Ellis era una especie de blanco de las bromas en nuestra familia. Cada vez que ella y la abuela estaban en la misma habitación, esta última se las apañaba para llevar la conversación de vuelta al hecho de que todavía no estaba casada y no había proporcionado a la familia una caterva de hermosos bebés a los que arrullar. Mi madre siempre hablaba de ella como si hubiese tenido algún tipo de vida trágica, solo porque vivía sola y nunca había tenido una relación duradera.

Yo pensaba que llevaba una vida superguay. Pero supongo que siempre me había preguntado si sería feliz, o si vivía triste y sola, deseando desesperadamente tener un romance, al igual que me sucedía a mí.

—¿Entonces no tienes novio? —me preguntó, cuando me dejé caer a su lado esa noche en la galería.

—Lamentablemente, no —repuse.

—Suenas un poco sarcástica.

—Es posible.

Ellis sonrió y sacudió la cabeza.

—No te preocupes por la abuela. Lleva diciéndome las mismas cosas durante los últimos quince años. Creo que le asusta morir sin haber tenido bisnietos.

Me reí, pese a que era algo que ya me había planteado y me hacía sentir mal. No quería que mi abuela muriera infeliz.

—Y bien… —continuó Ellis—. ¿Has tenido alguna… amiga, entonces?

Me llevó un momento comprender que no se estaba refiriendo a amiga en el sentido platónico de la palabra. Me estaba preguntando si era gay.

Lo que, en fin, habría supuesto un enorme apoyo por parte de Ellis. Si yo hubiera sido gay, este habría sido un momento increíblemente sorprendente para mí.

—Mmm, no —contesté—. Tampoco me interesan las chicas.

Ellis asintió. Por un momento pareció que iba a preguntar algo, pero entonces simplemente dijo:

—¿Te apetece una partida de Cuphead?

Así que encendimos la Xbox y jugamos a Cuphead hasta que todo el mundo se fue a su casa o a la cama.



Los Warr eran una de esas familias en las que el día de Navidad está prohibido abrir los regalos hasta el final de la tarde, pero ese año no me importó demasiado, ya que tenía muchas cosas en la cabeza. Yo no había pedido nada en particular, así que acabé con un gran montón de libros, un surtido de productos de baño que probablemente no utilizaría nunca y una sudadera comprada por mi madre en la que podía leerse la frase «Patatas fritas antes que chicos». La familia se rio con ganas al verla.

Después de entregar los regalos, los abuelos se quedaron todos dormidos en la galería, y mi madre mantuvo una intensa partida de ajedrez contra Jonathan mientras mi padre y Rachel preparaban el té. Ellis y yo jugamos un rato a Mario Kart antes de que yo me escabullera a mi dormitorio para relajarme y echar un vistazo a mi móvil.

Abrí mi página de Facebook y el chat que tenía con Pip.

Georgia Warr
¡¡Feliz Navidad!! Te quiero, espero que ayer pasaras un buen día,
xxxx

Aún estaba sin leer. Lo había mandado cuando estaba medio achispada en plena cena de Navidad. Quizá aún no lo había visto.

Comprobé su cuenta en Instagram. La familia de Pip celebraba especialmente la Navidad el día de Nochebuena, y había estado publicando un montón de historias. Había publicado una foto de madrugada caminando por la calle con su familia de vuelta de la misa del gallo.

Me quedé dormida en la iglesia, ja, ja

Y media hora después, había publicado otra foto de ella en la cocina con su familia, metiéndose una bola de masa en la boca.

Las sobras de buñuelos me están jodiendo el estómago

Pensé en hacer algún comentario gracioso, pero no se me ocurrió nada divertido que decir.

Dado que lo había publicado hacía media hora, probablemente habría visto mi mensaje en su móvil. Simplemente me estaba ignorando.

Así pues, aún me odiaba.

A las diez de la noche ya estaba metida en la cama. En general, no había sido un mal día de Navidad, pese a haber perdido a mis mejores amigos y al hecho de que mi soltería se estaba convirtiendo en una recurrente broma familiar.

Algún día probablemente tendría que decírselo.

No me gustan los chicos. Ah, ¿entonces te gustan las chicas? *No, tampoco me gustan las chicas.* ¿Cómo? Eso no tiene ningún sentido. *Sí, lo tiene. Es algo muy real.* Simplemente no has encontrado a la persona adecuada. Ya sucederá con el tiempo. *No, no lo hará. Esto es lo que soy*. ¿Te encuentras bien? Tal vez deberíamos pedir cita en el médico. *Mi condición se llama «arromántica asexual».* Bueno, eso suena muy falso, ¿no es cierto? ¿Acaso lo has encontrado en Internet?

Uf, vale. No quería pensar en esa conversación por el momento.

Me estaba dirigiendo al piso de abajo para servirme un poco de agua cuando escuché unas voces alteradas. Al principio, pensé que solo se trataba de mi madre y mi padre riñendo entre ellos, pero entonces distinguí que las voces eran en realidad de mi tía Sal y mi tío Gavin. Los padres de Ellis. Me quedé quieta en mitad de la escalera, no queriendo interrumpir.

—Mira a Jonathan —estaba diciendo la tía Sal—. Tiene la vida resuelta. Está casado, con casa propia, con negocio propio. Se ha establecido en la vida.

—¡Y es una década más joven que tú! —añadió el tío Gavin.

Oh. Ellis también estaba allí.

Yo no me sentía demasiado cercana a la tía Sal y al tío Gavin. Al igual que Ellis, en realidad, vivían lejos de nosotros, así que solo los veíamos un par de veces al año en encuentros familiares.

Pero ellos siempre me habían parecido un poco más rígidos que mis padres. Un poco más tradicionales.

—Ya lo sé —decía Ellis. Su voz me sorprendió, se la notaba muy cansada.

—¿Y eso no te preocupa en absoluto? —preguntó la tía Sal.

—¿Y por qué tendría que preocuparme?

—El que Jonathan esté madurando, empezando a formar una familia, haciendo planes, mientras tú aún…

—¿Aún qué? —espetó Ellis—. ¿Acaso lo que hago está tan mal?

—No hace falta que grites —dijo el tío Gavin.

—No estoy gritando.

—Te vas haciendo mayor —continuó la tía Sal—. Ya tienes treinta y cuatro años. Se te va a pasar el arroz. Muy pronto te resultará cada vez más difícil tener hijos.

—No quiero salir con nadie, no quiero tener hijos —replicó Ellis.

—Oh, vamos, no vuelvas con eso.

—Tú eres nuestra única hija —dijo el tío Gavin—. ¿Sabes lo que supone eso para nosotros? Tú eres la única que llevará mi apellido.

—No es culpa mía si no tuvisteis más hijos —dijo Ellis.

—Y, entonces, ¿qué quieres decir? ¿Que no habrá más niños en la familia? ¿No vamos a ser abuelos? ¿Así es como nos agradeces que te hayamos criado?

Ellis suspiró con fuerza.

—No estamos intentando criticar tus… elecciones de vida —dijo la tía Sal—. Sabemos que no se trata de nosotros, pero… solo queremos que seas feliz. Sé que crees que lo eres ahora mismo, ¿pero qué me dices dentro de diez años? ¿De veinte? ¿De cuarenta? ¿Cómo será tu vida cuando tengas la edad de la abuela y sigas sin pareja y sin hijos? ¿Quién va a cuidarte? No tendrás a nadie.

—Quizá sería más feliz —espetó Ellis— si no os hubieseis pasado la vida tratando de lavarme el cerebro para que pensara que encontrar un marido y tener hijos es la única forma que tengo de que mi vida valga algo. Quizá entonces habría sido feliz.

La tía Sal se dispuso a interrumpir, pero Ellis la cortó.

—No se trata de que me pase el día rechazando a la gente, ¿vale? —Ellis parecía al borde de las lágrimas—. Es que no quiero a nadie de esa forma. Nunca lo he querido. Así es como soy y, de una forma u otra, todos vamos a tener que aceptarlo. Aún puedo hacer cosas increíbles con mi vida. Tengo amigos. Y haré muchos más. He sido una modelo de éxito. Ahora soy artista y mis cuadros se venden muy bien. Estoy pensando en volver a la universidad para estudiar Arte, dado que no pude hacerlo en su momento. Tengo una casa muy bonita, si alguna vez os molestarais en visitarla. Si lo intentarais, me refiero a si lo intentarais de verdad, podríais sentiros orgullosos de todas las cosas que he hecho en mi vida y de todas las cosas que voy a hacer.

Hubo un largo y terrible silencio.

—¿Qué te parecería —preguntó la tía Sal, hablando despacio, como si escogiera las palabras—, plantearte retomar la terapia? Aún no tengo claro que diéramos con el terapeuta adecuado la última vez. Si seguimos buscando, podremos encontrar a alguien que sea de verdadera ayuda.

Silencio.

Y entonces Ellis replicó:

—No necesito que me arreglen. No vais a volver a hacerme pasar por eso.

Hubo un chirrido de sillas arrastradas por el suelo cuando alguien se levantó.

—Ellis, no hagas eso —dijo el tío Gavin—. No te sulfures como la última vez.

—Soy una persona adulta —contestó Ellis. Había mucha ira contenida en su voz, lo que reforzó su declaración— y, si no tenéis intención de respetarme, entonces no pienso teneros a mi alrededor.

Observé, oculta en la oscuridad de lo alto de la escalera, cómo Ellis se sentaba al pie de esta para ponerse los zapatos. Entonces cogió su abrigo, abrió con cuidado la puerta principal y salió.

Antes de pensármelo dos veces, corrí a mi habitación, agarré mi bata y las zapatillas, y me apresuré a ir tras ella.

La encontré sentada en su coche, con un cigarrillo electrónico entre los labios, pero aparentemente sin intención de fumar.

Di un golpe en la ventanilla, que la hizo dar un salto tan repentino que el cigarrillo se le cayó de la boca.

—Maldita sea —dijo tras encender el motor para bajar la ventanilla—. Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo… —Quizá todo esto resultara un poco raro—. He oído a tus padres decirte cosas terribles.

Ellis simplemente me miró.

—He pensado que igual te apetecía un poco de compañía —dije —. No sé. Me puedo volver dentro, si prefieres.

Ellis sacudió la cabeza.

—No. Vamos, pasa.

Abrí la puerta y me subí. Realmente tenía un coche precioso. Moderno y bastante más caro que mi viejo Fiat Punto.

Se produjo un silencio mientras esperaba a que ella dijera algo. Localizó su cigarrillo electrónico, lo guardó en un compartimento delante de la palanca de cambios y luego dijo:

—Me apetece ir a McDonald's.

—¿El día de Navidad?

—Sí. Ahora mismo me encantaría tomar un helado.

Pensándolo bien, a mí también me apetecían unas patatas fritas. Supongo que hoy era el día de «patatas fritas antes que chicos».

Y además quería hablar con Ellis de todo lo que había oído. Especialmente de «no gustarle nadie».

—Pues vayamos a McDonald's —acepté.

—¿En serio?

—En serio.

Así que Ellis puso en marcha el coche y allí que nos fuimos.



MAGIA PLATÓNICA

—¡Oh, Dios, sí! —exclamó Ellis, hundiendo la cucharilla de plástico en su helado—. Esto es lo que siempre he echado de menos el día de Navidad.

—Estoy de acuerdo —contesté, tras haber devorado ya la mitad de mi cartucho de patatas.

—McDonald's nunca me decepciona.

—No estoy segura de que ese sea el eslogan.

—Pues debería serlo.

Estábamos aparcadas en el parking del restaurante, que estaba prácticamente vacío salvo por nosotras. Había mandado un mensaje a mis padres para decirles dónde estaba, y mi padre me había contestado con un emoticono con el pulgar hacia arriba, así que probablemente no estaban preocupados. Sin embargo, estar ahí sentada en el coche vestida en pijama y bata no me parecía lo más adecuado.

Ellis había estado charlando todo el camino sobre todo tipo de tópicos mundanos. Apenas se tardaban quince minutos en llegar, pero durante todo ese tiempo no había sido capaz de sacarle mucho

más que un «sí» o un «mmm» de conformidad, y no me había atrevido a preguntarle nada de lo que quería saber.

¿Eres como yo? ¿Somos iguales?

—Y bien —dije finalmente cuando ella tenía la cuchara medio llena de helado—, tus padres…

Ella soltó un gruñido.

—Oh, sí. Jesús, siento que hayas tenido que oírlo. Es muy embarazoso que aún sigan tratándome como si tuviera quince años. Sin ofender a todos los quinceañeros que están ahí fuera. Ni siquiera estos merecen que nadie les hable así.

—Me han parecido… —busqué la palabra—… muy poco razonables.

Ellis se rio.

—Sí. Así es.

—¿Acaso te abordan a menudo con todo ese rollo?

—Sí, siempre que les veo —contestó Ellis—. Que cada vez es con menos frecuencia, para ser sincera.

No podía imaginarme teniendo que ver a mi madre y a mi padre cada vez menos. Pero quizá eso fuera lo que iba a sucederme, si nunca me casaba o tenía hijos. Acabaría borrada de mi familia. Como un fantasma. Apareciendo únicamente en alguna reunión familiar.

Si se lo confesaba todo a ellos, ¿me harían también seguir alguna terapia, como habían hecho los padres de Ellis?

—¿Alguna vez los has creído? —pregunté.

Ellis claramente no esperaba esa pregunta. Inspiró hondo, mientras miraba su helado.

—¿Te refieres a si alguna vez he sentido que mi vida no valía nada porque no iba a tener pareja o hijos? —preguntó.

Dicho así, sonaba aún peor. Pero quería saberlo.

Necesitaba saber si siempre me iba a sentir incómoda con esa parte de mí.

—Sí —insistí.

—Bueno, para empezar, puedo tener hijos cuando quiera. Y la posibilidad de adoptar siempre está ahí.

—¿Pero qué me dices de tener una pareja?

Hizo una pausa.

Y entonces declaró:

—Sí, creo que ocasionalmente lo he sentido.

—Oh.

Así que quizás siempre iba a sentirme así.

Quizá nunca me sentiría cómoda con esa parte de mí.

Quizá…

—Pero es solo una sensación —continuó—. Y sé que no es cierta.

Parpadeé perpleja.

—Tener pareja es solo lo que algunas personas desean. Para otras, no es así. Me llevó mucho mucho tiempo, descubrir que no es lo que yo quiero. De hecho… —vaciló, aunque solo fue un instante —, me llevó mucho tiempo comprender que ni siquiera es algo que puedo querer. Que esa no es una opción para mí. Que es una parte de mí que no puedo cambiar.

Yo estaba conteniendo el aliento.

—¿Y cómo te diste cuenta? —acabé preguntando, sintiendo el corazón en la boca.

Ella se rio.

—Eso…, bueno, ¿estás de humor para que te resuma toda mi vida en una conversación en McDonald's el día de Navidad?

—… Sí.

—Ajá. Está bien. —Tomó otra cucharada de helado—. Pues bien… Nunca tuve ningún flechazo cuando era una niña. Ninguno real, en todo caso. A veces los confundí con amistad, o simplemente pensé que algún chico era muy guay. Pero nunca me gustó nadie. Ni siquiera los famosos, los músicos o lo que fuera.

Alzó las cejas y dejó escapar un suspiro, como si aquello solo fuera un inconveniente menor.

»El problema era que todo el mundo que conocía había tenido un flechazo en algún momento —prosiguió— y salían con alguien. Todas mis amigas hablaban de chicos sexis. Y todas tenían novio. Nuestra familia siempre ha sido grande y entrañable —ya sabes, tus padres, mis padres y nuestros abuelos y todos los demás—, así que eso era siempre algo que veía como normal. Era todo cuanto conocía. A mis ojos, tener citas y salir con alguien era solo… lo que la gente hacía. Era humano. Así que eso es lo que intenté hacer también.

Intenté.

Ella también lo había intentado.

»Y eso continuó durante toda mi adolescencia, y luego durante mis veinte años. Pero, sobre todo, cuando me metí en el mundo de la moda, porque entre los modelos era muy corriente liarse unos con otros. Así que me obligué a hacerlo, solo para implicarme y no quedarme fuera. —Parpadeó—. Pero… lo odié. Odié cada jodido segundo de ello.

Hubo una pausa. No sabía qué decir.

»No sé cuándo empecé a comprender que lo odiaba. Durante mucho tiempo tuve citas y practicaba sexo porque eso es lo que la gente hacía. Quería sentirme como esa gente. Quería vivir la diversión, la excitante belleza del romance y el sexo. Pero siempre subsistía esa sensación de inadecuación. De repugnancia, casi. Y eso me hacía sentir mal en un nivel básico.

Noté una ola de alivio como nunca había experimentado hasta entonces recorrer mi cuerpo.

Quizá yo era más fuerte de lo que pensaba.

»Y sin embargo seguía tratando de que me gustara. No dejaba de pensar: «Quizá, simplemente, soy demasiado quisquillosa. Quizá no he encontrado al chico adecuado. Quizá me gusten más las chicas. Quizá, quizá, quizá». —Sacudió la cabeza—. Un quizá que nunca llegó. Que nunca se hizo real.

Se recostó en el asiento del conductor mirando directamente el suave resplandor del rótulo de McDonald’s.

»Y también estaba el miedo —continuó—. No sabía cómo iba a funcionar en este mundo sola. Pero no solo ahora, sino sola para siempre. Sin pareja hasta que me muera. ¿Sabes por qué la gente se empareja? Porque ser humano es jodidamente aterrador. Pero es condenadamente más fácil si no tienes que hacerlo sola.

Supongo que esa era la clave de todo.

Yo podía, en un nivel básico, aceptar que era así. Pero no sabía cómo iba a gestionar todo eso durante el resto de mi vida. Dentro de veinte años. Cuarenta. Sesenta.

Entonces, Ellis añadió:

—Pero ahora soy mayor y he aprendido algunas cosas.

—¿Como qué? —pregunté.

—Como la forma en que la amistad puede ser igual de intensa, hermosa e infinita que el romance. La forma en que existe amor por todas partes a mi alrededor: amor por mis amigos, amor en mis pinturas, amor hacia mí misma. Incluso, en alguna parte, aún más profunda, amor por mis padres. —Se rio, y no pude evitar sonreír—. Tengo más amor que muchas personas en el mundo, aunque no vaya a casarme nunca. —Se metió una cuchara llena de helado en la boca—. Y definitivamente hay amor por el helado, eso te lo aseguro.

Me reí y ella me sonrió.

—Durante mucho tiempo me sentí desesperada por ser así —continuó, y luego sacudió la cabeza—. Pero ya no lo estoy. Por fin. Por fin no estoy desesperada.

—Desearía poder ser así —declaré, y las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

Ellis alzó una ceja con gesto intrigado.

—¿En serio?

Respiré hondo. Está bien. Ahora o nunca.

—Creo que… soy como tú —confesé—. No me gusta nadie. En un sentido romántico, quiero decir. Salir con alguien y todo eso. Yo… no puedo sentir nada de eso. Antes solía desearlo, me refiero a que aún pienso que lo quiero algunas veces. Pero en realidad no

es así, porque no siento de ese modo por nadie. Si es que tiene algún sentido.

Podía notar cómo me iba sonrojando a medida que hablaba. Durante un momento, Ellis no dijo nada. Entonces tomó otra cucharada de helado.

—Esa es la razón por la que te metiste en el coche, ¿verdad? —preguntó.

Asentí.

—Está bien —dijo. Y pareció comprender la magnitud de lo que yo acababa de confesar—. Está bien.

—Se trata de una sexualidad real —expliqué. Ni siquiera sabía si Ellis conocía que era una condición sexual—. Al igual que ser gay o hetero o bisexual.

Ellis se rio.

—La sexualidad no es nada.

—No es la nada. Es…, bueno, en realidad son dos cosas diferentes. Arromántico es cuando no sientes una atracción romántica, y asexual, cuando no sientes atracción sexual. Algunas personas solo son una cosa, pero yo soy ambas, soy… arromántica asexual.

No era la primera vez que decía esas palabras. Pero, cada vez que lo hacía, me parecían más apropiadas y justas.

Ellis lo consideró.

—Dos cosas. Mmm. Dos en una. Compre una y llévese la otra gratis. Me encanta.

Resoplé, lo que la hizo reír con ganas, y todos los nervios que había estado comprimiendo en mi pecho se evaporaron.

—¿Quién te ha contado todo eso? —preguntó.

—Alguien en la universidad —contesté. Pero Sunil no era solamente alguien, ¿es cierto?—. Uno de mis amigos.

—¿También es…?

—Sí, también es asexual.

—Guau —sonrió Ellis—. Bueno, entonces ya somos tres.

—Pero hay más —comenté—. Muchos más. Ahí fuera. En el mundo.

—¿En serio?

—Sí.

Ellis miró por la ventanilla sonriendo.

—Eso sería agradable. Que hubiera un montón de gente así ahí fuera.

Nos quedamos sentadas en silencio durante un momento. Yo terminé de comer mis patatas.

Había más como nosotras ahí fuera.

Ninguna de las dos estábamos solas en esto.

—Has tenido… mucha suerte por haber descubierto todo esto —observó Ellis de pronto—. Yo… —Sacudió la cabeza—. Vale. Supongo que estoy un poco celosa.

—¿Por qué? —pregunté confusa.

Ella me miró.

—Creo que he perdido mucho tiempo. Eso es todo.

Lanzó la tarrina vacía de helado al asiento trasero y puso en marcha el coche.

—Yo no me siento afortunada —repliqué.

—¿Cómo te sientes?

—No lo sé. Perdida quizá. —Pensé en Sunil—. Mi amigo dice que no tengo que hacer nada. Dice que lo único que necesito es ser yo.

—Tu amigo parece ser un viejo sabio.

—Eso lo define bien.

Ellis empezó a conducir el coche fuera del aparcamiento.

—No me gusta la idea de no hacer nada —dijo—. Es aburrida.

—¿Entonces qué piensas que debo hacer?

Lo consideró durante un momento.

Y luego dijo:

—Ofrecer a tus amistades la magia que pondrías en un romance. Porque ellos son igual de importantes. De hecho, para nosotras, son

aún más importantes. —Me miró de soslayo—. Eso es. ¿Ha sido esa suficiente sabiduría para ti?

Sonreí.

—Un consejo muy sabio, sí.

—Puedo ser profunda cuando quiero. Soy una artista.

—Deberías plasmar esto en un cuadro.

—¿Sabes una cosa? Tal vez lo haga. —Alzó una mano y chasqueó los dedos—. Lo llamaré *Magia platónica.* Y nadie que no sea como nosotros, espera, ¿cómo era el término? ¿Aro…?

—Arromántica asexual.

—Eso. Nadie que no sea arromántico asexual lo entenderá.

—¿Podré quedármelo?

—¿Tienes dos mil libras?

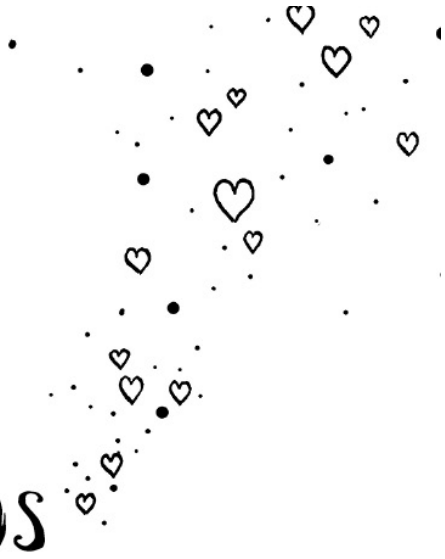
—¿Tus cuadros se venden por dos mil libras?

—Pues claro que sí. Soy muy buena en mi trabajo.

—¿Y no puedes hacerme un descuento de estudiante?

—Quizá. Puede que por ser mi prima. Un descuento de prima estudiante.

Y entonces empezamos a reírnos hasta que entramos en la autopista y pensé en la magia que podía encontrar, quizá, si buscaba un poco más intensamente.



RECUERDOS

No fue precisamente magia lo que encontré cuando regresé a mi habitación del colegio la tarde del 11 de enero. En su lugar, encontré la mayoría de las posesiones de Rooney desperdigadas por el suelo, su armario abierto de par en par, la ropa de cama a varios metros de esta, al pobre Roderick convertido en una preocupante sombra marrón y la alfombra color agua inexplicablemente aplastada en el lavabo.

Acababa de abrir la cremallera de mi maleta cuando Rooney entró en pijama, me miró, miró la alfombra en el lavabo y dijo:

—Se me ha caído un poco de té en ella.

Se sentó en la cama, mientras yo recogía sus pertenencias, escurría el agua de la alfombra e incluso retiraba algunas hojas muertas de Roderick. La fotografía de Beth, la del pelo como la Sirenita, había vuelto a caerse al suelo, así que la coloqué de nuevo en la pared sin decir nada, mientras Rooney observaba inexpresiva.

Le pregunté por sus Navidades, pero lo único que dijo fue que odiaba pasar tiempo en su ciudad natal.

Y luego se metió en la cama a las siete de la tarde.

Así que, efectivamente, Rooney no estaba pasando un buen momento.

Para ser justa, creía entender por qué. La obra no iba a tener lugar, su relación tácita con Pip no iba a tener lugar. Lo único que realmente tenía era, bueno, a mí, supongo.

Aunque, en mi opinión, no es que yo fuera un gran premio de consolación.

—Deberíamos salir —le dije al finalizar nuestra primera semana de vuelta en la universidad.

La tarde no había hecho más que empezar. Ella me miró por encima de la pantalla de su portátil y luego continuó con lo que estaba haciendo, a saber: ver vídeos en YouTube.

—¿Por qué?

Yo estaba sentada en mi mesa.

—Porque a ti te gusta salir.

—No estoy de humor.

Rooney solo había asistido a dos de las seis clases que teníamos esa semana. Y cuando lo había hecho, simplemente se había quedado mirando al frente, sin molestarse siquiera en sacar su iPad de su bolsa para tomar notas.

Es como si ya no le importara nada más.

—Podríamos… ¿podríamos ir a un pub o algo así? —sugerí, sonando un tanto desesperada—. Solo para una copa. Podríamos tomar algún cóctel. O patatas. Podríamos comer patatas.

Eso hizo que alzara una ceja.

¿Patatas fritas?

—Patatas fritas.

—Me… me apetece ir a tomar patatas fritas.

—Exactamente. Podríamos ir a un pub, aprovechar para que nos dé un poco el aire, tomar unas patatas fritas y luego regresar.

Me miró durante un largo instante. Y finalmente dijo:

—De acuerdo.

El pub más cercano estaba abarrotado, algo lógico, dado que era viernes por la noche en una ciudad universitaria. Por suerte encontramos una pequeña mesa empapada de cerveza al fondo de la sala y dejé a Rooney a su cuidado, mientras yo conseguía un cuenco de patatas para compartir y una jarra de daiquiri de fresa con dos pajitas de papel.

Nos sentamos y tomamos nuestras patatas en silencio. Yo estaba muy tranquila, pese a que técnicamente esa era una «salida nocturna». A nuestro alrededor todo eran estudiantes vestidos para la noche, listos para pasar un par de horas en un bar antes de salir más tarde de discoteca. Rooney vestía unas mallas y una sudadera con capucha, mientras yo llevaba unos pantalones de chándal y un jersey de lana. Probablemente llamábamos la atención, pero, comparado con el infierno de la Semana de Novatos, me sentí extremadamente relajada.

—Y bien —dije, después de estar sentadas en silencio durante más de diez minutos—. He notado que ahora mismo no estás pasando por un buen momento.

Rooney me miró con expresión vacía.

—Nada de eso. He disfrutado de las patatas.

—Me refiero en general.

Dio un largo sorbo a la pajita.

—No —declaró—. Todo es una mierda.

Esperé a que se explicara mejor, pero no lo hizo, y comprendí que me tocaba indagar más.

—¿Es por la obra? —inquirí.

—No es solo por eso. —Rooney gruñó y se inclinó sobre la mesa apoyándose en una mano—. La Navidad ha sido un infierno. Me he pasado la mayoría del tiempo saliendo con mis amigos del instituto y, bueno…, él estaba siempre allí.

Me llevó un momento comprender a quién se refería con «él».

—Tu exnovio —dije.

—Él consiguió arruinar muchas cosas en mí. —Rooney empezó a pinchar la fruta de nuestra jarra de cóctel con su pajita—. Cada vez

que veo su cara me dan ganas de gritar. Y él ni siquiera piensa que hizo nada malo. Por su culpa, yo… Dios. Podría haber sido una persona mucho mejor si no lo hubiera conocido. Él es la razón por la que yo soy así.

No supe qué decir a eso. Quise preguntarle qué había sucedido, qué le había hecho, pero no quería forzarla a revivir esos malos momentos si ella no quería.

Hubo un largo silencio después de que hablara. Para cuando volvió a hacerlo, había conseguido ensartar toda la fruta de la jarra.

—Me gusta mucho Pip —dijo en voz muy baja.

Yo asentí lentamente.

—¿Lo sabías? —preguntó.

Volví a asentir.

Rooney se rio. Y dio otro sorbo.

—¿Cómo es posible que me conozcas mejor que cualquiera? —preguntó.

—¿Porque vivimos juntas? —sugerí.

Ella simplemente sonrió. Ambas sabíamos que era mucho más que eso.

—Y bien…, ¿qué piensas hacer?

—Nada —se rio burlona—. Ella me odia.

—Bueno… Es cierto, pero porque malinterpretó la situación.

—Nos besamos. No hay mucho que malinterpretar.

—Ella piensa que estamos saliendo. Esa es la razón por la que está furiosa.

Rooney asintió.

—Y porque piensa que te estoy alejando de ella.

Casi gruñí ante esa estupidez.

—No, es porque a ella también le gustas.

La mirada de su cara fue como si yo hubiera cogido un vaso y se lo hubiera estampado en la cabeza.

—Eso no tiene… Estás totalmente equivocada al respecto —aseguró, sonrojándose ligeramente.

—Yo solo digo lo que veo.

—No quiero seguir hablando de Pip.

Nos quedamos en silencio durante unos momentos. Sabía que Rooney era muy perspicaz, la había visto navegar sin apenas esfuerzo por relaciones de todo tipo desde el primer día en que la conocí. Pero, cuando se trataba de Pip, tenía la inteligencia emocional de una uva.

—¿Entonces te gustan las chicas? —pregunté.

El ceño de su cara desapareció.

—Sí. Probablemente. No lo sé.

—Tres respuestas totalmente diferentes para una sola pregunta.

—Entonces es que no lo sé. Supongo… Me refiero a que yo misma me hice la pregunta de si me gustaban las chicas cuando era más pequeña. Cuando tenía trece años, me enamoré de una de mis amigas. Una chica. Pero, bueno —hizo un gesto de encogerse de hombros—, a todas las chicas les pasa, ¿no es así? Me refiero a que es algo corriente, tener pequeños flechazos por tus amigas.

—No —respondí, tratando de no reírme—. Para nada. No a todas las chicas les pasa. Y aquí tienes un ejemplo. —Hice un gesto hacia mí.

—Vale, está bien. —Miró hacia un lado—. Supongo que me gustan las chicas, entonces.

Lo dijo con tal indiferencia que fue como si hubiera descubierto su sexualidad y hubiera salido del armario en el espacio de diez segundos.

Pero yo la conocía bien. Y probablemente llevara considerándolo algún tiempo. Al igual que yo.

—¿Acaso eso me convierte en bisexual? —preguntó—. ¿O en… pansexual? ¿O en qué?

—En lo que quieras. Ya puedes pensar en ello.

—Sí. Supongo que lo haré. —Estaba mirando a la mesa—. ¿Sabes una cosa? Cuando nos besamos… Creo que lo hice porque siempre ha habido una parte en mí que ha querido…, esto, ya sabes, estar con chicas. Y tú eras una opción segura para intentar

averiguarlo porque sabía que no me odiarías para siempre. Aunque, obviamente, fue una muy mala idea. Dios, lo siento mucho.

—Fue muy mala idea —asentí—. Pero precisamente yo no soy quién para presumir de no usar accidentalmente a la gente por sentirme confusa por mi sexualidad.

Ambas lo habíamos estropeado todo, cada una a su modo. Y si bien nuestra confusión sexual no era una excusa, el que al menos hubiéramos comprendido que habíamos cometido errores ya era un gran paso.

Tal vez eso significara que cometeríamos menos a partir de ahora.

—Yo nunca he tenido una amiga gay o bisexual en el colegio —dijo Rooney—. En realidad nunca he conocido a nadie abiertamente homosexual. Quizá, de haberla tenido, lo habría descubierto antes.

—Mi mejor amiga lo reconoció desde que tenía quince años y, aun así, me ha llevado años descubrir quién era yo —declaré.

—Cierto. Guau. Toda esta mierda es complicada.

—Así es.

Resopló.

—Llevo en la universidad tres meses y de pronto ya no soy hetero.

—Tómatelo por el lado bueno —dije.

—Y eso está bien, ¿no? —declaró.

—Claro, es perfecto para nosotras —asentí.

Pedí que nos trajeran una segunda jarra de cóctel, esta vez un cosmopolitan, y unos nachos.

Llevábamos ingerida casi la mitad de la segunda jarra cuando le conté a Rooney mi plan.

—Voy a conseguir que Jason y Pip regresen a la Sociedad Shakespeare —anuncié.

Rooney trituró un nacho de queso especialmente crujiente en su boca.

—Te deseo buena suerte.

—No me vendría mal que me ayudaras.

—¿Cuál es tu plan?

—Bueno… Aún no he llegado tan lejos. Probablemente implique un montón de disculpas.

—Es un plan terrible —observó Rooney, emprendiéndola con otro nacho.

—Es todo lo que tengo.

—¿Y qué pasa si no funciona?

¿Si no funciona?

No sabía lo que sucedería entonces.

Quizá ahí acabaría toda mi relación con Jason y Pip. Para siempre.

Terminamos los nachos —no nos llevó demasiado tiempo— y la jarra de cóctel, antes de caminar hacia la puerta del pub, ambas sintiéndonos un poco achispadas. Yo, sinceramente, ya estaba lista para dormir, pero Rooney se hallaba en un estado de ánimo muy charlatán. Me alegré. El alcohol y las patatas fritas definitivamente no eran la solución más sana a los problemas, pero se la veía un poco más feliz al menos. Tarea cumplida.

Ese humor nos duró apenas los treinta segundos que transcurrieron hasta que salimos por la puerta. Y entonces se esfumó. Porque, ahí afuera, rodeada de amigos, estaba la mismísima Pip Quintana.

Durante un breve instante, no pareció vernos. Se había cortado el pelo y ahora su rizado flequillo le llegaba casi a las cejas, e iba arreglada para salir por la noche con una camiseta de rayas, vaqueros ajustados y una cazadora marrón de aviador que la hacía parecer como uno de los chicos de la película *Top Gun*. Si a eso le sumabas la botella de sidra que sostenía en una mano, era digno de ver.

Prácticamente pude sentir la ola de terror que recorrió a Rooney cuando Pip se giró y nos vio.

—Oh —dijo Pip.

—Hola —saludé, sin saber bien qué más decir.

Pip se me quedó mirando. Entonces sus ojos saltaron a Rooney y a su despeinada cola de caballo para luego descender a sus calcetines de dormir desparejados.

—¿Qué pasa, estáis en una cita o algo así? —dijo Pip.

Eso inmediatamente me molestó.

—Claramente no estamos en una cita —espeté—. Yo voy en chándal.

—Lo que sea. No quiero hablar contigo.

Empezó a darse la vuelta, pero se detuvo cuando Rooney habló.

—Puedes estar furiosa conmigo, pero no la tomes con Georgia. Ella no ha hecho nada malo.

Eso no era verdad. Pip había dejado muy claro que le gustaba Rooney, y yo había besado a mi compañera de todos modos. Por no mencionar todo lo que le había hecho a Jason. Pero agradecí su apoyo.

—Oh, vete a tomar por saco con ese rollo de echarte la culpa —replicó Pip—. ¿Desde cuándo estás intentando ser una buena persona? —Se dio la vuelta en redondo para poder hablarle directamente a la cara—. Eres una egoísta, eres repugnante y te importan una mierda los sentimientos de los demás. Así que no me vengas ahora intentando fingir que eres una buena persona.

Los amigos de Pip estaban todos mirándonos y murmurando, sin duda preguntándose qué estaba pasando. Rooney dio un paso adelante, apretando los dientes y con las fosas nasales hinchándose como si estuviera a punto de empezar a gritar, pero no lo hizo.

Simplemente se dio la vuelta y se alejó calle abajo.

Yo me quedé inmóvil, preguntándome si Pip no pensaba decirme algo a mí también. Ella me miró por un largo instante, y sentí cómo mi cerebro recorría los últimos siete años de nuestra amistad, cada momento en que habíamos estado sentadas la una al lado de la otra en las clases, cada vez que quedábamos a dormir en casa de la otra, y las clases de Gimnasia y las salidas al cine, y cada vez que ella hacía una broma o me enviaba algún estúpido meme; cada vez

que yo estuve a punto de llorar delante de ella, pero no lo hice, porque no podía, pero casi.

—Aún no puedo creerlo —dijo, mientras exhalaba—. Pensé… Pensé que te preocupaban mis sentimientos.

Y entonces se dio la vuelta también, para volver a retomar la conversación con sus nuevos amigos, y todos aquellos recuerdos parecieron estallar a mi alrededor en pequeños pedazos.



EL AMOR LO ARRUINA TODO

Rooney se pasó todo el camino de vuelta al colegio tecleando en su móvil. No sabía con quién se estaba mensajeando, pero, cuando llegamos a nuestra habitación, se cambió rápidamente para ponerse ropa más elegante y supe que iba a salir.

—No lo hagas —dije, justo cuando se acercó a la puerta. Se paró y se dio la vuelta para mirarme.

—¿Sabes lo que he aprendido? —dijo—. Que el amor lo arruina todo.

No estaba de acuerdo, pero no se me ocurrió cómo rebatir esa afirmación. Así que se marchó y no dije nada. Y cuando me acerqué hacia mi cama, me encontré la foto de Beth, la del pelo de la Sirenita, de nuevo en el suelo, ligeramente arrugada, como si Rooney la hubiera arrancado de la pared.



TE MERECES UNA ALEGRÍA

Acudí sola a la reunión social de enero de la Sociedad del Orgullo en el Sindicato de Estudiantes. Estábamos en la tercera semana del trimestre, y había intentado arrastrar a Rooney conmigo, pero se negó en redondo porque se había pasado la mayoría de las noches saliendo de discotecas por la ciudad y regresando a las tantas de la madrugada, con los zapatos sucios y el pelo todo enmarañado. Era mi oportunidad de encontrar a Pip, quien era posible que asistiera a ese evento.

Si tan solo pudiera hablar con ella, pensé, quizá lo entendería. Si tan solo pudiera hacer que me escuchara lo suficiente para poder explicárselo, entonces todo volvería a estar bien de nuevo.

El súbito arrepentimiento que sentí al aparecer en la reunión social casi me hizo querer salir corriendo de vuelta al colegio. El acto se celebraba en la sala más grande del Sindicato de Estudiantes. En un extremo de la habitación, una pantalla mostraba los próximos eventos de la Sociedad del Orgullo para el trimestre. Había música de fondo, y la gente iba vestida de modo informal, formando

pequeños corrillos o sentada en las mesas para charlar y ponerse al día mientras picoteaba unos aperitivos.

Era una reunión social con el objetivo de conocerse. Y yo había acudido allí, por mi cuenta, con el propósito específico de socializar.

¿Y por qué demonios había hecho algo así?

Bueno. Vale. Yo era valiente. Y además había magdalenas.

Me acerqué a coger una, para insuflarme apoyo emocional.

Sunil, Jess y, con un poco de suerte, Pip estarían allí, así que habría gente conocida. Busqué a mi alrededor y rápidamente descubrí a Sunil y a Jess en medio de un grupo de personas que conversaba en tono muy alto, pero no quise interrumpirles pensando que probablemente tenían un montón de cosas que hacer y un montón de gente con quien hablar, así que les dejé allí y continué mi búsqueda de Pip. Di tres vueltas por la sala antes de comprender que no estaba allí.

Genial.

Saqué mi móvil y la busqué en su cuenta de Instagram, solo para descubrir que había publicado una historia sobre ir al cine esa noche con sus amigos del Castillo. Ni siquiera se había planteado asistir a ese evento.

Genial.

—¡Georgia!

Una voz me sobresaltó, la voz de Sunil. Me di la vuelta para ver cómo se acercaba a grandes zancadas hacia mí, vestido con unos holgados pantalones de punto que parecían, simultáneamente, muy chulos y muy confortables.

—Perdona, te he asustado.

—No, no pasa nada —declaré—. ¡Estoy bien!

—¿Solo quería saber si ha habido alguna novedad con la Sociedad Shakespeare? —preguntó, con una expresión tan esperanzada que sentí que se me encogía el corazón—. Sé que habéis discutido, pero…, bueno, confiaba en que, quizá… pudierais arreglarlo, o algo así. —Me sonrió torpemente—. Sé que solo se

trataba de pasar un buen rato, pero… la verdad es que lo estaba disfrutando.

La mirada que puse probablemente fue suficiente respuesta, pero aun así le contesté.

—No —dije—. Aún… aún sigue todo… —Hice un gesto con las manos—. No se ha solucionado.

—Oh. —Sunil asintió como si lo esperara, pero su evidente decepción me dio ganas de llorar—. Eso es muy triste.

—Estoy intentando arreglar las cosas —añadí rápidamente—. De hecho he venido porque quería encontrar a Pip y ver si la convencía para reconsiderarlo.

Sunil miró alrededor de la sala.

—No creo haberla visto.

—No, no creo que esté aquí.

Hubo una pausa. No sabía qué decirle. No sabía cómo hacer que las cosas mejoraran.

—Bueno… Si hay algo que yo pueda hacer —se ofreció Sunil—. Me… me gustaría ayudar. Realmente era muy agradable tener algo divertido que hacer que no resultara estresante. En estos momentos todo me genera ansiedad, entre los estudios del tercer año, la Sociedad del Orgullo y Lloyd, que parece decidido a ser un estorbo perpetuo en mi vida. —Echó un rápido vistazo hacia donde se encontraba el expresidente, Lloyd, sentado en una mesa con un grupo de gente.

—¿Qué es lo que ha estado haciendo?

—Ha estado intentando volver a formar parte del comité de dirección de la sociedad. —Sunil puso los ojos en blanco—. Piensa que sus opiniones son vitales porque mi perspectiva es demasiado inclusiva. ¿Puedes creerlo? ¿Demasiado inclusiva? Esta es una sociedad para homosexuales y estudiantes que aún no tienen claras sus preferencias, por amor de Dios. No es necesario hacerles pasar un examen para entrar.

—Es un gilipollas —dije.

—Lo es. Integral.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Sunil se rio.

—Oh, no lo sé. ¿Arrojarle una bebida? No, estoy bromeando. Sin embargo, es un detalle por tu parte. —Sacudió la cabeza—. En cualquier caso, volviendo a la Sociedad Shakespeare, ¿se te ocurre algún modo de que pueda echarte una mano para resolver la situación? —Parecía casi desesperado—. Realmente ha sido la actividad más divertida que he tenido en mucho tiempo.

—Bueno… A menos que se te ocurra algún modo de convencer a Jason y a Pip para que hablen conmigo y con Rooney de nuevo, no creo que haya ninguna posibilidad de que suceda.

—Puedo hablar con Jason —replicó inmediatamente—. De vez en cuando nos hablamos por WhatsApp. Quizá pueda convencerle para que venga a algún ensayo.

Sentí que mi corazón se aceleraba lleno de esperanza.

—¿En serio? ¿Estás seguro?

—No quiero que esta obra se frustre. —Sunil sacudió la cabeza —. Realmente no he tenido ninguna afición divertida hasta ahora. La orquesta es estresante y la Sociedad del Orgullo no cuenta como afición y, aunque son divertidos, también dan trabajo. Esta obra… era simplemente una alegría, ¿sabes? —Sonrió, bajando la vista—. Cuando empezamos a ensayar yo… Sinceramente, estaba un poco preocupado porque fuera una pérdida de tiempo. Un tiempo que debería estar empleando en estudiar y en hacer cosas para mis otras sociedades. Pero hacerme amigo de todos vosotros, actuar en escenas divertidas, tener las noches de *pizza* e intercambiar mensajes estúpidos en el grupo de chat era toda una alegría. Una pura alegría. Y me ha costado mucho tiempo sentir que me lo merecía. ¡Pero así es! ¡Y esto es lo que hay! —Dejó escapar una brillante y desenfadada risa—. ¡Y una vez más no he parado de hablar!

Me pregunté si no estaría un poco ebrio, antes de recordar que Sunil no bebía alcohol. Simplemente estaba siendo sincero.

Eso me hizo querer ser sincera yo también.

—Tú te lo mereces —aseguré—. Tú… me has ayudado mucho. No sé dónde estaría ahora o cómo me sentiría de no haberte conocido. Y además… tengo la impresión de que has hecho lo mismo por mucha gente. Y hay momentos en que todo resulta muy duro. Y la gente no siempre se ocupa de ver cómo estás tú. —Me daba cierta vergüenza decírselo, pero quería que lo supiera—. E incluso si no hubieras hecho nada de eso… seguirías siendo mi amigo, y una de las mejores personas que he conocido. Así que te lo mereces. Te mereces una alegría. —No podía dejar de sonreír—. ¡Y me gusta cuando compartes las cosas!

Él se rio de nuevo.

—¿Por qué estamos poniéndonos tan sentimentales?

—No lo sé. Has empezado tú.

Fuimos interrumpidos por Jess y otro de los vicepresidentes de Sunil, que se había acercado para llevárselo al frente de la sala. Había llegado el momento de pronunciar un discurso.

—Le mandaré un mensaje —dijo, y se alejó.

Fue entonces cuando supe que no podría descansar hasta volver a poner en marcha la Sociedad Shakespeare. Y no solo porque quisiera que Pip y Jason fueran de nuevo mis amigos, sino también por Sunil. Porque, a pesar de su ajetreada vida y de todas las cosas importantes que tenía en marcha, había encontrado alegría en nuestra estúpida obra de teatro. Y meses atrás, en la cena otoñal de la Sociedad del Orgullo, Sunil había estado allí para mí en un momento de crisis, a pesar de lo estresado que se sentía y de tener que tratar con muchos idiotas. Ahora era mi turno de estar ahí para él.

Me quedé un rato más para escuchar el discurso de Sunil, retirada en un lateral, con una magdalena y un vaso lleno de vino.

Sunil se subió al estrado, dio unos golpecitos al micrófono, y eso fue suficiente para que los asistentes empezaran a aplaudir y vitorearle. Se presentó a sí mismo, dio las gracias a todos por haber venido y entonces dedicó algunos minutos a comentar los próximos acontecimientos del trimestre. En la velada de cine de ese mes se

proyectaría la película *Moonlight*, las noches de discoteca del Orgullo tendrían lugar el 27 de enero, el 16 de febrero y el 7 de marzo, el Club del Libro Trans se reuniría en la biblioteca Bill Bryson el 19 de enero, el enorme grupo homosexual de *Dragones y mazmorras* estaba buscando nuevos miembros, y alguien llamado Mickey sería el anfitrión de la Cena Homosexual, Trans e Intersexual de Gente de Color que se celebraría el 20 de febrero en su piso en Gilles Gates.

Además de otros muchos actos. Al oír todas esas actividades y ver cómo la gente se emocionaba con ellas, yo también me sentí excitada de una forma extraña. Pese a que no tenía la intención de asistir a la mayoría, casi sentí como si perteneciera a algo, solo por estar ahí.

—Y creo que eso cubre todos los actos del trimestre —concluyó Sunil—, así que, antes de que os deje seguir comiendo y charlando, solo quería daros las gracias a todos por los meses tan estupendos que vivimos el pasado trimestre.

Hubo una ronda de aplausos y vítores. Sunil sonrió y también aplaudió.

—¡Me alegra que vosotros también os divirtierais! Me he sentido un poco nervioso por ser vuestro presidente. Sé que he introducido grandes cambios, como hacer que las noches de copas se transformaran en algo más formal o añadir más actividades diurnas en nuestra sociedad, así que os estoy muy agradecido por vuestro apoyo.

Su mirada de pronto se perdió en la distancia, como si estuviera recordando algo.

»Cuando yo era un novato, no sentía que pertenecía a Durham. Llegué aquí pensando en que por fin encontraría personas como yo, pero, en su lugar, me vi rodeado de un montón de gente cis, blanca y hetero. Me había pasado buena parte de la adolescencia muy solo. Y, a esas alturas, ya estaba acostumbrado. Invertí mucho tiempo en pensar que así eran las cosas y que tendría que sobrevivir por mi cuenta, que tendría que hacerlo todo por mi

cuenta, porque nadie me ayudaría nunca. Una gran parte de ese primer año la pasé en un lugar realmente oscuro… Hasta que conocí a mi mejor amiga, Jess. —Sunil señaló hacia Jess, que rápidamente se llevó una mano a la cara, como si tratara de ocultarse. Y hubo algunos vítores más.

»Jess me conquistó al instante con sus numerosas prendas con estampado de perritos. —La multitud se rio, y Jess sacudió la cabeza, con su sonrisa asomando desde detrás de la mano—. Era la persona más divertida y animada que me había encontrado nunca. Me convenció para que me uniera a la Sociedad del Orgullo. Me llevó a una de las primeras cenas de QTIPOC, gente *queer* de color. Tuvimos muchas discusiones sobre cómo podríamos mejorar la sociedad, y luego me alentó a que me presentara al puesto de presidente, con ella a mi lado. —Sonrió—. Yo pensaba que era ella quien debía ser la presidenta, pero me explicó un billón de veces lo mucho que odiaba hablar en público.

Sunil sonrió bajando la vista a Jess. Esta le devolvió la sonrisa, y pude advertir un amor genuino en esa mirada.

Me sentí deslumbrada por ella.

»La Sociedad del Orgullo no trata solo de cuestiones homosexuales —continuó Sunil, y eso despertó algunas risas—. Ni siquiera pretende conseguir potenciales emparejamientos. —Alguien entre la multitud gritó el nombre de su amigo, lo que originó nuevas risas. Sunil se rio con ellos.

»No —prosiguió—. Trata de las relaciones que hacemos aquí. De la amistad, el amor y el apoyo mientras todos intentamos sobrevivir y movernos en un mundo que a menudo no parece hecho para nosotros. Ya seas gay, lesbiana, bi, pan, trans, intersexual, no binario, asexual, arromántico, *queer* o, como quiera que te identifiques, la mayoría de los que estamos aquí hemos experimentado una sensación de no pertenencia mientras crecíamos. —Sunil volvió a mirar a Jess, y de nuevo a la multitud—. Pero aquí estamos todos para ayudarnos los unos a los otros. Y son esas relaciones las que hacen de la Sociedad del Orgullo algo tan

importante y especial. Son esas relaciones las que, a pesar de los duros momentos de nuestras vidas, continuarán aportándonos alegría cada nuevo día. —Alzó su vaso—. Y todos merecemos la alegría.

Puede que fuera un poco cursi, pero también fue uno de los discursos más adorables que había escuchado en toda mi vida.

Todo el mundo alzó sus vasos para vitorear a Sunil mientras bajaba del estrado y Jess lo envolvía en un abrazo.

Y eso era todo. En eso consistía todo.

En el amor de ese abrazo. En la mirada comprensiva entre ellos.

Tenían su propia historia de amor.

Eso era lo que yo quería. Eso era lo que yo había tenido, una vez, quizá.

Solía soñar con un fascinante e interminable romance que duraría para siempre. Una preciosa historia en la que encontraría a una persona que cambiaría todo mi mundo.

Pero ahora comprendí que la amistad también podía ser eso.

Mientras me dirigía hacia la salida, me encontré pasando al lado de la mesa de Lloyd. Estaba sentado con una pareja de chicos, bebiendo una botella de vino con expresión amargada en sus caras.

—Es patética la forma en que siente que necesita sacar a la luz su asexualidad cada vez que organiza alguna reunión —estaba diciendo Lloyd—. Lo próximo que veremos es que cualquier viejo cis heterosexual que crea estar ligeramente oprimido acabará uniéndose a nosotros.

La forma en que lo dijo desencadenó una fría corriente de odio en la boca de mi estómago.

Pero supongo que me sentía envalentonada.

Así que, al pasar junto a él, dejé que mi entonces medio vacío vaso de vino se inclinara delicadamente de mis manos y vertiera su contenido sobre la nuca de Lloyd.

—¿Qué... qué coño?

Para cuando se volvió a mirar quién había derramado vino sobre él, yo ya estaba a medio camino de la puerta con una enorme

sonrisa en la cara.



Sunil Jha
JASON VIENE

Georgia Warr
¿DE VERDAD?

Sunil Jha
Sí. Ha accedido a venir como un favor personal hacia mí
Pero ha dicho que aún no está seguro de si se reincorporará

Georgia Warr
Vale
No importa
Tengo una idea para traerlo de vuelta

—No —rechazó Rooney una vez que le expliqué mi idea. Estaba en la cama mientras yo regaba a Roderick, que aún no se veía ni la mitad de voluminoso que antes debido a las partes muertas que le había podado, pero que no estaba totalmente muerto, como yo había imaginado.

—Puede funcionar.

—Es estúpido.

—No lo es. Tiene mucho sentido del humor.

Rooney estaba repantigada con su ropa de salir mientras comía colines directamente del paquete, algo que últimamente se había convertido en su rutina pre-salida nocturna.

—La Sociedad Shakespeare está acabada —declaró, y supe que así lo creía, pues, si no se hubiera rendido del todo, no estaría saliendo constantemente.

—Tú solo confía en mí. Yo puedo convencerlo para que vuelva.

Rooney me miró un buen rato. Y luego masticó ruidosamente un colín.

—Está bien —dijo—. Pero yo tengo que ser Daphne Blake.

Al día siguiente me salté las clases para ir a una tienda de disfraces. Me llevó casi toda la mañana y parte de la tarde. Durham solo tenía una tienda de disfraces en un minúsculo callejón, y ahí no encontré exactamente lo que buscaba, de modo que terminé rebuscando ropa en tiendas de beneficencia para llevarme cualquier cosa que me sirviera y así poder crear los improvisados disfraces. Rooney incluso se me unió después de comer, llevando unas gafas de sol para ocultar sus ojeras. Últimamente se quedaba durmiendo hasta mediodía.

Sacrifiqué una gran parte de mi asignación de ese mes para conseguirlo todo, lo que significaba que tendría que subsistir con la comida de la cafetería durante las próximas semanas, pero era un sacrificio que merecía la pena, porque, una vez que Rooney y yo llegamos temprano a nuestra sala de ensayo y nos pusimos los disfraces, comprendí que esa era la mejor idea que había tenido en mi vida.

—Oh, ese es el atuendo de mis sueños —exclamó Sunil cuando le tendí un jersey naranja fluorescente con calcetines a juego y una falda roja.

Terminamos de cambiarnos y luego esperamos.

Y entonces empecé a pensar que tal vez había sido una pésima idea.

Quizá Jason ni siquiera lo encontrara divertido. Quizá me echaría un vistazo y luego se marcharía.

Solo había un modo de descubrirlo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Jason, entrando en la habitación y frunciendo el ceño ante nuestra extraña caracterización. Lo había echado de menos. ¡Dios, cuánto lo había echado de menos a él, a su chaqueta de borreguito y a su suave sonrisa!—. ¿Por qué estáis…? ¿Qué hacéis así…?

Sus ojos se abrieron de golpe. Contempló la falda de Sunil, mi camiseta extra grande color verde y mis pantalones marrones y el pequeño pañuelo verde de Rooney y sus leotardos color púrpura.

—Oh, Dios mío —dijo.

Dejó caer su bolsa al suelo.

—Oh. Dios. Mío —repitió.

—¡Sorpresa! —grité, alzando mis manos con el perro de peluche que había encontrado en una de las tiendas de beneficencia de la calle Mayor. Rooney se echó el pelo hacia atrás y posó como Daphne, mientras Sunil gritaba: «¡CHISPAS!», y se colocaba unas gafas cuadradas como las de Velma.

Jason se llevó una mano al corazón. Durante un segundo, temí que se hubiera enfadado o disgustado. Pero entonces sonrió. Una gran sonrisa que mostraba todos sus dientes.

—¡Por todos los demonios!, ¿QUÉ COÑO ES ESTO? ¿POR QUÉ VAIS VESTIDOS COMO LA PANDILLA DE *SCOOBY-DOO*?

—Esta noche hay una fiesta de disfraces en la discoteca —dije sonriendo—. Pensé… que sería divertido.

Jason se acercó a nosotros. Y de pronto empezó a reír. Bajito al principio, pero luego más alto. Me quitó el perro de peluche de la mano y lo miró, y entonces su risa fue casi histérica.

—Scooby —jadeó entre risas— se supone que debería ser… un gran danés… ¡y este es un bulldog enano!

Yo también empecé a reírme con él.

—¡Es lo mejor que he podido encontrar! ¡No te rías!

—Has transformado a Scooby —protestó con voz entrecortada—, y has hecho de él un bulldog enano…, ¡es una absoluta difamación!

Se dobló en dos y, entonces, todos empezamos a llorar de risa mientras él sostenía al pequeño peluche de felpa.

Necesitamos varios minutos para calmarnos, mientras Jason se secaba las lágrimas de la cara. Durante ese tiempo, Rooney había sacado de la bolsa los últimos accesorios de ropa que habíamos comprado ese día y se los había pasado a Jason: un jersey blanco, un pañuelo naranja y una peluca rubia como el personaje de Fred Jones.

Él se quedó mirándolos.

—Ha llegado mi momento—dijo.

—¿Así que te encanta *Scooby-Doo*? —Le preguntó Sunil a Jason un poco más tarde esa misma noche, una vez que estuvimos en la discoteca. Estaba abarrotada de estudiantes ataviados con todo tipo de disfraces, desde superhéroes a batidoras gigantes.

—Más que nada en este mundo —contestó Jason.

Bailamos. Bailamos mucho. Y por primera vez desde que entramos en la universidad, me divertí. Con todo: la música alta, el suelo pegajoso, las bebidas servidas en pequeños vasos de plástico. Los viejos clásicos que sonaban en la discoteca, las chicas borrachas de las que nos hicimos amigas en el baño debido a que yo llevaba conmigo el perrito de peluche, con Rooney pasando un brazo por encima de mi hombro, achispada, balanceándose al ritmo del «Happy Together» de los Turtles o «Walking on Sunshine» de Katrina and the Waves, y Sunil arrastrando a Jason a la pista y obligándole a bailar la «Macarena», a pesar de que pensaba que era vergonzoso.

Todo resultó mejor debido a mis amigos. Si ellos no hubieran estado allí, lo habría detestado. Me habría querido ir a casa.

No perdí de vista a Rooney. Hubo un momento de la noche en que empezó a parlotear borracha y a reírse con otro grupo de personas, unos estudiantes que no había visto nunca, y me pregunté si no volvería a hacer de las suyas y a abandonarnos.

Pero cuando la cogí de la mano, les dio la espalda y me miró, con su rostro centelleando bajo las luces de colores, y entonces pareció recordar por qué estaba ahí y que nos tenía a nosotros.

Así que la arrastré de vuelta hasta donde estaban Jason y Sunil dando botes con la canción «Jump Around» de House Of Pain y, cuando empezamos a dar brincos, me sonrió directamente.

Sabía que aún estaba dolida. Como me sucedía a mí también. Pero por un momento pareció feliz. Muy, muy feliz.

En general, tuve una de las mejores noches de mi vida universitaria.

—¡Tengo que gritar! —dijo Rooney con la boca llena de *pizza* mientras caminábamos a través de Durham de vuelta a nuestros colegios—. Esto es lo mejor que he tenido nunca en mi boca.

—Eso es lo que dices ahora —replicó Jason, lo que hizo que Rooney soltara una carcajada que rápidamente se convirtió en tos.

Probé mi propio trozo de *pizza* y tuve que darle la razón a Rooney. Había algo en comer *pizza* caliente en plena noche bajo el gélido invierno del norte que, para ser sinceros, era casi celestial.

Jason y yo caminábamos uno al lado del otro, mientras que Rooney y Sunil se habían adelantado ligeramente y estaban sumidos en una discusión sobre el mejor local de *pizza* de Durham.

Aún no había tenido la oportunidad de hablar con Jason cara a cara. Hasta ahora. Realmente no sabía por dónde empezar. Cómo disculparme por todo. Cómo preguntarle si había alguna posibilidad de que volviéramos a ser amigos.

Por suerte, él habló primero.

—Ojalá Pip estuviera aquí —declaró—. Habría disfrutado mucho de esta noche.

No era lo que esperaba que dijera, pero, en cuanto lo dijo, comprendí cuánta razón tenía.

Jason resopló.

—Ya me la imagino, vestida como Scooby-Doo y poniendo la voz del perro.

—Oh, Dios mío. Sí.

—Casi me parece oírla. Y es horrible.

—Estaría horrible.

Ambos nos reímos. Como si todo hubiera vuelto a la normalidad.

Pero no era así.

No hasta que hubiéramos hablado del tema.

—Yo… —empecé a decir, pero me detuve, porque no me parecía suficiente. Nada de lo que dijera sería suficiente.

Jason se volvió para mirarme. Habíamos llegado hasta uno de los muchos puentes que se extendían sobre el río Wear.

—¿Tienes frío? —preguntó—. Puedo prestarte mi chaqueta.

Empezó a quitársela. Dios. Yo no lo merecía.

—No, no. Lo que iba a decir…, lo que iba decir es que lo siento —solté.

Jason volvió a ponerse la chaqueta.

—Oh.

—Siento mucho… todo lo que hice. Siento mucho todo. —Dejé de caminar porque podía notar las lágrimas agolpándose en mis ojos y no quería llorar delante de él. Para nada quería llorar—. Te quiero mucho y… creo que intentar salir contigo ha sido lo peor que he hecho nunca.

Jason se detuvo también.

—Fue muy mala idea, ¿no es cierto? —repuso, después de una pausa—. Lo hicimos jodidamente mal.

Eso me hizo reír, a pesar de todo.

—Tú no merecías que te tratara así —continué, intentando sacarlo todo mientras aún tenía la oportunidad.

Jason asintió.

—Eso es cierto.

—Y quiero que sepas que no tenía nada que ver contigo… Tú eres… Tú eres perfecto.

Jason sonrió e intentó sacudir el pelo de su peluca.

—También cierto.

—Yo simplemente…, simplemente soy diferente. No puedo sentir todas esas cosas.

—Ya. —Jason asintió de nuevo—. ¿Eres… asexual? ¿O arromántica?

Me quedé de piedra.

—¿Cómo? Espera un momento, ¿tú sabes lo que significan esos términos?

—Bueno… He oído hablar de ellos. Y cuando me mandaste el mensaje empecé a atar cabos y luego estuve buscándolos y, sí, eso sonaba a lo que tú estabas describiendo. —De pronto, me miró alarmado—. ¿Estoy equivocado? Lo siento si lo he entendido mal…

—No, no, tienes razón. —Dejé escapar un suspiro—. Soy, mmm, ambas cosas. Aro-ace.

—Aro-ace —repitió Jason—. Vale.

—Sí.

Deslizó su mano en la mía y continuamos caminando.

—Sin embargo, no contestaste a mi mensaje —señalé.

—Bueno… Estaba muy muy dolido. —Bajó la vista al suelo—. Y… no podía hablar contigo mientras aún estuviera… enamorado de ti.

Hubo una larga pausa. No tenía ni idea de qué decir a eso.

Finalmente añadió:

—¿Sabes cuándo me di cuenta de que me gustabas?

Alcé la vista hacia él, sin saber bien adónde nos iba a llevar todo eso.

—¿Cuándo?

—Aquella vez que le afeaste la conducta al señor Cole durante los ensayos de *Los miserables*.

¿Le afeé la conducta? No podía recordar ningún momento en que me hubiese enfrentado a un profesor, y mucho menos al señor

Cole, el autoritario director de las obras de teatro del colegio en primero de bachillerato.

—No me acuerdo de eso —dije.

—¿En serio? —se rio Jason—. Él me estaba gritando porque le había dicho que debía faltar al ensayo esa tarde para ir al dentista. Y tú estabas allí, y él se volvió hacia ti y dijo: «Georgia, tú estás de acuerdo conmigo, ¿verdad? Jason es Javert, el protagonista principal, y tendría que haber pedido su cita para otro momento». Y ya sabes cómo era el señor Cole, cualquiera que no estuviera de acuerdo con él se convertía oficialmente en su enemigo. Pero tú simplemente lo miraste a los ojos como diciendo: «Bueno, ya es demasiado tarde para cambiar eso, así que no hay necesidad de gritar a Jason». Y esa mirada hizo que se callara y se marchara hecho una furia a su oficina.

Sí, recordaba el incidente. Pero no tenía la impresión de haberme mostrado especialmente contundente o audaz. Solo traté de mantenerme firme defendiendo a mi mejor amigo, que claramente estaba en todo su derecho.

—Eso me hizo pensar: «Puede que Georgia sea bastante callada y tímida, pero ha sido capaz de alzarse frente a un temido profesor cuando uno de sus amigos ha recibido una bronca». Esa es la clase de persona que eres. Me hizo sentir seguro de que realmente te preocupabas por mí. Y supongo que ahí es donde empezó…, ya sabes, el enamorarme de ti.

—Aún sigo preocupándome por ti —repliqué inmediatamente, a pesar de que no pensaba que lo que le hice al señor Cole fuera especialmente tajante o valiente. Aún quería que Jason supiera que me preocupaba por él exactamente igual a como él lo había percibido en aquel momento.

—Lo sé —dijo con una sonrisa—. Y eso es en parte la razón por la que necesitaba alejarme de ti. Para poder sobreponerme y seguir adelante.

—¿Y has conseguido sobreponerte?

—Lo estoy… intentando. Va a llevar tiempo. Pero lo estoy intentando.

Inconscientemente retiré mi mano de la suya. ¿Acaso estaba empeorando las cosas estando a su alrededor?

Él advirtió mi gesto e hizo una pausa antes de volver a hablar.

—Cuando me explicaste por qué habías salido conmigo, yo… Me refiero a que, obviamente, me sentí fatal —continuó—. Sentí que… yo no te importaba en absoluto. Pero después de recibir tu mensaje, empecé a pensar que simplemente… te habías sentido confusa por todo esto. Realmente pensabas que podríamos estar juntos, porque tú me quieres. No en un sentido romántico, pero sí con igual fuerza. Aún eres aquella persona capaz de defenderme frente al señor Cole. Aún eres mi mejor amiga. —Me miró directamente—. El que tú y yo no seamos pareja no cambia nada. Yo no he perdido nada, solo porque no salgamos juntos.

Lo escuché, sorprendida, tomándome un momento para comprender lo que eso significaba.

—¿Te parece bien que… que seamos solo amigos? —pregunté.

Él sonrió y volvió a cogerme la mano.

—Eso de «solo amigos» hace que parezca como si ser amigos fuera lo peor. Personalmente, creo que es lo mejor, considerando lo terrible que fue ese beso.

Le apreté la mano.

—Estoy de acuerdo.

Llegamos al final del puente y cruzamos por un callejón empedrado. El rostro de Jason se sumía y resurgía de la oscuridad a medida que pasábamos por debajo de las farolas. Cuando su cara estuvo de nuevo bajo la luz, vi que sonreía y pensé que posiblemente me había perdonado.



Sunil examinó fijamente la foto enmarcada de Sarah Michelle Gellar y Freddie Prinze Jr. colgada en el cuarto de Jason antes de darle un golpecito y preguntar:

—¿Alguien querría explicarme esto, por favor?

—En realidad, es una larga historia —contestó Jason, que estaba sentado en su cama.

—Sin embargo, es una buena historia —añadí. Rooney y yo nos habíamos acomodado en el suelo con las almohadas de Jason como respaldo, aunque Rooney parecía estar sumida en una intensa modorra.

—Bueno, pues ahora estoy aún más intrigado.

Jason suspiró.

—¿Y qué os parece si lo explico una vez que hayamos decidido qué vamos a hacer con Pip?

Había pasado una semana desde la velada de disfraces de *Scooby-Doo*. Y con Jason de nuevo en la Sociedad Shakespeare, las cosas parecían ir mejor y, de hecho, habíamos podido tener un ensayo en condiciones.

Sin embargo la obra no podría interpretarse sin Pip.

En cualquier caso, no se trataba solamente de eso. La sociedad era importante para todos nosotros, pero nuestra amistad con Pip lo era todavía más. Eso es lo que había que salvar.

Simplemente no sabía bien cómo tenía que hacerlo.

—¿Estamos hablando de Pip? —preguntó Rooney, que aparentemente acababa de espabilarse.

Ella aún seguía saliendo la mayoría de las noches y regresando de madrugada. Yo no sabía si podría impedir que lo hiciera o si debía hacerlo porque, técnicamente, no estaba haciendo nada malo.

Aunque tenía la sensación de que lo hacía para escapar de todo lo demás.

—Pensé que estábamos ensayando —respondí.

—No tiene sentido continuar con los ensayos si Pip no piensa volver —afirmó Jason, y hubo un silencio cuando todos comprendimos que tenía razón.

Sunil se encaramó sobre la mesa de Jason y cruzó los brazos.

—Y bien…, ¿alguna sugerencia?

—Bueno, yo he estado hablando con ella y…

—Espera, ¿has estado hablando con ella? —interrumpió Rooney, sentándose erguida.

—No es conmigo con quien se ha enemistado. Aún seguimos siendo amigos. Estamos en el mismo colegio.

—Entonces tú puedes conseguir que vuelva. Ella te escuchará.

—Lo he intentado —aseguró Jason negando con la cabeza—. Está enfadada. Y Pip no olvida fácilmente. —Nos miró a mí y a Rooney—. Me refiero a que…, en cierto modo, puedo entender sus razones. Lo que ambas hicisteis fue increíblemente estúpido.

Jason sabía lo del beso. Pues claro que lo sabía, Pip probablemente se lo había contado todo. Sentí cómo me sonrojaba, muerta de vergüenza.

—¿Qué es lo que hicisteis? —preguntó curioso Sunil.

—Se besaron y Pip lo vio —respondió Jason por nosotras.

—Oh.

—Mmm… ¿Podemos explicar nuestra versión de la historia? —preguntó Rooney.

—Me refería a que supongo que estabais borrachas y que fue idea de Rooney —añadió Jason—. Y que ambas lo lamentasteis al momento.

—De acuerdo, eso es bastante… aproximado.

—¿Entonces qué hacemos? —insistió Sunil.

—Creo que Georgia y Rooney van a tener que seguir intentando hablar con ella hasta que esté dispuesta a escucharlas. Tal vez de una en una, para que no sienta que os habéis aliado contra ella.

—¿Cuándo? —dije—. ¿Cómo?

—Ahora —señaló Jason—. Creo que una de vosotras debería ir a su habitación y disculparse directamente ante ella. No habéis intentado disculparos en persona, ¿verdad?

Ni Rooney ni yo contestamos.

—Eso es lo que imaginaba.

Una idea se iluminó en mi mente.

—La chaqueta de Pip. Una de nosotras podría ir a devolverle su chaqueta.

Rooney chocó su cabeza con la mía.

—Sí. Lleva en nuestro cuarto yo diría que meses.

—¿Quieres que vaya a cogerla?

Pero Rooney ya se había puesto en pie.

Una vez que regresó del St. John's con la chaqueta vaquera de Pip en la mano, exigió ser ella la primera en ir a hablarla. Ni siquiera me dejó discutirlo, simplemente abrió la puerta de golpe, salió al pasillo y dijo:

—¿Por dónde se va a su habitación?

Al parecer, Rooney aún se sentía culpable por todo el asunto, a pesar de que Pip tenía muchas más razones para estar furiosa conmigo.

La acompañé una parte del camino, pero me detuve a pocos metros, antes de doblar la esquina, para así poder oír la

conversación. Era tarde, y el turno de cenas ya había acabado, así que, con un poco de suerte, Pip estaría en su habitación.

Rooney llamó a la puerta. Me pregunté qué es lo que pensaba decir.

¿No sería una mala idea?

Demasiado tarde.

La puerta se abrió.

—Hola —dijo Rooney, y entonces se produjo un incómodo silencio.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Pip. Su voz sonó débil. No era normal que tuviera ese tono tan triste. No la había oído así desde mucho antes de… este incidente.

—Yo…

Esperaba que Rooney pronunciara un gran discurso de algún tipo y le ofreciera sus más sinceras disculpas y un forzoso arrepentimiento.

En su lugar, solo dijo:

—Mmm…, toma… tu chaqueta.

Y hubo otro silencio.

—Estupendo —dijo Pip—. Gracias.

La puerta crujió, y me asomé a la esquina para ver a Rooney estirar un brazo y poder mantenerla abierta.

—¡Espera! —gritó.

—¿Qué? ¿Qué es lo que quieres?

No podía ver a Pip, que debía de estar más adentro de la habitación, pero pude percibir que estaba empezando a enfadarse.

A Rooney le entró el pánico.

—¿Por… por qué está tu habitación tan desordenada?

Eso era definitivamente lo más equivocado que podría decir.

—Por lo visto, no eres capaz de dejar de hacerme molestos reproches, ¿no es cierto? —espetó Pip.

—Espera, lo siento, eso no es lo que…

—¿No podrías simplemente dejarme en paz? Siento como si me estuvieras acosando o algo así.

Rooney tragó saliva.

—Solo quería pedirte perdón. Hacerlo en plan…, como Dios manda. A la cara.

—Oh.

—Georgia también ha venido.

Sentí que el estómago se me caía al suelo cuando Rooney señaló hacia donde estaba escondida al doblar la esquina. Ese no era el plan.

Para alguien que supuestamente sabía mucho sobre romances, Rooney desde luego no tenía ni puñetera idea de cómo hacer una gran demostración.

Pip dio varios pasos para asomarse a la puerta con expresión sombría.

—No quiero hablar con ninguna de las dos —rechazó, con voz rota, y entonces se dio la vuelta para regresar al interior.

—¡Espera un momento! —Yo misma me quedé sorprendida al oír las palabras salir de mi boca y el modo en que me tambaleé hasta la habitación de Pip.

Y ahí estaba. Con el pelo encrespado y despeinado, vestida con una sudadera con capucha y unos *shorts* de punto. Su dormitorio era un auténtico desastre, incluso para ella. Era evidente que estaba muy trastornada.

Pero no parecía tan furiosa como la semana anterior a las puertas del pub.

¿Sería eso un progreso?

—Pensamos que tal vez sería mejor si solo una de nosotras hablaba —balbuceé—. Pero…, bueno…, ambas estamos aquí. Y ambas estamos muy arrepentidas por…, ya sabes, por todo lo que sucedió.

Pip no dijo nada. Esperó a que continuáramos, pero no supe qué más decir.

—¿Eso es todo, entonces? —replicó por fin—. Se supone que simplemente… ¿debo perdonaros?

—Solo queremos que regreses a la Sociedad Shakespeare —dijo Rooney, pero, una vez más, escogió las palabras menos apropiadas.

Pip se rio.

—¡Oh, Dios mío! Debería haberlo imaginado. Esto no es por mí, solo necesitáis al quinto miembro para la puta Sociedad Shakespeare. Oh, Dios mío.

—No, eso no es lo que…

—No tengo ni idea de por qué te importa tanto tu estúpida obra, pero ni de coña volvería a actuar con alguien que me hizo creer que había una mínima posibilidad de que yo le gustara y luego decidió pegármela con mi mejor amiga. —Pip sacudió la cabeza—. Yo siempre he tenido razón. Tú me odias.

Esperé el inevitable contraataque de Rooney, pero no llegó.

Simplemente parpadeó varias veces. Me volví para mirarla fijamente y advertí que estaba a punto de llorar.

—Me gustabas… —empezó a decir, pero se detuvo y su rostro se desmoronó. Las lágrimas empezaron a resbalar por sus ojos y, antes de que pudiera decir nada más, se dio la vuelta abruptamente y salió corriendo.

Pip y yo la vimos desaparecer al doblar la esquina.

—Mierda…, no pretendía hacerla llorar —murmuró Pip.

Yo ya no tenía ni idea de qué decir, y también sentía ganas de llorar.

—Lo sentimos mucho —dije—. Nosotras… Lo siento mucho. Sentía todo lo que te escribí en mi mensaje. Fue un terrible error de niñatas borrachas. Ninguna de las dos estamos orgullosas de lo que hicimos. Y también me he disculpado con Jason.

—¿Has hablado con Jason?

—Sí, hemos… hablado de todo. Y creo que ahora estamos bien.

Pip no dijo nada. Simplemente bajó la vista al suelo.

—La verdad es que no me importa si no quieres volver a la Sociedad Shakespeare —añadí—. Solo… solo quiero que volvamos a ser amigas de nuevo.

—Necesito algún tiempo para pensar. —Y se dispuso a cerrar la puerta, pero antes de hacerlo dijo—: Y gracias por traerme la chaqueta de vuelta.



Para cuando regresé a nuestra habitación, Rooney había dejado de llorar.

En su lugar, se estaba cambiando con su ropa para salir.

—¿Vas a salir? —pregunté, cerrando la puerta a mi espalda y dándole al interruptor de la luz. Ella ni siquiera se había molestado en encenderla.

—Sí —contestó, poniéndose por la cabeza una camiseta que dejaba los hombros a la vista.

—¿Por qué?

—Porque, si me quedo aquí —espetó—, entonces tendré que sentarme y pensar en lo sucedido durante toda la noche, y no puedo hacerlo. No puedo sentarme y quedarme a solas con mis pensamientos.

—¿Y con quién vas a salir?

—Con gente del colegio. Tengo otros amigos.

¿Amigos que nunca se pasan a tomar el té, ni vienen a las sesiones nocturnas de película y *pizza,* ni se preocupan por ti cuando no estás bien?

Es lo que quise decir.

—Muy bien —contesté.

«Era su misma mierda de siempre», fue lo que me estuve diciendo a mí misma. Así es como yo lo justificaba todo. Su no asistencia a las clases. El quedarse durmiendo hasta la tarde. Las salidas diarias a la discoteca.

No me lo había tomado demasiado en serio hasta esa noche, cuando me desperté a las cinco de la madrugada y leí un mensaje:

Rooney Bach
¿Puedes abrirme? Estoy fuera del colegio
Olvidé mi llave

Me lo había mandado a las tres y veinticuatro. Las puertas del colegio se cerraban de dos a seis de la madrugada. Necesitabas usar tu llave para poder entrar en el edificio principal.

A menudo me despertaba al amanecer y comprobaba la hora en mi teléfono, antes de volver a dormirme. Pero el mensaje me causó tanto pánico que inmediatamente salté de la cama y llamé a Rooney.

No lo cogió.

Me puse las gafas, la bata y me calcé las zapatillas, al tiempo que agarraba las llaves y corría a la puerta con mi mente de pronto llena de imágenes de ella muerta en una zanja, ahogada en su propio vómito o flotando en el río. Tenía que estar bien. Hacía cosas estúpidas todo el tiempo, pero siempre estaba bien.

El vestíbulo de la recepción principal se hallaba oscuro y vacío cuando irrumpí en él, abrí con llave y salí al exterior.

La calle estaba vacía, a excepción de una figura sentada en un pequeño murete de ladrillo un poco más adelante, acurrucada en sí misma.

Rooney.

Estaba viva. Gracias a Dios. Gracias a Dios.

Corrí hacia ella. Solo llevaba la camiseta con los hombros al descubierto y una falda, a pesar de que ahí fuera debíamos de estar a cinco grados.

—¿Qué… qué estás haciendo? —dije, sintiéndome inexplicablemente furiosa con ella.

Ella alzó la vista hacia mí.

—Oh. Dios. Por fin.

—Llevas… ¿llevas aquí sentada toda la noche?

Se incorporó, tratando de mostrarse despreocupada, pero pude notar cómo se frotaba los brazos intentando controlar los violentos temblores.

—Solo un par de horas.

Me quité la bata y se la puse. Ella se envolvió rápidamente sin protestar.

—¿No podrías haber llamado a alguien? ¿A uno de tus otros amigos? —inquirí—. Sin duda alguien estaría despierto.

Ella negó con la cabeza.

—No había nadie despierto. Bueno, un par de personas leyeron mis mensajes, pero… debieron de ignorarlos. Y entonces mi teléfono se apagó.

Me sentía tan alarmada por la situación que ni siquiera pude pensar en nada más que decir. Así que me limité a acompañarla de vuelta al colegio y caminamos en silencio hasta nuestra habitación.

—No puedes simplemente… Tienes que tener más cuidado —dije cuando entramos—. No es seguro andar sola por ahí fuera todo el tiempo.

Ella empezó a ponerse el pijama. Se la veía rendida.

—¿Y por qué te preocupas? —susurró. No lo decía en mal plan. Era una pregunta sincera. Como si realmente no pudiera entender cuál era la respuesta—. ¿Por qué te preocupas por mí?

—Eres mi amiga —contesté, de pie junto a la puerta.

Ella no dijo nada más. Se metió en la cama y cerró los ojos.

Recogí la ropa que había dejado desperdigada por el suelo y la puse en el cesto de la ropa sucia, pero entonces noté que su teléfono estaba en el bolsillo de su falda, así que lo pesqué y lo puse a cargar en su mesilla. Incluso eché un poco de agua en el tiesto de Roderick. Realmente se le veía un poco más lustroso.

Y entonces me metí en la cama y me pregunté por qué me preocupaba tanto por Rooney Bach, la reina del autosabotaje, la experta en amor que no lo era tanto. Porque realmente lo hacía. ¿De verdad me preocupaba por ella, a pesar de lo distintas que éramos y de que probablemente no habríamos hablado nunca si no nos hubieran emparejado en la misma habitación y de todas las veces que había dicho algo inoportuno o provocado una situación caótica?

Me preocupaba por ella porque me gustaba. Me gustaba su pasión por la Sociedad Shakespeare. Me gustaba la forma en que se entusiasmaba por cosas que no eran importantes: como alfombras, obras de teatro o matrimonios de los colegios mayores. Me gustaba la forma en que siempre había querido ayudarme con su mejor intención, incluso si nunca sabía decir o hacer lo correcto y me había dado consejos mucho peores de lo que inicialmente había intuido.

Pensaba que era una buena persona, y me gustaba tenerla en mi vida.

Pero estaba empezando a darme cuenta de que para Rooney resultaba inexplicable que alguien pudiera sentir eso por ella.

Dos horas más tarde, me desperté con el sonido del móvil de Rooney.

Ambas lo ignoramos.

Cuando volvió a sonar por segunda vez, me incorporé y me puse las gafas.

—Tu teléfono está sonando —dije, con voz ronca por el sueño.

Rooney no se movió. Simplemente emitió una especie de gruñido.

Salí de la cama y me tambaleé hasta donde el móvil de Rooney se estaba cargando en su mesilla, y miré la identidad del que llamaba.

Leí: Beth

Miré fijamente la pantalla. Sentía que, de algún modo, debía de saber quién era, como si ya hubiera visto ese nombre en alguna parte.

Y entonces recordé que ese era el nombre de la persona que estaba a medio metro delante de mí, en la única foto que Rooney había colgado en la pared junto a su cama. Una foto que estaba un tanto arrugada por todas las veces que se había caído al suelo y había sido pisoteada.

La foto de una Rooney con trece años y su mejor amiga del colegio. Beth, la chica del pelo de la Sirenita.

Me dispuse a contestar la llamada.

—¿Hola?

—¿Hola? —dijo la voz. Beth. ¿Sería esa misma Beth? ¿La chica de la foto con el pelo teñido de rojo y pecas?

¿Acaso ella y Rooney aún mantenían contacto? Quizá Rooney sí tenía otras amigas que se preocupaban por ella, y yo simplemente no las conocía.

Y entonces Beth dijo:

—Tengo varias llamadas perdidas de anoche de este número y solo quería comprobar quién era, en caso de que se tratara de alguna emergencia o algo así.

Noté cómo mi boca se abría de golpe.

Ella ni siquiera tenía el teléfono de Rooney registrado.

—Mmm… —me oí contestando—. Lo siento, este ni siquiera es mi móvil. Es el teléfono de Rooney Bach.

Hubo una pausa.

—¿Rooney Bach?

—Eh, sí. Soy su compañera de cuarto. Ella… bebió bastante anoche, así que tal vez te llamó cuando estaba pedo.

—Sí, supongo… Lo siento, esto es muy raro. No he vuelto a verla desde… Dios, debe de hacer al menos cinco años. No entiendo por qué aún conserva mi número.

Me quedé mirando la foto de la pared.

—¿Ya no hablas con ella? —pregunté.

—Eh, no. Cambió de colegio cuando estábamos en segundo de secundaria y no volvimos a tener contacto.

Rooney había mentido. ¿O… no lo había hecho? Me había explicado que Beth era su amiga. Quizá eso fuera cierto cuando era joven, pero no ahora.

Entonces, ¿por qué Rooney tenía la foto de una amiga con la que no hablaba desde hace cinco años?

—¿Cómo está? —preguntó Beth.

—Está… —parpadeé—, está bien. Perfectamente.

—Me alegro. ¿Aún sigue haciendo teatro?

No sabía por qué, pero sentí ganas de llorar.

—Sí —contesté —. Aún sigue. Le encanta el teatro.

—Ah. Eso me alegra. Ella siempre dijo que quería ser directora de una compañía o algo así.

—Deberías… deberías enviarle un mensaje alguna vez —sugerí, tratando de tragar el nudo de mi garganta—. Creo que a ella le encantaría saber de ti.

—Sí —contestó Beth—. Sí, quizá lo haga. Estaría bien.

Confié en que lo hiciera. Confié desesperadamente en que lo hiciera.

—Bueno… Pues entonces voy a colgar, ya que no se trata de una emergencia ni nada así. Me alegra que a Rooney le vaya bien.

—Claro —contesté, y Beth terminó la llamada.

Dejé de nuevo el móvil de Rooney en su sitio. Ella ni siquiera se había movido. Lo único que podía ver era la parte de atrás de su cabeza, su coleta cayendo suelta, mientras el resto estaba tapado por la colcha de flores.



REUNIÓN DE EMERGENCIA

Lo que había creído que era una máscara era en realidad un muro. Rooney había construido un sólido muro de ladrillo a su alrededor para ocultar una parte de ella que nadie podía conocer.

Se había pasado el año demoliendo en pedazos mi propio muro. Y ahora yo me merecía la oportunidad de poder hacer lo mismo por ella.

Así que convoqué una reunión de emergencia de la Sociedad Shakespeare.

Íbamos a conseguir que Pip volviera. Y Rooney iba a ayudarnos, lo quisiera o no.

Estábamos a sábado, y todos decidimos salir para tomar un café a media mañana. Jason había tenido prácticas de remo más temprano, Sunil un ensayo con su orquesta y Rooney no pensaba levantarse de la cama hasta que la golpeé en la parte de atrás de la cabeza con su alfombra color agua, pero, de algún modo, todos conseguimos estar en el café Vennels a las once en punto. Por fin sabía lo que era Vennels.

—Son… muchas cosas —comentó Sunil una vez que le expliqué mi plan—. Puedo conseguir que Jess se implique. Ella toca la viola.

—Y yo le preguntaré al capitán de mi equipo de remo si podemos tomar prestados algunos equipos —intervino Jason, tamborileándose la boca con los dedos—. Estoy seguro de que accederá.

—No quiero molestar a nadie —repliqué. La idea de que otras personas tuvieran que echarnos una mano me resultaba vergonzosa.

—Nada de eso, Jess se sentiría muy molesta si no le pido que forme parte —rechazó Sunil—. Está obsesionada con este tipo de cosas.

—¿Y tú qué dices, Rooney? —dijo Jason mirándola—. ¿Qué opinas?

Rooney estaba recostada en la silla y claramente no parecía querer despertarse.

—Me parece bien —contestó, tratando de parecer entusiasta, pero fracasando estrepitosamente.

Una vez que Jason y Sunil se marcharon para continuar con sus quehaceres —Jason tenía un grupo de estudio y Sunil había quedado a comer con algunos amigos—, me encontré mano a mano con Rooney. Entonces pensé que tal vez podríamos seguir allí y pedir algo de comer, dado que ella no había desayunado y no teníamos otra cosa que hacer.

Pedimos unas tortitas. Yo me decidí por un relleno salado y ella por uno dulce, y charlamos un rato sobre tópicos mundanos como nuestros trabajos del curso y la inminente semana de lectura.

Sin embargo, ella acabó yendo directa al grano.

—Sé por qué estás haciendo esto —declaró, bajando la vista para que quedara al mismo nivel de la mía.

—¿Hacer qué?

—Hacer que desayune algo y ayudarme con el asunto de Pip.

—¿Y por qué es, según tú?

—Sientes pena por mí.

Dejé cuidadosamente el cuchillo y el tenedor en mi plato vacío.

—No precisamente. Te equivocas. Estás totalmente equivocada.

Pude percibir que no me creía.

Y entonces dijo:

—Hablaste con Beth por teléfono.

Me quedé petrificada.

—¿Estabas despierta?

—¿Por qué contestaste al teléfono?

¿Que por qué contesté al teléfono? Sabía que la mayoría de la gente lo habría dejado sonar hasta que entrara el buzón de voz.

—Supongo… Supuse que llamaba para comprobar cómo estabas —dije, sin saber bien si aquello tenía mucho sentido.

Solo quería que Rooney supiera que alguien había llamado. Que alguien se preocupaba. Pero Beth no era esa persona. Ella ya no se preocupaba.

—¿Y era así? —preguntó Rooney con una vocecita—. ¿Llamaba para saber de mí?

Podría haberla mentido.

Pero no lo hice.

—No —contesté—. Ella no tenía tu número registrado.

El rostro de Rooney se desmoronó. Bajó la vista hacia un lado. Y dio un sorbo a su zumo de manzana.

—¿Quién es ella? —pregunté.

—¿Por qué tienes que hacer eso? —Rooney se apoyó en una mano cubriéndose los ojos—. No quiero hablar del tema.

—No pasa nada. Solo quería que supieras que puedes hacerlo.

Pedí otra bebida. Ella se quedó en silencio con los brazos cruzados como si quisiera ocultarse en una esquina de la habitación.

Nos llevó dos semanas de intensa planificación.

En la primera semana, coordinamos el tiempo y el lugar, y Jason se ocupó de hacerle la pelota al capitán de su equipo de remo para que nos dejara utilizar lo que necesitábamos. Después de que le enviáramos a negociar con cuatro latas de cerveza, regresó con una sonrisa en su rostro y la llave del embarcadero, y lo celebramos tomando una *pizza* en el cuarto de Jason.

En la segunda semana, Sunil trajo a Jess para el ensayo. Aunque tenía la impresión de que no la conocía demasiado bien, puesto que solo habíamos hablado un par de veces, ella inmediatamente quiso saber dónde había comprado mi jersey, uno beige con estampado multicolor, y empezamos a forjar un vínculo basado en nuestro amor compartido por los jerséis de lana estampados.

Jess estaba totalmente decidida a tomar parte en nuestro plan, a pesar de las numerosas veces que le dije que no pasaba nada si estaba demasiado ocupada. Y cuando sacó su viola y Sunil hizo lo mismo con su chelo, comprendí por qué era tan amable: estaba claro que les encantaba tocar música juntos. Comenzaron a interpretar la pieza, hablando entre ellos cuando llegaban a las partes más difíciles y tomando pequeñas notas en la partitura.

Ambos parecían muy distintos ahí, su imagen totalmente opuesta a la que transmitían en la Sociedad del Orgullo, donde tenían que ir constantemente de un lado a otro, organizándolo todo, ejerciendo de presidente y de vicepresidenta. Ahí, podían ser simplemente Sunil y Jess, dos amigos íntimos a los que les gustaba tocar música.

—No te preocupes, nos saldrá perfecto antes del domingo —prometió Sunil, con una gran sonrisa en su rostro.

—Gracias —contesté, aunque no parecía suficiente agradecimiento por todo lo que estaban haciendo.

Rooney aceptó a regañadientes tocar una pandereta. Las primeras dos veces que lo hicimos juntas, ella simplemente se quedó ahí, golpeándola contra su mano y bajando la vista al suelo.

Pero, a medida que se acercaba el domingo, empezó a implicarse más en ello y a moverse un poco más, conforme nos

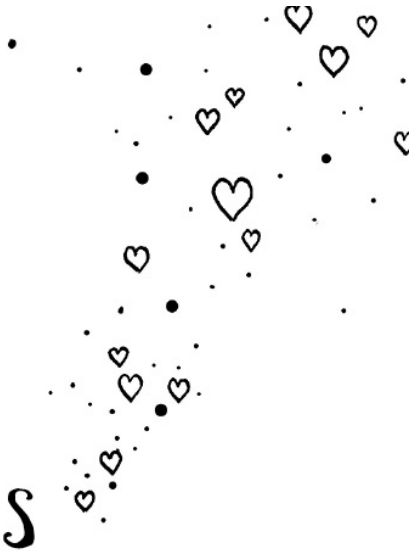
metíamos con la pieza. A veces incluso cantaba a la vez, solo un poco, como si estuviera segura de que nadie podía oírla.

Al final, casi pensé que se estaba divirtiendo.

En realidad, todos lo hacíamos.

Todos lo estábamos pasando muy bien.

Esto iba a funcionar.



LA NOCHE ANTES

La noche antes de aquel domingo, Rooney no salió.

No estaba segura de saber por qué. Quizá no le apeteciera. Pero cualquiera que fuera su razón, alzó la vista de la pantalla de su portátil cuando yo regresé de la ducha y me preguntó:

—¿Quieres que veamos vídeos de YouTube mientras comemos unas galletas?

Me deslicé en su cama, lo que resultó, al igual que la última vez, bastante incómodo, así que, sin pensarlo dos veces, le sugerí: «¿Qué te parecería si juntamos las camas?». A lo que ella contestó: «¿Por qué no?». Y eso hicimos. Ambas empujamos nuestras camas hasta el centro de la habitación, pegando los colchones hasta que se convirtió en una cama doble gigante, y empezamos a contemplar recopilaciones de TikTok mientras íbamos devorando mi paquete de galletas digestivas de chocolate.

—Estoy muy nerviosa por lo de mañana —confesé a medio camino del tercer vídeo.

—Yo igual —dijo Rooney, masticando una galleta.

—¿Crees que a ella le gustará?

—Sinceramente, no tengo ni idea.

No dijimos nada más durante un rato y muy pronto terminamos las galletas. Cuando acabó el cuarto vídeo, Rooney no intentó buscar uno nuevo, así que nos quedamos en silencio bajo la luz de la pantalla.

Después de algún tiempo, quizá unos pocos minutos, quizá más, me preguntó:

—¿Te parece extraño que aún conserve esa fotografía de Beth?

Giré la cabeza para mirarla.

—No —contesté. Y era verdad.

—A mí sí —repuso. Su voz sonó cansada.

—Si no se molestó en mantener el contacto cuando te cambiaste de colegio, entonces es que no te merece —repliqué. La verdad es que estaba furiosa con Beth. Estaba furiosa por haber hecho que a Rooney le importara tanto alguien que no se preocupaba por ella.

Rooney soltó una ligera risa desde su almohada.

—No fue ella. Fui yo.

—¿Qué quieres decir?

—Fue en segundo de secundaria… Ahí fue cuando conocí a mi exnovio.

—¿Al horrible?

—Ajá. Solo ha habido un novio. Y fue horrible. Aunque no me di cuenta entonces.

No dije nada. Esperé y dejé que continuara la historia.

—Él iba a otro colegio. Nos mandábamos mensajes todo el tiempo, cada día. Yo inmediatamente me obsesioné con él. Y… casi enseguida decidí que lo mejor que podía hacer era cambiarme yo también a su colegio. —Resopló—. No dejé de gritarles a mis padres hasta que me dejaron cambiarme al suyo. Inventé mentiras sobre que estaba siendo acosada, que no tenía amigas. Y, como puedes imaginar, fui la peor hija del mundo.

—¿Y Beth era del antiguo colegio?

Hubo una pausa antes de que continuara:

—Beth ha sido la única amiga real que he tenido nunca.

—Pero… dejaste de hablar con ella…

—Lo sé —admitió Rooney, frotándose un ojo con el puño—. Yo solo… Pensé que tener novio era la mejor cosa del mundo. Pensé que estaba enamorada. Así que inmediatamente lo dejé todo. A Beth. A todos los que conocía del colegio. Toda mi vida estaba en ese colegio. Tenía… aficiones. Beth y yo participábamos en espectáculos de fin de curso. Yo asistía al club de teatro. Siempre estaba dándole la lata a la profesora para que nos dejara hacer alguna obra de Shakespeare y ella siempre cedía. Yo era… feliz. Era realmente feliz. —Su voz se suavizó—. Y lo dejé todo para estar con mi novio.

Y Beth la había olvidado. Sin embargo, no lo había hecho, y nunca había dejado de pensar en cómo habría sido su vida si no hubiese escogido «el amor» sobre todo lo demás. Nunca había dejado de imaginar cómo habría sido crecer con alguien que se preocupaba por ti sinceramente.

—Durante los tres años que salí con mi ex mi vida fue horrible. Bueno, digo salir, si no se cuentan los diez millones de veces que él rompió conmigo y luego decidía que debíamos seguir juntos. Y todas las veces que me engañó. —Los ojos de Rooney estaban húmedos—. Él lo decidía todo. Decidía cuándo íbamos a asistir a fiestas. Decidía si debíamos empezar a beber y a fumar y a ir a discotecas usando carnés falsos. Decidía cuándo íbamos a tener sexo. Y yo no dejaba de pensar… que, mientras él fuera feliz, entonces estaría viviendo mi sueño. Que eso era el amor. Que él era mi alma gemela. Que eso era lo que todo el mundo quería.

—¿Y eso continuó durante tres años?

—Necesité todo el valor que tenía para romper con él. —Una sola lágrima rodó por su mejilla hasta la almohada—. Porque… romper con él significaba aceptar que había cometido un terrible, terrible error. Significaba aceptar que todo aquello era solo culpa mía y que… había jodido mi vida. Había perdido a mi mejor amiga por nada. Y habría podido ser muy feliz, pero el amor me había echado a perder.

Rompió a llorar. Empezó con un sollozo y ya no pudo parar, así que la sostuve. La rodeé con mis brazos y la sostuve fuerte y quise matar al chico que le había hecho eso y que probablemente estaba ahí fuera viviendo su vida y no dedicando ni un solo maldito pensamiento a nada de esto. Quise retroceder en el tiempo y devolverle la vida que se merecía, porque yo la quería y era una buena persona. Sabía que era una buena persona.

—No es culpa tuya —susurré—. Tienes que creértelo.

Ella se secó frenética los ojos, lo que no ayudó mucho.

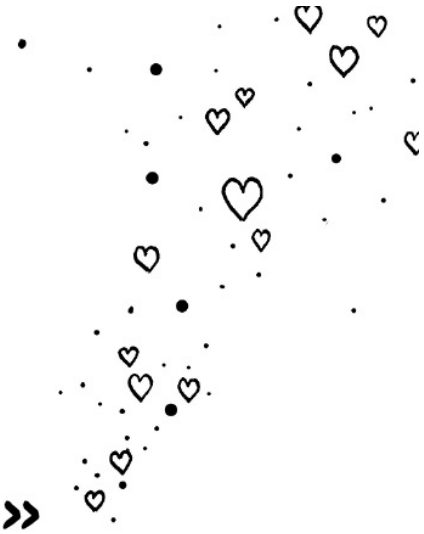
—Lo siento —dijo con voz ronca—. Esto siempre me pasa cuando hablo de este… tema.

—No me importa que llores —aseguré.

—Es solo que… me espanta la idea de que la gente me conozca porque… sin duda acabarán odiándome del mismo modo que yo me odio.

—Pero yo —declaré— no te odio.

Ella no contestó. Mantuvo los ojos cerrados. Y no sé bien cuándo nos quedamos dormidas, pero lo hicimos, entrelazadas la una con la otra en nuestra improvisada cama doble, y supe que no habría una forma fácil de arreglar su dolor, pero confié en que al menos se sintiera segura. Quizá yo nunca sería capaz de reemplazar a Beth, y puede que a Rooney le llevara mucho tiempo conseguir superar esos sentimientos, y quizá no había nada que yo pudiera hacer para ayudarla. Pero confiaba en que se sintiera a salvo conmigo.



«YOUR SONG»

Llegó el domingo y me vestí con un traje de chaqueta y corbata que había pedido prestado a uno de los amigos de Sunil y Jess, puesto que yo no poseía nada tan chulo, y luego bajé la vista al bote de remos.

No era una de esas embarcaciones de competición, sino una más ancha diseñada para dar un paseo por el río y que todos pudiéramos entrar en ella con los instrumentos, pues no era improbable que alguno cayera al agua. Sin embargo, aún seguía pensando que aquello era una muy mala idea.

—Ha sido una muy mala idea —le dije a Jason, que estaba de pie a mi lado en la orilla vestido con una enorme chaqueta amarilla brillante por encima de su propio traje y corbata. Toda una visión.

—No es una mala idea —negó—. Es una idea muy buena.

—He cambiado de opinión. Me quiero morir.

—¿Es por el bote por lo que tienes miedo o por lo que pueda suceder cuando nos metamos todos dentro?

—Las dos cosas. Lamento que hayamos tenido que recurrir a una barca.

Jason pasó un brazo a mi alrededor y me dio un apretón. Apoyé mi cabeza contra él.

—Puedes hacerlo, ¿vale? Me refiero a que eres una jodida desquiciada por hacer esto, pero este montaje va a pasar, literalmente, a la historia. Sinceramente, no me extrañaría que se hiciera viral.

Le lancé una mirada de pánico.

—Yo no quiero que esto se haga viral. Quiero hacerlo y luego no volver a pensar nunca más en ello. Nadie tiene derecho a publicar esto en YouTube.

—Está bien. No se hará viral. Hasta podremos olvidar lo que sucedió en este día.

—Gracias.

—¿Un chaleco salvavidas?

—Sí, por favor.

Me ayudó a ponérmelo. Era color púrpura brillante.

Rooney se acercó a nosotros también vestida con un traje con la chaqueta color azul marino y sosteniendo su pandereta.

—¿Estás preparada? —preguntó.

—No —respondí.

Sunil y Jess estaban detrás de nosotros con los instrumentos en la mano. Sunil me mostró el pulgar hacia arriba.

—Todo va a salir bien —aseguró.

—Y si no es así —añadió Jess—, ¡al menos nos habremos divertido!

—Y ahora subid al jodido bote —indicó Jason.

Suspiré y me subí al jodido bote.

Habíamos hablado con una de las pocas personas que sabía tenían amistad con Pip. O más bien, Jason lo había hecho. Jason tenía amigos comunes con él en Facebook y le había enviado un mensaje pidiéndole si podía hacer que Pip se acercara al puente Elvet a las

cinco en punto, más o menos el momento en el que el sol empezaría a ponerse. Y el chico había accedido.

Yo había participado en siete espectáculos en el colegio y en cuatro producciones de teatro juvenil. Me había inscrito en una universidad que estaba a casi quinientos kilómetros de mi casa, había accedido a compartir habitación con una desconocida, había asistido por primera vez a una discoteca a pesar de que lo odiaba y había salido del armario ante cuatro personas.

Pero, en cierto modo, nada de todo eso me producía tanto miedo como lo que íbamos a hacer.

Sin embargo, estaba decidida a llevarlo a cabo. Por Pip.

Para demostrarle que la quería.

Jason, que de pronto advertí que había echado mucho músculo desde que se había unido al club de remo, nos condujo a los cinco por el río. No había demasiada distancia entre el St. John's y el puente Elvet, pero, a medida que nos acercamos al centro de la ciudad, empezamos a atraer mucha atención navegando con nuestros trajes y corbatas y con los instrumentos musicales cuidadosamente colocados a nuestros pies.

No había necesidad alguna de hacer esto en una barca, más allá de conseguir un efecto dramático. Y lo estaba lamentando un poco. Pero, en general, sabía que a Pip le encantaría. A ella le gustaba cualquier cosa que fuera un poco ridícula y teatral.

Los demás estaban riendo y comentando la experiencia muy excitados, y me alegré de ello, porque yo estaba tan nerviosa que no podía ni hablar. Además, hacía un frío helador, pero al menos la adrenalina me mantenía caliente.

El puente se acercó lentamente en la distancia. Sunil no dejaba de consultar su reloj para asegurarse de que llegáramos a tiempo.

—Ya casi hemos llegado —murmuró Jason a mi espalda.

Me giré hacia él, sintiéndome reconfortada por su presencia.

—Va a ser increíble —aseguró.

—¿Tú crees?

—Sí.

Intenté mostrarle una sonrisa.

—Gracias por tu ayuda.

Jason se encogió de hombros.

—Somos amigos.

Sonreí.

—Hazme saber si necesitas ayuda para planear algún acto platónico por tu cuenta.

—Lo haré.

Y cuando me di la vuelta y alcé la vista hacia el puente, Pip estaba allí.

Tenía los ojos muy abiertos detrás de sus gafas. El viento invernal agitaba su pelo, convirtiéndolo en una maraña de rizos oscuros. Iba enfundada en una gruesa cazadora y, de pie junto a ella, estaba su amigo, que, por suerte, la había traído a tiempo.

Pip me estaba mirando fijamente, con la boca abierta, absolutamente perpleja.

Yo sonreí. No pude evitarlo.

—¡Hola! —la llamé.

Y entonces me devolvió la sonrisa y gritó:

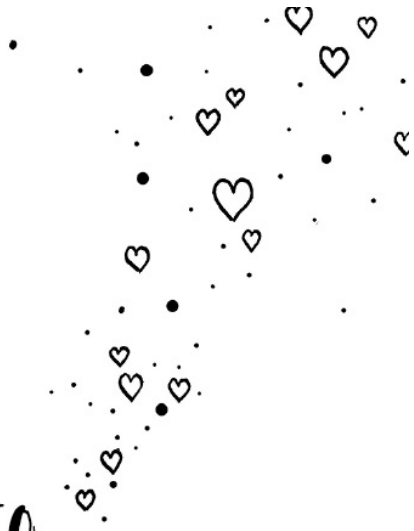
—¿Qué demonios?

Me volví hacia todos los que estábamos en la barca. Sunil, Jess y Rooney habían cogido sus instrumentos, listos para empezar. Solo esperaban mi señal.

—¿Listos? —pregunté.

Asintieron, y les hice un gesto para coordinarnos.

Y, entonces, al unísono con mis tres acompañantes, me erguí en el bote sobre el río Wear y canté «Your Song», en la versión de la película *Moulin Rouge,* a Pip Quintana, que aún no me conocía tan bien como yo habría deseado, pero que, a pesar de eso, era una de mis personas favoritas.



LO OPUESTO A ALGUIEN CURIOSO

En realidad no interpretamos los tres minutos y treinta y nueve segundos que duraba «Your Song», sino que, en su lugar, lo acortamos a unos seguros noventa segundos, para que toda la situación no se volviera demasiado embarazosa e incómoda para los que estábamos implicados. Aunque, probablemente, iba estar recordándolo y escondiendo la cabeza durante el resto de mi vida.

Cuando la canción terminó, habíamos congregado a una gran multitud de curiosos del centro de Durham, y la sonrisa de Pip era tan ancha y brillante que lo único en lo que pude pensar es que parecía como un sol. Nuestra interpretación había logrado su propósito.

Jason me soltó un codazo en un costado.

Lo miré, notando lo mucho que me ardía la cara.

—¿Qué pasa?

—Tienes que hacer la pregunta.

Oh, es cierto.

Me incliné con mucho cuidado para no caer al agua, lo que a estas alturas se estaba convirtiendo en un peligro cada vez mayor, y cogiendo el megáfono que habíamos traído con nosotros, lo sostuve en alto.

—Pip Quintana —dije, y la voz surgió tan fuerte a través del megáfono que me hizo dar un brinco.

Pip pareció increíblemente apurada sin saber bien lo que estaba sucediendo.

—¿Sí?

—¿Quieres ser mi esposa de universidad?

La mirada en su cara me reveló que no esperaba esa pregunta.

Entonces se golpeó la frente con la palma de la mano, y cayó en la cuenta.

—¡SÍ! —me gritó—. ¡Y TE ODIO!

Y la gente empezó a aplaudir. Toda la gente que había ido congregándose allí por casualidad, deteniéndose a mirar sobre el puente y en la orilla —un montón de estudiantes, pero también lugareños residentes de Durham— aplaudió, y unos cuantos vitorearon. Fue una escena redonda. Como en una película. Recé para que ninguno de ellos nos hubiera grabado.

Y entonces Pip empezó a llorar.

—Oh, mierda —dije—. ¿Jason?

—¿Sí?

—Está llorando.

—Sí, así es.

Empecé a palmear a Jason en el brazo.

—Tenemos que acercarnos a la orilla.

Jason agarró los remos.

—Estoy en ello.

Cuando nos acercamos al borde del agua, Pip ya había bajado corriendo los escalones del puente, descendido por el sendero y estaba en la hierba del margen y, una vez que descendí del bote,

vino a toda prisa hacia mí y me abrazó tan violentamente que me tambaleé hacia atrás, caí y de pronto las dos estuvimos sentadas y hundidas hasta la cintura en el río Wear.

Pero, de alguna forma, no parecía importarnos.

—¿Por qué eres así? —fue lo primero que Pip me dijo, secándose furiosamente las lágrimas de los ojos, mientras otras nuevas surgían para reemplazarlas.

—¿Así…, cómo? —inquirí, genuinamente confusa.

Pip sacudió la cabeza, apartándose ligeramente de mí.

—Así. —Y se rio—. Yo nunca hubiera hecho algo parecido. Soy demasiado estúpida.

—Tú no eres estúpida.

—Oh, lo soy. Una enorme, enorme estúpida.

—Ahora mismo estás hablando con alguien que está hundida hasta la cintura en un río en pleno febrero. —Sonrió.

—¿Podemos continuar esta conversación en otra parte?

—Eso estaría muy bien.

Acabamos subiendo de nuevo al bote, esta vez con Pip, y remando de vuelta hasta el St. John's. Pip estaba tan excitada por todo el asunto que a punto estuvo de volcar el bote, lo que nos obligó a Jason y a mí a hacer un gran esfuerzo para convencerla de que se sentara y se quedara quieta, pero al final conseguimos llegar hasta el colegio sin más incidentes.

Rooney estaba sentada al fondo, intentando no mirar a Pip. Advertí que esta la miraba de reojo un par de veces, como si quisiera decirle algo, pero no se atreviera.

Antes de que todos nos separáramos en la pradera del colegio, les di las gracias por haberme ayudado.

—Cualquier cosa en nombre del amor —replicó Sunil, deslizando un brazo alrededor de Jess.

Y tenía razón, supongo.

Todo esto era por amor, de una forma u otra.

Pip y Rooney finalmente reconocieron la existencia de la otra cuando Pip dijo:

—Has estado bien… con la pandereta.

Pretendía decirlo como un cumplido, pero, de algún modo, sonó como un insulto. Rooney simplemente contestó: «Gracias», y luego murmuró algo sobre que debía encontrarse con alguien en la ciudad, se quitó el chaleco salvavidas y se marchó antes de que Pip pudiera añadir nada más.

La última persona en despedirse fue Jason. Me dio un fuerte abrazo y, entonces, se alejó, con la parte trasera de sus pantalones empapada y las gotas de agua chorreando de sus mangas.

Y entonces solo nos quedamos Pip y yo.

No hace falta decir que Pip se quedó conmigo y estuvimos hablando toda la tarde.

Eso me recordó a la forma en que nos conocimos por primera vez. Yo tenía once años. Y durante ese curso íbamos a todas partes juntas, intentando imaginar si habría alguien más al que pudiéramos incluir en nuestro pequeño círculo, y comprendiendo que, por el momento, solo estaríamos las dos.

La llevé a mi habitación. Rooney no estaba allí. Realmente se había marchado a la ciudad, y tenía la intuición de que no volvería durante un buen rato, pero nuestras camas aún seguían pegadas con las sábanas revueltas. De pronto, todo lo sucedido la noche anterior me volvió a la mente como una súbita descarga. La confesión de Rooney. Las lágrimas.

Comprendí que probablemente aquella no fuera la mejor impresión que ofrecer a Pip, que había estado furiosa con Rooney y conmigo porque creía que estábamos saliendo.

—Eh… —dije—. Esto no es… No hemos estado…

—Lo sé —dijo Pip. Y me sonrió, y supe que me creía—. Oye, ¿ha encogido Roderick?

Se acercó hasta la planta y se agachó. A pesar de la cantidad de hojas que le había quitado, parecía haber crecido desde la última vez que lo regué. Tal vez no estuviera totalmente muerto después de todo.

Pip se estremeció de pronto, y fue entonces cuando recordé que ella y yo estábamos empapadas de cintura para abajo.

Le tendí un pantalón de chándal y saqué un pijama para mí y, cuando me di la vuelta, Pip estaba prácticamente arrancándose los pantalones para quitárselos lo antes posible.

Mi chándal le quedaba cómicamente largo, pero dio varias vueltas al dobladillo y muy pronto estuvimos acurrucadas sobre la alfombra, con la espalda apoyada en el lateral de la cama, unos tazones de chocolate caliente en las manos y una manta sobre nuestras piernas.

Sabía que tendría que ser la primera en decir algo sobre todo lo que había sucedido, pero aún se me daba fatal mantener conversaciones serias o hablar de mis emociones, de modo que necesité varios minutos de oír a Pip hablando sin parar de sus clases y sus noches con sus amigos, antes de poder decir lo que quería decirle.

Que era:

—Lo siento. Sé que ya te lo he dicho, pero así es. Lo siento mucho.

Pip alzó la vista hacia mí.

—Oh —dijo—. Vale.

—Entiendo perfectamente que no quisieras hablar conmigo después de todo el asunto del baile Bailey —continué, aún incapaz de mirarla a los ojos—. Y siento…, ya sabes, lo que sucedió. Fue algo absurdo, por muy distintas razones.

Pip no dijo nada. Miró a un lado y asintió.

—Gracias por decirlo —declaró, incómoda aplastando sus rizos —. Creo… que supe inmediatamente que era un error por parte de ambas, pero… Sí. Aun así me dolió.

—Claro.

—Es solo que… —Me miró directamente a los ojos—. Está bien. Vamos a ser sinceras, ¿no?

—Sí. Por supuesto.

—Bueno… Me gustaba Rooney. Me gustaba mucho. —Echó la cabeza hacia atrás ladeándola—. Sé que nunca lo dije directamente porque… no quería admitirlo. Pero tú lo sabías, ¿no es cierto? Me refiero a que dijiste que lo sabías.

Yo lo había sabido. Y eso es lo que hacía que la situación fuera tan terrible.

—Sí —confesé.

—Yo… No quería admitirlo, porque, bueno… —Se rio—. Estoy harta de que me gusten las chicas hetero. He pasado toda mi adolescencia persiguiendo, literalmente, a chicas hetero, para tan solo conseguir… un beso de una chica ligeramente curiosa que inmediatamente volvió con su novio, y entonces vine a la universidad confiando en que por fin encontraría toda una cadena de chicas homosexuales… Y casi inmediatamente volví a caer enamorada de una chica hetero. —Se golpeó la frente con la mano —. ¿Por qué soy la chica lesbiana más torpe que existe?

Sonreí. No pude evitarlo.

—Cierra el pico —dijo Pip, también riendo—. Lo sé. Lo sé. Lo estaba haciendo tan bien. Me uní a la Sociedad del Orgullo y a la Sociedad Latinoamericana, e incluso fui a un par de reuniones y juegos estúpidos del Club del Disco Volador, pero era como si… estuviera cometiendo los mismos errores. Y entonces cuando ella y tú os besasteis… Sentí que era la peor traición que ambas podríais hacerme.

La abracé fuerte.

—Lo siento. Lo siento mucho.

Ella me abrazó a su vez.

—Lo sé.

Nos quedamos así durante largo tiempo.

Entonces ella dijo:

—Simplemente no entiendo por qué se produjo ese beso. Me refiero a que… no creo haberme sentido tan impactada por algo en toda mi vida.

Sentí que me sonrojaba ligeramente.

—¿No te lo ha explicado Rooney?

—Para ser sincera estaba tan hundida que apenas escuché lo que intentaba decirme. —Dejó escapar una risa—. Y, para cuando conseguí calmarme, ya era demasiado tarde.

—Oh.

Pip me miró.

—Georgia… No quiero… forzarte a hablar de algo que no quieres contarme. Es decir, que no es eso lo que la gente debería hacerle a nadie, sobre todo a sus amigos, y sobre todo cuando se trata de cosas como… como la sexualidad. —Su voz se hizo más débil—. Pero… al menos quiero que sepas que puedes hablar de ello conmigo, si te apetece, y te prometo que lo entenderé.

Me quedé helada.

Ella sabía que algo pasaba.

Probablemente lo sabía desde hacía siglos.

—No sé si vas a entenderlo —repuse con apenas un hilo de voz.

Pip hizo una pausa y, luego, dejó escapar una corta y exasperada risa.

—Y yo no sé si eres consciente de esto, Georgia Warr, pero soy una lesbiana excepcionalmente comprensiva con toda una vida de experiencias sobre conceptos *queer.*

Me reí.

—Lo sé. Yo estaba ahí cuando atravesaste tu fase Keira Knightley.

—Ejem, mi fase Keira Knightley aún continúa latente, muchas gracias. Todavía tengo un póster de ella colgado en mi habitación en casa.

—¿Todavía?

—No soy capaz de tirarlo. Representa mi despertar homosexual.

—Querrás decir que no puedes tirarlo porque ella es muy sexi.

—Quizás eso también.

Ambas nos reímos, pero ya no supe cómo seguir desde ahí. ¿Debería soltárselo directamente? ¿Debería buscar un artículo en Internet para que lo leyera? ¿Debería dejar pasar el tema porque ella nunca lo entendería?

—Y bien —insistió Pip, torciendo el cuello para poder mirarme—. Keira Knightley. ¿Qué piensas?

Resoplé.

—¿Me estás preguntando si me gusta Keira Knightley?

—Sí.

—Oh. —Así que así era como íbamos a hacerlo—. Vale, bueno, pues no.

—¿Y qué me dices de las… chicas en general?

Pip sostuvo su tazón delante de la boca, mirándome con sigilosa cautela.

—No —murmuré.

Supongo que al menos ya estaba segura de eso. Pero aún me parecía casi imposible admitirlo. Para Pip, al menos, probablemente habría sido más fácil entender que me gustaban las chicas.

—Y entonces… el asunto con Rooney… —Pip bajó la vista—. ¿Fue solo… simplemente curiosidad o…?

Curiosidad. Me dieron ganas de reír. Yo era, y siempre había sido, todo lo opuesto a alguien curioso.

—Desesperada, es la palabra que yo utilizaría —contesté antes de que pudiera contenerme.

Pip frunció el ceño, confusa.

—¿Desesperada por qué?

—Desesperada por que me gustara alguien. —La miré—. Cualquiera.

—¿Por qué? —susurró.

—Porque… no consigo… no puedo…, no puedo hacer que me guste nadie. Ni chicos, ni chicas, ni nadie. —Me pasé una mano por el pelo—. Simplemente… no puedo. Y nunca podré.

Esperé a las palabras que inevitablemente seguirían. «Eso no lo sabes. Ya encontrarás a alguien algún día. Simplemente no has dado con la persona adecuada».

Pero todo lo que dijo fue:

—Oh.

Asintió lentamente de la forma en que solía hacer cuando estaba pensando profundamente en algo.

Iba a tener que decir las palabras.

—Lo que me pasa se llama condición arromántica asexual —solté en una exhalación.

—Oh —volvió a repetir.

Esperé a que dijera algo más, pero no lo hizo. Simplemente se quedó ahí sentada, meditando seriamente.

—¿Qué piensas? —dije, dejando escapar una pequeña risa nerviosa—. ¿Quieres que lo busque en la Wikipedia y te lo enseñe?

Pip apartó lo que fuera que tuviera en su cabeza y me miró.

—No. No hace falta ninguna Wikipedia.

—Me imagino que suena muy raro. —Pude sentir cómo me sonrojaba. ¿Acaso alguna vez dejaría de avergonzarme por explicar mi orientación a la gente?

—No es raro.

—Sin embargo, suena raro.

—No, no es así.

—Sí.

—Georgia —sonrió Pip, un tanto exasperada—. Tú no eres rara.

Era la primera persona que me decía eso.

Odiaba que, a pesar de todo, algunas veces todavía me sentía como si no fuera una persona normal.

Quizá me llevaría algún tiempo superarlo.

Quizá, poco a poco, podría empezar a creer que todo en mí estaba bien.

—Aun así, sí suena un poco farragoso, ¿no es cierto? —continuó Pip, volviéndose a recostar en el lateral de la cama—. Ocho sílabas. Es como si se te llenara la boca.

—Algunas personas lo llaman «aro-ace» para abreviar.

—Oh, eso está mucho mejor. Parece un personaje salido de *La guerra de las galaxias*. —Hizo un gesto dramático con una mano—. Aro Ace, defensor del universo.

—Está bien, me horroriza.

—Vamos. Te gusta el espacio estelar.

—No.

Solo estábamos bromeando, pero en cierto modo quise gritar: «Tómame en serio».

Ella se percató.

—Lo siento —dijo—. No sé cómo hablar de cosas serias sin tener que hacer una broma.

Asentí.

—Claro. No pasa nada.

—¿Te sentías así… en el colegio?

—Sí. Aunque no era muy consciente de ello. —Me encogí de hombros—. Solo pensaba que yo era muy quisquillosa. Y mis falsos sentimientos por Tommy fueron una especie de cortina de humo.

Pip descansó la cabeza contra mis sábanas, esperando oír algo más.

—Supongo… que siempre me sentí un tanto… incómoda cuando intentaba tener sentimientos hacia alguien. Como si algo en mí no estuviera bien o fallara. Como lo que sucedió con Jason. Sabía que él no me gustaba de ese modo porque, cuando intentaba pensar en algo romántico con él, me parecía… mal. Pero supongo que me dije que todo el mundo se sentía así y que solo necesitaba seguir intentándolo.

—¿Puedo hacerte una pregunta tonta? —interrumpió Pip.

—Eh, claro.

—Esto te va a sonar mal, pero ¿cómo sabes que no encontrarás a alguien algún día?

Esa era la pregunta que me había estado acosando durante meses.

Pero cuando Pip la hizo, comprendí que ya sabía la respuesta.

Por fin.

—Porque me conozco. Sé lo que siento y… lo que soy capaz de sentir, creo. —Sonreí débilmente—. Me refiero a que ¿cómo puedes saber que no te enamorarás de un chico algún día?

Pip hizo una mueca.

Me reí.

—Pues es exactamente lo mismo. Simplemente sabes eso de ti. Y ahora yo también lo sé.

Hubo una pausa y pude oír cómo mi corazón latía desbocado en mi pecho. Dios, no podía esperar a que llegara el día en que hablar de esto no me produjera un subidón de adrenalina y sudores nerviosos.

De pronto, Pip dejó de golpe su tazón vacío sobre la alfombra y gritó:

—¡No puedo creer que ninguna de las dos nos hubiéramos dado cuenta antes! ¡Por amor de Dios! ¡Por qué coño somos así!

Recogí su tazón, ligeramente alarmada, y lo dejé en un lugar seguro, en mi mesilla de noche, fuera de su alcance.

—¿A qué te refieres?

Ella sacudió la cabeza.

—A que hemos estado pasando literalmente por lo mismo y casi al mismo tiempo y ninguna de las dos se dio cuenta.

—¿Hemos pasado?

—Bueno, más o menos, salvo algunos detalles menores.

—¿Como el hecho de que a ti te gusten las chicas?

—Sí, por ejemplo. Pero aparte de eso, ambas estábamos intentando obligarnos a que nos gustaran los chicos, ambas estábamos luchando con el hecho de que no habíamos sentido ningún flechazo por la gente por la que se suponía que debíamos sentirlos, ambas nos estábamos sintiendo… no sé… ¡raras y diferentes! ¡Y a ninguna de las dos nos gustaban los chicos! Y… ¡oh, Dios mío!, fui yo la que salí del armario en plan, «Oh, no, qué horror, creo que soy homosexual y no sé qué hacer», mientras, durante ese tiempo, tú estabas inmersa en un intenso estado de

represión porque creías que eras hetero, a pesar de que hacer cualquier cosa con chicos te hacía querer vomitar.

—Oh —asentí—. Es cierto.

—Sí.

—¿Somos las dos unas tontas del culo?

—Creo que lo somos, Georgia.

—Oh, no.

—Sí. Esa es la conclusión lógica de nuestro comportamiento.

—Genial.

Entonces, Pip empezó a reírse, y eso me hizo reír a mí también. Y muy pronto las dos fuimos presas de una risa histérica, con el sonido de nuestras carcajadas rebotando en las paredes de la habitación, y no pude recordar la última vez que nos habíamos reído así.

En vista de que nos habíamos saltado la cena, decidimos realizar un pequeño pícnic con todos los aperitivos que yo guardaba en la habitación, que eran bastantes. Nos sentamos en el suelo y comimos galletas marca blanca del supermercado, un paquete familiar medio vacío de crujientes aros de cebolla caramelizados y rosquillas que, definitivamente, estaban un poco correosas, mientras veíamos, como no podía ser de otra forma, *Moulin Rouge*.

Fue muy parecido a la noche anterior cuando estuve viendo vídeos de YouTube con Rooney. Si pudiera pasar cada noche de mi vida comiendo aperitivos y viendo alguna tontería en una cama gigante con una de mis mejores amigas, sería feliz.

El futuro aún me aterrorizaba. Pero todo parecía ser más brillante cuando mis mejores amigos estaban alrededor.

No volvimos a hablar más de identidades, romances y sentimientos hasta que la película prácticamente llegó al final, cuando ya nos habíamos metido en la cama y llevábamos acurrucadas en silencio bajo mis sábanas casi una hora. Y estaba a punto de quedarme dormida.

Pero entonces Pip habló con voz suave y tranquila bajo la tenue penumbra de la habitación.

—¿Por qué me propusiste ser tu esposa de universidad? —preguntó.

Había muchas razones. Deseaba realizar un gran gesto, deseaba animarla, deseaba que volviera a ser mi amiga, deseaba hacer las cosas bien. Estaba segura de que Pip ya sabía todo eso.

Pero tal vez necesitara oírlo en alto.

—Porque te quiero —dije—, y te mereces momentos mágicos como ese.

Pip se me quedó mirando.

Entonces sus ojos se llenaron de lágrimas.

Se apoyó en una mano, cubriéndose los ojos.

—Maldita gilipollas. No estoy lo suficientemente borracha para llorar mientras mantengo conversaciones tan emotivas con mis amigas.

—No me arrepiento.

—¡Deberías! ¡Dónde coño están tus lágrimas!

—Yo no lloro delante de nadie, colega. Ya lo sabes.

—A partir de ahora, mi nueva misión en la vida será conseguir que llores de emoción.

—Pues te deseo buena suerte.

—Va a suceder.

—Claro.

—Te odio.

Sonreí.

—Yo también te odio.



A la mañana siguiente, me desperté medio grogui al oír la puerta del dormitorio abrirse y, cuando alcé la cabeza, no me sorprendió encontrar a Rooney deslizándose aún vestida con la ropa del día anterior: con el traje completo que había llevado como parte de mi proposición.

A estas alturas, que trasnochara se había convertido en algo normal, pero lo que no me pareció normal fue que Rooney se quedara petrificada en medio de la alfombra color agua mirando el espacio a mi lado en la cama doble —el lado de Rooney—, que ahora estaba ocupado por Pip Quintana.

Pip y yo nos habíamos quedado charlando hasta altas horas y, para cuando advirtió que debía regresar a su colegio, ya era casi medianoche, así que le presté un pijama y se quedó a dormir. Las dos nos habíamos olvidado completamente del hecho de que las cosas entre ella y Rooney aún seguían enrarecidas y, siempre que se encontraban en la misma habitación, se generaba mucha tensión.

Durante unos segundos, guardamos silencio.

Y entonces dije:

—Buenos días.

Rooney no contestó inmediatamente, empezó a quitarse los zapatos muy despacio y dijo:

—Buenos días.

Sentí movimiento a mi lado y me volví a mirar, cogiendo mis gafas de la mesilla de noche.

Pip estaba despierta y con sus gafas ya puestas.

—Oh —exclamó, y pude ver cómo sus mejillas se coloreaban—. Mmm, lo siento, creo que debería haberte pedido permiso.

—No pasa nada —graznó Rooney, dándonos la espalda y rebuscando frenéticamente en su bolsa de aseo para sacar unas toallitas desmaquillantes—. ¡Puedes quedarte si quieres!

—Sí, pero… también es tu habitación.

—¡No me importa!

Pip se incorporó.

—Está bien —empezó a salir de la cama—. Mmm, probablemente debería marcharme, tengo una clase esta mañana.

Fruncí el ceño.

—Espera un momento, deben de ser las siete de la mañana.

—Sí, bueno, necesito lavarme el pelo y esas cosas…

—¡No tienes que marcharte por mí! —insistió Rooney desde el otro lado de la habitación. Nos estaba mirando, frotándose la cara con una toallita de desmaquillar.

—¡No es por ti! —replicó Pip quizá demasiado rápido.

Ambas estaban asustadas. Rooney empezó a ponerse el pijama solo para tener algo que hacer. Pip se puso a recoger la ropa de ayer mientras mantenía sus ojos apartados de Rooney, que ahora solo vestía unos *shorts* de pijama.

Realmente sentí ganas de reír, a causa de las dos, pero mantuve la boca cerrada.

Pip dedicó más tiempo del que necesitaba en recoger sus pertenencias y, gracias a Dios, para cuando se atrevió a darse la vuelta, Rooney ya se había puesto la parte de arriba del pijama y

estaba sentada en su mesa, tratando de mostrar naturalidad mientras revisaba su teléfono.

—Bueno… —Pip me miró, casi desorientada—. Te veré… ¿más tarde?

—Sí —contesté. Apreté los labios con fuerza para no reírme.

Pip se dispuso a salir de la habitación, pero de pronto bajó la vista a la pila de ropa que llevaba en las manos y dijo:

—Oh, mierda, mmm, creo que estas no son mías. —Sacó unas mallas con las palabras «Colegio St. John's» impresas. Eran de Rooney.

Rooney alzó la vista, fingiendo indiferencia.

—Ah, sí, esas son mías. —Y extendió una mano.

Pip no tuvo más remedio que acercarse a ella y devolvérselas.

Los ojos de Rooney se mantuvieron concentrados en ella mientras se acercaba lentamente. Pip sostuvo las mallas en la mano y las dejó caer en la mano tendida de Rooney desde una altura que sugería que le ponía nerviosa acercar su mano.

—Muchas gracias —dijo esta.

—De nada —contestó Pip con una incómoda sonrisa moviéndose alrededor de la mesa—. Así que… ¿saliste esta noche o…?

Estaba claro que Rooney no esperaba nada de eso. Aferró las mallas en su mano antes de contestar.

—¡Oh, sí! Sí, yo solo… Estuve con unos amigos en el Wiff Waff y luego me quedé con ellos en su habitación. —Señaló por la ventana —. En un edificio diferente. No podía pedirles que me acompañaran hasta aquí.

Pip asintió.

—Qué guay. El Wiff Waff… Es el bar donde tienen pimpón, ¿no?

—Sí.

—Eso suena divertido.

—Sí, estuvo bien. Aunque siempre me muestro demasiado competitiva.

Pip sonrió.

—Sí, lo sé.

Por el aspecto de su cara, esa declaración pareció sacudir a Rooney hasta lo más hondo.

—Sí —repitió Rooney un tanto tensa después de una larga pausa —. Así que… ¿tú y Georgia os habéis quedado dormidas?

—Oh, sí, eh. —Palideció de pronto Pip—. Me refiero a que ha sido una noche platónica. Obviamente. No hemos… Georgia no está…

—Lo sé —replicó rápidamente Rooney—. Georgia no está interesada en el sexo.

La boca de Pip se torció. Que Rooney utilizara la palabra «sexo» pareció sumirla en un nuevo estado de pánico.

—Georgia está aquí presente —intervine, incapaz de ocultar la sonrisa gigante que asomaba a mi rostro.

Pip retrocedió, con sus mejillas ahora teñidas de color grana.

—Mmm, vale, bueno, creo que es mejor que me vaya.

Rooney la miró aturdida.

—De acuerdo.

—Yo… Bueno, me alegro de… que…

—Sí.

Pip abrió la boca para decir algo más y luego lanzó una mirada de pánico hacia mí y, a continuación, salió de la habitación sin decir nada más.

Esperamos unos segundos hasta que oímos la puerta al fondo del pasillo cerrarse.

Y entonces Rooney estalló.

—¿Estás TRATANDO DE JODERME, GEORGIA? ¿No podrías haber tenido el pequeño detalle de ADVERTIRME que la chica que me gusta IBA A ESTAR AQUÍ cuando yo regresara? —Comenzó a caminar de un lado a otro—. ¿Crees que habría regresado llevando la jodida ropa de anoche con los restos de maquillaje corridos por mi jodida cara de haber sabido que Pip Quintana iba a estar aquí con la más jodida y adorable pinta de dormida que he visto en toda mi puta vida?

—Vas a despertar a todo el pasillo —indiqué, pero ella ni siquiera me oyó.

Rooney se desplomó en su lado de la cama cayendo de bruces.

—¿Qué clase de impresión crees que voy a causarle entrando en mi propia habitación del colegio a las siete de la mañana como si hubiera estado follando con alguien con quien no voy a volver a hablar en mi vida?

—¿Eso hiciste? —pregunté.

Ella alzó la cabeza y me lanzó una mirada furibunda.

—¡NO! ¡Por amor de Dios! No he vuelto a hacerlo desde el baile Bailey.

Me encogí de hombros.

—Tenía que asegurarme.

Ella rodó sobre su espalda, extendiendo sus miembros como si quisiera deshacerse en las sábanas.

—Soy un desastre.

—Y también lo es Pip —añadí—. Vosotras dos estáis hechas la una para la otra.

Rooney emitió una especie de gruñido bajo.

—No me des falsas esperanzas. Ella no va a querer saber nada de mí después de lo que le hice.

—¿Quieres oír mi opinión?

—No.

—Está bien.

—Espera, sí. Quiero oírla.

—A Pip también le gustas y creo que deberías intentar hablar con ella con normalidad.

Ella rodó hasta ponerse de frente.

—Eso es absolutamente imposible. Si vas a proponerme alguna idea, por favor, que sea algo realista.

—¿Por qué es imposible?

—Porque soy una mierda y ella merece algo mejor. Además, no puedo enamorarme. Lo superaré. Pip tendría que estar con una buena persona.

Por la forma en que lo dijo, ligera y casual, podría haberlo confundido con una broma. Pero dado que ahora comprendía a Rooney en un nivel ligeramente más profundo, sabía que no estaba bromeando en absoluto.

—Tía —dije—. Soy yo quien no puede enamorarse. Creo que tú simplemente no quieres hacerlo.

Soltó un gruñido indefinible.

—¿Y bien? —pregunté—. ¿Acaso eres arromántica?

—No —gruñó.

—Ahí lo tienes. Así que deja de robarme mi identidad y dile a Pip que te gusta.

—No uses tu identidad para hacerme admitir mis sentimientos.

—Puedo hacerlo y lo haré.

—¿Has visto cómo estaba su pelo? —murmuró Rooney contra su almohada.

—Pues… sí.

—Parecía tan mullido.

—Probablemente te mataría si te oyera llamarla mullida.

—Te apuesto lo que quieras a que huele muy bien.

—Así es.

—Que te jodan.

Fuimos interrumpidas por una notificación en nuestros teléfonos.

Era un mensaje en el grupo de chat de la Sociedad Shakespeare. El grupo que no habíamos utilizado desde antes de Año Nuevo: «Un toque de una noche de verano».

Felipa Quintana
Se me ha olvidado decirlo
Me gustaría volver a formar parte de la Sociedad Shakespeare, si queréis tenerme
¡¡¡Puedo aprenderme mis textos en dos semanas!!!

Nos quedamos así en la cama, leyendo los mensajes al mismo tiempo.

—Vamos a hacer la obra —exclamó Rooney sin aliento.

No supe distinguir si se sentía emocionada o aterrorizada.

—¿Estás contenta? —pregunté. Pensaba que eso era lo que quería. Se había sentido devastada cuando Pip y Jason se marcharon y la sociedad se hundió. Eso la había hecho entrar en una espiral durante semanas.

A Rooney se le daba genial fingir que se encontraba bien. Incluso ahora, algunas veces, me costaba advertir cuándo había entrado en bucle. Y después de su bajón de la noche pasada, y de la situación con Pip, y de todos los sentimientos con los que sabía que estaba luchando, y los que aún le quedaban por gestionar…

¿Íbamos a estar bien?

—No lo sé —contestó—, no lo sé.

DEJAMOS LAS CAMAS JUNTAS

—«Me envían contra mi voluntad —dijo Pip, poniendo los ojos en blanco mientras se apoyaba contra una columna que me había pasado toda la mañana construyendo con cartulina y papel maché— para pediros que vengáis a cenar».

Rooney estaba descansando en una silla, en el centro del escenario.

—«Hermosa Beatriz —dijo, poniéndose en pie con gesto galante —. Os doy las gracias por vuestros desvelos».

Nos quedaban diez días para que se estrenara la obra.

Un tiempo definitivamente insuficiente para terminar de montar todas las escenas, aprendernos nuestras frases y preparar el vestuario y el escenario. Pero, de todas formas, lo estábamos intentando.

La expresión de Pip permaneció despreocupada.

—«No me tomo más desvelos para merecer ese agradecimiento de los que vos os tomáis para agradecérmelo: si mi cometido hubiera sido doloroso, no habría venido».

Rooney se acercó, metiéndose las manos en los bolsillos y mostrando una sonrisa a Pip.

—«¿Debo entender, pues, que os complacéis en transmitir el recado?».

Antes del ensayo de hoy, Rooney se había pasado unos buenos veinte minutos probándose modelitos y peinándose hasta que me planté frente a ella y le pregunté:

—¿Estás haciendo esto por Pip?

Ella lo negó en voz alta repetidas veces antes de responder:

—Sí. Vale. ¿Qué tengo que hacer?

Me llevó un momento comprender que me estaba pidiendo ayuda en una cuestión de amor.

Justo como yo había hecho meses antes en la Semana del Novato.

—«Sí, casi tanto como vos sentiríais clavando la punta de un cuchillo e hiriendo con él a un grajo —se mofó Pip en respuesta, cruzando los brazos—. Pero, puesto que no parecéis tener hambre, *signior:* que os vaya bien». —Y entonces se dio la vuelta y salió del escenario.

Jason, Sunil y yo aplaudimos.

—¡Ha estado bien! —admitió Pip, con una sonrisa en la cara—. Ha estado bien, ¿verdad? No se me ha olvidado lo de «herir a un grajo con él».

—Has estado bien —reconoció Rooney alzando las cejas.

Yo le había dado a Rooney todos los consejos que se me ocurrieron. Sé tú misma. Habla con ella. Intenta quizá decir cosas agradables de vez en cuando.

Bueno, al menos lo estaba intentando.

—Eso significa mucho viniendo de ti —replicó Pip, y Rooney se dio la vuelta para que no pudiéramos ver su expresión.

Cinco días antes de la obra, hicimos un pase completo. Confundimos algunas entradas, Jason se golpeó la cabeza con la

parte alta de la columna de papel maché y yo me quedé totalmente en blanco en mi discurso final de *El sueño de una noche de verano*, pero finalmente conseguimos hacerlo de un tirón, y no fue un absoluto desastre.

—Lo hemos conseguido —dijo Pip, abriendo mucho los ojos cuando todos terminamos de aplaudirnos—. Me refiero a que es posible que consigamos sacarlo adelante.

—No te muestres tan sorprendida —se burló Rooney—. Yo soy muy buena directora.

—Disculpa, somos codirectoras. Yo también tengo algún mérito.

—No. Eso no es así. Te quité del cargo cuando decidiste abandonarnos durante dos meses.

La boca de Pip se abrió de golpe y giró la cabeza hacia mí para ver mi reacción.

—¿Acaso va a seguir bromeando sobre ese tema? Sin duda aún no hemos llegado al punto en que podamos bromear sobre nuestra disputa.

—Puedo bromear sobre lo que me apetezca —replicó Rooney.

Yo estaba ocupada apilando sillas.

—No pienso involucrarme —contesté.

—No —dijo Pip, volviéndose a Rooney—. Me niego a aceptarlo. Quiero mi cargo de codirectora de vuelta.

—¡No vas a tenerlo! —se negó Rooney, que había empezado a empujar la columna a un lado de la habitación.

Pip caminó directamente hacia Rooney y le dio un pequeño pellizco en un brazo.

—¡Pues lo siento! ¡Lo vuelvo a ocupar!

Intentó pellizcarla de nuevo, pero Rooney la esquivó poniéndose detrás de la columna antes de contestar:

—¡Entonces tendrás que luchar por él!

Pip la siguió, incrementando la velocidad de sus pellizcos, de modo que básicamente le estaba haciendo cosquillas.

—¡Tal vez lo haga!

Rooney intentó apartarla, pero Pip fue demasiado rápida y muy pronto empezó a perseguirla alrededor de la habitación, ambas chillando y pinchándose mutuamente.

Estaban riendo y divirtiéndose tanto que su juego me hizo reír a mí también, a pesar de que aún no estaba segura de que Rooney se encontrara bien del todo.

No habíamos vuelto a hablar de lo que me contó la noche que juntamos las camas sobre Beth, su exnovio y su vida adolescente.

Pero habíamos dejado las camas juntas.

Ensayábamos la obra y comíamos en la cafetería, y Rooney había dejado de salir por la noche. Nos sentábamos juntas en clase y hacíamos el trayecto de ida y vuelta de la biblioteca bajo el frío, y un sábado por la mañana estuvimos viendo la serie *Brooklyn 99* hasta mediodía, enterradas bajo las sábanas. Yo esperaba que volviera a abrirse o que saliera huyendo de mí.

Pero no lo hizo y continuamos con las camas juntas.

Ella había quitado la fotografía de Beth. No la había tirado, simplemente la había guardado dentro de uno de sus cuadernos, donde estaría a salvo. «Deberíamos hacer más fotos —pensé—. Así tendría algo más que colgar en la pared».

Me parecía notar que había algo que no estábamos diciendo. Algo que aún no habíamos comentado. Yo había descubierto quién era yo, y ella me había hablado de la persona que había sido de adolescente, pero podía percibir que había algo más, y no fui capaz de averiguar si era ella la que se guardaba cosas dentro o si era yo. Quizá ambas. Ni siquiera sabía si se trataba de algo que necesitáramos hablar.

A veces me despertaba en mitad de la noche y no podía volver a dormirme porque me entraba el miedo y me ponía a pensar en el futuro sin tener ni idea de cómo sería para mí. A veces Rooney también se despertaba, pero no decía nada. Simplemente se quedaba así tumbada, revolviéndose ligeramente bajo su edredón.

Sin embargo, resultaba reconfortante cuando ella también se despertaba, y estaba allí a mi lado, despierta junto a mí.

La situación llegó a un punto crítico, la noche antes de estrenar la obra.

Pip, Rooney y yo nos habíamos reunido para un último ensayo en la habitación de Pip. Sunil, que era el experto en discursos, lo tenía todo memorizado desde hacía semanas, y Jason siempre había sido muy rápido aprendiéndose sus frases, pero nosotras tres sentíamos que necesitábamos una última oportunidad para repasarlo todo.

El dormitorio de Pip no estaba mucho más ordenado que la última vez que había estado allí. De hecho, estaba mucho peor. Pero había conseguido despejar un pequeño espacio en la moqueta para que ella y Rooney pudieran actuar y había creado una zona de estar en el suelo cerca de su cama, apilando algunos cojines y aperitivos para que pudiéramos relajarnos. Yo me repantigué en los cojines mientras ellas repasaban sus escenas.

—Estás diciendo mal ese verso —indicó Rooney a Pip, y fue como si volviéramos a la primera semana en que nos conocimos—. Yo digo «¿Acaso no me amáis?» y tú respondes «En verdad que no, no más de lo razonable», como… como si estuvieses intentando ocultar tus sentimientos.

Pip alzó una ceja.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

—No, lo dices en plan «¿No más de lo razonable?», como si fuera una pregunta.

—Para nada.

Rooney hizo un gesto hacia ella con su ejemplar de *Mucho ruido y pocas nueces.*

—Así es. Mira, confía en mí, conozco esta obra…

—Disculpa, pero yo también conozco esta obra, y debes permitir que la interprete como…

—Lo sé, y está bien, pero quizá…

Pip alzó las cejas.

—Creo que simplemente tienes miedo de que brille más que tú en el escenario.

Hubo una pausa mientras Rooney advertía que Pip estaba bromeando.

—¿Por qué iba a tenerte miedo cuando soy claramente superior? —replicó, cerrando el libro de golpe.

—Guau. Qué presuntuosa.

—Solo estoy constatando los hechos, *Pip-tido*.

—Vamos, Roo —dijo Pip—. Sabes que soy mejor actriz.

Rooney abrió la boca para soltar una réplica, pero el uso inesperado de ese apodo pareció pillarla tan desprevenida que ni siquiera se le ocurrió una respuesta. No creo haberla visto nunca tan genuinamente desconcertada como en ese momento.

—¿Qué os parece si hacemos un descanso? —sugerí—. Podríamos ver una película.

—Mmm, sí —contestó Rooney, sin atreverse a mirar a Pip cuando esta se sentó a mi lado en la pila de cojines—. De acuerdo.

Pusimos *Rumores y mentiras* porque Rooney nunca la había visto y, aunque no estaba al nivel de *Moulin Rouge*, era una de las películas favoritas de Pip y mía, cuando quedábamos a dormir juntas.

Hacía tiempo que no la había visto. No desde que vinimos a Durham.

—Me había olvidado de que esta película va de una chica que miente sobre no ser virgen a causa de la presión social —dije, cuando llevábamos media hora de visionado. Yo estaba sentada entre Pip y Rooney.

—El mismo argumento de al menos un ochenta por ciento de las películas adolescentes —observó Rooney—. Muy poco realista.

Pip resopló.

—¿Quieres decir que tú nunca mentiste sobre haber dormido con un chico y luego apareciste con la letra A bordada en tu *maillot* cuando tenías diecisiete años?

—No tuve que mentir —contestó Rooney— y no sé coser.

—No entiendo por qué tantas películas de adolescentes van sobre quinceañeros que están obsesionados con perder su virginidad —comenté—. Como si… a alguien le importara.

Pip y Rooney no dijeron nada durante un momento.

—Bueno, creo que hay muchos adolescentes a los que sí les importa —respondió Rooney—. Fíjate en Pip, por ejemplo.

—¡Perdona! —saltó Pip—. Yo no… ¡Yo no estoy obsesionada con perder mi virginidad!

—Pues claro que no.

—Solo pienso que tener sexo podría ser divertido, eso es todo. —Pip volvió a mirar a la pantalla ruborizándose ligeramente—. No me importa ser virgen, es solo que… el sexo parece divertido, así que me gustaría empezar a experimentarlo más pronto que tarde.

Rooney la miró.

—Solo estaba bromeando, pero bueno es saberlo.

Pip se puso aún más colorada y espetó:

—Cierra el pico.

—¿Pero por qué esta, al igual que la mayoría de las películas sobre adolescentes, está centrada en el hecho de que los quinceañeros sienten como si su vida no tuviera sentido si no pierden su virginidad? —pregunté, pero casi inmediatamente imaginé cuál sería la respuesta—. Ah, ya entiendo, se trata de un punto de vista asexual. —Me reí para mis adentros—. Olvidé que otras personas están obsesionadas con tener sexo. Guau. Es muy divertido.

De pronto, advertí que tanto Rooney como Pip me estaban mirando con una sonrisita en la cara. Pero no porque se compadecieran o en plan condescendiente, sino como si se sintieran felices por mí.

Supongo que poder reírme de mi asexualidad era un gran paso. Tenía que ser un progreso, ¿no es cierto?

—Es una buena película, pero creo que sería mucho mejor si la relación romántica fuera homosexual —comentó Pip.

—Estoy de acuerdo —dijo Rooney, y ambas la miramos.

—Pensaba que estarías sumida en esa especie de halo romántico heterosexual post-John Hugues —dijo Pip—. Los hetero suelen disfrutar de esa basura.

—Eso hacen —asintió Rooney—, pero por suerte yo no soy hetero, así que, sí.

Se hizo un largo, largo silencio.

—Uy, uy —jadeó Pip—. Bueno, entonces está bien.

—Sí.

—Sí.

Terminamos de ver el resto de la película en un silencio extremadamente incómodo. Y cuando acabó, supe que tenía que marcharme. Era el momento de hacerme a un lado y dejar que todo sucediera.

Ellas intentaron convencerme para que me quedara, pero insistí. Necesitaba dormir, les dije. Ellas podrían repetir su última escena sin mí.

Supongo que me sentí un poco sola cuando salí del Castillo. Recorrí los pasillos hasta dejar el bloque de Pip y atravesé el césped de vuelta al St. John's. Estaba oscuro y hacía frío y era casi la una de la madrugada. Estaba sola.

Ahora estaba sola.

Cuando regresé a mi habitación, puse la canción «Universe City» en YouTube mientras me ponía el pijama, me quitaba las lentillas, me cepillaba los dientes y comprobaba si Roderick tenía agua, ya que últimamente parecía haber mejorado. Y entonces me deslicé en mi mitad de la cama, envolviéndome con las sábanas.

Me quedé dormida durante media hora, pero me desperté sudando, mi mente plagada de imágenes de pesadillas sobre un futuro apocalíptico y todos mis amigos muriendo, y automáticamente giré la cabeza para comprobar la cama de Rooney y vi que no estaba allí.

Era difícil volver a dormirse cuando ella no estaba allí.

Desperté sintiendo como si mi cabeza estuviera llena del ruido de la estática de la televisión y el estómago plagado de abejas. Lo menos oportuno para el día de la actuación. Pero nada de eso podía compararse con la sensación de peligro que me inundó cuando comprobé mi móvil y encontré una larga cadena de mensajes de Pip.

Los primeros decían:

Felipa Quintana
GEORGIA
EMERGENCIA
LO HE JODIDO TODO
ROONEY SE HA IDO



EXCITADA Y CONFUNDIDA

Felipa Quintana
Vale, sé que son las siete de la mañana y que debes de estar dormida, pero, oh, Dios mío, vas a matarme cuando te explique lo sucedido

Oh, Dios mío, sflkgsdfhigkj, vale

GUAU

Lo siento, literalmente no puedo procesarlo

Está bien. De acuerdo. Ahí va

Todo iba bien anoche y, en cuanto te fuiste, volvimos a repasar la última escena

(Bueno, iba bien para nuestros estándares, es decir que obviamente hablar con ella implica mucha tensión cada vez)

Pero para cuando terminamos era muy tarde, en plan las tres de la mañana, así que le sugerí que se quedara a dormir en mi habitación, en mi cama, conmigo, y ella ACEPTÓ

Esa definitivamente no fue una buena idea, porque no dormí ni un SOLO minuto, tía

Rooney volvió a despertarse a las cinco y fue a por un poco de agua y, cuando regresó, supe que me había visto despierta, así que empezamos a hablar mientras estábamos ahí acostadas

Y no sé si fue porque estábamos cansadas o qué, pero… fue diferente, no estábamos pinchándonos con puyas, solo hablando tranquilamente de cualquier cosa. Primero sobre la obra y luego sobre nuestras vidas en el colegio y toda clase de mierdas profundas. Ella me habló… Tía, hablamos de un montón de cosas realmente personales… Al menos durante una hora, quizá más

¡¡Me dijo que piensa que es pansexual!! Que no cree que tenga ninguna preferencia de género y que eso es lo que siente que encaja más con ella!!! Dijo que tú ya lo sabías, más o menos

Estuvimos hablando durante siglos y luego nos quedamos calladas un rato y de pronto ella empezó —y cito textual—: «Ya sé que parece que te odio, pero es justamente todo lo contrario»

Georgia, creí morir ahí mismo

Y yo dije: «Sí… A mí me pasa igual», mientras intentaba no ponerme a gritar

Y entonces ella se inclinó y me BESÓ

ADKLGJSHDFKLGJSLFJGSLDF

Inmediatamente se apartó con esa expresión como si tuviera miedo y hubiera cometido un error

Pero obviamente NO había cometido ningún error y pudo verlo en mi jodida cara

Y entonces volvió a inclinarse y literalmente empezamos a besuquearnos

Como te lo cuento, a besarnos a todo plan

Me parecía jodidamente increíble que eso estuviera sucediendo, me quedé literalmente muerta, mientras nos dábamos besos durante veinte minutos

En fin, la historia se pone un poco comprometida a partir de aquí, y lo siento mucho, pero si no cuento lo sucedido moriré

Así que, después de un rato, ella se puso de rodillas y con toda naturalidad… se quitó la camiseta. Y yo me quedé en plan… Oh, Dios mío

Y luego pensé: está bien, quiere ir más allá de unos cuantos besos

¿Y estaba preparada para eso? ¿Era eso lo que yo quería?

Y ella se recuesta y dice algo, en plan, «¿Te parece bien?». Y yo me sentí, en plan, «Joder sí, por favor, procede»

(Por supuesto, no usé la frase «Por favor, procede» durante mi primer encuentro sexual. Creo que simplemente asentí con gesto entusiasta)

Y obviamente yo nunca había hecho nada sexual con nadie y ella estaba en plan… a punto de poner su mano en el pantaloncito de mi pijama, y yo estaba muy nerviosa, pero muriéndome de ganas, ja, ja

Pero entonces ella se aparta y se queda en plan: «Oh, Dios mío» y da un salto para apartarse de mí y empieza a moverse nerviosa poniéndose la ropa y recogiendo todas sus cosas y sin parar de decir «Lo siento, lo siento», y yo que me quedo allí tumbada toda excitada y confundida, en plan, no sé

Y entonces ella dice «Mierda, siempre lo estropeo todo», y así sin más sale corriendo de mi habitación

Y SE MARCHA

La he llamado y mandado mensajes, pero no tengo ni idea de dónde está, ¿ha vuelto contigo?

Estoy tan preocupada y confusa y la obra es hoy y creo que voy a enloquecer. Pienso que tal vez la haya disgustado y arruinado todo

Pero también pienso que necesito dormir un par de horas ahora porque de otro modo puede que me desmaye sobre el escenario esta tarde

Así que… Mmm…

Sí

Mándame un mensaje cuando te despiertes

Georgia Warr
Estoy despierta
Oh, Dios mío



Georgia Warr
No está aquí
No te preocupes
La encontraré

Primero llamé a su móvil y me quedé allí sentada en nuestra cama, oyendo el pitido del teléfono y esperando.

Entonces me saltó el buzón de voz.

—¿Dónde estás? —dije al instante, pero ya no supe qué más decir, así que colgué, salí de la cama, me puse la ropa que tenía más a mano y salí a toda prisa.

Esto no podía estar sucediendo.

No podía abandonarnos el día del espectáculo.

No podía abandonarme.

Corrí directamente hasta el pie de la escalera antes de darme cuenta de que no tenía ni idea de dónde buscar. Podría estar en cualquier parte. Una biblioteca. Un café. En alguna parte del colegio.

En el cuarto de alguien. Durham es pequeño, pero era imposible buscarla por toda la ciudad en un solo día.

Sin embargo, tenía que intentarlo.

Primero me dirigí corriendo al teatro. Probablemente había decidido reunirse con nosotros allí, quizá había ido primero a tomar algo a Starbucks. Habíamos acordado reunirnos a las diez de la mañana, y nuestra representación tendría lugar a las dos de la tarde; ahora eran las nueve y media, así que probablemente era demasiado temprano.

Me abalancé contra la puerta en un intento de abrirla. Estaba cerrada.

Ahí fue cuando empecé a asustarme.

Había abandonado a Pip en mitad de la noche. ¿Dónde habría ido después? De haber vuelto a nuestro cuarto, yo me habría despertado. ¿Se habría ido a ver a alguna de sus muchas amigas que no parecían preocuparse demasiado por ella? ¿Se habría ido a alguna discoteca? Pero las discotecas no estaban abiertas hasta tan tarde, ¿no?

Me acuclillé sobre el pavimento tratando de recuperar el aliento. Mierda. ¿Y si le había pasado algo malo? ¿Y si algún hombre la había arrastrado a su coche y se la había llevado? ¿Y si había estado paseando por el puente y se había caído?

Saqué mi móvil del bolsillo y la llamé de nuevo.

No me lo cogió. Quizá ni siquiera llevara su teléfono con ella.

En su lugar, llamé a Pip.

—¿La has encontrado? —fue lo primero que dijo cuando descolgó.

—No. Parece… —Ni siquiera sabía qué decirle—. Parece haberse esfumado.

—¿Esfumado? ¿Qué quieres decir con esfumado?

Me puse en pie, mirando alrededor por si de pronto pudiera verla por la calle, corriendo hacia mí con sus pantalones de deporte y su coleta ondeando al viento. Pero no fue así. Por supuesto que no.

Mi voz se rompió.

—Se ha evaporado.

—Es culpa mía —dijo inmediatamente Pip, y pude notar lo devastada que estaba y hasta qué punto creía sinceramente lo que estaba diciendo—. Esto es… No debería… Probablemente ella… De todas formas, era demasiado pronto para que nosotras…

—No, es culpa mía —interrumpí. Tendría que haber estado más pendiente de ella. Tendría que haberlo visto venir.

Yo la conocía mejor que nadie.

Mejor que nadie en toda su vida.

—La encontraré —dije—. Prometo que la encontraré.

Eso se lo debía.

Corrí hasta la discoteca a la que fuimos la Semana de los Novatos, cuando ella me sugirió que buscara a alguien que me gustara mientras iba a conseguírmelo. Algo que parecía haber sucedido hacía años.

Estaba cerrada. Por supuesto; era sábado por la mañana.

Fui al supermercado Tesco, como si fuera a encontrarla decidiendo qué cereal se llevaba, y caminé por la plaza por si estuviera sentada en algún banco de piedra, ojeando su móvil. Crucé el puente Elvet y me dirigí al vestíbulo del edificio Elvet Riverside, sin estar segura de si abría los fines de semana, pero sin importarme, pues no tenía idea de dónde podría estar un sábado por la mañana, pero aun así confiaba, confiaba y rezaba. Fui hasta el Sindicato de Estudiantes y lo encontré cerrado y, entonces, ya no pude seguir corriendo porque el pecho me dolía, así que caminé hasta la biblioteca Bill Bryson, pasé al interior, me acerqué a la escalera y grité: «¡Rooney!», una vez. Todo el mundo se volvió para mirarme, pero no me importó.

Rooney no estaba allí. No estaba en ninguna parte.

¿Acaso al final no habíamos sido suficiente para ella?

¿Acaso yo no era suficiente?

¿O simplemente habíamos conseguido romper su coraza, solo para que algo terrible le pasara?

Volví a llamarla. Y me saltó el buzón de voz.

—¿Te ha pasado algo? —pregunté.

Colgué de nuevo. No tenía ni idea de qué más decir.

Allí, a las puertas de la biblioteca, mi teléfono empezó a sonar, pero solo era Jason.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. Estoy en el teatro y aquí no ha aparecido nadie excepto Sunil.

—Rooney ha desaparecido.

—¿Qué quieres decir con que ha desaparecido?

—No te preocupes, la encontraré.

—Georgia…

Colgué y volví a llamar a Rooney por tercera vez.

—Es posible que tu antiguo yo de la Semana de Novatos nos hubiera abandonado. Pero la Rooney de ahora nunca lo habría hecho. No después de todo lo que hemos compartido. —Sentí una tirantez en la garganta—. Tú no me habrías dejado.

Cuando colgué de nuevo, advertí que solo me quedaba un cinco por ciento de batería, porque no había puesto a cargar el móvil esa noche.

El viento que soplaba en la calle se arremolinó a mi alrededor.

¿Debería llamar a la policía?

Empecé a caminar hacia el centro de la ciudad, mientras mi cabeza no paraba de dar vueltas. ¿Y si se ha vuelto a casa? ¿Y si se ha caído al río y ha muerto?

De pronto, me detuve en seco, cuando un súbito recuerdo cruzó mi mente con tanta claridad que fue como si me dieran un latigazo.

En esa primera noche que salimos por la ciudad, Rooney se había registrado en la aplicación de «Buscar a mis amigos» del móvil. Al final yo no la había utilizado, pero… ¿seguiría aún funcionando?

Casi se me cayó el teléfono de las manos en mi precipitación por sacarlo del bolsillo y tratar de localizarla y, por supuesto, ahí en el

mapa había un pequeño círculo con la cara de Rooney.

Aparentemente estaba en un prado, junto al río, tal vez a un kilómetro de distancia a las afueras.

Ni siquiera me permití pensar la razón. Simplemente empecé a correr de nuevo.

Nunca había pensado cómo podría ser Durham más allá del centro de la ciudad. Todo lo que había conocido durante los últimos seis meses eran dependencias de la universidad, calles empedradas y pequeños cafés.

Pero solo me llevó diez minutos encontrarme ante una enorme e interminable pradera. Vastos campos se extendían ante mi vista mientras seguía los pequeños y gastados senderos rastreando el punto con la cara de Rooney en mi teléfono, hasta que la pantalla se quedó en negro y ya no pude seguirla.

Pero a esas alturas, ya no lo necesitaba. El punto estaba junto al río, al lado de un puente. Solo necesitaba llegar hasta él.

Me llevó otros quince minutos. Hubo un momento en el que realmente me asustó la posibilidad de haberme perdido, sin ningún navegador que me ayudara, pero continué adelante siguiendo el río, hasta que lo vi. El puente.

Estaba vacío.

Al igual que los senderos de alrededor y los prados.

Me quedé allí mirando fijamente el paisaje durante un momento. Entonces caminé a través del puente y lo recorrí de vuelta, como si Rooney pudiera haberse quedado dormida en la orilla o pudiera ver la parte trasera de su cabeza asomando en el agua, pero no fue así.

En su lugar, cuando volví al sendero, vi una luz centelleando entre la hierba.

Era el teléfono de Rooney.

Lo recogí y encendí la pantalla. Todas mis llamadas perdidas estaban ahí. Y también un montón de Pip, incluso un par de Jason.

Me senté en la hierba.

Y simplemente lloré. De agotamiento, de confusión, de miedo. Me quedé sentada en medio de la hierba con el teléfono de Rooney en la mano y lloré.

Incluso después de todo, no podía ayudarla.

No había podido ser una buena amiga para ella.

No había podido hacerle sentir que ella era importante en mi vida.

—GEORGIA.

Una voz. Alcé la vista.

Por un momento, pensé que tal vez estaba soñando. Me pregunté si eso no sería una proyección de mi mente por lo que deseaba que sucediera ahora.

Pero era real.

Rooney estaba corriendo a través del puente hacia mí, con un vaso de cartón de Starbucks en una mano y un gran ramo de flores en la otra.



GRAN GESTO

—Oh, Dios mío, Georgia, ¿por qué estás…? ¿Qué pasa?

Rooney se dejó caer de rodillas delante de mí mirando las lágrimas que resbalaban por mis ojos.

Pip había llorado delante de mí docenas de veces. No hacía falta mucho para que lo hiciera. A veces era algo cantado, pero otras lloraba simplemente porque estaba cansada. Como aquella vez que lloró porque había hecho una lasaña y se le había caído al suelo.

Jason había llorado delante de mí un par de veces. Solo cuando le habían pasado cosas malas, como cuando la horrible Aimee estaba con él, o cuando veíamos películas realmente tristes sobre gente mayor, como *El diario de Noah* o el film de Pixar *Up*.

Rooney también había llorado delante de mí unas cuantas veces. Cuando me habló por primera vez de su ex. En la puerta del dormitorio de Pip. Y cuando juntamos nuestras camas.

Yo nunca había llorado delante de ella.

Nunca había llorado delante de nadie.

—¿Por qué… estás… aquí? —conseguí balbucear entre costosas inspiraciones. No quería que me viera así. Dios, no quería

que nadie me viera así.

—¡Yo podría preguntarte lo mismo! —Dejó las flores en el suelo, depositó cuidadosamente su vaso de Starbucks en el sendero y entonces se sentó a mi lado en la hierba. Advertí que llevaba una ropa distinta a la de anoche, ahora eran otras mallas diferentes y otra sudadera. ¿Cuándo había vuelto a nuestro cuarto a cambiarse? ¿Acaso estaba dormida cuando lo hizo?

Ella pasó un brazo por mis hombros.

—Pensé… que estabas… en el río —dije.

—¿Creíste que me había caído al río y había muerto?

—No, no lo sé… Estaba asustada…

—No soy tan idiota, no voy andando por ahí y tirándome a los ríos.

La miré.

—A menudo te quedas en casa de extraños.

Rooney apretó los labios.

—Es verdad.

—Te quedaste sin poder entrar en el colegio a las cinco de la mañana.

—Es verdad. Quizá sí sea un poco idiota.

Me sequé la cara, sintiéndome un poco más tranquila.

—¿Qué hacía tu teléfono aquí?

Ella hizo una pausa.

—Yo… Vengo a caminar por aquí algunas veces. Después de mis salidas nocturnas. Bueno… Más bien, la mañana después. Me gusta venir aquí y… sentir que todo está en calma.

—Nunca me lo habías contado.

Se encogió de hombros.

—No pensé que le importara a nadie. Era solo algo mío que suelo hacer para aclarar mi cabeza. Así que esta mañana vine aquí y en algún momento se me cayó el teléfono, y no me di cuenta hasta que estuve de vuelta en el colegio y tú… probablemente ya te habías marchado, así que me cambié y volví de nuevo y ahora estamos aquí las dos.

Aún seguía teniendo su brazo a mi alrededor. Y estábamos mirando hacia el río.

—¿Te ha contado Pip lo sucedido? —preguntó.

—Sí. —Le di un suave puntapié—. ¿Por qué saliste corriendo?

Ella dejó escapar un largo suspiro.

—Tengo… mucho miedo de… acercarme a la gente. Y… anoche, con Pip, yo… Lo que hicimos, bueno, lo que estuvimos a punto de hacer, empecé a pensar que estaba haciendo con ella lo que suelo hacer normalmente. Tener sexo solo para… para poder distraerme y evitar sentir algo real. —Agitó la cabeza—. Pero no era así. Me di cuenta tan pronto como me marché. Me di cuenta de que… de que habría sido la primera vez con alguien que… realmente me importaba. Y con alguien al que yo también le importaba.

—Está muy preocupada por ti —dije—. Tal vez deberíamos volver.

Rooney se volvió hacia mí.

—Tú también estabas muy preocupada por mí, ¿verdad? —dijo —. Nunca te había visto llorar antes.

Apreté los dientes, sintiendo las lágrimas agolparse de nuevo. Esa era la razón por la que nunca lloraba delante de la gente; cuando empezaba, ya no había forma de pararlo.

—¿Qué está pasando? —dijo—. Habla conmigo.

—Yo… —Bajé la vista. No quería que me viera. Pero Rooney me estaba mirando con el ceño fruncido, mientras un montón de pensamientos se acumulaban tras sus ojos, y fue esa mirada lo que me hizo querer soltarlo todo—. Es solo que me preocupo mucho por ti… Siempre he tenido este miedo de que… algún día tú te marcharías, o Pip o Jason se marcharían o… No lo sé. —Nuevas lágrimas inundaron mis mejillas—. Nunca voy a enamorarme, así que… mis amigos son todo lo que tengo, y… no puedo soportar la idea de perder a ninguno de mis amigos. Porque nunca voy a tener a una persona especial.

—¿Podrías dejarme ser esa persona? —preguntó Rooney suavemente.

Resoplé con fuerza.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que me gustaría ser esa persona especial.

—Pero… así no es como funciona el mundo, la gente siempre pone el romance por encima de sus amigos…

—¿Y eso quién lo dice? —estalló Rooney, golpeando su mano contra el césped que nos rodeaba—. ¿El libro de normas de los heterosexuales? Que se jodan, Georgia. Que se jodan.

Se levantó, agitando los brazos y paseando de un lado a otro mientras hablaba.

—Sé que has intentado ayudarme con Pip —empezó—, y te lo agradezco, Georgia, de verdad que sí. Ella me gusta y creo que yo a ella también y tal vez estemos rondándonos la una a la otra y, sí, voy a decirlo, creo que realmente, realmente queremos tener sexo la una con la otra.

Me quedé mirándola fijamente, mis mejillas surcadas de lágrimas, sin tener ni idea de a dónde quería ir a parar.

—¿Pero sabes de lo que me he dado cuenta durante mi paseo? —dijo—. Me he dado cuenta de que te quiero, Georgia.

Mi boca se abrió de golpe.

—Obviamente no estoy enamorada de ti en un sentido romántico. Pero he comprendido que, lo que quiera que sean estos sentimientos por ti, yo… —sonrió ampliamente— siento como si estuviera enamorada. Lo mío contigo… ¡es una jodida historia de amor! Siento que he encontrado algo que la mayoría de la gente no tiene. A tu lado me siento como en casa de una forma que no había sentido en toda mi puñetera vida. Y quizá la mayoría de la gente nos mire y piense que solo somos amigas, o lo que sea, pero yo sé que esto es… mucho más que eso. —Hizo un gesto dramático hacia mí con ambas manos—. Tú me has cambiado. Tú… has sido la única persona jodidamente capaz de salvarme, te lo juro por Dios. Sé que aún sigo haciendo muchas estupideces y digo cosas inapropiadas y aún tengo días en los que me siento como una mierda, pero… he sido más feliz en las últimas semanas de lo que lo he sido en años.

No podía hablar. Estaba paralizada.

Rooney se dejó caer de rodillas.

—Georgia, nunca voy a dejar de ser tu amiga. Y no lo digo en el sentido aburrido de esa «amiga» a la que se deja de hablar con regularidad cuando cumples veinticinco años porque las dos han encontrado unos chicos maravillosos y empiezan a tener hijos y solo se ven dos veces al año. Me refiero a que voy a perseguirte para que compres una casa al lado de la mía cuando tengamos cuarenta y cinco años y finalmente hayamos ahorrado lo suficiente para nuestras hipotecas. Me refiero a que me pasaré por tu casa cada noche para cenar, porque ya sabes que no tengo ni la más jodida idea de cocinar, y, si tengo hijos y una esposa, probablemente vendrán conmigo, porque de otra forma tendrán que sobrevivir a base de alitas de pollo y patatas fritas. Me refiero a que voy a ser yo la que te lleve la sopa cuando me mandes un mensaje de que estás enferma y no puedas salir de la cama, y quien te llevará al médico cuando no quieras ir porque te sientas culpable por utilizar los servicios de la sanidad pública cuando solo has tenido un virus estomacal. Me refiero a que vamos a derribar la verja que separe nuestros jardines para tener un gran jardín, y a que ambas podamos tener un perro y cuidarlo por turnos. Me refiero a que voy a estar aquí, dándote la lata, hasta que seamos unas viejecitas sentadas en la misma residencia de ancianos, hablando sobre cómo montar una obra de Shakespeare porque somos muy viejas y estamos muy aburridas.

Cogió el ramo de flores y prácticamente me lo arrojó.

—Había comprado esto para ti porque sinceramente no sé cómo expresar de otro modo todo lo que siento por ti.

Yo estaba llorando. Había empezado a llorar de nuevo.

Rooney me secó las lágrimas.

—¿Qué? ¿No me crees? Porque no es ninguna puta broma. No te quedes ahí sentada y me digas que estoy mintiendo porque no es así. ¿Tiene algo de todo esto algún sentido? —Sonrió—. Ahora mismo estoy terriblemente afectada por la falta de sueño.

No podía hablar. Estaba hecha un auténtico lío.

Ella hizo un gesto hacia el ramo de flores, que prácticamente había explotado en mi regazo.

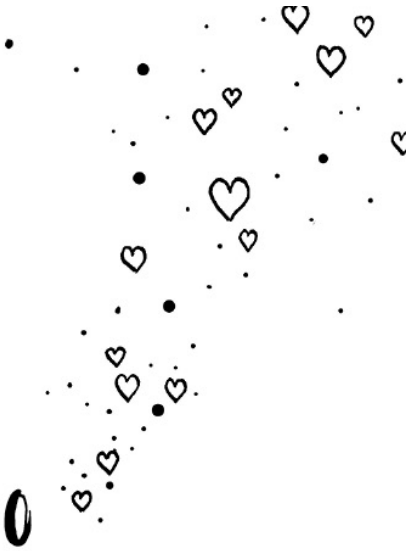
—Tenía pensado hacer un gran gesto como el que tú hiciste por Pip y Jason, pero no se me ocurría nada porque tú eres el cerebro de esta amistad.

Eso me hizo reír. Ella me envolvió con sus brazos y entonces me encontré medio riendo, medio llorando, feliz y triste al mismo tiempo.

—¿No me crees? —volvió a preguntar, apretándome con fuerza.

—Te creo —contesté, con la nariz congestionada y la voz ronca —. Te lo prometo.

Quinta parte



HA SIDO DIVERTIDO

Ninguna de las dos teníamos el estado de forma necesario para que regresar a la carrera al centro de la ciudad fuera una buena idea, pero eso es lo que hicimos de todos modos. Nuestra obra de teatro comenzaba en menos de dos horas. No nos quedaba otro remedio.

Corrimos a lo largo del río, yo llevando las flores en la mano y parándome a recogerlas cada vez que se me caía una al suelo y Rooney con nada más que su móvil, la taza de cartón de Starbucks y una sonrisa en el rostro. Tuvimos que detenernos y sentarnos varias veces a recuperar el aliento y, para cuando conseguimos llegar a la plaza del centro, sentí que mi pecho realmente iba a estallar. Pero debíamos darnos prisa. Por la obra.

Por nuestros amigos.

Cuando por fin alcanzamos el teatro, ambas estábamos empapadas en sudor: irrumpimos a toda prisa en el edificio y nos encontramos a Pip sentada en una mesa en el vestíbulo, con la cabeza entre las manos.

Alzó la vista hacia nosotras mientras yo, literalmente, me desplomaba en el suelo, resoplando tan fuerte como un astronauta

que se hubiera quedado sin aire, y Rooney hacía lo posible para intentar remediar el desastre de su cola de caballo.

—¿Dónde… coño habéis estado? —dijo Pip muy tranquila.

—Estábamos… —empecé a decir, aún sin resuello.

Así que Rooney habló en nombre de las dos.

—Anoche me entró el pánico y Georgia rastreó mi teléfono, pero me lo había olvidado en un prado y ella se fue corriendo hasta allí y entonces yo volví porque sabía que se me había caído en alguna parte cerca del prado y luego me encontré con ella y llevaba estas flores porque quería decirle lo mucho que apreciaba y agradecía todo lo que había hecho por mí este año y estuvimos hablando de todo y le dije lo importante que ella es también para mí… —Rooney dio un paso hacia Pip, que la miraba con ojos desconcertados—. Y también comprendí que realmente me gustas de verdad y que no había sentido nada por nadie en mucho tiempo, y eso me asustó de verdad y por eso salí corriendo.

—Mmm… Está bien —balbuceó Pip.

Rooney dio otro paso hacia delante y posó una mano en la mesa delante de Pip.

—¿Y tú qué sientes por mí? —preguntó, mirándola directamente a la cara.

—Mmm… Yo… —Pip se puso colorada—. A mí… también me gustas.

Rooney asintió vigorosamente, aunque me pareció que también se sentía un tanto apurada.

—Bien. Solo me pareció que debíamos aclararlo cuanto antes.

Pip se levantó, sin apartar sus ojos de Rooney.

—Vale. Sí. Claro. Bien.

A esas alturas, yo había conseguido ponerme en pie y ya no sentía que mis pulmones fueran a reventar.

—Deberíamos ir a buscar a Jason y a Sunil.

—Sí —asintieron Rooney y Pip simultáneamente, y las tres nos encaminamos hacia la zona de bastidores del teatro, con ellas dos ligeramente rezagadas por detrás.

Cuando al doblar la esquina comenté: «¿Creéis que estarán en los camerinos o…?» y no obtuve respuesta, miré a mi espalda y me encontré con que Rooney y Pip se estaban besando apasionadamente y que Rooney había empujado a Pip contra la puerta de un camerino, sin que pareciera importarles que yo estuviera, literalmente, ahí delante.

—Oye —protesté, pero ninguna de las dos pareció oírme, o bien decidieron ignorarme.

Tosí con fuerza.

—OYE —repetí más fuerte esta vez, y ambas se separaron a regañadientes, Rooney mirándome con gesto irritado y Pip ajustándose las gafas y con una expresión atontada, como si le hubiesen dado un puñetazo—. Tenemos una obra que interpretar.

Jason y Sunil estaban sentados al borde del escenario, compartiendo un paquete de palomitas con sal. Tan pronto como nos vieron entrar, Jason alzó ambos brazos en señal de triunfo, mientras Sunil decía: «Gracias a Dios». Entonces, Jason vino corriendo, me cogió en volandas y me llevó todo el camino hasta el centro del escenario mientras yo reía histérica y trataba de escapar.

—¡Lo hemos conseguido! —proclamó, mientras dábamos vueltas alrededor—. ¡Vamos a hacer la función!

—Siento ganas de llorar —dijo Sunil, y se metió tres palomitas en la boca.

Rooney aplaudió entusiasmada.

—¡No hay tiempo para felicitarnos! ¡Tenemos que cambiarnos antes de que la gente empiece a llegar!

Y eso hicimos. Jason y Sunil ya habían preparado toda nuestra ropa, accesorios y utilería tras las bambalinas, así que fuimos a cambiarnos con nuestra primera indumentaria, y luego pasamos diez minutos arreglando el escenario que habíamos construido con nuestros limitados recursos: la columna de papel maché que había fabricado y que colocamos en el centro hacia la izquierda, y una

guirnalda cubierta de estrellas que, de algún modo, tras muchas deliberaciones entre Jason y Rooney, conseguimos atar a uno de los rieles del fondo. Cuando la levantamos fue como si un montón de estrellas cayeran desde el techo.

También teníamos una silla que aparecía en muchas de nuestras escenas, aunque lo mejor que pudimos conseguir fue una especie de asiento de plástico rojo que estaba entre bastidores.

—He tenido una idea —dijo Rooney, y dio un salto para bajar del escenario y coger las flores que yo había dejado en una butaca de primera fila. Las subió a escena y empezó a pegarlas con cinta adhesiva a la silla.

Para cuando terminó, la silla se había transformado en un trono de flores.

Quedaban solo diez minutos para la representación cuando empecé a preguntarme quién querría asistir a nuestro espectáculo.

Obviamente Sadie había sido invitada, puesto que tenía que valorar la obra. Y supuse que Sunil también habría invitado a Jess. ¿Pero serían ellas todo nuestro público? ¿Solo dos personas como espectadoras?

Eché un vistazo desde detrás del telón y esperé, y casi enseguida descubrí que estaba total y completamente equivocada.

Primero vi aparecer a algunas personas que reconocí de la Sociedad del Orgullo. Sunil inmediatamente salió a recibirlos y luego nos hizo un gesto al resto para que también los saludáramos. Unos momentos después, llegó otro pequeño grupo, y Sunil nos los presentó como sus amigos de la orquesta. Todos se pusieron a comentar lo mucho que les apetecía ver la función.

No sé si aquello me asustó o me emocionó.

A continuación, apareció Sadie con un grupo de amigos. Se acercó para un rápido saludo antes de tomar asiento en la primera fila, el lugar más intimidante posible.

Poco después llegó Jess y, tras saludar a los miembros de la Sociedad del Orgullo, se fue a ver a Sadie. Se abrazaron y se

sentaron juntas, pues al parecer eran buenas amigas. La universidad es un mundo muy pequeño.

Una panda de chicos musculosos apareció sin que yo supiera quiénes podían ser hasta que Jason se acercó a recibirlos y comprendí que eran los integrantes de su equipo de remo. Y entonces aparecieron otras dos personas totalmente desconocidas para mí, pero Pip corrió hacia ellas, las abrazó y me las presentó como Lizzie y Leo, dos amigos que había hecho en la Sociedad Latinoamericana.

Yo no tenía a nadie que hubiera venido específicamente a verme a mí. Ni tampoco Rooney.

Sin embargo, no me importó. La gente que tenía ahí —esas cuatro personas— eran más que suficientes.

Y a pesar de mi falta de contribución para traer público tuvimos una muy digna audiencia. La suficiente para llenar tres filas completas de asientos.

Quizá no fuera demasiado. Pero a mí sí me lo pareció. Sentí como si lo que hacíamos importara.

Tres minutos antes de las dos, los cinco nos congregamos en el ala derecha y nos apretujamos.

—¿Alguien más siente que se va por la pata abajo? —preguntó Pip.

—Sí —asintió Rooney inmediatamente, mientras Sunil decía:

—Bueno, yo no lo diría precisamente así.

—Nos va a salir bien —aseguró Jason—. Que todo el mundo se relaje.

—Que me digas que me relaje me hace estar menos relajada —replicó Pip.

—Suceda lo que suceda —dije—, ha sido divertido, ¿no? Ha sido divertido.

Todo el mundo asintió. Sabíamos que era verdad.

Lo que quiera que sucediera con la obra, con la sociedad, con nuestro extraño y pequeño grupo de amigos…

Había sido muy divertido.

—A por todas —exclamó Jason, y los cinco unimos nuestras manos.



Jason fue el primero en salir a escena ataviado de Romeo, con ropas estampadas de brillantes colores, llevando un micrófono en la mano.

—Este es solo un anuncio previo al espectáculo —dijo—. En primer lugar, quiero daros las gracias a todos por venir. Me alegra mucho ver tan numerosa e impresionante concurrencia, sin duda debido a la increíble difusión de nuestra campaña publicitaria.

Hubo algunas risas en la audiencia.

—En segundo lugar, solo quería informaros de que hemos tenido algunos… pequeños contratiempos a la hora de preparar esta obra. Hemos sufrido… serias disputas para atribuirnos los papeles. Y hemos tenido que correr para llegar a las escenas finales. Ahora todo está arreglado, o eso esperamos, pero… ha sido todo un viaje llegar hasta aquí, con muchas lágrimas y furiosos mensajes de WhatsApp.

Se oyeron más risas entre el público.

—Para aquellos de vosotros que no lo sabéis —continuó Jason —, nosotros, los miembros de la Sociedad Shakespeare, decidimos

que, para nuestro primer espectáculo, queríamos interpretar una selección de escenas escogidas en lugar de una sola obra. Todas estas escenas hablan, de una forma u otra, del amor, pero dejamos a vuestra imaginación interpretar qué clase de amor describen las escenas: puro, tóxico, romántico, platónico…, hemos querido explorar todas las posibilidades. En cualquier caso, la duración será un poco más breve que una obra normal, así que podremos salir a tiempo para una tardía comida en el pub.

Se oyeron algunos abucheos en el patio de butacas.

—Y por último —terminó Jason—, cuatro de nosotros queremos decir que dedicamos esta representación a la persona que ha conseguido juntarnos a todos después de que las cosas estuvieran a punto de venirse abajo.

Se volvió y miró al rincón tras el telón donde yo estaba oculta, y sus ojos encontraron los míos.

—Georgia Warr es la razón por la que esta obra ha podido llevarse a cabo —dijo—. Es posible que sea una obra menor, sin embargo, su contenido nos interesa a todos. Mucho. Y Georgia merece tener algo hecho solo para ella. Esto va por ti, Georgia. Esta es una obra sobre el amor.

Fue una representación un poco caótica, pero maravillosa. Empezamos con una comedia, Rooney y Pip haciendo de Benedicto y Beatriz, y pronto la audiencia estuvo muerta de risa. De alguna forma, conseguí oír la historia de *Mucho ruido y pocas nueces* como nunca la había oído antes. Había cobrado vida delante de mí. Fue precioso.

La siguiente era *Noche de Reyes*. Lo que significaba que ya casi había llegado mi momento de salir a escena.

Y fue entonces cuando advertí que estaba tranquila. No había náuseas ni ganas de salir corriendo al baño, como me sucedió con *Romeo y Julieta* en segundo de secundaria.

Por supuesto, estaba nerviosa. Pero era un nivel de nervios asumible, mezclado con la excitación del momento, con las ganas de ofrecer una buena actuación y de poder hacer aquello con lo que realmente disfrutaba.

Y cuando me tocó salir y recité mi monólogo de «Muerte ven a mí», realmente lo disfruté. Jason y Sunil aparecieron a continuación caracterizados como Orsino y Viola, y pude contemplarlos desde un lateral, sonriendo, aliviada, feliz. Lo había hecho. *Todos* lo habíamos hecho.

Jason y Rooney interpretaron un pasaje de *Romeo y Julieta* haciendo que pareciera tan apasionado como si realmente estuvieran saliendo juntos. Luego todos participamos en una escena del *Rey Lear,* aquella en la que Lear intenta averiguar cuál de sus hijas lo quiere más. Después yo fui Próspero, y Sunil hizo de Ariel en *La tempestad*, cada uno de nosotros necesitando al otro pero queriendo liberarnos de nuestro vínculo mágico.

Rooney y Pip volvieron a salir a escena para un nuevo pasaje de *Mucho ruido* en el que Benedicto y Beatriz por fin reconocen su amor, el uno por el otro, y, cuando se besaron, la audiencia irrumpió en aplausos.

Finalmente terminamos con *El sueño de una noche de verano* o, mejor dicho, yo lo hice.

Me senté en el trono de flores y leí los versos finales de la obra.

—«Así pues, buenas noches a todos. —Sonreí suavemente a los rostros de la audiencia, confiando y rezando para que hubiera sido suficiente. Para que esta no fuera la última vez que actuaba con mis mejores amigos—. Dadme vuestras manos si es que somos amigos, y Robin os restituirá con resarcimiento».

Sunil atenuó las luces del escenario y de pronto la audiencia se puso en pie.

Saludamos con las inclinaciones de rigor mientras la audiencia vitoreaba. Esto no pasaría a la historia de la universidad. Esto no sería nada especial para nadie más. La gente lo olvidaría, o

simplemente recordarían que fue una obra estudiantil un poco rara, pero interesante, a la que asistieron en una ocasión.

Nadie en el universo vería esta obra.

Pero supongo que eso la hacía nuestra.

—Ha sido un poco caótico —dijo Sadie, alzando las cejas, con los brazos cruzados—. Vuestras transiciones entre las obras, por decir algo bueno, me han parecido cuestionables, y vuestra puesta en escena, muy… inusual.

Los cinco estábamos sentados en fila al borde del escenario, todos cabizbajos.

—Pero —continuó, enarbolando un dedo— no me ha disgustado. De hecho, me ha parecido muy creativa y definitivamente mucho más interesante que si hubieseis decidido representar una mediocre y resumida versión de *Romeo y Julieta*.

—Entonces… —dijo Rooney—. Ha sido… Estamos…

—Sí —contestó Sadie—, podéis continuar con vuestra Sociedad Shakespeare.

Pip y Rooney empezaron a gritar y a abrazarse. Sunil se llevó una mano al pecho y susurró: «Gracias a Dios», mientras Jason me rodeaba con un brazo y sonreía, y advertí que yo también estaba sonriendo. Estaba feliz. Estaba muy muy feliz.

Después de que Sadie se marchara, Rooney fue la primera en abrazarme. Se abalanzó por encima de los demás y se dejó caer sobre mí, tirándome al suelo y envolviéndome con sus brazos, y yo me reí, y ella se rio, y ambas empezamos a reírnos sin parar. Pip se unió a nosotras gritando: «Quiero participar», y saltó sobre las dos. Sunil apoyó su cabeza en la espalda de Rooney, y entonces Jason nos envolvió con su cuerpo, y todos nos quedamos así durante un momento, riendo y balbuceando y sosteniéndonos unos a otros. Debajo de la melé, me sentí un tanto aplastada, pero, de un modo inexplicable, encontré reconfortante poder notar el peso de todos ellos sobre mí, a mi alrededor. Conmigo.

No teníamos que decirlo en voz alta, pero todos lo sabíamos. Todos sabíamos lo que habíamos encontrado aquí. O al menos yo lo hacía. Lo sabía. Lo había encontrado.

Y esta vez no hubo una gran declaración. Ni un gran gesto.

Solo nosotros, sosteniéndonos unos a otros.



LA CASA

La casa estaba haciendo esquina. Era un edificio victoriano adosado, no muy atractivo desde un punto de vista estético, ya que tenía algunas ventanas alarmantemente pequeñas. Los cinco estábamos plantados en el exterior, mirándola fijamente, y nadie se atrevió a hablar. Nadie quería decir lo que todos estábamos pensando: que nos parecía una mierda de sitio.

Un mes después de nuestra función, Rooney, Pip, Jason y yo caímos en la cuenta de que no teníamos un lugar donde vivir el curso siguiente. Los colegios mayores de la Universidad de Durham estaban pensados principalmente para los estudiantes de primer año y algunos de tercero y cuarto, porque se esperaba que los de segundo año generalmente encontraran su propio lugar donde vivir. Así que al acercarse diciembre y enero, la mayor parte de los novatos había formado pequeños grupos y se había puesto a buscar casa y a firmar contratos de alquiler.

Debido a todas las situaciones dramáticas en las que habíamos estado inmersos durante el curso, se nos había olvidado completamente el tema y, para cuando quisimos hacerlo, a finales

de abril, la mayoría de los alojamientos disponibles para alquiler en Durham ya habían sido reservados para el próximo curso académico, lo que nos obligó a rastrear entre los poco fiables anuncios de propietarios particulares en las páginas de Internet.

—Seguro que está mejor por dentro —dijo Rooney, dando un paso hacia delante y llamando a la puerta.

—Dijiste lo mismo de las últimas tres —comentó Pip con los brazos cruzados.

—Y acabaré teniendo razón.

—Sugiero —dijo Sunil— que tal vez deberíamos reconsiderar hasta qué punto nos importa tener un salón.

Aunque Sunil estaba en su tercer año, había decidido en el último momento regresar el año siguiente para hacer un máster en Música. Aún no tenía ni idea de lo que quería hacer con su vida, lo que me parecía muy razonable y comprensible y, además, según había explicado, le encantaba estar en Durham y quería quedarse un poco más.

Jess, en cambio, se marcharía a final de año. De hecho, la mayoría de los amigos de tercer año de Sunil lo harían. Por eso, tan pronto como lo supimos, le pedimos que se viniera a vivir con nosotros y él aceptó.

La puerta se abrió y una estudiante de aspecto cansado nos dejó entrar, explicando que todos los demás estaban en sus clases excepto ella, así que podíamos pasar y echar un vistazo a cualquiera de las habitaciones que quisiéramos. Nos dirigimos primero a la cocina, que hacía también las veces de salón con un sofá en un lado y las encimeras en el otro. Era muy vieja y estaba muy usada, pero parecía funcional y limpia, que era todo lo que necesitábamos. Éramos estudiantes, no podíamos permitirnos ser quisquillosos.

—De hecho no está mal —admitió Sunil.

—¿Lo veis? —intervino Rooney señalando alrededor—. Os dije que esta sería la definitiva.

Jason cruzó los brazos.

—Es bastante… pequeña. —Su cabeza quedaba muy cerca del techo.

—Pero no tiene manchas de humedad —señaló Pip.

—Y hay suficiente espacio para que quepamos todos —indiqué. Y por «todos» me refería a nosotros cinco, además de otros que habían estado pasándose por nuestros ensayos, bueno, no es que ya hubiera ensayos. Ni que estuviéramos preparando otra obra para este año, ya que ahora estábamos muy ocupados con los exámenes y los trabajos del curso, así que generalmente solo nos reuníamos cada viernes por la noche para hablar, ver películas o cenar comida para llevar en la habitación que compartía con Rooney.

A veces, Sunil se traía también a Jess, o Pip venía con sus amigos Lizzie y Leo. Otras veces la mitad de los chicos del equipo de remo se pasaban por ahí —unos chicos un tanto ruidosos que al principio me asustaban, pero que de hecho eran muy agradables cuando los conocías—. Y otras, simplemente, éramos los cinco originales, o menos, si estábamos ocupados.

Se había convertido en un ritual. Mi ritual universitario favorito.

—¡Y este de aquí es el lugar perfecto para Roderick! —comentó Rooney resplandeciente, señalando un rincón vacío junto al brazo del sofá.

Nos dirigimos hacia los dos dormitorios de la planta baja, que eran bastante normales. Jason y yo echamos un vistazo al segundo. Estaba casi tan desordenado como la actual habitación de Pip.

—Yo siempre quise un dormitorio en la planta baja —dijo Jason —. No sé por qué. Me parece más chulo.

—Estarías justo al lado de la calle.

—Creo que me gustaría. Ruido de ambiente. ¡Y mira! —Señaló a un trozo de pared vacía encima de la cama con suficiente espacio para una fotografía enmarcada—. El lugar perfecto para *Misterios S. A.*

La semana anterior había sido su cumpleaños, y uno de los regalos que le hice fue una fotografía enmarcada de los cinco miembros de la pandilla de *Scoobie-Doo.*

—A mí me gustaría un dormitorio en la planta baja —dijo Sunil, que apareció por detrás de nosotros—. Me gusta estar cerca de la cocina y tener fácil acceso a la comida.

Jason lo miró preocupado.

—Mientras no te pongas a practicar chelo por la noche.

—¿Estás insinuando que no quieres oír mi preciosa música a primera hora de la mañana?

Jason se rio y empezó a subir la escalera hacia la planta superior, dejándonos a Sunil y a mí para que curioseáramos el primer dormitorio, poniendo cuidado en no tocar nada de las cosas del actual ocupante.

Y entonces Sunil dijo:

—Me gustaría comentarte una idea, Georgia.

—¿Sí?

—Verás, solo voy a seguir siendo el presidente de la Sociedad del Orgullo durante un par de meses más y, antes de retirarme…, me gustaría formar un nuevo grupo dentro de esta. Una sociedad para estudiantes arrománticos y asexuales. Y, bueno, me preguntaba… si te gustaría implicarte. No necesariamente como presidenta, pero…, en fin, no sé. Solo quería consultártelo, sin presiones ni nada por el estilo.

—Oh. Mmm… —Inmediatamente me sentí nerviosa por la idea. Aún tenía momentos duros durante los cuales no rebosaba precisamente confianza por mi sexualidad, a pesar de los muchos días en los que me sentía orgullosa y agradecida por saber quién era y lo que quería. Quizá los días malos se irían haciendo cada vez menos habituales, pero… No lo sabía. No podía saberlo.

Quizá mucha gente se sentía así sobre su identidad. Quizá solo era cuestión de tiempo.

—No lo sé —contesté—. Ni siquiera se lo he dicho todavía a mis padres.

Sunil asintió comprensivo.

—No pasa nada. Tú solo házmelo saber cuando lo hayas meditado.

—Lo haré —contesté.

Miró hacia el dormitorio y a la forma en que la luz de la tarde se reflejaba en el suelo.

—Ha sido un buen año, pero estoy deseando poder dimitir. Creo que merezco tener un año próximo más tranquilo. —Sonrió para sus adentros—. Estaría bien poder tener un poco de descanso.

Había tres dormitorios más en el piso de arriba, y Pip y Rooney inmediatamente se decidieron por el que era más grande.

—Yo me quedo con este —dijeron las dos al unísono y, entonces, se miraron la una a la otra.

—Yo necesito más espacio —replicó Rooney—. Soy como treinta centímetros más alta que tú.

—Mmm, en primer lugar, eso es mentira, solo eres unos pocos centímetros más alta.

—Al menos quince.

—Y en segundo, yo necesito más espacio porque tengo mucha más ropa que tú.

—Ambas vais a estar durmiendo en la misma habitación —murmuró Jason, poniendo los ojos en blanco, y Pip le lanzó una mirada que mezclaba vergüenza y alarma, mientras Rooney inmediatamente se ponía como la grana, abría la boca y empezaba a protestar.

Rooney aún seguía pasando las noches fuera. La primera vez que sucedió después de la función, me preocupó que hubiera vuelto a beber y a ir de discotecas con extraños, pero, cuando al final me decidí a preguntárselo, me reveló tímidamente que había pasado todas esas noches en la habitación de Pip. Y la ropa que no paraba de dejar allí era una especie de admisión involuntaria.

Aunque también pasaba noches en nuestra habitación. Muchas noches. No era como si me hubiera reemplazado o yo fuera menos importante.

Era una de mis mejores amigas. Y yo una de las suyas. Y ambas entendíamos ahora lo que eso significaba.

Una vez que Rooney terminó de regañar a Jason por mencionar su vida sexual y este se retiró discretamente para echar un vistazo al cuarto de baño, observé cómo Rooney y Pip se quedaban plantadas delante de la puerta. Rooney estaba acariciando suavemente la mano de Pip y luego se inclinó sobre ella y le susurró algo que no pude oír, pero que hizo que Pip mostrara una gran sonrisa.

Me aparté para echar un vistazo a otro de los dormitorios. Este era el único que tenía una gran ventana de guillotina, un lavabo en un rincón, y quienquiera que viviera allí había empapelado una de las paredes con fotos Polaroid. La alfombra se veía bastante ajada, con un llamativo dibujo rojo que me recordó a las cortinas de mi abuela, pero no me disgustó. No me disgustó en absoluto.

Nada en esa casa tenía una decoración moderna, pero podía imaginarme viviendo allí. Podía imaginarnos a todos allí, empezando un nuevo curso académico, volviendo a casa y dejándonos caer en el sofá al lado del otro, charlando en la cocina por las mañanas delante de nuestros cuencos de cereales, apiñándonos en el dormitorio más grande para las sesiones nocturnas de películas o quedándonos dormidos en las camas de los otros cuando estábamos demasiado cansados para movernos.

Podía imaginar todos esos momentos. Imaginar un futuro. Un futuro a corto plazo, y no un futuro para siempre, pero un futuro al fin y al cabo.

—¿Qué te parece? —preguntó Rooney, que se había acercado y ahora estaba a mi lado en el umbral.

—Está… bien —dije—. No es perfecta.

—¿Pero?

Sonreí.

—Pero creo que podríamos divertirnos aquí.

Me sonrió de vuelta.

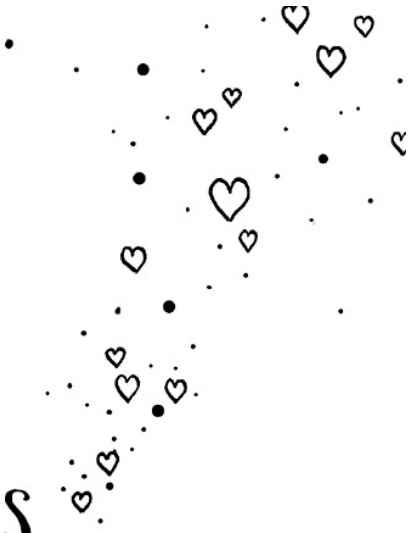
—Estoy de acuerdo.

Se volvió para continuar discutiendo con Pip sobre la habitación más grande, mientras yo me quedada allí un momento, mirando el

que podría ser mi futuro espacio vital. Después de haber pasado meses durmiendo al lado de una de mis mejores amigas, me ponía un poco nerviosa volver a tener un dormitorio individual. Dormir en una silenciosa habitación con solo mis pensamientos por compañía.

Sin embargo, tenía tiempo para ir acostumbrándome a la idea.

Hasta entonces, dejaríamos las camas juntas.



AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido una de las cosas más difíciles, frustrantes, aterradoras y liberadoras que he hecho nunca. Sin embargo, mucha gente maravillosa me ha ayudado en este viaje:

Claire Wilson, mi increíble agente, que ha tenido que soportar una avalancha de correos sentimentales por mi parte. A mi editora, Harriet Wilson; el diseñador del libro, Ryan Hammond, y todos los demás miembros de la plantilla de Harper Collins que han trabajado en este libro: muchas gracias por vuestros incansables esfuerzos y apoyo a mis historias, a pesar de mis súplicas por prorrogar cada una de las fechas de entrega que me habíais fijado. Gracias a Emily Sharratt, Sam Stewart, Ant Belle y Keziah Reina por las correcciones, repasos y lecturas, a menudo en plazos de tiempo muy breves. A mi escritora y compañera del alma, Lauren James, que ha soportado la mayor parte de mis problemas respecto a este libro y me ha ayudado enormemente con la estructura y el ritmo. A mis amigos y familia tanto en la vida real como *online.* A mis lectores, que me han estado animando todo el camino. Muchas, muchas gracias a todos.

Y también gracias a todos aquellos que habéis escogido este libro. Confío en que os guste esta historia.

Título original: *Loveless*

Edición en formato digital: 2021

© Del texto: Alice Oseman, 2020
Publicado por primera vez en Gran Bretaña por HarperCollins Children's Books, sello editorial de HarperCollins Publishers Ltd.
© De la cubierta: HarperCollinsPublishers, 2020
© De la traducción: Paz Pruneda Gozálvez, 2021
Traducido por acuerdo con HarperCollinsPublishers Ltd.
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.fandombooks.es

Asesora editorial: Karol Conti García

ISBN ebook: 978-84-18027-47-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA